

Comentario Antiguo Testamento Andamio

1 y 2 SAMUEL

Personalidades, potencial, política y poder

Mary J. Evans

Coeditado por Publicaciones Andamio® y Libros Desafío®

Publicaciones Andamio
C/ Alts Forns nº 68, sòt. 1º
08038 Barcelona
Tel: 934 322 523

E-mail: editorial@publicacionesandamio.com
www.publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos Unidos de España (G.B.U.).

Libros Desafío
1700 28th Street SE

Grand Rapids, Michigan 49508-1407
Estados Unidos
1-800-333-8300 ó 616-224-0728
www.librosdesafio.org

1 y 2 Samuel

The Message of Samuel
© Mary J. Evans, 2004

Inter-Varsity Press
38 De Montfort Street, Leicester LE1 7GP, England
Email: ivp@uccforg.uk
Website: www.ivpbooks.com

All rights reserved. This translation of The message of Samuel first published in 2004 is published by arrangement with Inter-Varsity Press, Nottingham, United Kingdom.

“Las citas bíblicas son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS
© Copyright 1986, 1995, 1997 by The Lockman Foundation
Usadas con permiso”. (www.LBLA.com)

© Publicaciones Andamio ®
1ª Edición castellano 2009

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Traducción: Pilar Florez
La imagen de portada es una obra de Joan Cots
Diseño de cubierta: Fernando Caballero

Depósito legal: B-35615-2009

ISBN 10: 849655189X
ISBN 13: 9788496551893

Contenido

Prólogo
Prólogo de la autora
Abreviaturas principales
Bibliografía
Introducción

1. Ana: una mujer fuerte en su debilidad (1 Samuel 1–4)
2. Samuel: profeta remiso a la monarquía (1 Samuel 4–8)
3. Saúl: majestad y manías (1 Samuel 9–15)
4. David: el joven “aspirante” (1 Samuel 16–24)
5. David: el exiliado nacionalista (1 Samuel 25–31)
6. David, controlando (2 Samuel 1–5)
7. David, dentro del pacto (2 Samuel 6–10)
8. David, ¿sin control? (2 Samuel 11–13)
9. Absalón, un hijo usurpador (2 Samuel 14–20)
10. ¿Rellenando los huecos? (2 Samuel 21–24)

Mapa: 1 y 2 Samuel: Lugares y pueblos

Prólogo

Hay muchos cristianos que se sienten a menudo desorientados cuando leen el Antiguo Testamento. ¿Qué hacemos con estas tres cuartas partes de la Biblia? Es como si de alguna manera tuvieran menos que ver con nuestras vidas, que el Nuevo Testamento. Su contexto nos parece demasiado lejano. Su literatura parece tan diferente a la que conocemos hoy. Porque la verdad es que no hay mucha gente que lea leyes, códigos, oráculos contra naciones extranjeras, o poesía sin rima...

Es cierto que nos gustan algunas de sus historias. Nos identificamos con sus personajes, tentaciones y conflictos. Participamos de la misma realidad de pecado y obediencia, éxito y fracaso... Pero ¿es esto lo que quieren decir estas historias? ¡Todo parece tan subliminal! Después de todo, si somos cristianos, ¿no es el Nuevo Testamento, el que nos habla principalmente de Jesucristo, como nuestro Salvador?

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismo, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”. (1 Pedro 1:10–12)

Los profetas indagaron acerca de ello; los ángeles anhelaban verlo; y los discípulos, no lo entendían; pero Moisés, los profetas y todas las Escrituras del Antiguo Testamento hablaban de ello (*Lucas 24:25–27*): Jesús tenía que venir y sufrir, para ser después glorificado. Él no vino sin ser anunciado. Su llegada fue declarada con antelación en el Antiguo Testamento. Pero no sólo en aquellas profecías que

explícitamente hablan del Mesías, si no por medio de las historias de todos los sucesos, personajes y circunstancias del Antiguo Testamento.

Dios comenzó a contar una historia en el Antiguo Testamento, cuyo final se esperaba con impaciencia. Desarrolló el argumento, pero faltaba la conclusión. En Cristo, Dios ha llevado el relato del Antiguo Testamento a su culminación. Los cristianos aman por eso el Nuevo Testamento. Pero Dios estaba contando una sola historia, que se extiende a lo largo de todas las páginas de la Biblia. Desde *Génesis* a *Apocalipsis*, Dios desvela progresivamente su plan de salvación.

La Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, presentan una sola revelación de Dios, centrada en Cristo. Cuando estudiamos los diferentes géneros, estilos y enseñanzas de cada libro, vemos que anuncian y señalan a Cristo. El carácter cristo-céntrico de la Biblia puede parecer “oculto en el Antiguo Testamento”, como decía Agustín, pero es “revelado” en el Nuevo. Ver la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento, es clave para comprender la Biblia.

El Antiguo Testamento nos revela a Jesús. El Dios de Israel es el Dios encarnado en Jesús: “El mismo, ayer, y hoy y por los siglos” (*Hebreos* 13:8). La Biblia de Jesús es el Antiguo Testamento. Los apóstoles se refieren continuamente a él. Ya que el Antiguo Testamento no es sólo para Israel. ¡Es para nosotros! Nos enseña acerca de Dios y su propósito en la Historia, pero también sobre nuestra propia vida.

¿Para qué sirve un comentario bíblico?

Aunque hay algunos cristianos que todavía se enorgullecen de nunca usar un comentario, cada vez son más los creyentes que aprecian esa literatura que está específicamente destinada a exponer y analizar el texto bíblico. Pocas herramientas hay tan fundamentales en la vida de un predicador, pero también de muchos cristianos con inquietudes por profundizar en el estudio de las Escrituras, que esos libros que denominamos comentarios bíblicos.

El problema es que hay muchos tipos de comentarios. Por lo que no son pocos los que se decepcionan al comprar un libro que luego no les ofrece la ayuda deseada. Es importante por eso considerar qué clase de comentario necesitamos, antes de iniciar la búsqueda de algún título que nos ayude a entender mejor determinada porción de la Biblia.

Conviene recordar en ese sentido una vez más que los comentarios son útiles, pero ninguno puede sustituir a la Escritura misma. Así que debemos consultar primero diferentes traducciones —si no conocemos los idiomas bíblicos—, tomándose tiempo para orar y meditar en la Palabra de Dios, antes de usar cualquier modelo de comentario.

Hay básicamente dos enfoques difícilmente combinables en la literatura expositiva de la Biblia. Uno pretende acercarse al texto con el mayor rigor exegético posible. Por lo que en un lenguaje bastante técnico intenta aclarar el sentido de cada palabra en su contexto original. Y otro busca más bien presentar el mensaje de cada libro, esforzándose en aplicar su sentido a la vida personal y social del lector contemporáneo.

Entre medio hay, por supuesto, una enorme variedad de textos que oscilan entre una y otra dirección, pero generalmente podemos distinguir entre estos dos tipos de comentarios.

¿Qué es un comentario evangélico?

Aquellos que tenemos la extraña costumbre de leer los comentarios bíblicos de principio a final —o sea de la primera a la última página, como cualquier otro libro—, observamos cómo el estilo de muchos exégetas se va haciendo cada vez más farragoso y oscuro, hasta el punto de resultar casi ilegible. La estructura de muchas colecciones actuales se ha vuelto tan complicada e incomprensible, que sus divisiones parecen multiplicarse indefinidamente. Cuesta entender la lógica de tantas secciones y apartados, sobre todo cuando acompañan unos textos realmente inaccesibles, capaz de desanimar a cualquiera que vaya a estos comentarios para aclarar sus dudas...

Porque lo peor de muchos comentarios modernos, es su lenguaje. La jerga de la crítica bíblica, no sólo es difícil de traducir, sino que parece que ya no la entienden ni siquiera los especialistas —a juzgar por las interpretaciones que hacen unos de otros, cuando se quejan de que les mal entienden—. Todo parece que se ha convertido en un inmenso de galimatías, en que la complejidad se confunde con la erudición...

Basta leer los antiguos comentarios, para ver como es posible exponer un texto con claridad, a pesar de su evidente dificultad... Aquellos que leemos una gran variedad de comentarios, para preparar un estudio o una exposición bíblica, nos encontramos con que no solamente los críticos son difíciles de leer, sino que la lectura de algunos autores evangélicos actuales, que buscan el reconocimiento académico, se ha convertido también en un verdadero suplicio...

Hay series de comentarios evangélicos, incluso norteamericanos —cuya literatura ha sido siempre conocida por su sentido práctico—, cuyo contenido carece de ninguna aplicación. Su teología es dudosa, y claramente difícil de distinguir de otros autores protestantes, que son a veces peores que algunos eruditos católicos. Ya que tratan con más respeto el texto bíblico, y tienen más carácter devocional que algunos comentarios evangélicos. ¡Vivimos tiempos extraños!

La Biblia habla hoy

Es por lo tanto refrescante encontrarse con una serie de comentarios como ésta, claramente inspirada en la colección *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity Press*. La mayor parte de los libros pertenece a esta colección pero no en su totalidad. Esta colección sobre el mensaje de los libros Antiguo Testamento, que ahora traduce al castellano *Publicaciones Andamio*, está editada por veteranos predicadores como Alec Motyer o Raymond Brown. La erudición de estos hombres no tiene nada que envidiar a la de algunos jóvenes profesores evangélicos, pero su fuerza y claridad están a años luz de muchos autores actuales, más preocupados por las notas a pie de páginas y las referencias bibliográficas, que por la comprensión del texto bíblico. Necesitamos

comentaristas como ellos, llenos de sabiduría, pero también de pasión por el mensaje de la Escritura.

Es cierto que ésta no es una serie de comentarios bíblicos, que desarrollen los libros, siguiendo el texto versículo a versículo. Como su título inglés indica, se centran en su mensaje. Aunque hay pocos libros tan útiles como éstos, para comprender el sentido de cada sección y libro en su totalidad. Lo que tenemos aquí es una comprensión global de cada texto, que nos lleva inmediatamente a la actualidad, considerando su valor práctico y aplicación, para la vida del creyente.

También hay autores jóvenes en esta colección, como Chris Wright, que ha enseñado mucho tiempo el *Antiguo Testamento* en un centro bíblico orientado a la tarea misionera (*All Nations Christian College*), antes de dedicarse en Londres a la fundación de cooperación internacional *Langham* (que fundó John Stott para mantener proyectos de educación en todo el mundo).

La visión de la profecía de estos autores está lejos de las especulaciones escatológicas de tantos autores populares, que juegan con el texto bíblico para dar su propia interpretación del mundo, siguiendo las más caprichosas identificaciones, para leer la Biblia a la luz del *telediario*. Su enfoque es riguroso, claramente arraigado en el contexto histórico, pero lleno de referencias al mundo actual. Lo mismo cita una canción de *U2* que analiza el mapa del Templo.

Algunas obras, como la de Motyer sobre Isaías, no pertenece en realidad a la serie *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity*, aunque está publicado por esta editorial. Es un comentario al que dedicó toda su vida, basado en su propia traducción y meditación durante muchos años. Para muchos, no hay duda que se trata de una obra maestra, un trabajo magistral, en una línea radicalmente diferente a la mayor parte de los comentarios que se hacen hoy en el mundo evangélico en un contexto académico.

Algunos de los comentarios, por otro lado, pertenecen a la colección *Tyndale* también de *Inter-Varsity*. Otros son don autores que consideramos “nuestros”, como: David F. Burt y Stuart Park, que han escrito algunos comentarios de un nivel excelente.

La Palabra Eterna

Estos libros parten de los presupuestos clásicos de la teología evangélica, como es la unidad del texto y su mensaje cristo-céntrico. Se atreven a veces incluso a prescindir de toda referencia crítica, para concentrarse en el sentido del texto, que explican con claridad y pasión evangélica. Estas obras están destinadas por eso a ser libros de referencia durante muchos años, siendo apreciadas por muchas generaciones, que descubrirán en su trabajo una obra perdurable, que trasciende las absurdas polémicas entre uno y otro autor de esta generación, para desvelarnos el verdadero mensaje del libro.

La publicación de estas obras nos da en este sentido un modelo de lo que debe ser un comentario evangélico. Cuando muchos de los libros que abundan en este tiempo, sean finalmente olvidados, las obras que seguirán atrayendo al lector del futuro, son las que transmitan el mensaje de la Palabra eterna, más allá de modos y modas, sobre los

que prevalece el espíritu de la época.

Estos autores muestran una capacidad excepcional para sintetizar lo que otros hacen en multitud de páginas de oscuro contenido. Su extraordinaria claridad se ve resaltada a veces por una increíble genialidad para dividir el texto en unos encabezamientos tan atractivos, que uno no puede resistirse a la tentación de repetirlos en tu propia exposición. Son comentarios ideales, porque animan a predicar estos libros de la Escritura.

Alguien ha dicho que nunca se debería escribir un comentario sobre un texto bíblico, que no se haya predicado. Es más, los comentarios que resultan más útiles a los predicadores, son aquellos que están escritos por predicadores. Y eso es lo que son los autores de estos libros, maestros que piensan que es más importante comunicar la Palabra de Dios, que obtener un prestigio académico. Son servidores de la Iglesia, pero anunciadores también al mundo de la Buena Noticia que hay en este Libro.

Estas obras son una excelente ayuda para estudiar la Biblia y exponerla, en nuestra lengua y generación. Esperamos con impaciencia todos los títulos de esta colección, deseando que sean usados por muchos predicadores y lectores de la Escritura, para anunciar el Evangelio a un mundo y una Iglesia necesitada de la Palabra viva. Puesto que Dios sigue hablando hoy por su Palabra y su Espíritu.

José de Segovia

Prólogo de la autora

Los libros históricos del Antiguo Testamento son vistos en muchas ocasiones más como fructífera fuente de imágenes, sea en pinturas clásicas representando a David y Betsabé, en los ingenuos dibujos infantiles sobre los personajes de David y Goliat, o en las ilustraciones generales propias de la Escuela Dominical, que como material apropiado para una predicación. Pero este libro se ha escrito con la firme convicción de que el mensaje de Samuel es una parte vital de la Palabra de Dios, y que las historias que lo conforman están llenas de enseñanzas dinámicamente relevantes para los creyentes de cualquier época. Mi esperanza es que sus lectores lleguen a entusiasmarse de forma parecida y se sientan a un tiempo tan estimulados por su contenido como me ha pasado a mí, de modo y manera que acepten el reto de buscar aprender aún mucho más del propio texto que de lo que puedan encontrar en las páginas que siguen.

Estoy profundamente agradecida a IVP por haberme proporcionado la posibilidad de dedicar un tiempo en exclusiva a un estudio más pormenorizado de los libros de Samuel, centrándome particularmente en el área de su aplicación. También estoy particularmente agradecida a Alec Motyer, cuyo estímulo y hábil crítica han sido una

ayuda inestimable; y mi agradecimiento, asimismo, a Philip Duce por su constante apoyo. Mil gracias a Kate Vine por la parte que le corresponde en la confección del mapa que permite la localización de muchos de los lugares que aparecen mencionados en los libros de Samuel.

Como siempre, necesito hacer patente mi deuda de gratitud a los estudiantes y colegas que constituyen mi fuente más inmediata de estímulo, y también a mi familia y a mis amigos, por su cariño y su apoyo. En esta ocasión, también quiero mencionar en particular a mis tías y tíos, a los que dedico este libro pletórico de historias preñadas de sentido, y ello por haber desempeñado un papel tan particular e importante en el acontecer de mi propia historia.

Mary J. Evans

Abreviaturas principales

AB	Anchor Bible
CBQ	<i>Catholic Bible Quarterly</i>
ET	English translation
<i>Int</i>	<i>Interpretation</i>
IntB	The "Interpreters" Bible
JBL	<i>Journal of Biblical Literature</i>
JETS	<i>Journal of the Evangelical Theological Society</i>
JSOT	<i>Journal for the Study of the Old Testament</i>
JSOTS	Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series
NCB	New Century Bible
NIBC	The New International Biblical Commentary
NICOT	New International Commentary on the Old Testament
NIVI	New International Version of the Bible, edición en lengua inglesa
OTL	Old Testament Library
TOTC	Tyndale Old Testament Commentaries
<i>TynB</i>	<i>Tyndale Bulletin</i>
VE	<i>Vox Evangelica</i>
VT	<i>Vetus Testamentum</i>
WBC	Word Biblical Commentary

Bibliografía

Lista de obras referenciadas en los pie de páginas y lecturas recomendadas.

- Ackroyd, P. R., *The First Book of Samuel* (Cambridge: Cambridge University Press, 1971).
The Second Book of Samuel (Cambridge: Cambridge University Press, 1977).
- Alter, R., *The David Story* (New York: Norton, 1999).
- Anderson, A. A., *2 Samuel*, WBC 11 (Waco: Word, 1989).
- Baldwin, J., *1 and 2 Samuel: An Introduction and Commentary*, TOTC (Leicester: InterVarsity, 1988).
- Brueggemann, W., *First and Second Samuel: Interpretation*, A Bible Commentary for Teaching and Preaching (Louisville: John Knox, 1990).
- Caird, G. B., "The First and Second Books of Samuel", in G. A. Buttrick et al. (eds.), *IntB*, Vol. 2 (Nashville: Abingdon, 1953).
- Clines, D. J. A., and T. Eskeanzi (eds.), *Telling Queen Michal's Story — An Experiment in Comparative Interpretation*, JSOTS 119 (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1991).
- Craigie, P. C., *The Book of Deuteronomy*, NICOT (Grand Rapids: Eerdmans, 1976).
- Davis, D. R., *1 Samuel: Looking on the Heart* (Fearn: Christian Focus Publications, 2000).
- Eaton, M. A., *1 Samuel* (Tonbridge: Sovereign World, 1996).
- Eaton, M. A., *2 Samuel* (Tonbridge: Sovereign World, 1996).
- Evans, M. J., *1 and 2 Samuel*, NIBC (Peabody: Hendrickson, 2000).
- Gordon, R. P., *1 and 2 Samuel* (Sheffield: JSOT Press, 1984).
- Gordon, R. P., *1 and 2 Samuel: A Commentary* (Exeter: Paternoster, 1986).
- Hertzberg, H. W., *I & II Samuel*, OTL (ET) (London: SCM, 1964).
- Hester, D. C., *First and Second Samuel* (Louisville: Geneva Press, 2000).
- Jensen, I. L., *First and Second Samuel* (Chicago: Moody Press, 1995).
- Jones, G. H., *The Nathan Narratives*, JSOTS 80 (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1990).
- Kirkpatrick, A. F., *The First Book of Samuel* (Cambridge: Cambridge University Press, 1888).
- Kirkpatrick, A. F., *The Second Book of Samuel* (Cambridge: Cambridge University Press, 1889).
- Klein, R. W., *1 Samuel*, WBC 19 (Waco: Word, 1983). Knight, D. A., "Deuteronomy and the Deuteronomists", in J. A. Mays et al. (eds.), *Old Testament Introduction, Past, Present and Future* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1995).
- Laney, J. C., *First and Second Samuel* (Chicago: Moody Press, 1995).
- Mauchline, J., *1 and 2 Samuel*, NCB (London: Oliphants, 1971).

McCarter, P. K., *1 Samuel*, AB (New York: Doubleday, 1980).
McCarter, P. K., *II Samuel*, AB (New York: Doubleday, 1984).
Miller, P. D., *Deuteronomy* (Louisville: John Knox Press, 1990).
Provan, I. W., *1 and 2 Kings*, NIBC (Peabody: Hendrickson, 1995).

Introducción

Los dos libros de Samuel constituyen un escrito integrado por historias y cuentos, y sucede que ¡las historias y los cuentos son para leer! Un buen libro de cuentos puede retarnos o reconfortarnos, y también estimularnos o sosegarnos, ponernos alegres o provocar tristeza; pero, por encima de todo, habrá de ser siempre objeto de agradable lectura. Los libros de Samuel no son una excepción a la regla. Fueron libros escritos no como textos académicos, útiles tan sólo como material de análisis para expertos, sino como verdaderas narraciones aptas, para la gente corriente, y nos ponen en antecedentes de la vida y la historia de Israel. Como relatos, son sumamente apropiados para que el creyente entienda lo que significa creer, el israelita comprenda lo que es ser pueblo de Dios, y los reyes asimilen lo que supone ser monarca. Ya va siendo más que pasada la hora de que los libros de Samuel, junto con los demás libros históricos del Antiguo Testamento, salgan del olvido en la estantería polvorienta y cobren vida de nuevo en manos (y mentes y corazones) del lector común del siglo XXI. Como una lectora más, he disfrutado saliendo al paso del reto de ahondar en el corazón de sus distintos textos, y mi gran esperanza es que mis posibles lectores se animen, antes que nada, a leer de nuevo los libros de Samuel tanto por beneficio propio como en interés de los demás.

¿Qué puede hacerse con una historia?

Los dos libros de Samuel contienen una variedad notable de estilos y formas. En sus páginas encontramos poesía, profecía, genealogías, gobierno, archivos oficiales y listados de honor del mundo militar. Sin embargo, la inmensa mayoría del material está en forma narrativa; historias verdaderas, de gente real, en situaciones auténticas. Hay historias de batallas, que nos ponen en antecedentes de las continuas campañas de Israel en busca de independencia y seguridad política como nación frente a los bloques extranjeros, y hay relatos que nos informan sobre las luchas internas por la supremacía entre gobernantes locales y nacionales, y también acerca de esas otras luchas individuales para vencer los demonios internos del orgullo, el miedo y los celos. Hay historias familiares, con sus ciclos de nacimientos, matrimonios y muertes; de amor y de odio, de rivalidades y violencia, de violaciones y venganzas, de amistad verdadera y de

lealtad incondicional. Hay, además, historias que se centran alternativamente en las mujeres y en los hombres, en los jóvenes y en los ancianos. Hay algunas historias de ciudades y otras, en cambio, que tienen como escenario el entorno rural. Se observa, además, un interés muy particular y continuado en las historias relativas a las familias gobernantes de Israel, pero sin dejar por ello de interesarse por la gente.

En realidad, podría decirse incluso que el autor está particularmente interesado en hacernos ver que la clase dirigente no deja de ser también gente corriente.

Si vamos a considerar los libros de Samuel como palabra de Dios, entonces tendremos que tomarnos en serio tan notable concentración en la narración de los distintos acontecimientos. Una amplia sección de los escritos del Antiguo Testamento está dedicada al registro por escrito de la manera en que el pueblo de Dios vivió su existencia, del modo en que se relacionaron entre sí y con Dios, de los fracasos habidos en ambos casos y, más importante todavía, del modo en que Dios actuaba en las vidas de las personas y de Israel como nación. Lo que nos lleva a plantearnos qué es lo que se supone que debemos hacer con todas esas historias. Sin duda, para todos aquellos de nosotros que afirmamos que Samuel, junto con el resto de las Escrituras, es palabra “inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia” (2 Ti. 3:16), estos escritos son mucho más que meros relatos de acontecimientos pasados. Es tanta la energía que puede emplearse en defender la validez histórica de los acontecimientos que ahí se describen, que olvidamos preguntarnos las razones por las que se nos cuentan. Así, el hablar de la verdad de las Escrituras en Samuel viene a ser algo más que afirmar la exactitud de su registro.

En cada relato que se ocupe de la historia de un pueblo habrá siempre dos elementos clave. En primer lugar, estarán los acontecimientos, las cosas que realmente ocurrieron. Algunos de los sucesos recogidos en Samuel se dice que ocurrieron por voluntad de Dios o que eran acordes con sus designios, mientras que en otros casos eso no era claramente así. Algunas de esas historias parece que son presentadas como modelos, de manera que posteriores lectores puedan imitar el comportamiento y las actitudes de los principales personajes. Pero es evidente que no todos los sucesos que ahí se detallan pueden entenderse así. En este contexto, tenemos que reconocer la presencia e importancia no sólo de los personajes presentados, sino también la de la figura del narrador o cuentista. El segundo elemento al contar una historia es la interpretación que se haga de los hechos. ¿Cómo y por qué se nos cuenta cada historia en particular en determinada manera, enfatizando unos hechos en detrimento de otros? No se trata de presentación de hechos, y nada más que hechos, objetivos, expuestos de forma imparcial. Se trata de historias que se cuentan con toda intención. No es accidental que, dentro del canon judío, estos libros formen parte de los Profetas Anteriores. Como historia predicada, además, y ello tanto por su contenido como por su método, ¡es fuente de extraordinario material útil para el predicador actual!

Los modernos especialistas se muestran cada vez más unánimes respecto a la imposibilidad de un registro objetivo de la historia, y los libros de Samuel ni siquiera pretenden serlo. Ya había archivos oficiales con ese propósito. Los libros de Samuel hacen referencia a esos archivos en ocasiones, pero no hay que confundir unos con

otros. Las noticias que ofrece Samuel tienen que ver más con las crónicas del estilo de un periódico nacional que con las entradas oficiales de, pongamos por caso, las actas del Parlamento o del Congreso. Nos cuentan relaciones y sentimientos, planes y fracasos, decisiones y titubeos. No se nos ofrece el cuadro completo. Se han seleccionado eventos en particular, que se presentan también de forma particular, con la intención, asimismo, de enfatizar algo en particular, mientras que hay otros, en cambio, que se han omitido por completo. En ocasiones, el criterio de selección de una historia en concreto, o de una forma concreta de contarla, está claro, y los propios autores ofrecen conclusiones fáciles de asimilar. En otras, la dirección que el escritor quiere que el lector tome no es tan obvia. Aun así, nunca faltan pistas, y el lector va a saber siempre hacia dónde le lleva el relato.

En algunos casos, puede que no haya pistas. Es como si el escritor tratara de retar al lector de forma deliberada a involucrarse personalmente en las historias, a reflexionar acerca de los acontecimientos y a sacar sus propias conclusiones respecto a su significado. Al lector se le está ahí diciendo: “Sabes la ley, has oído a los profetas, conoces a Dios y te relacionas con Él. ¿Qué piensas de todo esto? No te limites a leer el relato, penetra en su interior, interactúa a la luz de lo que sabes de Dios y sus propósitos”. El desafío es doble: por una parte, descubrir qué estaba pasando por la mente del escritor al contar la historia, y por el otro, interpretar los hechos a título personal añadiendo un interrogante: “¿Cuál es su valor como enseñanza y formación?”

Hay un tercer factor a tener en consideración al leer libros históricos, particularmente importante para maestros y predicadores, que es asegurarse de que realmente existe una relación entre ambas partes, que las conclusiones se sacan de la historia tal como está, no de lo que se quiere ver en ella.

Tratar de conseguirlo es una prueba difícil, aunque apasionante. Supone una prueba porque conlleva enfrentarse a las Escrituras en su totalidad, demostrando que en verdad se conoce “la Ley y los Profetas” y lo que significa acercarse al Dios que revelan. Supone poner la historia bajo escrutinio en el contexto de todas las demás historias del libro de Samuel e incluso más allá. Sólo al identificar la intención del autor en el conjunto del relato, y los temas que de ello se deriven, podemos esperar comprender lo que un pasaje aislado pueda querer transmitir. La naturaleza misma de las historias hace que su interpretación no sea algo cerrado. Los “puede que”, “quizás”, “probablemente”, van a ser más abundantes que en el estudio de pasajes con enseñanzas más explícitas. Reconociendo esta dificultad, se ha añadido al final de cada capítulo una serie de “Cuestiones para reflexionar”. Pero no porque se piense que las historias pueden llegar a decir lo que convenga a cada uno. Los motivos e intereses del autor en el total del conjunto ejercen un control, aunque sin terminar de explicar el cómo y el porqué de las distintas lecturas que Pablo y Santiago hacen de un mismo relato (Gál. 3:6ss; Stg. 2:20ss.). Ellos también se enfrentaron al mismo problema.

Su investigación apasiona porque las historias en sí son apasionantes y se nos llama a penetrar en su interior, esforzándonos por entenderlas, intentando conectar con la mentalidad y los sentimientos de personajes y narrador, descubriendo y experimentando a un Dios que obra. Su lectura igualmente apasiona porque la maestría

desplegada es impresionante. Nos maravillamos ante la sensibilidad y perspicacia de los autores. Inspirados sin duda por Dios, ponen al servicio de la narración sus propios intereses y capacidades. No sólo se nos describe el carácter de los distintos personajes. En el desarrollo de la trama, se nos brinda amplia oportunidad para penetrar en su personalidad, indagando lo que les mueve a actuar. Así, para cuando el libro llega a su fin, no sólo conocemos a Samuel, a Saúl y a David, sino que también sabemos acerca de Ana, de Joab, de Jonathan, de Mical y de otros más. Venimos así a entender por qué tomaron ciertas decisiones y no otras. Y podemos también penetrar en lo que pudieran haber sentido Tamar, Absalón y Mefiboset al enfrentarse a su tragedia. El talento del narrador brilla en su habilidad para interesar tanto al lector masculino como al femenino. Y no por la aparición de personajes de ambos sexos, sino por las relaciones que se establecen entre ellos.

Merece la pena recordar, si es que hemos de tomar en serio los libros de Samuel como palabra de Dios, que éste eligió hablarnos precisamente a través de historias.

La perspectiva histórica y literaria

Los libros de Samuel no existen en un aislamiento histórico o literario. Históricamente, contienen el relato de lo que le aconteció al pueblo de Dios en tiempos de Samuel y David. Esos hechos tuvieron lugar a renglón seguido de las experiencias vividas en la toma de posesión de la tierra prometida en Jueces. Más lejano en el tiempo, pero igualmente significativo, es el llamamiento de Abraham y el período de esclavitud en Egipto, junto con el posterior llamamiento de Moisés y el peregrinaje por el desierto hasta su llegada a esa tierra prometida de la que se nos habla en Josué. Antecedes, en cambio, al devenir de la historia en tiempos de la monarquía que encontramos en I y II de Reyes, y establecen su paralelismo con el recuento del reinado de David que nos ofrece I Crónicas. Este material paralelo resulta ser de suma utilidad para identificar los principales asuntos e intereses de ambos libros. En ocasiones, está claro que utilizan las mismas fuentes y las frases vienen a ser prácticamente idénticas. En otras, en cambio, presentan los mismos acontecimientos pero en forma distinta y con diferente énfasis. Y hay otras ocasiones más en las que se opta por incluir u omitir diferentes historias. Crónicas es un libro más interesado en la organización del reino de Israel y su religión, y contiene mayor número de listas genealógicas y detalles de su estructura que en Samuel. Crónicas se centra en David como rey y lo que está ocurriendo en el reino, mientras que Samuel evidencia mayor interés en David como persona y los sucesos de su vida privada.

En un sentido tanto literal como histórico, los libros de Samuel entroncan con Josué, Jueces y 1 y 2 Reyes. Hay intereses comunes y temas compartidos, subrayados por su nombre genérico en la tradición hebrea, los Profetas Anteriores. Teológicamente, hay fuertes vínculos entre estos libros y Deuteronomio, y en tiempos recientes estos libros históricos han pasado a ser conocidos como la Historia Deuteronomista. Los autores de Deuteronomio y de Samuel comparten su pasión por Dios y su reino, junto con un profundo interés por el desarrollo de la nación como comunidad del pueblo de Dios, y

una misma comprensión de todo lo necesario en términos del ritual, hasta el punto de presentar a menudo idénticas expresiones.²

Por último, no deberíamos olvidar que tanto en su sentido literario como en el histórico, existen fuertes vínculos entre este relato y el Nuevo Testamento. El nexo entre las historias de Jesús, “supremo hijo del gran David”, puede que resulte obvio, pero hay, asimismo, otras conexiones con la presentación que el Nuevo Testamento hace de lo que significa, o debería significar, llevar una vida como miembro de la comunidad del pueblo de Dios.

¿Quién escribió Samuel?

La cuestión de la autoría es un asunto complejo. El narrador juega un importante papel en la redacción de las historias, y cabe discernir un hilo conductor común a ambos libros. Aun así, lo que tenemos en Samuel es claramente un documento plural en su composición, siendo tarea difícil determinar qué se ha de entender ahí por “autor”. En el resultado final, 1 y 2 Samuel forman un solo volumen que es, en sí, parte de una historia más amplia que incluye, asimismo, 1 y 2 Reyes. En la Septuaginta, versión en lengua griega del Antiguo Testamento, estos cuatro libros forman una unidad temática bajo el título de Reinos o Reinados. Es evidente que alguien, puede que un grupo de varias personas, tuvo que ver con la producción del documento final, juntando en el proceso de compilación el total del material existente. Esta edición final no pudo haber tenido lugar hasta la realización de los acontecimientos registrados en Reyes, con lo cual es posible que esos editores llevaran a cabo su trabajo durante el exilio. Sin embargo, es asimismo bastante probable que buena parte del material de 1 y 2 Samuel alcanzara su forma práctica definitiva mucho antes, y podría haber sido compilada como documento único en fecha tan temprana como el reinado de Salomón. Sea como fuera, tanto sus primeros editores como los postreros tienen derecho por igual a reclamar su autoría.

Sin embargo, también es evidente, , que los distintos autores se sirvieron de una variedad de documentos escritos ya existentes, y muchas de las historias se narran desde la posible perspectiva del testigo presencial. Los compiladores originales de los distintos registros conservados y los diversos narradores de un primer momento también tendrían derecho al reconocimiento de su autoría.

Los libros de Samuel abarcan el período completo de la vida de Samuel y David, con lo cual es imposible que alguien presenciara personalmente todos los acontecimientos que ahí se narran. 1 Crónicas 29:29 dice así: “Los hechos del rey David, desde el primero hasta el último, están escritos en las crónicas del vidente Samuel, en las crónicas del profeta Natán y en las crónicas del vidente Gad”. Existe una probabilidad bastante grande de que esa clase de registros se utilizara en la redacción final de los libros de Samuel. No disponemos de evidencia alguna que atestigüe la existencia por separado de secciones individuales, pero sí es posible identificar segmentos bien delimitados dentro de ambos libros, que pueden ser, a su vez, relacionados con períodos aislados de tiempo o con personajes específicos. Los capítulos 1–15 de 1 Samuel se centran en

primer lugar en el propio Samuel (capítulos 1–7) y después en Saúl. 1 Samuel 16–2 Samuel 5 se ocupan de la historia del ascenso de David al poder, mientras que 2 Samuel 9–20 lo hacen en el relato continuado del período de permanencia en ese poder. Puede que se contara con una narración independiente para 1 Samuel 4–6 y 2 Samuel 6. El texto de 2 Samuel 21–24 parece haber sido recopilado en base a fuentes separadas.

En definitiva, resulta virtualmente imposible decidir el número de distintas fuentes utilizadas en su redacción y el modo en que se unificaron. Cabe destacar, sin embargo, que, dada esa compleja variedad, el documento final haya logrado una notable unidad dentro de tan gran amplitud temática.

Temas de fondo

Cada una de las distintas secciones e historias tiene sus propios intereses y propósitos, que serán debidamente explorados según vayan analizándose en detalle. Sin embargo, hay nociones y cuestiones, que aparecen de forma recurrente, que podrían identificarse como temas. Merece la pena, pues, destacar algunos de ellos por adelantado con objeto de proveer un contexto en el que leer el texto como un todo.

a. El gobierno –¿Quién dirige al pueblo?

No cabe duda de que los libros de Samuel evidencian un genuino interés por la política. La práctica totalidad del material presenta algún nexo de unión, sea directo o indirecto, con la cuestión de quién haya de ser visto como el líder del pueblo de Dios y de Israel como nación. En ocasiones esto implica consideraciones de índole teológica respecto al modo en que ese liderazgo afecta al gobierno del pueblo por parte de Dios y qué tipo de responsabilidad tiene el líder político en la vida espiritual de la nación. En otras, tiene que ver con las cuestiones más prácticas de la sucesión – quién debería ser el siguiente caudillo – o las implicaciones del liderazgo de ese momento y cómo se comporta un dirigente en particular en determinadas circunstancias concretas, sea éste sacerdote o profeta, juez o rey.

b. Los personajes – Las personas como fuente de interés

No cabe duda de que los autores de Samuel se interesan profundamente por las personas. Los personajes que van apareciendo no están simplemente ahí para que el lector comprenda determinados acontecimientos históricos. Son, por el contrario, tratados muy en serio como personas reales. Su personalidad y su potencial son objeto de minucioso escrutinio. Sabemos así sus temores y sus anhelos, sus éxitos y sus fracasos, sus ambiciones, sus sueños, lo que se atreven a hacer y lo que no se realiza por pura indecisión. Todos ellos son tratados como personas plenamente responsables de sus actos, debiendo rendir cuentas, por ello de su comportamiento y de las decisiones que toman. Son seres humanos a los que Dios comprende y socorre. Como ejercicio, compensa seguir el curso de su actuación, atentos a las distintas facetas de su

personalidad reflejadas por los autores en un espíritu tanto de análisis objetivo cómo de crítica.

c. El control – Manipulación y gestión

Uno de los principales conceptos que actúa de nexo de unión entre las historias y los intereses de los distintos autores es el del poder, siendo el poder de Dios foco principal. Su poder soberano, su derecho a regir y gobernar, y su capacidad para llevar a efecto sus propios planes y propósitos es objeto continuo de análisis. Yavé, Dios de Israel, es el que unge y designa a gobernantes y reyes. Él es el que ofrece un futuro a Israel, el que recompensa y el que castiga. Pero, junto a todo esto, hay también un interés por el poder humano que va más allá de una mera presentación de información sobre la identidad de los líderes de las naciones. Se explora la naturaleza del poder, cómo puede y debiera ser usado, cómo ha sido, y ciertamente no debiera haber sido, abusado o mal usado. Las maneras en las que el ser humano manipula y ejerce control sobre otros seres humanos se examinan y se comentan en toda su extensión. Cabe incluso ver este tema convertido en uno de los principales criterios en la selección de un grupo en particular de historias y la forma en que se presentan.

d. El Evangelio – Obediencia, relaciones y pacto

Como fondo y en paralelo a todos estos intereses, está el énfasis central, que Samuel comparte, no sólo con los demás escritos del Antiguo Testamento, sino igualmente con los del Nuevo, respecto a Dios y su reino. Ésta es, en efecto, la historia de un pueblo que, como tal, está en relación directa con Dios. Los autores han entendido bien lo que supone esa relación y cuáles son las consecuencias para los que se permiten ignorar las obligaciones y responsabilidades que conlleva. Son historias a manera de predicación más que de narración. La presentación del pacto davídico en 2 Samuel 7 acontece en el contexto de una comprensión de la relación proveniente del pacto iniciado en el Sinaí. Las historias del nombramiento del rey se narran en el marco de la búsqueda de un caudillo capaz que reflejara el carácter y los atributos de Dios para testimonio a las naciones circundantes. Los salmos que aparecen en 1 Samuel 2 y 2 Samuel 22 cumplen la función de marcadores de límites para leer la historia en su totalidad dentro del contexto del Dios que pone en su debido lugar los valores de este mundo, como Roca viviente que da fuerza a los débiles, transforma en éxito los fracasos y anhela colmar de bendiciones a los que le sirven.

Tenemos aquí, a nuestra disposición, personalidades y potencial, marco político y poderío, predicación y oración. Las historias nos llevan a penetrar, además, en el mundo fascinante y siempre diverso de las relaciones humanas en el marco de la creación divina. Nada más trágico podría sucederle a estos relatos, pues, que ser dejados a un lado como historias antiguas que nada tienen que decirnos en la actualidad y pasar entonces a ser relegados al olvido.

Ana: una mujer fuerte en su debilidad

1 Samuel 1–4

1. El hijo (ausente) de Ana (1:1–28)

No hay sección preliminar o introducción editorial a los libros de Samuel. Nada más empezar, nos encontramos inmersos en la historia de una familia en particular. Ya desde su inicio, es evidente el interés del autor por las personas, al tiempo que es asimismo evidente su convencimiento de que es posible saber los caminos y el carácter de Dios en base a su trato con personas concretas. Hay tres personajes iniciales: un hombre, llamado Elcana, y sus dos esposas Ana y Penina. El autor de 1 Crónicas 6:33ss parece presentar a Samuel y a Elcana como miembros de una familia de levitas, pero aquí se tiene la impresión de que Elcana es de la tribu de Efraín. Es muy posible que el Cronista estuviera ahí asociando a Samuel en particular con el clan corazita levita, y ello por el significativo papel desempeñado por él en el entorno religioso de Israel. Sin embargo, también es posible que Elcana fuera un levita que residía casualmente en Efraín. El volumen de información biográfica que tenemos sería normalmente indicativo de persona de prestigio en su círculo. La poligamia no era práctica común en Israel, pero tampoco era algo insólito, en el caso de un hombre rico, que tomara una segunda esposa, sobre todo si la primera era estéril. El orden de presentación de las mujeres por su nombre en el versículo 2, apareciendo Ana en primera posición para luego, quedar relegada a último lugar, parece sugerir que ella era la primera esposa, aunque también pudiera indicar un interés principal por parte del autor.

a. Derechos y responsabilidades de la vida familiar (1:1–3)

Elcana es presentado como un hombre sincero deseoso de hacer lo mejor para el bien de su familia y su religión. El hecho de que tenga más de una esposa aparece sin comentario adicional alguno, al igual que lo son los demás casos de poligamia en Samuel y Reyes, destacando los varios matrimonios de David. Aun así, ahora, al igual que entonces, y al reflejar las tensiones resultantes, el autor parece animar al lector a sacar sus propias conclusiones respecto a la conveniencia de tales matrimonios. Génesis 1:27 y la referencia que el mismo Jesús hace en respuesta a la pregunta relativa al divorcio parecen dejar meridianamente claro que Dios deseaba desde un principio que el matrimonio fuera de un solo hombre con una sola mujer. Puede que no haya discusión explícita acerca de la ética de la poligamia en el Antiguo Testamento, pero con todo, es posible determinar que su práctica no era en manera alguna el camino a seguir

por el pueblo de Dios. En la sociedad actual, el supuesto “derecho a tener hijos” es considerado factor preponderante en un buen número de cuestiones éticas sobre las que la Biblia apenas dice algo de forma explícita. El uso de donantes de esperma o embriones, la manipulación genética y las madres de alquiler son cuestiones que necesitan en la actualidad una muy seria reflexión a la luz no sólo de versículos concretos, sino también de historias como las que encontramos en estos libros. ¡No todo lo permisible en términos legales es necesariamente lo que está bien o es aconsejable!

La principal cuestión objeto de disputa aparece en el inicio mismo del relato: *Penina tenía hijos, pero Ana no los tenía* (2). La mención de la esterilidad de Ana evoca de inmediato la situación de Sara o de Raquel, y la manera en que esa carencia de prole, y su posterior alumbramiento, tuvo un impacto tan grande en sus vidas. La conexión nos lleva a preguntarnos si la esterilidad de Ana es realmente el punto final en su historia. La realidad de la fertilidad de Penina, en contraste con la incapacidad de Ana para tener hijos, es algo que se menciona sin más, pero lo cierto es que tuvo consecuencias imprevistas que terminaron afectando a la familia en su totalidad. Algo que comprobamos efectivamente al brindarnos el escritor, con claro dominio de su oficio, una vista panorámica de la familia al completo. Preocupados por mantener al día el pacto, cada año se desplazaban a Silo *para adorar y ofrecer sacrificio al SEÑOR* (3). Si esto tenía lugar en época de las festividades nacionales o se hacía a título personal en cumplimiento de un voto (21), es algo que el texto no aclara. Lo que debiera, pues, haber sido ocasión de feliz celebración había venido a ser, al menos para las dos mujeres del relato, motivo de celos y sufrimiento. La capacidad del narrador para mostrar pensamientos y sentimientos es realmente notable. La cerrazón de mente evidenciada tanto por Elcana como por Elí se nos antojan las típicas de los hombres de su tiempo, o de cualquier otro tiempo, en su consideración acerca de la mujer; pero el autor, casi con toda seguridad un hombre, está dispuesto a observar, presentar y criticar tan cortas miras. Los libros de Samuel como un todo presentan una serie de luchas por el poder entre unos hombres que parecen ser los más destacados de la nación. Pero se empieza con la historia de una mujer estéril que, precisamente por no tener hijos, se encuentra desamparada dentro de su propia situación familiar. Poca duda puede haber de que se trata de estimular al lector a que se plantee qué es, en la realidad, la vida, qué valor tiene la persona y en qué consiste el auténtico poder.

b. Reparto justo para toda la familia - ¿De bienes y atención?

Se puede cuestionar su poligamia, pero de lo que no cabe duda es de las buenas cualidades de Elcana como hombre de familia. Su deseo era asegurarse de que su familia era tratada adecuadamente y tenía parte en las ordenanzas del sacrificio. A Penina y a sus hijos se les da la porción correspondiente de carne – puede que con vistas al sacrificio, aunque probablemente para la comida de celebración. A Ana, en cambio, se le da una *doble porción*⁵, *pues él amaba a Ana* (5). Al parecer, Elcana era consciente del dolor de Ana y quería hacer algo para aliviarlo, pero su gesto no hace

sino exacerbar aún más los ánimos. No se dice de forma explícita que Penina no fuera amada lo mismo que Ana, pero cabe esa posibilidad. Penina suscita nuestra simpatía, a pesar de su cruel y reprehensible trato hacia Ana. Si era segunda esposa con el único objeto de dar hijos a Elcana, esa doble porción dada a su rival acentuaría aún más su estatus secundario, al tiempo que subrayaba también el patente fracaso de Ana como mujer y madre frustrada. Esta lamentable situación nos recuerda los celos de Sara con respecto a Agar y la terrible rivalidad entre Raquel y Lea.⁷ En el caso que nos ocupa, la posición de ambas mujeres no tiene nada de envidiable y el autor hace lo posible por despertar nuestras simpatías.

c. Considerando otras posibles posturas (1:8)

En lo que respecta a Elcana, puede que, en efecto, sufriera por la situación, pero comprenderla iba más allá de su capacidad. Puesto que Penina tenía varios hijos, varones incluidos, la esterilidad de Ana, tragedia insoportable para ella, era a sus ojos un inconveniente menor. Si él no le concedía importancia alguna, ¿por qué ella sí? Él la amaba, y no le importaba que no le hubiera dado hijos. ¿No era eso suficiente? Para Ana, con el recordatorio continuo de los hijos de Penina, como testimonio patente de que el amor sin hijos no bastaba, esa actitud conciliatoria suya era como echar sal en una herida. Quizás si hubiera dicho “¿No eres tú para mí mejor que diez hijos?” en vez de ese “¿No soy yo para ti mejor que diez hijos?”, Ana lo habría encontrado más convincente. Pero Elcana parece incapaz de ver las cosas desde una perspectiva que no sea la suya. Es de gran ayuda para todos aquellos que sienten que su desgracia no es comprendida, y no sólo en el caso de las mujeres, saber que la situación en sí y, más particularmente, que el Señor que respalda esa situación, no participa de las limitaciones de Elcana. Es todo un reto para cualquiera de nosotros tratar de ir más allá de nuestra propia perspectiva y ver a través de los ojos de aquellos a los que amamos y querríamos consolar.

d. La oración: compartir, suplicar, aceptar – y en última instancia consolar (1:9–10)

La profundidad de la desdicha de Ana es vivamente presentada. *Ella, muy angustiada, oraba al SEÑOR y lloraba amargamente* (10). Elcana no la entendía y el único recurso que le quedaba era volverse a Dios. Estaba, además, convencida de que Él era quién cerraba su vientre (5) y por eso era el único con poder para remediarlo. Dado que la situación venía sucediéndose a lo largo de años, es más que probable que Ana hubiera ya abierto su alma a Dios en ocasiones anteriores. Ana da por sentado que Dios comprenderá su situación y su desdicha, y que va a estar dispuesto a escucharla. Puede que ya hubiera experimentado cierto alivio obrando así en anteriores ocasiones. No hay que infravalorar nunca la importancia de la oración a la hora de compartir pensamientos y estados de ánimo, desdichas y alegrías, con Aquel que todo comprende. En esta ocasión, sabemos que el más profundo deseo de Ana se ve cumplido, pero ese hábito suyo de seguir perseverando parece apuntar a un cierto

grado de consuelo en esas anteriores ocasiones sin respuesta.

Ana parecía estar convencida de una intervención directa de Dios (o de la ausencia de la misma) en esa esterilidad suya. Era Él el que no le concedía hijos. Dado el entorno cultural, no cabía pensar en un propósito de Dios que acabaría en una bendición aun mayor. Es posible, entonces, preguntarse si Ana hubiera soportado mejor la falta de descendencia a la espera de esa bonanza. Puede incluso que ese alivio temporal que le habían proporcionado las bendiciones en el pasado tuviera su origen en ese pensamiento positivo. Sea como fuera, lo indiscutible es que no llegó a ser una certeza plena. Para los creyentes de hoy que quisieran tener hijos y no lo consiguen, ciertamente también presionados por circunstancias personales y sociales, pero con una más amplia comprensión de la multiplicidad de posibilidades en los propósitos de Dios de lo que era posible en tiempos de Ana, puede que merezca la pena preguntarse si, en su caso concreto, no habrá “cerrado Dios los vientres” con un propósito determinado. Los tratamientos para la fertilidad pueden ser vistos como un regalo de Dios, pero no es la única forma de solucionar el problema. En ocasiones, se malgastan años enteros de la vida de una pareja probando diversos tratamientos en auténtica *angustia del alma* (10), cuando bien pudiera haber sido que la aceptación de la situación proporcionara a un tiempo paz y realización por otros caminos. No siempre es fácil discernir cuándo está bien seguir luchando en oración, tal como Ana hizo, y cuándo es mejor reconocer, como el apóstol Pablo, que llega un momento en el que hay que dejar de orar por una situación, reconociendo que la gracia de Dios colma con creces nuestras necesidades.

e. Responsabilidades pastorales (1:11–20)

Elí, ya anciano, con sobrepeso y además bastante falto de vista (4:14–18), estaba sentado junto al poste de la puerta del templo. Puede incluso que estuviera dormitando, y que la oración de Ana fuera un susurro apenas audible para no estorbar su sueño. Esa falta de sensibilidad pastoral por parte de Elí sería más comprensible si obedeciera a la ofuscación momentánea tras el sueño, pero, lo más probable es que indicara negligencia por su parte. Santiago nos advierte que los que se erigen en maestros recibirán “un juicio más severo”¹⁰ y que todos cuantos asuman responsabilidades pastorales tendrán asimismo que dar cuenta de sus fallos. Sea como sea, lo cierto es que Elí reaccionó adecuadamente al dirigirse Ana a él, dándose perfecta cuenta de lo que le ocurría a la mujer. Elí llega incluso al extremo de darle su bendición, y Ana se siente entonces reconfortada y en paz en su interior. No es que las oraciones de Elí tuvieran más probabilidades de éxito que las suyas propias. En ninguna parte del Antiguo Testamento se dice que las oraciones de los sacerdotes tengan mayores probabilidades de éxito que las de cualquier otro israelita que demostrara fe. Puede ser, en cambio, que la respuesta de Elí confirmara su confianza de ser escuchada y comprendida en su desesperación, siendo ésa la fuente de su paz, y no la convicción de que esta vez tuviera el hijo tan deseado. La oración tiene que ver con las relaciones personales. Hablar con Dios nos capacita para comprender un poco mejor qué significa

relacionarse con Él, descansando entonces más confiadamente en la seguridad de su presencia. Orar en compañía puede ser de gran ayuda en este sentido. Es evidente que la oración hecha en silencio ante Dios puede ser de gran bendición, pero Él a menudo se sirve de la oración formulada en compañía para comunicar consuelo y seguridad a los corazones contritos. Los líderes cristianos deberían tomar en serio su responsabilidad de orar con cuantos acudan a ellos solicitando ayuda. Resulta a veces demasiado fácil confundir la desesperación con la ebriedad, o descalificarla con cualquier otra posible excusa, cuando una escucha atenta, una palabra amable y una oración conjunta podrían proporcionar un alivio muy grande.

En el caso que nos ocupa, la paz que la oración proporciona a Ana le permite recuperar la compostura y poder comer y participar en el culto de adoración familiar, con Penina a buen seguro presente, antes de emprender el camino de vuelta a casa. Según parece, no se produjo un cambio inmediato en las circunstancias de Ana, pero *a su debido tiempo* (20) concibe el hijo tan deseado dando a luz a Samuel. El nombre que se le pone, al igual que en tantas otras ocasiones en el Antiguo Testamento, hace referencia a las circunstancias de su nacimiento. Al pronunciarlo en lengua hebrea, suena algo así como “Dios ha escuchado”, y no cabe duda de que Ana se aplicaba el caso. *El SEÑOR se acordó de ella* (19) no es expresión común en el Antiguo Testamento, lo cual sitúa a Ana en la misma categoría que Noé, Abrahán, Raquel y el pueblo de Israel en Egipto. Ana era tan importante para Dios como todos esos grandes personajes.

f. Tomándose en serio las promesas (1:21–28)

Sea cual sea el voto hecho por Elcana (21), es evidente que se lo había tomado muy en serio. Y si bien en los cuatro años siguientes Ana no acudió a Silo, no cabe duda alguna de que su familia sí lo hizo. Ana también se había tomado muy en serio su voto. Hubiera sido fácil olvidarse de unas palabras pronunciadas en un estado de práctica enajenación, o desestimarlas como excesivas. Pero Ana era muy consciente de lo que había dicho en esa ocasión y pensaba mantenerlo. Hacer promesas a Dios es un asunto muy serio. Eclesiatés 5:1–7 ofrece un debate al respecto, concluyendo que “es mejor no comprometerse con un voto que hacerlo y no cumplir”. Tal vez debiéramos escuchar con mayor atención las oraciones (incluidas las que forman parte de los himnos de culto) que pronunciamos o que son pronunciadas a favor nuestro. Comprometernos con una vocación de vida santificada, o con hacer entrega a Dios de nuestras vidas, no es cuestión de sentirse a gusto con uno mismo en las celebraciones religiosas. Las repercusiones en el día a día son algo muy serio que afecta a nuestra vida y a nuestra conducta.

La oración de dedicación de Ana, reflejada en el versículo 11, puede ser vista como un intento de sobornar a Dios. A cambio del privilegio de la maternidad, Ana está dispuesta a entregar su hijo a Dios para que le sirva. Sin embargo, aunque estuviera presente un elemento de interés personal en su deseo de ser madre, no puede decirse que eso fuera el global de la historia. Si realmente entendemos la bondad de Dios y apreciamos en verdad sus dones, surge en nuestro interior un deseo prácticamente

incontrolable de responder al máximo de nuestras posibilidades. El amor de Dios nos inspira a un tiempo gratitud y consagración. Es muy probable que, en lo profundo de su corazón, Ana no quisiera sólo ser madre, sino que, lo que quería era un hijo para dedicarlo al servicio de Dios. Es posible que el deseo de ser madre obedeciera en parte a ese propósito. También que el hecho de que Samuel creciera y se criara en el templo fuera visto por Ana no como un sacrificio terrible, aunque necesario, sino como un motivo de genuino gozo, aun a pesar del lógico dolor que pudiera suponer. Muchas parejas creyentes han elevado sus oraciones para que sus hijos llegaran a ser instrumentos al servicio de Dios y han venido así a experimentar la paradoja de sentir a la vez pena y alegría al ver contestadas sus oraciones, incluso en el caso de tener que ver partir a sus hijos para trabajar en tierras lejanas y peligrosas.

Fuera ésa o no la actitud de Ana, lo que sí resulta evidente es que estaba convencida de que en su siguiente visita a Silo dejaría a Samuel con Elí, o más bien con el Señor. Pero, para hacerlo, primero había que esperar a destetar al niño. En aquellos tiempos se tardaba mucho en dejar de amamantar a los niños. Lo normal era esperar hasta que cumpliera los tres años de edad, e incluso puede que no fuera destetado del todo hasta los cinco. Samuel sería muy joven, pero no necesariamente un niño pequeño al llegar a Silo. Samuel debió saber, en cuanto tuvo edad para comprenderlo, que era un niño especial, dedicado al servicio de Dios. Incluso es probable que esperara con ilusión ir a Silo, de la misma manera que algunos niños esperan con alegría el momento de ir al colegio. La declaración que se hace al final del capítulo, que Samuel “*adoró allí al SEÑOR*” (28), puede ser un intento deliberado de mostrar que, aun echando de menos a su familia, quedarse allí no supuso el trauma que el lector occidental puede imaginar.

Elcana se alegraba también de que Ana pudiera cumplir con su compromiso, y debió ser él quién proporcionó los animales necesarios para el sacrificio con motivo de la llegada de Samuel al templo para quedarse. Se deduce claramente del texto, sin embargo, que en esta ocasión fue Ana la que tomó la iniciativa. La idea que se suele tener es que las mujeres apenas participaban en las ceremonias religiosas de Israel, pero ésa no es precisamente la impresión que aquí se tiene. Había sido Ana la que había hecho el voto, dedicando a Samuel al servicio de Dios, e iba a ser ella misma la que lo cumpliera hasta el final. La relación que ella tenía con Dios estaba muy clara. Un compromiso con Dios siempre supone un compromiso en función de la comunidad a la que se pertenece. Pero relacionarse de forma inmediata con Él no es ya sólo cuestión de formar parte de una comunidad o una nación o una iglesia. La responsabilidad individual no puede ser dejada a un lado pensando que en tanto en cuanto los líderes responsables – ya sea de la nación o la iglesia o de la familia – cumplan con su cometido, la persona queda cubierta a título individual. La fe de Ana no se reducía a la práctica del culto familiar, ni tampoco los animales ordenados sacrificar por su marido anulaban su compromiso.

2. El cántico de exultante acción de gracias de Ana (2:1–11)

La vida de Ana había cambiado por completo. Ya no era una mujer estéril, ahora era

madre de un varón. En confiada gratitud, había dedicado a su hijo a Dios renunciando a sus derechos como madre. Esa dádiva, según comprobaremos al irse desarrollando la historia, iba a entrañar un gran cambio en el pueblo de Israel. Sin embargo, en este momento la atención no se centra en Samuel, sino en la muestra de adoración personal que Ana evidencia en ese salmo. Que sea un salmo o no de composición propia carece aquí de importancia. Su lenguaje refleja el de otros salmos, si bien éste en concreto no aparece repetido en ningún otro libro del Antiguo Testamento. Lo que de verdad importa ahora es que dice lo que Ana realmente quería expresar en ese momento a tenor de su propia vida y desde su experiencia.

El hecho de presentar una ofrenda especial de alabanza a Dios no era algo insólito en celebraciones de carácter especial. La mayoría de nosotros hemos experimentado esa sensación de rebosar de gratitud hacia Dios por alguna experiencia gozosa; y no por motivos realmente importantes, como el nacimiento de un hijo o la primera vez que contemplamos la grandeza abrumadora de una catarata o la alegría de avistar una cara conocida en medio de una multitud, sino en ocasiones normales y corrientes como la perfección de esa rosa que alguien ha dejado en un búcaro para nuestro disfrute o el alivio al comprobar que hemos llegado justo a tiempo para completar una gestión complicada. Hay un tipo de agradecimiento que va más allá del significado del evento. Aun así, ¡cuántas veces experimentamos el gozo para, después, seguir adelante con nuestra rutina como si nada hubiera pasado, sin detenernos siquiera unos instantes a reflexionar en lo que ha ocurrido, a diferencia de lo que Ana hace aquí!

a. Reflexionando acerca de la vida según viene (2:1–11)

No era inusual que las mujeres reflexionaran teológicamente respecto a sus circunstancias y expresaran después sus conclusiones mediante un cántico. Miriam y Débora son ejemplos bien conocidos de ello, y, posteriormente, María quizás se sirviera del cántico de Ana para su propia reflexión.¹³ Sin embargo, persiste el hecho de que el privilegio de presentar la principal introducción teológica a toda la historia de la monarquía israelita le corresponde por entero a Ana. No es probable, pues, que el hecho sea irrelevante. Hoy día, muchos creyentes cristianos, tanto hombres como mujeres, eluden la responsabilidad de reflexionar teológicamente acerca de lo que pasa a su alrededor y a ellos mismos, de detenerse a meditar en lo que significa que Dios esté comprometido con su mundo. Dan por sentado que los expertos se encargarán de hacerlo. Pero, a la vista del consuelo y el estímulo que el cántico de Ana puede suponer para todos aquellos que estén enfrentándose a fuerzas opuestas poderosas, puede que ¡debiéramos regocijarnos en que Ana no dejara esa tarea a cargo de Elí y los otros sacerdotes! Las creencias y las experiencias no han de gestionarse de forma individual y aislada, como si fueran algo ajeno al resto de nuestra existencia. Todos tenemos la obligación de aunarlas, de pensar en ellas conjuntamente en un intento por comprender qué es eso que nos ha pasado a la luz de nuestra fe, y cómo nuestra comprensión de la forma de obrar de Dios puede ir creciendo a la luz de nuestras propias experiencias.

Los libros de Samuel y Reyes se ocupan de relatar la tan a menudo triste historia de la lucha por el poder en el seno de Israel, según reyes y aspirantes al trono competían por la primacía. Luchas en las que rara vez se tenían en cuenta los propósitos de Dios. Pero la historia que nos ocupa empieza justo aquí, con una reflexión acerca del poder y la indefensión, y con la actitud de Dios respecto al comportamiento humano en relación al estatus. Y todo se nos ofrece justamente por boca de una mujer en apariencia insignificante. Ana cuenta la omnipotencia de Dios y la arrogancia injustificada de unos seres que carecen de auténtico poder. Completamente consciente de su propia debilidad, Ana se ve, en cambio, fortalecida por Dios mismo, pasando a disponer de un poder no pensado para controlar a los demás, sino para vivir a la luz y al amparo de las fuerzas provistas por Él. Esta realidad experimentada iba a serles igualmente necesaria a esos futuros reyes, siendo ésta, probablemente, la razón de que los encargados de dar forma definitiva al libro incluyeran ahí el cántico de Ana. Se trata, pues, de un mensaje que debería ser tenido en consideración en la actualidad por gentes y naciones, y por iglesias y organizaciones; sobre todo, allí donde se confíe en exceso en la capacidad humana y la valía del gobierno humano, subestimando así nuestra humana dependencia de Dios. Pero, lo cierto es que Dios trastoca los planes meramente humanos. Ana llegó a ser plenamente consciente de ello, y lo mismo debiera ocurrir en nuestro caso. El cántico de Ana bien merece, pues, un análisis detallado.

b. Gozo y seguridad en la Roca

En el versículo 1, Ana manifiesta su gozo al meditar en la nueva circunstancia de su vida por intervención directa de Dios. El *cuerno* que menciona (literalmente así en el hebreo original) simboliza la fuerza, y por eso es exaltado o puesto en prominencia. En Yavé, el Señor, ella ha encontrado una razón de ser y una fuente de gozo, lo cual le permite gloriarse. El término “cuerno” aparece de nuevo en el versículo 10 a modo de *inclusio*, técnica utilizada para marcar un límite en cada extremo del cántico. Sin embargo el tema principal hace su aparición en el versículo 2. La base y razón de su alegría, de su fe y de su entendimiento es el carácter y la intervención del santísimo Dios de Israel, el cual, a semejanza de una sólida roca, le proporciona a Ana las fuerzas y la estabilidad que necesita. Esta imagen de Dios como Roca la encontramos también en el cántico de Moisés, y vuelve a ser utilizada por salmistas y profetas, incluido David en el salmo recogido al final de 2 Samuel.¹⁵ Bien pudiera ser, entonces, que todos ellos tuvieran presente los acontecimientos de Éxodo 17, cuando el agua que mana de la roca en medio del desierto refresca a un sediento y quejumbroso pueblo de Israel. Y tanto si es así como si no, lo importante aquí es que el creyente está llamado a centrar su gozo en Dios mismo, y no tan sólo en sus bendiciones; la roca es lo importante, no el agua que pueda fluir de ella.

c. Fuerza a partir de la debilidad

Estos versículos parecen meditar en lo que podría ser visto como las circunstancias

inesperadas de la vida. Los reveses de la fortuna van a afectar por igual al luchador y al débil, al bien alimentado y al hambriento, a la mujer fértil y a la de vientre estéril. Se nos dice, en 1 Samuel 2:21, que Ana tuvo seis hijos, pero puede que se esté dando a entender que, incluso con el nacimiento de uno sólo, ella sentía que había alcanzado la total plenitud que representa una familia de siete. Es importante reconocer, asimismo, que, al igual que una debilidad presente no supone un estado final o definitivo, la fortuna que puede estarse disfrutando no es algo de lo que uno deba vanagloriarse. Dios sabe lo que en verdad va a ocurrir y Él es quien sopesa las acciones. Sus juicios pueden terminar en un cambio radical de unas circunstancias determinadas. La carta de Santiago presenta consideraciones en esa línea. Pudiera ser, pues, que estuviera reflexionando acerca, precisamente, de este cántico en el momento de redactar su epístola.

d. El estatus lo determina Dios

Resulta evidente que el afán por labrarse una posición y conseguir un estatus, rasgo característico en las relaciones humanas, es en realidad una pérdida de tiempo. En verdad, es *el SEÑOR [el que] da muerte y da vida* (6), el que nos hace humildes o nos exalta. Sus acciones obedecen a su propio consejo y sus juicios no pueden ser provocados o controlados por voluntad humana. Dios puede transformar vidas. Puede tomar al más mísero e infeliz de los seres y convertirlo en príncipe poderoso. La tierra entera le pertenece. Lo que va a contar no será la posición y el estatus, sino el deseo de andar rectamente y con fe en su persona. Él será el que proteja a los que se muestren obedientes y en confiada espera, es decir, a *sus santos*, pero habrá otros a los que sólo les aguarde el juicio. *No por la fuerza ha de prevalecer el hombre* (9), al menos no por la fuerza humana. Y todos cuantos opongan resistencia a la voluntad de Dios acabarán aplastados por sus propios designios.

El llanto desesperado de Ana había sido transformado en gozo sin igual, su *retoño* había venido a ser *exaltado*. Y el Señor, que había hecho eso por ella, *dará fortaleza y ensalzará el poder de su ungido* (10). Es posible, incluso, que Ana fuera consciente de que su experiencia de la actuación de Dios en su vida fuera representativa de su actuación con todos aquellos a los que elige bendecir, líder nacional incluido. No había aún rey en Israel, pero tal vez Ana fuera la expresión de un movimiento de opinión favorable a la monarquía como medio para avanzar. Pero también es posible que esta referencia final al rey de Israel fuera añadido *a posteriori* por un editor tardío que deseara hacer del cántico de Ana una más apropiada introducción a la historia de la monarquía en Israel. Y no cabe duda de que la referencia al rey designado, como receptor de una fuerza que tiene su origen en Dios, es un muy apropiado nexo de unión con la narración en sí.

e. La marcha hacia delante

Se nos informa ahora que Elcana y Ana regresan a su casa en Ramá y que Samuel se

quedó en el santuario junto a Elí, *[sirviendo] al SEÑOR* (11). Y así iba a seguir siendo, consagrado al servicio del único y todopoderoso Dios, la Roca santa en la que su madre se había regocijado.

3. Un sucesor de Elí (2:12–36)

El principal propósito de los libros de Samuel es presentarnos los antecedentes de la historia de Israel y, muy en particular, de la relación de Dios con su pueblo en los tiempos de la monarquía. Pero la historia de una nación se compone de sucesos ocurridos a personas concretas y el autor ofrece aquí muy eficaces retratos de los distintos personajes. El hecho de la responsabilidad humana – que quiénes seamos y lo que hagamos marca la diferencia respecto al desarrollo de la vida de la comunidad y a la manera en que Dios nos trate – se da por sentado. Incluso en estas primeras etapas, es evidente la relación entre los libros de Samuel y el Deuteronomio. El Deuteronomio quiere dejar bien claro lo que significa el pacto entre Dios e Israel, así como las responsabilidades de las personas y de la comunidad como tal bajo ese pacto. Samuel nos hace ver que la teoría y la práctica van de la mano — ¡o puede que no siempre!

a. La religión sin fe es un absurdo peligroso (2:12–17)

Ofni y Finees se nos presentan como unos jóvenes disolutos e indignos que veían en el sacerdocio un medio para sus propios fines. Estos jóvenes *no conocían al SEÑOR* (12). Lo que significa, en realidad, que Dios no les merecía consideración alguna. Su existencia se había desarrollado en el ámbito de la religión. Esa actividad ocupaba su tiempo y llenaba sus bolsillos. Pero, aun así, seguían sin tener un conocimiento verdadero de Dios. No ha de sorprendernos, pues, que se permitieran *menospreciar* la ofrenda del SEÑOR (17). El deseo de servir a Dios no tenía cabida en sus planes. No temían el poder de Dios o de su juicio y eso viene a significar que, en realidad no creían en su existencia.

Su historia es una advertencia a todos cuantos tratan la religión como medio para alcanzar sus propios fines. El autor quiere que todos y cada uno de los lectores sean meridianamente conscientes de la importancia del pecado y sus consecuencias. El ejemplo de los versículos 12–17 puede parecerle al lector de hoy un tanto oscuro y hasta trivial. Como sacerdotes, tenían derecho a una parte de lo sacrificado, pero ellos querían que se les entregara antes de que se consumara el sacrificio. Ahora bien, ¿qué importancia podía tener eso? Lo habitual era que el sacerdote metiera el tridente en la olla y se quedara con lo que saliera enganchado; pero, dado que en Levítico no aparece semejante práctica, cabe pensar que ese sería, a su vez, un arreglo ventajoso sobre la norma establecida. Puede, entonces, que se nos esté dando todo tipo de detalles para hacernos ver que la alteración de la norma no era el auténtico problema. El pecado radicaba en considerar los sacrificios como medio de ganancia personal. El derecho de los demás era violado sin miramientos, y lo estipulado por Dios en cuanto a la obligación de quemar primero toda la grasa era ignorado sin escrúpulo alguno.

Ofni y Finees estaban ensoberbecidos por su autoridad como sacerdotes; lo que la gente pudiera querer, o lo que Dios deseara, era irrelevante. Además, no es que estuvieran inadvertidamente obrando de forma distinta, sino que estaban actuando con toda deliberación y prepotencia en contra de lo que sabían, o debían saber, que era contrario a la norma. Como sacerdotes, eran responsables de cumplir con lo ordenado por Dios, ayudando a las gentes a servirle. Pero optaron por dejar a un lado toda consideración posible, abusando de su posición y del respeto a los líderes religiosos asumido por el pueblo, para satisfacer su propia avaricia. Al lector, con el ejemplo de Ana todavía reciente, el comportamiento de los hijos de Elí le resultará tan estúpido como perverso. Dios no iba a tolerar semejante presunción. Puede que, en la actualidad, el uso indebido del poder por parte de los líderes religiosos adopte formas distintas, pero seguirá siendo igual de condenable. Aprovecharse de la deferencia y el respeto mostrado por los creyentes hacia los que ostentan un cargo de autoridad dentro de la iglesia es práctica ciertamente aborrecible. Con todo, puede que se nos esté, asimismo, indicando que debería observarse un respeto semejante hacia todos aquellos que trabajan para Dios, como fiel reflejo del carácter divino, en vez de concederse de forma automática a cualquiera que ostente un cargo en particular. Tal vez las personas estuvieran siendo víctimas de esos sacerdotes, pero cabe plantearse si no habría un cierto grado de complicidad en lo que estaba pasando.

b. El uso y abuso del poder (2:19–24)

Difícilmente podría ser más acusado el contraste entre el burdo materialismo de Ofni y Finees y la inocencia sin doblez de la saga familiar de Samuel, con el trasfondo de una madre que confecciona túnicas año tras año y el niño sirviendo feliz en el santuario. Se nos informa, sin embargo, que el ministerio de Elí, de bendición en oración, seguía activo en paralelo con los abusos de sus hijos. Al mismo tiempo, y a la vista de un sistema que se ha vuelto injusto, Samuel aprovechaba para *ministrar delante del SEÑOR* (18) – con toda probabilidad, bajo la tutela de Elí y en consonancia con sus pocos años. Cuando detectamos corrupción en el seno de una iglesia o de una denominación, resulta tentador dar por sentado que la totalidad del sistema se ha contaminado y que Dios ha optado por mantenerse al margen. Pero Samuel *crecía delante del SEÑOR* (21), y ello estando expuesto a la corrupción circundante. La bondad puede sobrevivir en presencia del mal y es responsabilidad del creyente fomentarla y vivirla. Aun condenando severamente a los hijos, Dios sigue usando a Elí para mostrar favor y gracia a Ana y su familia.

Sin embargo, es evidente que Elí conocía el comportamiento de sus hijos. Éstos, no sólo demostraban palpablemente su desprecio por el culto de los sacrificios, sino que también tenían que ver con las prácticas de la prostitución reglamentada. Lamentablemente, el abuso del cargo por parte de los líderes religiosos en relación a las prácticas sexuales en el santuario sigue siendo un hecho en la actualidad. Práctica aborrecible y por completo ajena a los planes de Dios, es hoy tan condenable como entonces. Elí no tomaba parte en los desmanes de sus hijos, e incluso les amonestaba

por lo que estaban haciendo. Pero ellos no hacían caso de sus palabras. Esa falta de disposición suya para escuchar evidenciaba un claro desprecio al poder de Dios, pero el narrador lo presenta, paradójicamente, como manifestación del mismo. Ellos no estaban dispuestos a escuchar, *porque el SEÑOR quería que murieran* (25). Por su parte, creían controlar la situación, aunque no podían estar más equivocados.

c. La importancia de la disciplina familiar (2:25–26)

Elí reprendió a sus hijos, pero no hizo nada para evitar que siguieran obrando de ese modo. Puede que, dada su avanzada edad, ya no ejerciera control alguno sobre la situación. Aun así, el texto parece dar a entender que era una muestra más de la debilidad de carácter de un hombre bienintencionado pero irresoluto. Le asistía el derecho a deponer a sus hijos del cargo, pero no hizo nada al respecto. Son muchos los ejemplos en las Escrituras, destacando el caso de David, en los que la dirección paterna falla a la hora de guiar y disciplinar desde un primer momento, generando un problema aún más grave con el paso del tiempo. La lealtad a la familia y el amor a los nuestros es algo encomiable, pero en nada aprovecha si se utiliza como excusa para no intervenir donde se han traspasado los límites.

Puede que Elí se viera incapaz de corregir a sus hijos, pero en cambio es un hecho innegable su éxito en la tutela parental de Samuel. Sus hijos habían ofendido a Dios y a la gente, pero *Samuel crecía en estatura y en gracia para con el SEÑOR y para con los hombres* (26). Y aunque es posible que el propio carácter de Samuel fuera el factor principal de ese éxito, a Elí también le ha de corresponder parte de esa gloria.

d. Se acabó lo que se daba (2:27–36)

El capítulo acaba con una extensa profecía de un hombre de Dios que no nos es dado a conocer. Resulta interesante que, habiendo sido los pecados reseñados hasta ahora los de sus hijos, la profecía vaya dirigida en primera instancia al propio Elí. Su familia había recibido la promesa de un ministerio perpetuo (como miembro del clan de Aarón, tenía participación en la comisión sacerdotal). Pero su permanencia estaba condicionada a la fidelidad en el puesto por parte de toda la familia. La deshonra de Dios causada por la rama de Elí había puesto en el candelero la continuidad de la comisión. La tentación de pensar que cualquiera podía actuar con independencia de lo demandado por Dios, reteniendo pese a ello los privilegios y la aprobación divina, ha sido un hecho frecuente a lo largo de la historia. Éste es uno de los diversos pasajes en las Escrituras que vienen a dejar patente lo equivocado de ese pensamiento. Las promesas de Dios nunca pueden ser utilizadas para respaldar acciones de suyo pecaminosas.

La corrupción de la casa de Elí había sido evidente para toda la comunidad y su caída iba a serlo igualmente. Ezequiel ofrece una extensa disertación sobre la relación existente entre la responsabilidad conjunta e individual de un clan familiar, pero la responsabilidad de Elí, en este caso, es del todo suya y no tiene por qué asociarse a la

de sus hijos. En cierta medida, él también había despreciado el sacrificio debido a Dios (29). Según apuntan todos los indicios, a pesar de condenar la conducta de sus hijos, Elí no había sido capaz de resistir la tentación de las sabrosas tajadas de la ofrenda. Al comer esa carne o, tal como lo expresa el narrador, *engordándose con lo mejor de cada ofrenda* (29), Elí había venido a participar del pecado de sus hijos. Todos se habían beneficiado por igual de los privilegios materiales que conlleva el sacerdocio, pero obtenidos en su caso fraudulentamente. Como resultado de todo ello, los hijos iban a perecer y sus descendientes tendrán que suplicar para que se les permitiese servir para siquiera poder comer.

Algo de consuelo le queda aún a Elí de parte de Dios *en todo ese bien que hago a Israel* (32), consuelo efectivo para un anciano sacerdote al que no podía negársele su consagración al bien del pueblo. Con todo, su familia iba a dejar de participar en el sacerdocio. Una rama alternativa ocuparía ahora su lugar. Las probabilidades no apuntaban a la candidatura de Samuel, lejos como estaba de la línea de Aarón. Un posible candidato era Sadoc, que había servido a las órdenes de David. Esta imagen de una genealogía electa, cuyos integrantes habían traicionado su llamamiento, siendo entonces desechados para poner en su lugar a un nuevo candidato, nos prepara para la historia de Saúl y su familia y cómo les acabará sucediendo en el trono un advenedizo, el pastor David. Para los cristianos, cabe leer en esa profecía otro mensaje más. El más *fiel sacerdote* y el auténtico *ungido* (35) va a ser exclusivamente el Señor Jesús.

4. El llamamiento de Samuel (3:1–4:1)

La familia de Elí había sido rechazada para el sacerdocio, pero no iba a ocurrir en modo alguno que Dios dejara de obrar en el seno de Israel. La alternativa sacerdotal de la línea de Elí puede que fuera Sadoc, pero al situar el llamamiento de Samuel inmediatamente después del rechazo del anciano sacerdote se pone de relieve que, al menos en términos de un liderazgo nacional, Samuel es considerado el sustituto de Elí y sus hijos.

Lo que averiguamos aquí respecto a Elí está en consonancia con lo visto hasta el momento. A pesar de sus inseguridades, tiene un deseo genuino de servir a Dios y está más que dispuesto a hacer de mentor de la joven promesa que es Samuel. No siempre es fácil traspasar cargo y responsabilidades al que viene a sustituirnos, y la buena disposición de Elí habla a su favor, en contraste con lo que manifestará Saúl cuando le llegue a él el momento, con sus esfuerzos por hacer cuanto está en su mano para evitarlo. La generosidad hacia los que están destinados a reemplazarnos es signo de auténtica gracia y buen corazón – sobre todo, si somos desplazados como consecuencia de nuestros propios errores.

a. La escucha que lleva a la acción (3:1–7)

La experiencia de Samuel en la quietud de la noche es algo del todo insólito e inesperado. La cuestión es que no sólo parecía estar creciendo conforme a lo que era

de esperar de un joven en el ámbito de su comunidad, sino en claro contraste con unos tiempos en los que *la palabra del SEÑOR escaseaba* (1), y ello incluso entre los sacerdotes. Según todos los indicios, Samuel era un muchacho de carácter tranquilo y equilibrado, y muy dispuesto a ir de un lado a otro en el santuario haciendo cuantas tareas le encomendaba Elí. No hay indicación alguna de que asumiera por sí mismo la responsabilidad de cuidar de otros o que tuviera una relación muy especial con Dios (7). *Servía delante del SEÑOR* (2:11) y, asimismo, *crecía en su presencia* (2:11), pero a su edad, y al igual que Ofni y Finees, *no conocía aún al SEÑOR* (7) de forma personal. La diferencia estaba en que, en base al conocimiento que tenía, *“crecía en estatura y gracia para con el SEÑOR y para con los hombres”* (2:26). Para el muchacho, servir a Dios significaba servir a Elí en el templo, y eso era lo que hacía de buen grado.

El relato de su primer encuentro personal con Dios se nos presenta en forma de una llamada. Resulta fácil imaginar al muchacho dormido en el área privada del santuario. Si a Samuel se le permitía dormir en el aposento *donde estaba el arca* (3), sería porque su grado de integración en la familia de Elí era ya considerable. Lo cual viene asimismo a informarnos sobre una cierta relajación en la observancia de las normas relativas al arca y su cuidado. El arca no desempeña ningún papel importante en esta historia en particular, y es más que probable que su mención sea un mero recurso del narrador como anticipo de las historias que vendrán a continuación, donde sí va a tener una función específica. En su conjunto, estos capítulos ponen de relieve la pericia de su autor a la hora de contar una historia. Suele ser el caso, sin embargo, que el conocimiento previo de lo que va a suceder embota nuestra capacidad de reacción. Pero para todos aquellos que lean por vez primera el relato, el ritmo y gradación de los acontecimientos les va a mantener sobre ascuas.

Poco antes del amanecer, Samuel es despertado por una voz que no sabe de dónde proviene, lo cual le lleva a saltar de la cama y dirigirse a toda prisa adonde se encontraba Elí. Puede que ése no fuera un hecho poco usual. Y es más que probable que el anciano y obeso Elí, perdida además casi por completo la facultad de la vista, necesitara con cierta frecuencia ser ayudado a hacer sus necesidades por las noches. Puede incluso que hablara él mismo en sueños y no supiera bien si realmente era Elí el que había hablado o no. Dice mucho a favor de Samuel que reaccionara sin dilación a horas tan intempestivas, aparentemente, además, sin una queja, y ello incluso después de comprobar que no se había solicitado su ayuda. Y también puede que se nos esté preparando para ver en el joven a un candidato ya dispuesto y digno de recibir una palabra profética.

b. Aprendiendo en compañía (3:8–14)

Después de tres interrupciones seguidas por parte de un Samuel en estado de alerta, Elí empieza a darse cuenta, por fin, de que algo está ocurriendo y que es muy probable que Dios esté obrando en alguna manera. A buen seguro, Dios podría haberse dado a conocer a Samuel sin la intervención de Elí, y el que no lo hiciera así, sirviéndose en cambio de un Elí ya anciano y achacoso para llevarle a un conocimiento más

profundo de Dios y su palabra, ha de tener su razón. Quizás la tarea del anciano sacerdote estuviera llegando a su fin, pero aún no había concluido. Este dato tiene que servir de estímulo para todos aquellos que piensan que con la edad se deja de ser útil. Ciertamente que Samuel estaba creciendo “en estatura y en gracia para con el SEÑOR y para con los hombres” (2:26), pero Elí, a pesar de su edad, todavía tenía algo que enseñarle. La palabra de Dios le iba a llegar ahora a Israel por vía conjunta de un muchacho y un anciano. Ocasión propicia que remite de nuevo al interés inicial en el poder de Dios y el poder con que inviste a los que carecen de él. Un joven inexperto, un sacerdote decrepito y una mujer estéril vienen a ser instrumentos significativos de los propósitos de Dios.

Samuel no termina de creer, en un principio, que la voz que oye provenga de Dios, como afirma el anciano. Pero, pese a todo, Samuel decide obedecerle y responde al cuarto aviso, pero sin pronunciar el nombre del Señor. La diferencia que esto supone se hace notar ahí de forma un tanto deliberada. Una fe que indaga es suficiente por el momento. No es necesario tener resueltas todas las dudas de antemano para poder oír la voz de Dios. Lo cual es muy buena noticia para todos cuantos dudan de la firmeza de su fe. Cuando Elí demanda ser puesto al corriente de todos los detalles, también duda de que su convicción inicial fuera acertada. Primero inquiere. “¿Cuál es la palabra que el SEÑOR te habló?”. Y sólo cuando se le dice el mensaje en concreto afirma “El SEÑOR es”.

c. La palabra de Dios no es siempre fácil de decir o de escuchar (3:15–18)

A Samuel no le resultaba fácil ni escuchar ni comunicar ese mensaje. Es evidente, además, que no está al tanto de la denuncia presentada en contra del anciano hombre de Dios (2:27–36) y recibir tan terrible juicio sobre un Elí ya caduco tuvo que ser duro. No ha de sorprendernos que permaneciera en su lecho tanto como pudo, ocupándose después de cumplir con el trabajo acostumbrado, evitando a Elí hasta el último momento, encontrando quizás sosiego en la realización de tareas tan simples y cotidianas como ese abrir las puertas del recinto sagrado (15). Puede que fuera así como reunió el valor suficiente para recapacitar sobre lo oído. A la mentalidad moderna occidental le resulta extraño que fuera elegido alguien tan joven como receptor y transmisor de un mensaje tan severo. La tendencia suele ser proteger a niños y adolescentes de lo que entendemos como parte difícil de la existencia. Pero ése no parece haber sido el caso aquí. Incluso puede ser que, en ocasiones, subestimemos la capacidad de los jóvenes para entender y hacer frente a verdades muy duras.

El tiempo pasa, y llega un momento en el que ya no es posible esquivar al anciano. Por muy desagradable que pueda ser, él insiste en saber qué es lo que Dios tenía que decir con ese mensaje. La cuestión es que no hay nada ahí que él ya no supiera. Y acepta sin quejas la realidad y la justicia de la sentencia pronunciada. Su reacción puede verse como algo positivo, pero es indicativa, asimismo, de su forma habitual de tomarse las cosas. Nunca dispuesto a enfrentarse a la realidad de los hechos, tiende a inhibirse cuando debiera haber reaccionado más enérgicamente. Aun estando al tanto de la

conducta de sus hijos, *él no los reprendió* (13). Una actitud de aceptación ante las situaciones difíciles que puedan surgir en la vida puede ser algo bueno, pero hay ocasiones en las que es más indicado intervenir activamente. El caso de Elí es una advertencia respecto a ese andar por la vida sin rumbo fijo, lleno quizás de buenas intenciones, pero incapaz de asumir una responsabilidad personal directa. No siempre basta con evitar hacer lo malo; hay que ir más allá y hacer lo bueno.

d. El saber lleva a un crecer (3:19–22)

Para Samuel, esta primera experiencia de oír la voz de Dios dio paso a una nueva etapa en su vida. A partir de ese momento, su relación con Dios fue constante e íntima. El paso del tiempo fue confirmando a la vista de todos que Samuel era en verdad un *profeta del SEÑOR* (20), “La palabra del SEÑOR” dejó entonces de “escasear”, haciéndose patente por todo el territorio por boca de Samuel – desde Dan en el norte hasta Beerseba en el sur. Israel, como un todo, se aprestó a oír esa palabra de Dios por boca de su profeta Samuel. El reto de oír y responder iba dirigido tanto al propio Samuel, a quien hablaba directamente, como al pueblo, a quien se hablaba a través de Samuel. El texto no se explaya respecto a la aceptación de Samuel como “profeta del Señor” por parte del pueblo, pero de esa aceptación suya se sigue que eran capaces y responsables de juzgar cuándo hablaba el Señor. En el Nuevo Testamento, con el Espíritu del Señor obrando entre los creyentes, esa capacidad y responsabilidad eran aún más acusadas. De hecho, todos aquellos que oigan y discernan la palabra de Dios tienen la responsabilidad de manifestarlo. Pero eso no exime a los que la oigan de asumir, a su vez, su propia responsabilidad.

Samuel: profeta remiso a la monarquía

1 Samuel 4–8

1. Se pierde el arca (4:1–11)

Hasta aquí, todo ha girado en torno a los distintos acontecimientos en el santuario de Silo y los intereses concretos de todos los que vivían allí moraban o acudían en peregrinación. Ahora pasamos, en cambio, a un escenario más amplio y nos llegan nuevas noticias de la situación en que se encuentra el pueblo de Israel como nación. La sucesión de acontecimientos es un tanto imprecisa. De hecho, Samuel no vuelve a ser mencionado hasta el capítulo 7, donde se nos pone en antecedentes de sucesos ocurridos más de veinte años después de la derrota registrada en el capítulo 4, y cuando llegamos al capítulo 8, Samuel ya es un anciano. El reconocimiento nacional de

los dones de Samuel no ocurre de la noche a la mañana, y la pérdida del arca tiene lugar en ese lapso de tiempo anterior a su ocupación del puesto de Elí como mentor espiritual del pueblo. Así, el intervalo de tiempo entre los capítulos 3 y 4 podría haber sido tan breve como de una duración de veinte años o más. Hay situaciones en las que el tiempo es crucial para llevarnos adonde el narrador quiere conducirnos, pero ése no es ni mucho menos el caso aquí. Samuel no es mencionado ni una sola vez en relación a los episodios del arca, y ello aun a pesar de las similitudes en contenido y estilo entre los capítulos 1–3 y los capítulos 4–6, que sugieren claramente un autor común. Esto pudiera obedecer a un propósito deliberado de dejar patente que Samuel no tenía nada que ver con la decisión de usar el arca como arma en la lucha contra los filisteos.

Este sistema de describir con todos sus pormenores algunos incidentes en concreto para, acto seguido, reducir dilatados períodos a unos pocos versículos, es práctica común en los libros de Samuel y Reyes. Lo cual aboca al lector a sacar sus propias conclusiones respecto a cómo deban entenderse los hechos presentados.

Por otra parte, también sirve como advertencia para no sacar conclusiones demasiado precipitadas de incidentes individuales triviales o de episodios aparentemente dramáticos que afectan a la nación. Da la sensación de que se nos está preparando, de distintas maneras, para adentrarnos en la historia de la monarquía en Israel que muy pronto va a tener su inicio. El libro comienza planteando distintas cuestiones relativas al liderazgo en el contexto de una reflexión sobre la naturaleza del poder. El interés subyacente se mantiene al tener que decidir si se puede usar como se quiera el poder que dimana propiamente de Dios o si, alternativamente, puede ser controlado mediante el uso del arca que, partiendo de los tiempos de Moisés, había venido a simbolizar la presencia de Dios entre su pueblo. En ningún momento se nos dice de forma explícita que Dios no pueda ser manipulado para propio beneficio, pero el caso es que la historia se nos cuenta de tal modo que el lector atento sabe bien a qué atenerse.

a. Los peligros de la superstición (4:1–4)

El libro de Jueces nos introduce en el conflicto entre Israel y los filisteos. Tenemos ahí la historia de una batalla particular en la que los israelitas, hecho no insólito, sufren una derrota. Al igual que Ana, los ancianos de Israel reflexionan teológicamente sobre su experiencia de la vida. Y, convencidos, al igual que ella del poder de Dios, llegan a la conclusión de que ha sido por decisión del Señor, y no por intervención de ningún poder superior favorable al enemigo, que han perdido la batalla. Sin embargo, su comprensión tenía límites y no parecen capaces de alcanzar la percepción más profunda de Ana. Así, no se detienen a cuestionar su propia actitud, ni su comportamiento, ni su estrategia en el asunto. Es mucho lo que tenemos que aprender, en las historias del Antiguo Testamento, sobre esa tendencia escapista a ver la intervención directa del Dios soberano en todo acontecimiento, desviando así la atención de hechos secundarios esenciales para preguntarse cómo es que Dios ha permitido que suceda una cosa así. La historia que nos ocupa evidencia lo equivocado

de esa actitud. En vez de analizar su propia conducta, el pueblo de Dios llega a la conclusión, un tanto supersticiosa, de que lo que ha faltado es el símbolo tangible de la presencia del Dios, esto es, *el arca del pacto del SEÑOR* (3).

Esta clase de superstición, que hace de los símbolos de ayuda procedentes de Dios un sistema prácticamente mágico de asegurar su protección, no era problema exclusivo del Israel de la antigüedad. Los Reformadores europeos reaccionaron con tanta vehemencia contra el uso equivocado de los objetos de culto considerados sagrados, como pinturas, reliquias y símbolos de diversa índole, que durante muchos años el uso de esos símbolos se hizo impensable. En la Iglesia Protestante moderna estamos tratando de recuperar ahora el uso positivo de tales símbolos, aunque sin que todavía seamos inmunes a posibles supersticiones. Más en concreto, las posturas corporales en el culto (arrodillarse, ponerse en pie, levantar las manos), el momento o el método de lectura diaria de la Biblia, los instrumentos que se utilicen en la alabanza musical, la disposición y uso alternativo de la sala de culto o reunión, la celebración de la Cena del Señor. Incluso los más sinceros creyentes pueden hacer de todo ello, según el enfoque que le den, un uso supersticioso que aspire a garantizar una auténtica espiritualidad o la bendición de Dios.

En el caso que nos ocupa, se envía a por el arca, que llega escoltada nada menos que por los hijos de Elí, Ofni y Finees, seguramente orgullosos de su hazaña y esperando una sustanciosa remuneración.

b. Dios no puede ser controlado mediante nuestras acciones (4:5–11)

El ejército israelita estaba exultante. Ahora no les cabía duda alguna de que la victoria quedaba asegurada. El ejército filisteo estaba horrorizado. ¿Cómo iban a vencer ahora si el enemigo disponía de tan poderoso artefacto? El resultado fue que uno de los dos ejércitos se confió en exceso, mientras que el otro luchó a la desesperada. La información es deliberadamente escueta y terriblemente reveladora: *pelearon los filisteos, Israel fue derrotado* (10), sin mención alguna de que los israelitas se esforzaran por luchar. A pesar de contar con la presencia del arca, los israelitas sufrieron una cruenta derrota. Y muchas vidas se perdieron, incluidas las de los dos hijos de Elí.

La relación entre el arca y la alianza se menciona en los versículos 3, 4 y 5, y puede que estén precisamente ahí para recordarnos que lo que Dios quería realmente de Israel era una vida de acuerdo con los principios del pacto (si bien la Septuaginta, versión en lengua griega del Antiguo Testamento, omite la palabra “alianza” como si no fuera un término principal). Sea como fuera, sí parece haber una alusión a que en el origen de esa aplastante derrota estaba la ingenua creencia que a Dios puede controlársele en virtud de nuestras acciones; ellos habían confiado plenamente en la presencia del arca y no en Dios mismo. En la actualidad, sigue siendo una gran tentación para los creyentes pensar que si un objetivo es dado por bueno, ha de ser voluntad de Dios, con lo cual cabe esperar, e incluso demandar, que Dios intervenga y realice cuanto sea necesario para alcanzarlo y llevarlo a buen fin. Los relatos centrados en el arca, ya sea éste mismo o el que encontramos posteriormente en 2 Samuel 6,

suponen una rotunda advertencia contra los peligros que encierra semejante actitud. Isaías 55:8 presenta la perspectiva de Dios:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos”,
declara el SEÑOR.

2. La muerte de Elí: el fin de una era (4:12–22)

a. El infausto final de Elí (4:12–18)

El escenario cambia bruscamente, y nos encontramos de nuevo en el santuario de Silo. La maestría del narrador al contar la historia se hace evidente. Casi puede palpase la tensión en el aire, sentir la fatiga de los benjamitas que huyen, percibir la angustia de Elí mientras aguarda recibir noticias y escucha las notas de angustia y desolación de los que reciben tan tristes noticias. Puede ser que a Elí no se le comunicara la retirada del arca hasta que ya era un hecho consumado. Incapaz ya de mantenerse en pie por sí mismo, insiste en que trasladen su asiento donde pueda vigilar el camino con su vista ya mermada. Es más que probable, pues, que esperara contra toda esperanza, *porque su corazón temblaba por causa del arca de Dios* (13). A pesar de su indecisión, todavía era capaz de un discernimiento espiritual. Sabía que el arca, que durante tanto tiempo había custodiado, no tendría que haber sido utilizada con ese fin, y tal vez intuyera que Dios iba a hacer que Israel se enfrentara a las consecuencias de un proceder tan equivocado. Elí no compartía el convencimiento del ejército israelita que veía en la presencia del arca en el campo de batalla una victoria asegurada. Mientras aguarda, oye de pronto cómo se eleva un grito de desolación en medio del pueblo. La diferencia entre este grito angustiado y el clamor del triunfo que había resonado al aparecer el arca en el campo de batalla seguramente obedece a la intención del narrador de resaltar tan dispar reacción. El anciano se impacienta a la espera de las noticias. Ya se ha enterado de la derrota y la acepta como algo inevitable, pero, a pesar de funestas premoniciones, el impacto de la captura del arca es más de lo que puede soportar. Los cuarenta años pasados como sacerdote y mentor espiritual de Israel llegan a un poco glorioso final al caer de su asiento y romperse la nuca. El exceso de peso, quizás resaltado aquí por tener su origen en una afición desmedida a “lo mejor de cada ofrenda” (2:29), es aducido como causa que precipita tan fatal accidente.

b. El poder de Dios no depende de símbolos individuales o circunstancias particulares (4:19–22)

La muerte de la nuera de Elí, a la que sobrevienen dolores prematuros de parto ante tal cúmulo de desgracias, aumenta la sensación de tragedia. A punto de morir, reflexiona teológicamente al llamar al recién nacido *Icabod* (“sin gloria”). Que sea capaz de percibir que, con la captura del arca, *la gloria se ha ido de Israel* (22), evidencia una comprensión de que Dios mismo, que era efectivamente la gloria de Israel, les ha

abandonado. El convencimiento de los filisteos de haber capturado al dios israelita era casi con toda certeza compartido por muchos israelitas. Puede incluso imaginarse la desolación que semejante pensamiento podía causar. Si era cierto que Dios había desaparecido de su lado, no cabía esperanza alguna. Pero esa noción iba muy pronto a revelarse equivocada. Dios no había sido capturado por el enemigo, pero, la vida del pueblo de Israel iba a experimentar un cambio. Así, aunque la rama de la familia de Elí no se había extinguido, fueron apartados de todo liderazgo. Silo había perdido su prestigio como centro religioso y político⁵ y el arca ya no volvería nunca más al santuario. No cabía duda alguna de que había llegado el fin de una era.

A través de los tiempos, las gentes acaban pensando siempre que todo acontecimiento trágico o catastrófico sucede porque Dios ha perdido su poder o, alternativamente, porque ha desaparecido de la escena. ¿Cuántas personas no han dejado de creer por un suceso trágico en sus vidas? La base sobre la que cimentaban su fe quedó en evidencia, revelándose falsa. Cuando Israel fue llevado al exilio en Babilonia, la sensación de que Dios ya no tenía suficiente poder para proteger a su pueblo era muy grande. Fue, entonces, Ezequiel el que se encargó de poner las cosas en su sitio. El exilio, argumentaba, lejos de evidenciar la falta de poder de Dios, era en realidad la demostración del control total que ejercía sobre la situación, y, por otra parte, el resultado directo del juicio emitido por Dios sobre su pueblo. Dios no iba a permitir que su nombre fuera deshonrado por otros pueblos asumiendo que Él toleraba la injusticia, la inmoralidad y la idolatría, defectos que habían pasado a ser identificativos de Judá. Y nosotros ahora, al igual que los israelitas de los tiempos de Elí y de Ezequiel, debemos evitar pensar que la presencia y el poder de Dios tan sólo van a demostrarse en las formas y maneras que nos parezcan apropiadas.

3. Dios controla (5:1–6:12)

La habilidad narrativa del autor sigue evidenciándose al introducirse una nota de humor. Poco cuesta imaginar las risotadas que se oírían junto al fuego de campamento por parte de los soldados al recapitular sobre el absurdo pensamiento de que los filisteos pudieran vencer al Dios de Israel. “¿Cómo va a ser posible que un dios filisteo venza al Señor Todopoderoso? ¿Imagináis las caras de los sacerdotes filisteos al encontrarse con la estatua de Dagón tirada en el suelo, y verla después sin cabeza y con las manos cortadas? ¡Cómo me gustaría haber estado allí!” Pero, al margen de esas bromas y chanzas, se percibe la preocupación por saber qué puedan pensar otras naciones del Dios de Israel.

a. Dios tiene que ser visto como tal por creyentes y no creyentes por igual (5:1–10)

Era importante que Israel llegara a comprender que Dios no estaba bajo su control y que no podía ser manipulado para que hiciese lo que quisieran con tan sólo mover el arca de sitio. Y parece haber sido igualmente importante que los filisteos comprendieran también algo del poder de Dios. Símbolos procedentes de Dios, como lo

era el arca, no han de ser tratados como talismanes. Algo que Israel, en cambio, no había comprendido. Y, claro está, tampoco iba a permitirse que fueran tratados sin respeto alguno, como hicieron los filisteos. Los filisteos eran enemigos declarados de Israel, pero eso no quitaba que los israelitas tuvieran una cierta responsabilidad para con ellos. La alianza establecida por Dios había tenido como objeto que los israelitas pudieran vivir de tal manera que el mundo tuviera noticia de quién era Dios y cómo actuaba. En numerosas ocasiones, al fallar el pueblo de Israel tan lamentablemente en su conducta, Dios, al igual que en la presente ocasión, había intervenido a favor propio. El reto sigue hoy día en pie, pues el pueblo de Dios tiene que representar el verdadero carácter de Dios ante todos aquellos que no le siguen o no creen en Él.

El triunfante júbilo de las gentes de Asdod pronto se trueca en temor y dolor. Su dios Dagón había sido humillado por completo en su propio territorio, mientras que el Dios de Israel había demostrado tener poder incluso fuera de su propia área. Se suele decir que el pensamiento monoteísta tuvo un desarrollo tardío en Israel y que no fue verdaderamente comprendido hasta tiempo de Amós o incluso de Isaías. Sea como fuera, no es posible obviar las repercusiones monoteístas del texto. Dagón se exhibía ahora tal como era, una estatua inerte y sin vida, cual monigote de feria.⁸ No había, pues, comparación posible con el Dios poderoso y trascendente de Israel. Pero, además, no era tan sólo Dagón el que había resultado perjudicado. La repentina peste de tumores malignos era entendida como resultante de la presencia entre ellos *del arca del dios de Israel* (7). Esa idea siguió vigente, aun después de hacerse evidente la relación entre la proliferación de ratas y la aparición de los tumores. Los filisteos estaban convencidos de que tenían que encontrar solución a semejante situación.

El sentido del humor negro sigue presente en ese bosquejo presencial de la situación, según el arca va pasando por tierras filisteas desde Asdod hasta Gat y Ecrón, sufriendo cada ciudad el estallido de la plaga. De estar en lo cierto la Septuaginta, y esos tumores estaban localizados en la ingle, tuvieron que haber sido terriblemente dolorosos. No es de extrañar que las gentes quisieran traspasar su problema a otro lugar. Siete meses tuvieron que pasar para que los filisteos se convencieran de que, si querían solucionar el problema, debían devolver el arca a Israel. Sus titubeos son comprensibles. La devolución del arca iba a ser vista como el reconocimiento del poder del Dios de Israel – y así era en realidad. E iba, asimismo, a ser considerada una muestra patente de debilidad que, por así decirlo, invitaba al ejército israelita a atacarles – algo que sería desastroso para Palestina según se estaban recuperando de la plaga de tumores. El problema consistía, pues, en aplacar al Dios de Israel sin incitar al ejército israelita a la lucha. La solución que hallaron fue todo un triunfo de la diplomacia y la estrategia. Los líderes políticos decidieron el curso a seguir – el arca tendría que ser devuelta – y los líderes religiosos iban a ser consultados respecto a la mejor forma de hacerlo.

b. En ocasiones, hay mucho que aprender de aquellos que no profesan creer (5:11–6:12)

Los sacerdotes filisteos veían claramente que tenían que admitir su propia culpa y reparar los errores cometidos respecto al arca. Al colocar ratas y tumores hechos de oro en el carro que transportaba el arca de vuelta a su lugar de origen, estaban pagando un tributo, quitando simbólicamente los problemas de las cinco áreas de su territorio y, al mismo tiempo, reconociendo que Dios estaba presente en la génesis de sus problemas. Su deseo de aprender de lo sucedido llama la atención. Sabían que Israel había huido de Egipto – aunque la más temprana mención de esta historia en 4:8 confunde las plagas de Egipto, y el peregrinar por el desierto indica una pérdida de contenido en las sucesivas transmisiones. La provisión de un *carro nuevo* para transportar el arca era un reconocimiento de la santidad de Dios. El que no fuera acompañada de persona alguna y el uso de vacas que no habían probado yugo, cuyos terneros acababan además de ser estabulados, fue un golpe de efecto magistral. Por una parte, además, el gesto en sí podía ser entendido como el reconocimiento de que Dios era tan poderoso que no necesitaba ninguna ayuda humana para volver a Israel, pues incluso podía dominar el instinto natural de las vacas de volver junto a sus terneros. Y, por otra parte, y sin causar ulterior ofensa, daba pie a la posibilidad de que el Dios de Israel no fuera en realidad la causa y origen de sus problemas. Como ventaja añadida, soslayaba la necesidad de un contacto directo con los israelitas, algo que podría resultar ciertamente humillante. Y aunque el constante mugir de las vacas era indicativo de su desasosiego por haber sido separadas de sus terneros, cuando por fin *tomaron el camino recto en dirección a Bet-semes* (12), todas las dudas que pudieran tener los líderes filisteos respecto a la soberanía de Dios desaparecieron como por ensalmo.

El pueblo de Israel podría haber aprendido mucho de los filisteos, al igual que puede hacerlo igualmente hoy el lector moderno. Con su decisión, demostraron reconocer que Dios estaba obrando y que ellos también debían pasar a la acción. Fueron capaces, además, de pensar con inteligencia cuál sería la mejor forma de hacerlo, teniendo en cuenta su conocimiento del Dios de Israel. Y no sólo eso. Fueron, asimismo, capaces de identificar y dejar margen para las posibles consecuencias de su acción, aprestándose a trabajar al unísono en la puesta en práctica del plan. Encontramos ahí ecos de la imagen del Dios creador que puede hallarse en la humanidad entera, y sería ridículo pensar que no hay nunca nada que aprender de los enemigos de Dios.

4. El arca recuperada (6:13–7:2)

La reacción del pueblo de Bet-semes, ciudad fronteriza que pudiera haber sido una de las adjudicadas a los levitas para su asentamiento, pone de relieve su pronto reconocimiento de la importancia de lo que había pasado. Su reacción inmediata es adorar a Dios y, aun cuando en un territorio fronterizo dejar el trigo demasiado tiempo en el campo sin recolectar era arriesgarse a perderlo, no continuaron su tarea y se dispusieron a ofrecer un sacrificio. El carro era a todas luces nuevo y las vacas eran jóvenes y robustas, pero era obvio que no podía dárseles otro uso que no fuera el sacrificio. El haber colocado el arca en alto sobre una gran piedra había permitido a los

filisteos comprobar que su gesto había sido bien recibido, al tiempo, claro está, que se mostraba de nuevo como símbolo de la victoria de los israelitas: ni los filisteos ni el propio pueblo de Israel iban a poder albergar sombra de duda alguna respecto a la grandeza del poder del Dios de Israel.

a. ¡Nuestro Dios es, en verdad, un Dios terrible y poderoso! (6:13–20)

Llegados a este punto, el lector, al igual que las gentes de entonces, espera que todo vaya a discurrir a partir de ahora por el buen camino, y que a Israel ya sólo le aguardan bendiciones. Todos suponemos que va a haber una reacción positiva de parte de Dios. Por eso, la siguiente sección nos produce un sobresalto inesperado. Los que de repente mueren en Bet-semes se cuentan por decenas de miles. La llegada del arca había tenido idénticas consecuencias catastróficas a las ocurridas en las ciudades filisteas. ¿Qué estaba pasando? La reacción de David, de temor mezclado con ira¹² ante la muerte de Uza en similares circunstancias, a buen seguro se repitió en muchos hogares. ¿Iba a resultar Dios ahora un tirano arbitrario que hacía morir a la gente por mero azar? ¡Imposible! Nuestro redactor sabe muy bien que, en ocasiones, las cosas pasan y nos resultan del todo incomprensibles e incluso injustas. Los libros de Job y Habacuc, junto con algunos de los salmos, nos recuerdan que, a veces, la incomprensión persiste y el creyente tiene que aprender a confiar aunque no entienda. Aun así, se nos anima a analizar el contexto y las circunstancias con un poco más de atención.

A pesar de los sacrificios ofrecidos, las gentes de Bet-semes no habían terminado de entender qué era lo que en realidad estaba pasando. Y persiste, sin resolverse, el tema del uso debido o indebido de los símbolos que Dios ha puesto a nuestra disposición, y de la actitud que podamos tener ante ellos. En vez de tratar el arca con el debido respeto, reconociendo el poder y la soberanía de Dios, parecen haberla considerado una especie de trofeo representativo de la derrota de los filisteos y la victoria obtenida por Israel. De hecho, se saltaron todas las ordenanzas relativas a su uso y tratamiento, sin respetar que un símbolo de la santidad de Dios. Sin ningún tipo de escrúpulo, se atreven a mirar en su interior, con el ánimo de comprobar qué tesoros habían puesto ahí los filisteos. Nada parece haber cambiado, pues, en su actitud desde esa captura del arca permitida por Dios. Ni un atisbo de comprensión y aceptación de que ni israelitas ni filisteos iban a decir la última palabra al respecto. Pero el caso es que el poder de decisión correspondía únicamente a Dios, soberano absoluto sobre unos y otros.¹⁵ Puede que el apóstol Pablo estuviera pensando en un incidente similar cuando en 1 Corintios 11:27–30 habla de la gravedad de hacer un uso indebido de la Cena del Señor. La muerte de tan elevado número de los habitantes de Bet-semes fue un golpe terrible, pero las consecuencias para Israel por no entender el auténtico significado de la santidad de Dios podrían haber sido aún más trágicas. No le hacemos un favor a nadie al representar a Dios como un anciano bondadoso que siempre puede ser apaciguado con regalos adecuados. Nuestro Dios es un Dios terrible y poderoso y, tal como las gentes de Bet-semes descubrieron, corremos un riesgo si nos atrevemos a ignorarlo.

Dios bendecirá y protegerá a su pueblo, pero no a expensas de la justicia y la verdadera santidad.

b. Aprendiendo lecciones del pasado (6:21–7:2)

Exactamente igual que los filisteos, su reacción ante la tragedia fue trasladar de lugar el arca para que pasase a ser problema de otros. En realidad, da la sensación de que los filisteos habían aprendido más de lo ocurrido que los israelitas de Bet-semes. Los filisteos al menos habían llegado a la sabia conclusión de que el problema radicaba en ellos y en su conducta para con el Dios de Israel. No está claro si los residentes de Quiriat-jearim estaban al tanto de lo ocurrido en Bet-semes, aunque cuesta imaginar que noticias de tal calibre, tanto para bien como para mal, no se hubieran propalado rápidamente. Según apuntan todos los indicios, ellos recibieron el arca de buen grado, enviando a algunos de los suyos a por ella. Bet-semes se había alegrado también en el primer momento de recibir el arca, pero habían atraído la desgracia sobre sí al presumir que, por ello, Dios iba a hacer grandes cosas a su favor. No pensaron ni por un momento en que todo cuanto se relacione con la santidad Dios tiene que ser tomado con absoluta seriedad y respeto. En cambio, las gentes de Quiriat-jearim sí parecían haber comprendido que dar la bienvenida al arca suponía algo muy distinto, una verdadera oportunidad para poder servir al Señor, reconociéndole como el Santo de Israel. Los creyentes de hoy día haríamos bien en tener en cuenta esa diferencia.

El arca fue colocada entonces en un lugar elegido a propósito con una guardia selecta que la custodiara. No se nos dice si la familia de Abinadab pudo pronunciarse al respecto, si bien la consagración de Eliezer parece dar a entender que sí lo hicieron. A uno de los hijos de Aarón se le puso precisamente el nombre de Eliezer y es posible que esa familia perteneciera también a la línea sacerdotal. El caso es que, el arca permaneció a buen recaudo bajo su cuidado por muchos años y, según se desprende de 7:2, parece que Israel por fin captó algo del mensaje que los recientes acontecimientos habían estado proclamando de forma bien audible. Finalmente se daban cuenta de que más que tratar de inducir a Dios a obrar según sus deseos, deberían hacer duelo por su propia conducta pecaminosa y actuar según la voluntad de Dios. Lamentablemente, esa era una lección que Israel iba a necesitar aprender de nuevo, una vez tras otra, constituyendo, de hecho, el núcleo central del mensaje de muchos de los profetas.

5. El ministerio de Samuel (7:3–17)

En el capítulo 7, Samuel vuelve a aparecer en escena, ahora ya como persona madura y adulto influyente. Tiene conciencia del resurgimiento del compromiso religioso, pero sabe, asimismo, que la sinceridad se demuestra actuando y no con meras palabras de duelo. Al igual que nos pasa a nosotros, tenían que comprender que la lealtad al Señor Todopoderoso, por muy sincera que pueda parecer, carecía por completo de sentido mientras siguieran rindiendo algún tipo de tributo a otros dioses. En el mundo moderno, un gobierno no va a prestar ayuda a ningún ciudadano que

ostente, al mismo tiempo, derechos de ciudadanía en otra nación en la que se haya metido en un lío.

De igual forma, Dios no iba a librar a Israel de los filisteos mientras siguieran sirviendo a esos dioses ajenos. Más aún, el concepto de ciudadanía doble era del todo inaceptable en su contexto. Era vital que reconocieran la total y absoluta unicidad de Dios y su suprema soberanía. No iba, a ser posible, pues, en manera alguna que sirvieran en verdad a Dios mientras no lo hicieran de forma exclusiva. La ciudadanía en el reino de Dios no puede ser ostentada por aquellos que quieren conservar el pasaporte que les permite mantener el privilegio de valores “mundanos”. El servicio a Dios nunca ha de ser visto como un extra, un apoyo más junto a otros medios de seguridad, sean éstos ídolos cananitas, el dios del dinero o un plegarse a los valores del mundo. Nuestra renuencia a hablar en contra de los valores no santos, por temor a vernos rechazados por los que nos rodean, o a perder una oportunidad de promoción y ver mermar nuestra fortuna, nos lleva a correr el riesgo de pasar a ser nosotros inaceptables para Dios. Ése, en cambio, no es en manera alguna un riesgo que merezca la pena correr. Jesús lo hace notar citando Deuteronomio 6:13 (*“Temerás sólo al SEÑOR tu Dios; y a él adorarás”*) con objeto de resistir la tentación de Satanás a convertirse en gobernador del mundo.

a. Arrepentimiento —> confesión —> nuevo compromiso —> bendición (7:3–12)

Una vez que Israel da pruebas de su compromiso y entrega al Señor liberándose de los baales y las astartés, Samuel puede conducirles a la ceremonia del arrepentimiento y consiguiente reafirmación de su lealtad a Dios. Ese primer duelo evidenciaba su fracaso a la hora de conjurar la amenaza filistea, y su propia incapacidad para darse cuenta de su pecado. Ahora, en cambio, Samuel acepta su confesión de haber *pecado contra el SEÑOR* (6) como genuina muestra de arrepentimiento. Por fin, se habían dado cuenta de que el verdadero problema radicaba en esa falta suya no confesada, habiendo pasado ahora a aceptar la plena responsabilidad de sus actitudes y actos. Por nuestra parte, haríamos bien en aprender de ellos el daño que puede ocasionar un pecado que no es ni reconocido ni confesado y, por la otra parte, los beneficios derivados de asumir una conducta propia del pueblo de Dios. Quizás podría haberse esperado una ofrenda por el pecado o por la culpa, en vez de un holocausto (10), con mayor frecuencia asociado a la alabanza y la adoración y no al arrepentimiento. Sea como fuere, los holocaustos también pueden ser considerados eficaces para la expiación y, en cualquier caso, el sistema parece que se aplicó con bastante flexibilidad en los primeros tiempos de la historia de Israel.

Israel reconocía ahora sinceramente que su única esperanza residía en el poder de Dios, pero con un convencimiento bastante deficitario. Los filisteos, que tendían lógicamente a preocuparse cuando esos enemigos locales suyos convocaban asamblea nacional, lanzan un ataque, con casi total seguridad disuasorio, y los israelitas se quedan como petrificados. En este caso, Dios se ocupa de poner en la debida perspectiva no sólo la presunción filistea de tratar de aprovecharse de la preocupación

israelita respecto a la verdadera adoración, sino también de los temores de los propios israelitas. El ejército de Israel llevó a término la erradicación de los filisteos, pero había sido Dios mismo el que había orquestado la derrota. El poder del Dios de Israel quedaba así demostrado una vez más ante filisteos e israelitas por igual. Y Samuel continúa imperturbable la celebración del holocausto a pesar del avance filisteo. También podemos sacar nosotros alguna lección acerca de la importancia de decidir qué es lo más importante. Mateo 6:33 lo expresa bien: “buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. La gran piedra, colocada como recuerdo y bautizada *Eben-ezer*, o “piedra de la ayuda”, conmemoraría la victoria y posiblemente ayudaría a aliviar los dolorosos recuerdos de tan ignominiosa derrota. Servía, pues, como recuerdo de que la ayuda de Dios era algo mucho más seguro y eficaz que cualquier posible estrategia o esfuerzo propio. Aun así, el narrador hace notar, a renglón seguido, la perenne dificultad de aunar el ejercicio de la propia responsabilidad a la hora de tomar decisiones y usar la fuerza que Dios les otorga, y confiar únicamente en las directrices y ayuda divina. Problema, por cierto, que sigue tan vigente hoy como ayer para el pueblo de Dios.

b. En continuo servicio – tanto en una paz relativa como en tiempo de crisis (7:13–17)

La afirmación de que *los filisteos fueron sometidos y no volvieron más dentro de los límites de Israel* (13) no deja de ser una valoración un tanto optimista, dado que los filisteos continuaron siendo un problema para Israel hasta los primeros tiempos del reinado de David. Sin embargo, no cabe duda de que, a partir de ese momento, y a pesar de ciertos rebrotes, su poder quedó considerablemente mermado. Los versículos finales del capítulo 7 marcan el paso del tiempo y preparan la escena para la siguiente etapa en la historia de Israel. Un cierto número de ciudades fronterizas dejaron de estar bajo el control filisteo, con la aparente inclusión de las situadas en el territorio de otros pueblos circundantes. La mejora en las relaciones con los amonitas – cananitas nativos de esa tierra que todavía ocupaban parte del territorio – era una ganancia secundaria de todo ello, que permitía a Israel mayor libertad para ocuparse del peligro filisteo persistente. En cuanto a Samuel, curiosamente tenemos noticia de su ministerio en su discurso de “jubilación” en el capítulo 12. En este punto en concreto, se nos habla tan sólo de su función como juez itinerante, aunando liderazgo religioso y político. Su fidelidad en el servicio, año tras año, viajando de un sitio a otro en sus esfuerzos por impartir justicia y fomentar el culto religioso, debió de tener un efecto estabilizante en la comunidad. No parece que fuera considerado primariamente como sacerdote, si bien sabemos que llevó a cabo ceremonias de sacrificios. También erigió un altar en su casa de Ramá, aunque puede que al no haber estado nunca custodiada allí el arca de Dios, no fuera considerado lugar de culto y adoración, como sí lo había sido Silo. Resulta interesante que Samuel consideraba Ramá su auténtico hogar y no Silo. Puede que, tras la muerte de Elí, pensara que era mejor disociarse de la corrupción practicada por los hijos de Elí, que para muchos iría asociada al santuario inicial.²³

6. Hijos y sucesores (8:1–5)

a. *Uso y abuso del poder, ¡una vez más! (8:1–3)*

Samuel tenía un carácter más fuerte y más dotado que Elí, y su ministerio fue mucho más amplio. Era mucho lo que había aprendido junto a Elí y compartía con él su deseo de servir a Dios, obedecer su palabra y capacitar a otros, sobre todo a Israel como un todo, para hacer lo mismo. Sin embargo, no parece que hubiera aprendido de los fallos de Elí como padre. Las similitudes entre Ofni y Finees y los dos hijos de Samuel, Joel y Abías, llaman la atención y, sin duda, son incluso acentuadas por el narrador. La forma particular de corrupción puede que fuera distinta, pero, en su fondo, era idéntica: *Sus hijos no anduvieron por los caminos de él, sino que se desviaron tras las ganancias deshonestas, aceptaron sobornos y pervirtieron el derecho* (3). Dicho con otras palabras, abusaron de su posición e hicieron un mal uso de su poder exactamente igual que los hijos de Elí – aun cuando puede que sus delitos en particular fueran diferentes. Hicieron gala de idéntico desprecio hacia Dios, la ley y el pueblo, y era más que evidente su incapacidad para ostentar cualquier cargo público, y menos todavía para ser líderes del pueblo. Y, pese a ello, un padre excesivamente indulgente, a pesar de su probada integridad y dotes para el ministerio, se mostraba a todas luces incapaz de percibir la verdadera naturaleza de sus hijos, llegando hasta el extremo de nombrarles jueces. El nepotismo y otras formas de favoritismo han sido una constante en la práctica totalidad de las sociedades desde la creación del mundo. En consecuencia, son incontables los casos de líderes inapropiados que han ocupado un cargo destacado sin merecerlo. El pueblo de Dios, tanto hoy como ayer, no se ha visto libre de ello.

El recuento conjunto de los fracasos de las segundas generaciones en ambas familias sacerdotales plantea si ha de ser consecuencia inevitable que un poder que pasa de padres a hijos tenga que acabar forzosamente en corrupción y abuso de poder. La cuestión sigue abierta a lo largo de la evolución e historia de la monarquía, pues tampoco se nos brinda una perspectiva general que aclare el panorama, con lo cual, y en gran medida, se le deja al lector que saque sus propias conclusiones al respecto. Lo que sí está claro es la necesidad de ir con cuidado especial a la hora de discernir los dones, o cualesquiera otras características, de aquellos que nos merecen un interés particular, ya sean familiares, amigos, o pupilos nuestros. No resulta más aceptable permitir que la gente tenga poder o estatus por razones de esa índole, que por la fortuna personal o su importancia social. Santiago 2 condena esta clase de favoritismo como algo absolutamente inapropiado.

b. *¡Cuidado con los intereses creados! (8:4)*

Es muy posible que la mención de Joel y Abías sirviendo en Beerseba, presumiblemente la ciudad en el extremo sur del país, bien alejados del circuito

habitual de Samuel, tenga la intención de proporcionar algún tipo de excusa para esa falta de percepción, por parte de Samuel, de la corrupta conducta de sus hijos. Pero los ancianos de Israel, como líderes de las distintas tribus, sí eran plenamente conscientes de lo que estaba pasando. En consecuencia, es razonable concluir que, si Samuel no era consciente del problema, esa ceguera suya tenía que ser un tanto deliberada y, sin duda, condenable. La cuestión no era, ni mucho menos, que él participara en las acciones o beneficios de sus hijos, como había sido el caso con el pusilánime Elí, pero tampoco hay indicación alguna de que hiciera algo para impedir su actuación, ni siquiera elevando una queja como había hecho su predecesor.

En cierto sentido, la intervención de los ancianos puede entenderse como favorable al ministerio de Samuel. Hacen las preguntas oportunas y su principal motivo parece ser encontrar la manera en la que el pueblo de Israel sea capaz de vivir rectamente como pueblo de la alianza con Dios. Dada la falta de percepción de los anteriores líderes, puede verse ahí una influencia positiva en la figura de Samuel.

A pesar del deseo personal de Samuel de que así fuera, el liderazgo nacional continuado de su familia no iba a solucionar los problemas de Israel, como tampoco lo había hecho la sustitución de Elí por parte de sus hijos. Eso era algo evidente y palmario para unos ancianos responsables, al tanto de la realidad de las cosas, para el propio pueblo israelita y, de hecho, para ¡todo aquel que no fuera el propio Samuel! Los ancianos buscaban una salida al problema. La cuestión era que la gestión de liderazgo de Samuel era buena, pero el que sus hijos “no siguieran sus pasos” era todo un problema. Quizás, si se nombrara a un rey, las cosas marcharían mejor. El monarca vendría a sustituir a Samuel y su ministerio tendría una continuidad.

c. Allí donde las estructuras del liderazgo sufren un cambio, se producen consecuencias tanto positivas como negativas (8:5)

La dificultad radicaba en que, a la sazón, no había un método consensuado para llevar a efecto un cambio de gobierno. Lo más parecido era la reunión oficial de los líderes de las diferentes tribus y el liderazgo esporádico de jueces y profetas. Samuel podía sencillamente pasar a ser visto como el último, y quizás más capaz, de esos jueces. Es muy probable que la certidumbre sentida de la necesidad de una respuesta sistemática, estructurada y estratégica al peligro que suponían tanto filisteos como otros pueblos hostiles, estimulara el deseo de tener rey. Pero lo cierto es que no se está enfatizando ese deseo en manera especial. Aunque puede ser que, detrás de todo ello, hubiera una genuina motivación espiritual, el anhelo de tener un gobernante capaz que hiciera posible que la nación viviera como Dios había pensado desde el principio.

Y esos líderes se dirigieron a Samuel, planteándole el nombramiento de un rey como alternativa a la gestión de su liderazgo. Esos ancianos responsables no pretendían saltarse el sistema de gobierno vigente. Samuel era reconocido como “profeta del SEÑOR” (3:19), como alguien capaz de discernir la voluntad de Dios y transmitir Su palabra. El que se dirigieran al representante oficial de Dios para pedir un rey sugiere que no estaban tratando, en primer lugar, al menos conscientemente, de sustituir a

Dios como verdadero Monarca nacional. La preocupación manifestada por los ancianos tenía que ver con la incapacidad de los hijos de Samuel para desempeñar el cargo que ocupaban, a lo que venía a sumarse el hecho cierto de estar buscando un rey que ejerciera como “juez”. Sin embargo, el matiz final de su solicitud y propuesta introduce un factor de ambigüedad. Lo que ellos solicitan es un rey *como todas las naciones* (5). Eso podría ser sencillamente una manera de concretar lo que ellos entendían por “rey”, pero las palabras del Señor en la sección que sigue sugieren con fuerza que llevaba incluido el deseo de imitar realmente a esas naciones vecinas que parecían tener mayores éxitos que el pueblo de Israel. Sea lo que sea, no se puede obviar la clara evidencia de que pensaban que la sola confianza en Dios no era bastaba.

La actitud hacia la monarquía, vista *a posteriori* en el conjunto de la no del todo gloriosa historia de la monarquía israelita, es de tensiones no resueltas, que, de hecho, quedan reflejadas en esa misma ambigüedad. Por una parte, y muy particularmente en los Salmos, la monarquía se considera como algo muy positivo, un auténtico don de Dios. El rey era el representante de Dios en la tierra, capacitado para dirigir al pueblo en el servicio a Dios y ser un reflejo suyo ante el pueblo, ayudando a las personas a comprender Su carácter y Sus propósitos. Pero, por la otra, Samuel, al igual que algunos de los demás profetas,²⁷ veían en la monarquía un rechazo al propio Dios y su real gobierno. El rey venía así a interponerse entre el pueblo y Dios, derivando la lealtad hacia sí mismo y apartándola de Dios. Según esa visión, la monarquía no era ni necesaria ni útil para el pueblo de la Alianza. Pero lo cierto es que esa tensión no llega a hacerse manifiesta en momento alguno. Al lector se le presentan simplemente dos enfoques distintos. La monarquía puede ser entendida como algo bueno y también puede ser vista como algo malo.

De alguna manera, el registro de las distintas reacciones con respecto al arca de la alianza ya había anticipado el presente dilema. El arca podía ser vista como símbolo sagrado que le recordaba a Israel la presencia de Dios y Su santidad, pero también como objeto de superstición, poseedora de un poder extraordinario por razón de su origen, poder, claro está, que, según su comprensión de las cosas, cabía utilizar según la voluntad de sus legítimos “propietarios”. De todo ello parece desprenderse que lo que contaba no era tanto el objeto en sí o, en el caso de la monarquía, la institución. Lo que en verdad importaba era la actitud que se tuviera hacia ella y la vigencia o caducidad de la relación real con Dios más allá del objeto. Si este punto está claro, muchos de los debates, tanto pasados como presentes, relativos a cuál ha de ser la forma de gobierno de la iglesia, o el modo de culto y adoración aceptable a Dios, podrían evitarse o, al menos, perder buena parte de su crispación y acritud.

7. La monarquía: los peligros y la elección (8:6–22)

a. ¿Es en verdad necesario rechazar el pasado para poder asumir el futuro? (8:6–7)

A Samuel le resultó “desagradable” la solicitud de los ancianos. Parece evidente que el origen de su desagrado estaba en un sentimiento de rechazo. Según propio juicio, él

había llevado a cabo una buena labor de gestión (compárese su discurso de despedida en el capítulo 12), y ahora veía esa petición como un rechazo indirecto de todo lo logrado hasta ese momento. Si los ancianos querían un cambio, era porque no tenían ningún aprecio a lo hecho por él. Pero la cuestión es que no hay ni el más leve indicio de algo semejante en la solicitud presentada por ellos. El problema que tenían no afectaba para nada a lo anterior; lo que les preocupaba era lo que pudiera venir después. Cualquiera que haya dedicado su vida profesional a un trabajo desbancado por las nuevas tecnologías, encontrará difícil no pensar que su vida ha sido una total pérdida de tiempo. Pero lo cierto es que el hecho de que su tarea haya llegado a su fin, en ninguna manera altera o disminuye su valor, ni en su momento ni en el cómputo general del progreso de la sociedad. Los que hayan dedicado su vida y ministerio a una organización juvenil o a determinado instrumento musical, viendo cómo Dios bendecía su trabajo, pueden sentir que la totalidad de su ministerio está siendo rechazado si una iglesia decide que ha llegado el momento de clausurar ese grupo en concreto o si se deja de usar ese instrumento. Aquellos de nosotros que nos veamos en algún momento ante una situación así, haríamos bien en prestar atención a las palabras que Dios dirige a Samuel: *“Escucha la voz del pueblo en cuanto a todo lo que te digan”* (7). No hay por qué precipitarse y llegar a la conclusión de que el deseo de cambio implica el rechazo de la persona afectada.

En el caso que nos ocupa, aunque evidentemente no en toda posible manifestación de cambio, la petición por parte de los ancianos sí que llevaba implícito un rechazo, pero no precisamente a la persona de Samuel, sino nada menos que de Dios mismo. En momento alguno se sugiere que los hechos presentados ante Samuel no fueran ciertos. La auténtica realidad es que él era ya anciano y sus hijos “no andaban en sus caminos”. Con lo cual se hacía evidente la necesidad de un cambio. El problema residía en que el pueblo se había acercado a Samuel, no para buscar la dirección y ayuda divina en un nuevo camino, que Deuteronomio 17 ya apunta como posible monarquía, sino para solicitarle que pusiera en marcha su propia resolución. Según veían las cosas, si es que iban a poder sobrevivir como nación, necesitaban contar con un líder dotado de la oportuna capacidad militar y el reconocido prestigio internacional que ellos suponían en la figura de un rey. La victoria registrada en el capítulo 7 no les había convencido de que el poder de Dios fuera suficiente.

b. ¿De dónde proviene nuestra seguridad? (8:8)

La inquietud que les motivaba no era del todo condenable, pero el versículo 8 deja suficientemente claro que seguían el precedente de sus antepasados al olvidarse del Señor para servir a otros dioses. Todavía continuaba buscando, tal como Dios le había hecho saber a Samuel, buscando seguridades en alternativas contrarias a seguir el camino trazado por Dios. En este caso, la dependencia se revestía con la monarquía como sistema de gobierno que ellos creían ser la clave del éxito de otras naciones.

Es posible que no tuvieran intención de apartarse de Dios, pero, aun así, era evidente que no habían sabido comprender quién es Dios en realidad, ni el alcance y

poder de su soberanía. En el mundo moderno, lo que nos parece el complemento esencial para poder confiar en Dios suelen ser a menudo cosas como la preparación académica, una solvente situación financiera, la póliza de seguros a todo riesgo, un fondo de pensiones sustancioso, las fuerzas armadas, los vaivenes del mercado internacional, o el seguro médico. Al igual que la monarquía para Israel, todas esas cosas no son malas en sí, e incluso frecuentemente pueden llegar a ser parte de los medios de los que Dios se vale para cuidar de nosotros. Aun así, nuestra dependencia de ellas puede acabar resultando en un patente rechazo del señorío de Dios en nuestras vidas además de un indicador de nuestra incapacidad para comprender a Dios y lo que supone su soberanía.

c. La aceptación de las consecuencias de nuestras decisiones (8:9–22)

La respuesta que Dios da a su solicitud es notable. En primer lugar, instruye a Samuel para asegurarse de que la gente entiende claramente lo que conlleva su solicitud. Al nombrar un rey se estarán arriesgando a padecer una posible tiranía. Y, habida cuenta de que se nos acaba de referir la corrupción de los hijos de Elí y de los hijos de Samuel, bien pudiera ser que se le esté pidiendo al lector, exactamente igual que a los israelitas, que se plantee la posibilidad de que no hay poder que no corrompa, y que el narrador esté ahí enfatizando deliberadamente la ironía de los últimos acontecimientos. Los ancianos sabían que el principio de sucesión hereditaria había hecho aguas, y ahora resultaba que lo mejor que se les ocurría para solucionarlo era un sistema aún más problemático! Concentrar mayores poderes en un único individuo al instaurar la monarquía era arriesgarse a sufrir más corrupción y opresión. Ante semejante posibilidad, como consecuencia de una decisión libremente tomada, no cabría volverse a Dios en busca de alivio y consuelo (18). De igual manera, si nosotros elegimos hoy participar en deportes de riesgo, no va a ser razonable esperar que Dios nos libre de posibles accidentes; si optamos por sumarnos a la carrera del éxito a cualquier precio, no será lógico esperar que Dios nos evite los agobios y las incertidumbres que conlleva. Una vez que Samuel está bien seguro de que el pueblo conoce todas las posibles consecuencias que se derivan de una monarquía, aunque *el pueblo rehusó oír la voz de Samuel* (19), sucede que Dios les concede su deseo. Instruye entonces a Samuel para que les nombre un rey. Queda claro, sin embargo, que la instauración de la monarquía en modo alguno va a ser una amenaza para la soberanía divina. Dios va a seguir teniendo el control y, a pesar de las reservas que tiene al respecto, Samuel, como representante de Dios, asume la tarea de nombrar e instaurar al nuevo rey. Visto de esa forma, la monarquía como institución podría entenderse como el pueblo rechazando a su Dios, pero también como una dádiva de parte suya.

Que Samuel inste a todos y cada uno de ellos a que se vuelvan “*a su ciudad*” (22), no era un rechazo de su petición, sino como indicación de que todavía iba a pasar un tiempo en conducirla a buen término, y para ello hacía falta asegurarse de que el candidato elegido contaba con la aprobación de Dios. La responsabilidad personal en el marco de estas narraciones es muy significativa. La respuesta que Dios da aquí está en

total consonancia con la visión que se nos ofrece de él en el marco general del Antiguo Testamento. Los seres humanos han sido creados con la capacidad y la responsabilidad de elegir y tomar decisiones, y Dios no descalifica esa actividad – aunque esas decisiones sean contrarias a su propio deseo o no las más apropiadas. Así, puede ser que Dios permita que las consecuencias de esas decisiones sigan vigentes. La responsabilidad humana es algo real, y ha de ser tomada verdaderamente en serio. Las pautas generales de evolución suelen poder discernirse en buena medida. Dios se sitúa en el principio de los hechos, acepta las decisiones que se hayan tomado y pasa entonces a la acción *proporcionando* nuevas posibilidades de elección que pueden permitirnos avanzar en adecuada consonancia con sus propósitos finales. En el caso que nos ocupa, el nombramiento de un rey, en ese momento en concreto, puede que no fuera la opción que Dios tenía en mente. Sabedor del resultado final por anticipado, como la historia vino a demostrar, no interviene para estorbarlo. Eso no quiere decir que abandonara al pueblo de Israel a su suerte. Dado que iban a tener un rey, Dios quería que fuese el mejor rey posible y, en consecuencia, no dejó de involucrarse en el proceso. Lo que, en definitiva, no hace sino animarnos, al tiempo que nos plantea un gran reto.

d. ¡Los grandes líderes no se desalientan!

Samuel, a diferencia de Elí, no estaba tan dispuesto a aceptar que sus hijos no le sucedieran. En cambio, en lo que a su conducta personal se refiere, nunca dejó de comportarse como un ejemplo digno de tenerse en cuenta. Herido en lo más íntimo por lo que él vivía como un rechazo de sus hijos, pone el caso ante Dios en oración. De vuelta junto a los ancianos responsables, les advierte de las dificultades que conllevará esa decisión suya. Aun así, y a la vista de que Dios mismo ratifica la elección, se aviene de buen grado a colaborar en el proceso y respaldar al recién nombrado rey, tal como tendremos ocasión de comprobar. Y todo ello a pesar de su patente y manifiesto desagrado con la situación como tal (10:19; 12:17).

Saúl: majestad y manías

1 Samuel 9–15

1. Saúl nos es presentado (9:1–14)

a. La aristocracia no existe en el reino de Dios (9:1–3)

Llegados a este punto, Samuel se retira de la escena y en su lugar hace su aparición

Saúl, como foco central de los siguientes acontecimientos. Hay un punto de ironía en este primer contacto con la figura de Saúl. Por un lado, nos enteramos de que su padre era un *hombre poderoso e influyente*, con unos antepasados de los que sentirse orgulloso, y que el propio Saúl era *favorecido y hermoso*, en términos tanto de capacidades como de aspecto externo. No cabe duda, pues, de que se nos está dando a entender que, puesto que *no había otro más hermoso que él entre los hijos de Israel*, era el candidato idóneo para ser nombrado rey. Pero, por otra parte, no hace su entrada en escena como joven decidido y con opiniones propias, dispuesto a superar cualquier obstáculo que se le ponga por delante. Aparece, más bien, como joven indeciso y falto de confianza en sí mismo, ocupado en buscar las asnas perdidas, y ello por indicación de su padre, que no por propia iniciativa. Incluso esa presentación que hace de sí mismo como alguien insignificante evidencia una notable falta de amor propio (21). El tema de la fuerza y el poder con que Dios dota a los débiles sigue siendo principal en la sección que sigue.

La grandilocuente presentación de los versículo 1–2 pudiera haber sido añadida posteriormente con el fin de equiparar el tono con posteriores recuentos de las hazañas de la realeza, lo cual, en cierta medida, no haría sino reforzar el tono irónico de la situación en sí. No sabemos con exactitud el número de asnas perdidas, pero la mera posesión de asnas era ya indicativa de cierta riqueza. Sin embargo, la prolijidad en los detalles da a entender que se trataba de un asunto de lo más común. Podría estar Saúl destinado a ser rey, pero, por el momento, no dejaba de ser un hombre como cualquier otro, con ocupaciones de lo más común. Ante todo, era uno más del pueblo y, de hecho, las regulaciones de Deuteronomio 17 respecto a la monarquía dan a entender que así es como debía ser. El concepto de aristocracia, como algo distinto al común de los mortales, de donde debería proceder un rey, es del todo incompatible con la teología del pacto. El rey podía tener un papel más destacado y particular, pero, aun así, seguía siendo hermano del resto de los israelitas. Al igual que ellos, no era sino un miembro más del pueblo elegido por Dios. La preocupación de los profetas porque rey y pueblo fueran igualmente conscientes de ello es algo aparentemente compartido por el historiador. Saúl tenía que encontrar las asnas, David estaba al cargo de un rebaño de ovejas. Los líderes que se ven a sí mismos como clase aparte, con posición de privilegio, así como los que ponen en un pedestal a los líderes, necesitan que se les recuerde que incluso los reyes pueden tener que buscar, en algún momento, unas asnas extraviadas.

b. En el reino de Dios, los personajes menores también cuentan (9:4–11)

Saúl y su criado tienen que desplazarse varios kilómetros en territorio de Benjamín y Efraín. Y todo ello en una búsqueda infructuosa de unas asnas perdidas. No queda clara la razón de tantos pormenores, pero cuando llegan a tierras del clan de Samuel, tribu de los zufitas (1:1), Saúl está ya más que harto. Sin embargo, su criado, que, al menos en esos momentos, da la sensación de tener más iniciativa que Saúl, sugiere que, ya que están ahí, podrían llegarse a ver al *hombre de Dios* (6) de la localidad, que tiene fama de descubrir lo oculto y hablar la verdad. Por su parte, Saúl parece haber visto a Samuel

como una especie de adivino que aceptaba dinero a cambio de información relativa a asuntos como el extravío de unas asnas. Eso probablemente no hacía más que reflejar la opinión de quienes no sabían nada de primera mano con respecto a la figura de Samuel, e ignoraban su actividad como juez y profeta. Por otra parte, esa explicación de las diferencias entre vidente y profeta parece pensada para aclarar toda posible impresión de que Samuel no era más que un adivino. La prontitud del criado para contribuir con, según todas las apariencias, su propio dinero a una feliz conclusión de la búsqueda, pone de relieve la existencia de una relación más estrecha con Saúl y su familia. La ausencia de una rígida separación entre amo y criado, junto con la buena disposición de Saúl para hacer lo que su criado sugiere, podría entenderse como una indicación más del potencial de Saúl como futuro rey. Bien administrado, ese potencial podría evitarle caer en muchos de los problemas derivados del abuso de poder, ya esbozados en su momento por Samuel. Por otra parte, sin embargo, la disponibilidad, tanto del criado como de Saúl, para ver las cosas desde una perspectiva espiritual no acaba de perfilarse del todo, y nos queda la duda de si no estarán en realidad obrando así por puro interés egoísta. No obstante, es innegable que buscaban a *un hombre de fe*, poniéndose así de relieve su voluntad de escuchar la palabra de Dios. Y Dios, por su parte, viene a dejar constancia, una vez más, de su intención de no dejar nunca sin respuesta a todo aquel que le busque, por muy limitada que sea esa búsqueda en el conocimiento humano, mostrándose, además, dispuesto a fomentar un conocimiento más profundo. Ésta va a ser, de hecho, una experiencia constante para el pueblo de Dios a lo largo de su historia.

La importancia que pueda tener ese encuentro de amo y criado con dos jóvenes mujeres camino del lugar no está del todo clara. No parece ciertamente añadir gran cosa a la historia de Saúl que dos muchachas, que, evidentemente, no habían sido invitadas a participar en la ceremonia del sacrificio, les comunicaran lo que estaba a punto de tener lugar. Puede que, al igual que el incidente de las asnas, el hecho haya quedado registrado con el fin de resaltar la simultaneidad de lo cotidiano con lo excepcional: Saúl estaba a punto de ser nombrado rey, pero, aun así, las muchachas seguían necesitando *sacar agua*. Puede ser que también, se haya querido dejar constancia del hecho con el fin de recordarle al lector que los personajes principales de la historia que va a desarrollarse no son los únicos que cuentan: las muchachas de las que ignoramos el nombre, al igual que el criado que también carece de él, tienen su propio lugar en la historia del pueblo de Dios y, asimismo, en el conjunto de las Escrituras. El que las muchachas estuvieran tan dispuestas a indicarle a Saúl cómo llegar hasta Samuel nos presenta una buena disposición natural, pero igualmente podría ser indicativo del carisma personal de Saúl y su acompañante, y del modo en que inspiraban confianza y confidencias. Si eso era en verdad así, tendríamos un tanto más que anotar a favor suyo como candidato apropiado al trono. Más tarde conoceremos asimismo, las proezas y méritos de Saúl como estrategia militar, pero posiblemente el narrador quiera aprovechar el momento presente para hacernos ver que Dios busca algo más que dones y capacidades en los caudillos elegidos.

c. La adoración es una parte muy importante de la vida de comunidad (9:12–14)

Carecemos de datos concretos respecto al modo en que tenían lugar esas celebraciones religiosas públicas con anterioridad a la construcción del templo. Aun así, el cuadro que se nos presenta de un área específica como escenario local para la ofrenda de holocaustos y sacrificios familiares, como había sido el caso de Ana y Elcana, concuerda con los demás datos que tenemos. En este caso en concreto, la mención de personas invitadas a propósito indica un holocausto celebrado con un propósito especial. Sin embargo, nada se nos dice al respecto. La agitación de las muchachas da a entender que todo el lugar estaba conmocionado. Se nos asegura que lo que iba a celebrarse era todo un sacrificio, y que nada tenía que ver con un culto rutinario. La festividad no podía empezar sin la presencia de Samuel, en su calidad de sacerdote, y *bendiciendo el sacrificio*. Se trata, pues, de una ofrenda de solidaridad donde parte del animal se quema como ofrenda a Dios y parte se entrega al propio sacerdote. El resto se como después en un banquete sacramental que conmemora la alianza fraguada entre Dios y su pueblo. Autores posteriores, en Reyes y Crónicas, mostraron sus reservas respecto a los cultos de sacrificio y adoración celebrados en los “lugares altos”, lejos del templo, pero con anterioridad a su construcción, esos sacrificios eran un hecho aceptable y aceptado, y no cabe buscar connotaciones negativas en función de su ubicación. Samuel tenía ya el hábito de ofrecer sacrificios en las distintas ciudades que visitaba, quizás por peticiones específicas, o puede que también como parte normal de su trabajo como juez itinerante.

2. Saúl es ungido (9:15–10:8)

a. La elección de Dios y lo que nosotros elegimos (9:15–20)

No queda claro cuánto tiempo había transcurrido desde que Samuel aceptó la comisión de encontrar un rey idóneo, ni la seriedad de sus esfuerzos en el intento. Esta celebración en particular, aun desconociéndolo Saúl y el resto de los participantes, iba a cumplir el propósito de festejar el hallazgo del caudillo elegido por Dios, pero aunque 9:24 da a entender que el propio Samuel ya había notado algo especial en esa celebración, es más que probable que hubiera sido organizada con un propósito distinto en mente. Asimismo, podría darse un caso de mera coincidencia entre la celebración, ya dispuesta de antemano, y la aparición inesperada de Saúl. La mayoría de nosotros habremos experimentado en uno u otro momento la manera en que distintas agendas vienen a “coincidir” accidentalmente. El equilibrio entre nuestros planes y los propósitos de Dios es tarea digna de atención. Lo que sí queda meridianamente claro en el caso que nos ocupa es que el que Saúl fuera el elegido era obra de Dios. Justo el día antes, se le había comunicado a Samuel que debería esperar la llegada de un benjamita que iba a ser ungido como caudillo de Israel y así, nada más aparecer Saúl, Dios mismo se ocupa de confirmar que *éste es el hombre ... [que] gobernará a mi*

pueblo. No hay lugar, pues, para dudas. Saúl era verdaderamente el hombre elegido por Dios.

En este capítulo falta un lenguaje en consonancia con la recién instaurada monarquía. El término usado en el versículo 16 es *nagîd* ("líder"), con claras resonancias militares y que bien podría ser aplicado a cualquiera de los jueces habidos hasta ese momento. El término *melek* ("rey") no es usado ahí y Saúl es, pues, ungido en primera instancia como *nagîd*. Hasta aquí, todo bien. Sin embargo, no puede evitarse pensar que Dios había tenido esa intención desde un primer momento, y si no hubiera sido por el empecinamiento de Samuel en nombrar a sus propios hijos como jueces, la historia había transcurrido por cauces muy distintos. Sea como fuera, todos estos sucesos vienen a confirmar que Dios no sólo se toma la responsabilidad humana, y sus decisiones, muy en serio, sino que, además, actúa en consonancia. Las posibles especulaciones respecto a lo que "podría haber sido" y "qué hubiera pasado si" nunca llevan a parte alguna. E, igualmente, la mera sugerencia que el nombramiento de Saúl fue un error y que habría tenido que ser David el primero en la lista queda suficientemente refutada por el vocabulario que se emplea. Saúl no era ni más ni menos que la respuesta de Dios al clamor de su pueblo (9:16).

Una nota de humor hace aquí su aparición al resultar ser el propio Samuel la primera persona con la que se topan Saúl y su criado al llegar al pueblo y solicitar ayuda para encontrar la *casa del vidente*. El fallo de Saúl al no poder reconocer por sí mismo a Samuel contrasta con el inmediato reconocimiento de un Samuel que es ayudado en ello por Dios mismo. La percepción que el criado tiene del hombre santo es inmediata, resultando, sin duda, un tanto intimidante, y es un hecho, además, que viene a quedar confirmado de inmediato por el modo en que Samuel saluda a Saúl, y por su referencia a las asnas desaparecidas, que, según se desprende de sus palabras, ya habían sido encontradas. Resulta obvio, sin embargo, que el saludo proferido por Samuel encerraba mayor significado que el que podía suponer esa mención de las asnas. Sus palabras son toda una combinación de claridad de exposición y oscuridad de intención. Se supone que han de comer con Samuel en el lugar alto - invitación sorprendente por parte de alguien a quien acaban justo de conocer, pero inconfundible en su expresión. A continuación, Samuel les comunica que al día siguiente les enviará de vuelta a su lugar de origen, pero no sin antes declararle a Saúl *todo lo que está en [su] corazón*. Ésa es una clarísima referencia no a las asnas, ya que la información necesaria al respecto se facilita de inmediato. Lo que parece que tenemos, pues, es una alusión real a que el propio Saúl estuviera ya albergando por cuenta propia deseos de un puesto semejante. Puede que ese posible deseo suyo guardara relación con el profundo deseo de Israel de liberarse de la amenaza filistea, y soñara con desempeñar un papel importante en su consecución. La afirmación final de que Israel aspira a poder contar con Saúl y su familia también es oscura, pero, a la luz del cántico de Ana, podría apuntar a un creciente sentimiento (quizás algo fomentado por Dios mismo) en el seno de Israel de que el futuro dependía de un caudillaje organizado a escala nacional. Puede que Israel no fuera todavía consciente de ello, pero Saúl iba a ser la respuesta a sus oraciones.

b. Preparado para el llamamiento (9:21–26)

La respuesta de Saúl, que podría indicar una genuina ausencia de orgullo personal, aunque también podría evidenciar mero formulismo social, pone de relieve que había comprendido perfectamente que Samuel estaba pronosticando una intervención suya de la mayor importancia para el futuro de Israel. El que llegara a semejante conclusión ante un mensaje no muy claro vendría a confirmar que él lo estaba asumiendo en el contexto de su propio llamamiento a desempeñar ese papel preponderante. La relación entre los deseos de nuestro corazón y el reto que nos plantea la existencia de los demás suelen formar parte de la confirmación de un llamamiento por parte de Dios y quizás fuera eso lo que le estaba pasando a Saúl en esa situación. Por otra parte, su comprensión inmediata del mensaje implícito en las palabras de Samuel suponía una suerte de estímulo para el anciano vidente, confirmándole que había entendido la palabra de Dios correctamente.

Y, aun cuando todavía no se había dicho nada de forma explícita, el lugar honorífico que le habían asignado confirmaría sus esperanzas, y posibles miedos, respecto a la certeza de ese futuro liderazgo intuido por él. Además, el hecho de que hubieran situado a su criado junto a él demostraba que su posición como invitado de honor no obedecía al hecho de que su padre fuera un personaje importante en la comunidad israelita (9:1). Era práctica común agasajar a los invitados especiales con una porción escogida del guiso de carne. La treintena de invitados presentes tuvieron que preguntarse la razón de que Saúl y su criado fueran objeto de tales atenciones, pero su curiosidad no vino a quedar satisfecha en esta primera ocasión. No cuesta trabajo imaginar su reacción cuando, llegado el momento, Saúl fue nombrado rey en Mizpá: “Sabíamos que algo estaba pasando”. “Nosotros estábamos allí cuando Saúl se encontró por vez primera con Samuel”. Por otra parte, no cabe duda de que el lugar asignado a Saúl en la mesa del banquete facilitaba un primer intercambio personal entre Samuel y el futuro rey. El texto resalta el hecho de que Saúl comiera junto a Samuel, y también que, antes de acostarse, *Samuel habló con Saúl en el terrado*, como hecho indicativo de la conveniencia de iniciar una relación común. No hay nada que indique que Samuel dudara por un momento que Saúl era el elegido por Dios. Es posible que Samuel quisiera asegurarse de que Saúl le conocía bien antes de convertirse en rey y así estuviera dispuesto a escuchar sus consejos llegado el momento. Por otra parte, también pudiera ser que Samuel estuviera poniendo a prueba a Saúl con el fin de asegurarse de que en verdad poseía las cualidades necesarias para ser un rey. Si eso era así, parece que Saúl superó la prueba con éxito.

Al tener lugar, a la mañana siguiente, la breve ceremonia del ungimiento, nadie, ni siquiera el criado de Saúl, estuvo presente. Según parece, era algo importante que el pueblo percibiera desde un primer momento que Saúl había sido elegido en verdad por Dios mismo. Dado que su tarea consistía en acaudillar a toda la nación, y no tan sólo a su propia tribu, era vital que su nombramiento quedara ratificado en una reunión abierta a todos. La pequeña ceremonia de unción preliminar era exclusivamente para

Saúl, a modo de preparación para lo que habría de venir. Aparte de una referencia de pasada en 10:14, el criado desaparece ahora de la escena. Es posible que las instrucciones que se le dan a Saúl para que indique a su criado *que suba primero*, simbolizaran el hecho de que, a partir de ese momento Saúl tendría que tomar las decisiones por sí mismo y asumir la responsabilidad de sus actos. Ya no podría apoyarse en los demás, ni siquiera en personas tan fieles a su persona, para tomar la iniciativa.

c. Desarrollando la confianza en Dios y su llamamiento (9:27–10:6)

El *mensaje de parte de Dios* que Samuel le transmite a Saúl constaba de dos partes. Primero estaba la confirmación explícita de que el ungimiento era ordenado por Dios para ser consagrado a su servicio como caudillo de Israel. En segundo lugar venía la descripción pormenorizada de lo que sucedería como confirmación de todo cuanto se había dicho al respecto. Los dos primeros eventos, esto es, el encuentro con los dos hombres que le informan que las asnas ya han sido encontradas, y los tres peregrinos que comparten su comida con Saúl, no son particularmente relevantes. Es más que probable que su interés derive del hecho de haber sido predichos por Samuel, si bien el primero de ellos podría ser indicativo de la fama de Saúl y los negocios de su familia, mientras que el segundo apuntaría a un carisma innato en Saúl que movería a las personas a honrarle y servirle. Para Saúl, prueban que puede confiar en el juicio y las palabras de Samuel, que el ungimiento realizado por él tenía su génesis en Dios mismo. Si es que Saúl iba a acaudillar a Israel conforme a la voluntad expresa de Dios, era del todo necesario que su fe personal estuviera firmemente asentada en Él. La tercera señal iba a ser el encuentro con unos profetas extáticos y, en una experiencia que iba a cambiar su vida para siempre, recibir el necesario poder espiritual para unirse a ellos por un tiempo y profetizar en su compañía. Ese encuentro personal con Dios transformaría a Saúl. La falta de seguridad en sí mismo y su dificultad para relacionarse con los demás iban a ser ahora algo del pasado, emergiendo en cambio el pleno potencial de su carácter como líder del pueblo. Una vez tiene esto lugar, Saúl puede confiar en la presencia de Dios a su lado y, partiendo de esa certeza, *llevar a cabo cuanto se le venga a la mano*. Esto viene a querer decir que, a partir de ahora, si él va a vivir a la luz de esa presencia, esperando y confiando en que Dios va a obrar en su vida, los demás también van a poder confiar en él y en las decisiones que tome, lo cual, a su vez, fomentará su autoestima y confianza en sus propios juicios a medida que vayan desarrollándose los acontecimientos. No encontramos ni en Samuel ni en ninguna otra parte del Antiguo Testamento indicación alguna que nos lleve a esperar en una guía directa en cada acción que debamos emprender o en las decisiones cotidianas que tengamos que asumir. Las responsabilidades que Dios confía a su pueblo son muy reales y demandan un esfuerzo.

Las indicaciones de Samuel sólo son aplicables al Saúl que ha sido *cambiado en otro hombre* (10:6). Los capítulos que siguen dejan bien claro que no se trata de que Saúl vaya a contar en todo momento y ocasión con la aprobación y el respaldo divino haga lo que haga. A veces, damos por sentado que, ya que la persona en cuestión ha sido en su

momento escogida por Dios, va a tener una capacidad permanente para tomar las decisiones más adecuadas y obrar en consecuencia. Puede incluso que no nos atrevamos siquiera a cuestionar las palabras o la conducta de dicha persona por parecernos una crítica indirecta a Dios mismo. Saúl es un claro ejemplo de lo equivocado de ese planteamiento.

d. Haciendo planes para el futuro (10:7–8)

Resulta muy difícil decidir cómo la muy precisa y detallada información respecto al dónde y cuándo del encuentro de Saúl con Samuel pueda encajar en este contexto. Hay un encuentro posterior en Guibeá, registrado en 11:4, y el propio Saúl hace referencia esas disposiciones en 13:8, pero la razón de que se den instrucciones concretas para un encuentro sin acordar no queda del todo clara. Pudiera ser una especie de reconocimiento de que incluso un carácter transformado puede tener que enfrentarse a problemas a la hora de hacer *lo que la situación requiera*. Si, en un momento dado, Saúl se sintiera inseguro respecto a cómo actuar, o si necesitara el consejo y la ayuda de Samuel, bastaría entonces con ir a Gilgal y Samuel le recibiría allí al cabo de una semana ofreciendo sacrificio de holocausto a Dios a favor suyo. Saúl no tenía por qué tener miedo a actuar como líder, pero eso no suponía que nunca fuera a tener necesidad de una guía externa apropiada. El desafío que plantea lograr el equilibrio de tener la confianza necesaria en uno mismo, para tomar las decisiones apropiadas, sin incurrir por ello en una arrogante autonomía, es común a todo líder en uno u otro momento.

3. El nombramiento de Saúl (10:9–27)

a. Las personas pueden cambiar (10:9–13)

Saúl había ido en busca de Samuel con una idea más o menos clara de que pudiera ayudarles a encontrar las asnas. Ahora se despedía de él con un corazón cambiado por la intervención de Dios. Es posible que el versículo 9 no sea sino un resumen de lo acontecido a lo largo del día, pero la consecuencia es que Saúl se marcha del lugar con el ánimo dispuesto a aceptar las implicaciones de las señales que iba a ir encontrando en su camino. Pero había sido Dios mismo, no las señales presentes o futuras, quien había cambiado el corazón de Saúl, si bien esa tercera señal, que es la única donde se describe su cumplimiento con algún detalle, desempeñó un papel en la transformación de su carácter. Encontrarse con profetas en grupo era algo frecuente en los santuarios rupestres. Aun así, en este caso en concreto, parece haberse tratado de un grupo de profetas itinerantes que pasaban casualmente por Guibeá a la llegada de Saúl. La profecía extática que practicaban, con frecuencia acompañada de música, parece haber tenido una función diferente de la proclamación de la palabra de Dios, que es la más usual de los profetas mejor conocidos. De Samuel suele decirse que hace su labor en solitario, pero en 19:20 se le ve también encabezando un grupo de esas características en Ramá.

Dado que el encuentro profético ocurre en el lugar donde Saúl reside (10:26), cuantos conocen al anterior Saúl quedan sorprendidos por lo que ven. Nunca había destacado por su celo en la observancia religiosa y su comportamiento ahora es motivo de comentarios entre la gente. Convertido más adelante en figura nacional, el dicho *¿Está Saúl también entre los profetas?* (12) pasó a convertirse en proverbio popular. En este momento en concreto, todos tuvieron que sentirse un tanto sorprendidos por el curso que seguían los acontecimientos, pero bien puede ser que cuando Saúl es proclamado rey, el recuerdo de esos hechos ayudara a sus paisanos a aceptar su nombramiento. No es fácil aceptar un cambio en aquellos que conocemos bien. Éste es precisamente uno de varios relatos en las Escrituras que nos advierten acerca del peligro de encasillar a las personas, negándonos a aceptar que pueda haberse operado un cambio. Y bien puede ser, claro está, que este incidente ayudara a Saúl a aceptar la realidad del cambio operado en su propio corazón, apuntado ya en el versículo 9. A veces, permitirnos a nosotros mismos *cambiar* es la tarea más difícil. Es interesante notar que, una vez pasada la experiencia profética, lo primero que hace Saúl es ir al lugar alto (13). Es de presumir que su intención fuera primordialmente rendir culto y adoración a Dios en el santuario del lugar, pero también cabe la posibilidad de que necesitara un tiempo a solas para pasar revista a todo lo sucedido y hacerse a la nueva situación en presencia de Dios. En toda transformación espiritual, se necesita un tiempo para asimilar el nuevo compromiso con Dios, reconociendo que precisamente lo importante es Dios, y no la experiencia en sí.

b. La transformación no equivale a la perfección (10:14–16)

El encuentro con su tío hace que Saúl vuelva a poner los pies en tierra. No es difícil vivir la transformación mientras se permanece en el lugar alto, pero ¡no resulta tan sencillo con nuestros parientes por medio! Saúl había estado ausente varios días y el que se quisiera saber dónde había estado era algo de lo más natural. Es evidente que su tío había oído acerca de Samuel y el que demande más información a Saúl es hecho comprensible dada la categoría y fama del personaje. Aunque, por otra parte, también pudiera ser que su tío notara el cambio operado en su sobrino y quisiera saber más sobre su encuentro con el vidente. Su curiosidad iba más allá de la preocupación por las asnas, pero lo cierto es que Saúl le responde con evasivas, lo cual podría ser señal de su recién adquirido discernimiento, el convencimiento de que no era todavía momento de declarar su nueva condición, o prueba de que aún no había asimilado del todo los últimos acontecimientos, o que la sombra de su anterior persona irresoluta aún se hacía sentir.

Las experiencias espirituales profundas también ocasionan efectos profundos en nuestra vida, pero no tienen por qué alterarlo todo. Puede que hayamos sufrido una transformación, pero seguimos siendo nosotros mismos. La conversión rara vez conlleva un cuerpo o un temperamento transformados. La persona poco hábil o irresoluta puede sentir una nueva vitalidad que la impulse a actuar con mayor confianza en sí misma, pero difícilmente va a convertirse en atleta de la noche a la mañana. La persona

tendente a la melancolía puede encontrar nuevas maneras de salir de esa opresión, pero, aun siendo una persona convertida, encontrará difícil superar esa tendencia. Son muchas las ocasiones en las que ponemos sobre nuestros hombros, o sobre los demás, pesadas cargas, esperando que los efectos de la transformación espiritual sean más notables de lo que, en realidad, suelen ser.

c. La elección de un líder afecta a todos por igual (10:17–24)

El rumor de que Israel iba a tener rey debió de propagarse como un reguero de pólvora por toda la nación a raíz de ese primer encuentro de Samuel con los ancianos representantes de las distintas tribus (8:4–22). Todos estaban pendientes de lo que fuera a pasar a continuación, preguntándose quién habría sido el elegido. Seguro que más de uno se estaría preguntando si no habría sido él el afortunado. Ignoramos el tiempo transcurrido desde ese momento decisivo, pero ahora es la ocasión propicia y Samuel convoca todo el mundo en Mizpá. La elección tiene que ser hecha, y el anuncio es ya inminente. La excitación tuvo que alcanzar cotas muy altas. Si el que iba a ser rey quería tener éxito, era importante que toda la nación participara para poder asumir los hechos como “propios”. La persona elegida iba a ser rey de todo el pueblo, reconocido como tal por las gentes y a él habrían de mostrar lealtad.

No está del todo claro si todo cuanto dice Samuel en los versículos 18 y 19 es transcripción de las palabras dichas por Dios o si el profeta añade algo por su cuenta en la sección final. Una vez más, es el caso que el autor hace notar que la decisión de nombrar un rey que pueda o no sacarles del atolladero (cf. v. 27), en lugar de poner toda su confianza en un *Dios que os libra de todas vuestras calamidades y angustias* (19) puede no ser la más sabia de las decisiones. Aun así, lo cierto es que la decisión ha sido ya tomada, y hasta confirmada. Resulta interesante notar ahí que Dios se sirve de una elección más que dudosa como base de una muy rica y venturosa bendición mesiánica.

¡Y de nuevo hemos de enfrentarnos al tema de los cambios y las transformaciones! No encontramos ahí indicación alguna de que el pueblo estuviera incidiendo en su pecado por demandar un rey. Tan sólo restaba encontrar al candidato idóneo, al hombre que pudiera ser considerado por todos como el elegido por Dios.

Ignoramos el método por el que cada tribu o clan era rechazado o seleccionado, pero parece ser que se recurría a alguna clase de sorteo que todos aceptaban como válida.

Tan sólo dos personas sabían de antemano que la tribu de Benjamín, del clan de Matri y, en última instancia, el hijo de Cis, era elección inevitable. Claro está que Samuel podría haber informado al pueblo, desde un mismo principio, que Saúl era el elegido por Dios, pero la cuestión era que en modo alguno debía verse su candidatura como algo impuesto al pueblo por Samuel. Cuando se está convencido de que cierta persona en particular es la elegida por Dios, suele sentirse la imperiosa necesidad de manipular la situación sin dar oportunidad al pueblo de “hacer suya” la decisión. Samuel, sin embargo, evitó sabiamente caer en esa tentación. Sea cuál sea el método al que se recurra, y las Escrituras dejan constancia de varias posibilidades, Dios sigue siendo

soberano y no necesita de nuestra intervención para conseguir que sea nombrada la persona adecuada. En el caso que nos ocupa, la selección afecta en principio a todos y cada uno de los israelitas¹¹ presentes. No se trata de que se dé precedencia a ningún grupo en particular. La existencia de una aristocracia no fue nunca aceptable en el contexto de la Alianza. Todos los israelitas eran iguales y con los mismos derechos y posibilidades. El que habría de ser su rey sería nombrado eligiendo de entre todos ellos, y seguía siendo uno más junto a ellos. En la actualidad, suele darse el caso en la iglesia que damos lugar a la creación de una aristocracia de hecho, al limitar el fondo de líderes potenciales, ya sea consciente o inconscientemente, a un grupo restringido en concreto, sea por edad, formación profesional o actitud personal. Esta forma de pensar quizás debería empezar a ser considerada inaceptable.

El humor vuelve a hacer su aparición al ser nombrado Saúl y no encontrársele por parte alguna. ¡Estaba escondido entre el *bagaje*! Queda claro que Saúl aún tenía que resolver la diferencia entre su forma de ser y lo que la nueva situación exigía de él. Ese aparente miedo suyo, fuera por timidez o por falta de confianza en sí mismo, hace de él un personaje a la vez entrañable y un tanto cómico, pero, sobre todo, muy fácil de comprender. No encontramos en él, todavía, ninguno de los síntomas de la arrogancia que le caracterizaría posteriormente, cuando hizo cuanto estuvo en su mano por seguir aferrado al poder a cualquier precio. Al aparecer por fin, lo notable de su estatura hacía que todos pudieran ver sin dificultad dónde estaba y de quién se trataba. Es muy probable, sin embargo, que Samuel estuviera haciendo referencia a algo más que a la estatura de Saúl cuando insta al pueblo a ver que *no hay otro como él entre todo el pueblo*; pero, aun así, podemos estar seguros de que esa cualidad también influyó en que el pueblo se convenciera de que se había hecho la elección adecuada. Incluso hoy día, las personas altas tienen mayores probabilidades de conseguir mejores puestos de trabajo que las personas bajitas. El narrador será, pues, consciente en su momento de lo irónico de la posterior elección de David como nuevo rey, ¡dada su baja estatura! La cuestión es que el Señor no va a guiarse nunca por la apariencia externa.

d. Las nuevas estructuras suponen nuevos sistemas, nuevas salvaguardas y nuevos recursos (10:25–27)

Queda ahora claramente confirmado que Saúl es reconocido como *melek* o rey y no simplemente como otro juez más o como líder local. Ese nombramiento suponía el establecimiento de un protocolo y el registro puntual de todo acontecimiento nacional. Samuel deja bien claro que eso lo conlleva la instauración de una monarquía, de modo y manera que monarca y súbditos tengan muy claro lo que cabe esperar. Las *ordenanzas del reino* hacen probablemente referencia a las regulaciones de Deuteronomio 17. Las diferencias en las expectativas han originado muchos problemas y tensiones entre líderes y aquellos a los que quieren liderar, y era tan importante entonces, como lo es ahora, minimizar tales problemas, quizás detallando de forma adecuada las distintas responsabilidades y obligaciones del cargo. En el caso que nos ocupa, se trataba nada menos que de un nombramiento ratificado por Dios en el seno

de una nación que seguía todavía reconociendo a Dios como caudillo del pueblo, siendo ésa la razón de que las ordenanzas y su documentación se guardaran *delante del SEÑOR* (25). Dada la época en que nos encontramos, es de suponer que se trataba del lugar donde se guardaba el arca. Israel debía tener muy claro que, con independencia de su motivación inicial, el nombramiento del rey era obra de Dios pero no para sustituirle a Él. El rey podría en ocasiones especiales actuar en representación de Dios, pero no era en modo alguno Dios.

En la nueva era que comenzaría tras la ceremonia, nadie tenía una idea muy clara de lo que vendría a continuación. De ahí que Saúl siguiera las indicaciones generales de Samuel al pueblo y se volviera a su casa. Las celebraciones a gran escala suelen servir de inspiración a los que están presentes. Son muchas las personas que regresan a su lugar de origen “enardecidas” para, no mucho más tarde, “desinflarse” ante la “realidad” de la vida cotidiana. Otras, en cambio, se han sentido profundamente conmovidas, aceptando el reto con todo lo que ello conlleve para pasar enseguida a la acción. Eso fue lo que ocurrió en este caso. Un número indeterminado de *valientes* acompañó a Saúl en su vuelta a casa, posiblemente con la idea de crear un ejército, dispuestos y decididos a toda costa a ayudar a Saúl a derrotar a los filisteos. Esos valientes apoyaban a Saúl porque Dios había tocado sus corazones. Cualesquiera que fuesen las objeciones en origen a la implantación de la monarquía, ya era una realidad, y Dios estaba obrando en todo ello. Saúl era el rey nominado por Dios, y todos aquellos que se mostrasen a favor suyo lo harían por inspiración divina. Si rehusamos prestar nuestro apoyo a un nuevo sistema simplemente por creer que no es el que debiera haberse adoptado, o que su institución obedecía a un rechazo de la soberanía de Dios, corremos el riesgo de no percibir dónde está Dios actuando en el presente. Los que se opusieron abiertamente a Saúl son calificados de *hombres indignos* (literalmente, *hijos de Belial*). En esa nueva situación, cuantos se negaron a aceptar a Saúl por dudar de su capacidad para salvarles, presumiblemente de la opresión filistea, estaban rechazando a Dios mismo, al dudar de su habilidad para salvarles a través de Saúl. El que no le ofrecieran regalos subraya el hecho de que la mayoría había rendido tributo a Saúl. Si es que, en verdad, iba a conseguir realizar algo importante, necesitaría recursos y la única forma en que podían ser provistos pasaba por esa ofrenda voluntaria por parte del pueblo de Dios. Tuvo que ser de gran ayuda para Saúl constatar que había tantos dispuestos a prestarle apoyo económico espontáneamente sin que se hubiera implantado ningún impuesto o tasa. El que se mantuviera en silencio ante el desplante y la burla de esos “hombre indignos” apunta a una sabia reflexión: las acciones hablan con voz más potente que las meras palabras. Hay ocasiones en las que está indicado refutar los argumentos y las críticas de quienes se nos muestran opuestos, pero rara vez está más indicado responder a las burlas y críticas con algo que no sea un cauto silencio. El tiempo se encargará de demostrarles a los que se burlan si tenían razón o no. Al mantenerse callado, convirtiendo su primera actuación como rey en mera “inacción”, Saúl sienta un excelente precedente para que otros líderes se animen a seguir su ejemplo a la vista de un cuestionamiento de sus capacidades similar.

4. El nuevo rey demuestra su valía (11:1–15)

Este capítulo ofrece el punto álgido de la carrera de Saúl. A partir de este momento, los problemas se suceden ininterrumpidamente, pero aún no se manifiesta el carácter errático y atormentado de este nuevo rey. Saúl está aquí demostrando su valía, ejemplificando, para propios y extraños, que, con la ayuda de Dios, un rey puede liberar al pueblo, siendo Saúl un rey digno de tal nombre. La ironía está en que la ocasión que se ha brindado a Saúl para demostrar sus aptitudes no ha sido por parte de los filisteos, y ni siquiera en su propio territorio, sino por los amonitas del norte, en el margen oriental del río Jordán y por encima de Jabes de Galaad.

a. Ningún enemigo es más fuerte que el Dios de Israel (11:1–3)

Es una experiencia común en la vida del cristiano sentir que se encuentra en terreno hostil y rodeado de enemigos. Pablo, en 2 Corintios 4:8, se sintió exactamente así: “Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados”. Y su respuesta no se diferencia mucho de la del propio Saúl ante unas naciones enemigas que tenían literalmente cercado al pueblo de Israel. Los amonitas habían sido como un aguijón en el costado oriental de la nación de Israel durante años, al igual que los filisteos por el suroeste, los arameos por el norte y Moab y Edom en el sureste. La verdad del caso es que Israel había estado por encima de esas naciones en algunas ocasiones, mientras que en otras se había visto gravemente amenazada, llegando a veces a pactar alianzas con ellas. Años después, Nahas, rey amonita, había establecido una buena relación con David (2 S. 10:2), pero ése no es el caso aquí. La gente de Jabes de Galaad buscaba una rendición negociada para poner fin al asedio iniciado por los amonitas, pero las condiciones impuestas eran crueles y completamente inaceptables. La bien arraigada creencia popular de que los amonitas extirpaban el ojo derecho a los enemigos vencidos prueba la veracidad de esta historia. Nahas no estaba dispuesto a aceptar una rendición que no supusiera la admisión de una derrota total por parte de las gentes de Jabes. Su intención era causar *una afrenta sobre todo Israel*, demostrando así el absoluto dominio de Amón y la total inutilidad de Israel y, por extensión, de ese Dios suyo. Posteriormente, su hijo Hanún da muestras de haber heredado ese deseo de su padre (2 Sa. 10). Nahas estaba convencido de que su posición era inexpugnable y que no había probabilidad alguna de que Jabes de Galaad encontrara un paladín en el plazo de una semana. Esa arrogante confianza suya le lleva a negarse a considerar ningún posible acuerdo. Tanto Nahas como Hanún lo pagaron caro llevando a su pueblo a sufrir idéntico padecimiento por su arrogancia. A lo largo de la historia, han sido muchas las negativas de esa índole que han abocado a tan engreídos negociadores a pérdidas incalculables.

Esta rendición parece haber sido una opción permanente para el pueblo de Jabes, y que la reacción del pueblo de Guibeá al oír las noticias fuera ponerse a llorar, manifiesta su convencimiento, junto con Nahas, de que la derrota era ya algo inevitable. Israel se

encontraba en un estado de total desbarajuste, carecían, además, de un ejército nacional digno de crédito y no veían el modo de rescatar la ciudad. Saúl tenía sin embargo otras ideas al respecto. El Dios de Israel, que es el Dios de Pablo y también el nuestro, no puede ser dejado a un lado tan a la ligera.

b. Un furor constructivo y unos resultados positivos (11:4–7)

La monarquía era un concepto nuevo para Israel y no parece que se le ocurriera a nadie que ésa era justamente la clase de situación para la que había sido hecho rey Saúl. Sin embargo, el propio Saúl sí se daba cuenta de ello. La nación carecía por el momento de sede real propia y encontramos una muy entrañable escena en un Saúl que se entera de las novedades cuando regresa del campo, como cualquier otro campesino. Tal vez fue precisamente ese arraigo en la vida ordinaria del pueblo de Israel lo que le llevaba a Saúl a entender sus asuntos y a tratar de hallar el mejor modo de pasar a la acción.

Cuando se produjo, la pérdida de esa capacidad de identificación llevó a Saúl y a sus sucesores a perder también el contacto con el pueblo y los propósitos de Dios para ellos. En esta ocasión, la reacción de Saúl fue de ira mal contenida, aunque no se sabe bien si por la arrogancia de los amonitas o por la ignominiosa capitulación de los israelitas. Su furor no era de esos que hacen hervir la sangre pero te dejan paralizado, sino, muy al contrario, del tipo que incita a la acción inmediata. Ahora bien, tanto acción como reacción aparecen ahí como inspiradas por el Espíritu de Dios. La ira casi nunca es una emoción saludable y hemos de ir con mucho cuidado en evitar que nos desborde. Ahora bien, no siempre está desaconsejada e incluso hay veces en las que es la respuesta más apropiada.

El mayor logro de Saúl, en esta ocasión, es reunir al pueblo. Da ahí la impresión de que si Israel se mantiene unido, trabajando al unísono en la consecución de un propósito común justo, libres de toda motivación egoísta, y en total dependencia de Dios, va a ser realmente imbatible como nación. Ese pensamiento supone un auténtico reto para la Iglesia de hoy. Las tácticas de Saúl son espléndidas. Convince al pueblo de que está trabajando conjuntamente con Samuel, tranquilizando a los que confiaban en la capacidad del hombre santo para discernir la voluntad de Dios y que todavía no estaban preparados para fiarse de la pericia de Saúl para llevar a buen término un plan, de que la empresa que van a acometer cuenta con el respaldo de Dios. Con total deliberación, imita las tácticas del levita en Jueces 19–20, aunque de una forma no tan horripilante, para llevar al pueblo a una acción conjunta. En ocasiones, tan sólo el miedo impulsa a la acción y, en este caso, incluso el miedo evidenciado por el pueblo es visto como divino en su origen. Dice mucho a favor de Saúl que las amenazas que profiere no sean de muerte contra aquellos que no respondan al reto nacional, sino que les avisa simplemente de la inminente pérdida de su medio de vida. Este castigo pone de relieve las consecuencias que sufrirán las gentes de la parte oriental si la nación no reacciona como es debido. Bezec, situado en el margen occidental del Jordán, suficientemente apartado para pasar desapercibido por los amonitas, pero dentro de

unos límites apropiados para la réplica, es elegido como cabeza de puente.

c. El valor de la unidad dentro de la comunidad (11:8–15)

La cooperación dentro de la comunidad sirve para crear un espíritu de confianza, y trescientas treinta mil personas responden al llamamiento de Saúl. La separación entre los efectivos de Israel y Judá pone de manifiesto que la división entre norte y sur, que con el tiempo degeneraría en total desunión y enemistad, hundía sus raíces en el inicio mismo de su andadura conjunta como nación. David y Salomón consiguieron mantener unidas a las tribus, pero no ha de sorprendernos que el arrogante y estúpido Roboam, ignorante de las legítimas demandas de una parte del pueblo, no lo consiguiera. Saúl destaca como ejemplo, mientras que Roboam lo hace como advertencia, para que los líderes responsables de las iglesias tomen buena nota de que es posible tanto el mantener unidos a grupos con diferentes intereses a la hora de formar un ejército eficaz al servicio de Dios, como es el separarlos hasta el enfrentamiento. Hay ocasiones, claro está, en las que la separación es la opción correcta, pero deberíamos estar antes muy seguros que no es por irreflexivo egoísmo que se rompe la frágil unidad que, aun en su debilidad, está sirviendo a los propósitos de Dios. Saúl estaba absolutamente convencido de que se iban a alzar con la victoria; esa confianza suya, transmitida a las gentes de Jabes, tenía su origen en la seguridad de contar con el espíritu de Dios, pero también de disponer de una fuerza militar mancomunada. El ejército israelita carecía en gran medida de instrucción y formación, pero el versículo 11 muestra la habilidad estratégica de Saúl. Es posible incluso, que los “valientes cuyos corazones Dios había tocado” (10:26) hubieran pasado un tiempo desde su nombramiento planeando ese ataque.

Visto a escala nacional, se trataba de una simple escaramuza, fácilmente manejable una vez logrado un frente común. Aun así, iba a servir para establecer los credenciales de Saúl de cara a la comunidad. Y no sólo eso, pues da muestras de su categoría como hombre de Estado al declinar tomar represalias contra los que se habían negado a reconocerle como rey. El argumento para no castigar a los rebeldes consistía en reconocer la victoria como acción directa de Dios. La gratuita bondad de Dios hacia Israel debía suscitar gracia y perdón en el seno mismo de la nación. Esta forma de ver las cosas, apreciable asimismo en la actitud de David hacia Simei en 2 Samuel 19:22–23, es precursora de las enseñanzas de Jesús en el Padrenuestro y en otros textos. Quienes buscan alcanzar la gracia de Dios y su perdón, han de aprender a mostrar esa misma actitud hacia los demás. Pero, también cabe considerar que habría sido poco prudente, por parte de Saúl, emprender acción alguna que pudiera alterar la frágil unidad nacional tan recientemente creada.

Nada más apropiado, entonces, que coronar una victoria de ámbito nacional con una celebración que consolidara esa unidad. Gilgal se nos presenta como símbolo de un nuevo comienzo. Era, ciertamente, el lugar en el que Josué había acampado por vez primera al entrar en la Tierra Prometida y nada más apropiado que una reunión conjunta en ese lugar para ofrecer *sacrificios de las ofrendas de paz delante del SEÑOR*.

Esos sacrificios de paz interna, en los que el banquete comunitario simboliza no sólo la comunión entre los asistentes, sino, asimismo, la comunión de Dios con su pueblo, tenían lugar en medio de una atmósfera de celebración y disfrute, y era la ocasión ideal para reafirmar la soberanía de Saúl. Ese primer ungimiento suyo en Ramá le había servido para confirmarle que verdaderamente Dios le había elegido. Por otra parte, la ceremonia de Mizpá también presentó al pueblo la elección hecha por Dios. Y ahora, en Gilgal, el pueblo, tras la oportunidad de ver a Saúl en acción, podía afirmar con verdadero conocimiento de causa, que él era también su elegido. La monarquía nunca iba a ser efectiva en Israel si no contaba con un reconocimiento público y la sanción divina. Tratar de acaudillar al pueblo de Dios sin su consentimiento y apoyo supone pasar por alto que es pueblo de Dios, en relación personal directa con su Dios. E intentar ser líder sin haber sido llamado por Dios es tanto como negar la realidad de la relación que Dios, por su parte, tiene con su pueblo.

5. El discurso de Samuel (12:1–25)

Los autores de los libros de Samuel y Reyes se sirven a menudo de los discursos para resumir enseñanzas y enfatizar determinadas cuestiones. La oración de Ana podría incluirse en esa categoría, y lo mismo podría decirse del discurso de Samuel. Algunos comentaristas ven en ello una redacción posterior en el tiempo, puesta adrede en boca de Samuel. Pero lo cierto es que la pasión y la compasión, la súplica y el ligero atisbo de petulancia, la entrega y el reto, reflejan en conjunto lo que sabemos de Samuel en este momento de su existencia.

a. Siguiendo el propio curso con dignidad

Ahora que el nombramiento de Saúl ha sido plenamente ratificado y reconocido, Samuel se da cuenta de que su propio papel ha cambiado. No es que eso signifique el fin de su ministerio. Sigue pudiendo oír a Dios y se mantiene activo como consejero de cuantos llegan a él para consultarle. Pero su función como juez y líder espiritual se ve desbancado por el nombramiento de Saúl como rey. Ha llegado, pues el momento de retirarse con tanta dignidad como le sea posible. El retiro les resulta muy duro a algunas personas, y renunciar al liderazgo puede ser una tarea difícil, sobre todo para los que han tenido el privilegio de liderar al pueblo de Dios. La noción que se tiene de que quienes están al servicio de Dios nunca se retiran puede llegar a convertirse en una excusa para no reconocer la necesidad de un cambio. A Samuel le era aún más difícil por no estar conforme con ese nuevo sistema que venía a implantarse. Aun así, no eludió su tarea. Señalar un cambio tan radical con un discurso de esa naturaleza puede servirles, tanto a la persona afectada como a aquellos quienes no estén involucrados de forma directa a enfrentarse debidamente a la nueva situación. Samuel aprovecha esa última oportunidad que se le brinda para dirigirse a la nación en pleno. Su deseo era justificar y dejar clara su postura y advertir y animar al pueblo según necesidad. Es probablemente significativo que a partir de ese momento apenas si vuelve a dejarse ver

por la corte. Su papel de consultor y consejero no supone tener que estar constantemente mirando por encima del hombro de Saúl. Suele ocurrir que la labor de más de un pastor o persona responsable dentro de una organización cristiana ve cómo su trabajo es estorbado por las ayudas, sin duda bien intencionadas, del anterior ocupante del puesto, que todavía se empeña en colaborar. Es tremendamente fácil que lo que pretendemos que sea apoyo se vuelva interferencia y, por otra parte, hemos de poner el máximo cuidado en asegurarnos de que dejamos el campo bien despejado al que venga a ocupar nuestro cargo. ¡Toda verdadera labor de consejería se basa en que se haya hecho demanda expresa de consejo y ayuda!

El discurso de Samuel bien merece, pues, el análisis pormenorizado prestado a la oración de Ana.

b. Reflexiones sobre una vida de servicio (12:1–5)

1. ¡Jubilado, no despedido!

Desde el inicio mismo de su discurso, Samuel deja bien claro que no ha sido cesado en el cargo. Había sido él quien, como líder de su pueblo, había escuchado su petición y había nombrado un rey. La referencia a su edad y a los muchos años dedicados a su servicio pudiera ser vista como una forma de justificar, tanto a sus propios ojos como de cara al pueblo, la idea de un cambio. La referencia a sus hijos es ambigua, aunque tal vez deliberada. No queda claro si deberíamos entenderlo como una admisión tácita del papel que éstos habían desempeñado en el cambio de sistema, o como una indicación de que seguía sin darse por enterado del problema con sus hijos, o como simple referencia enfática de su propia edad.

2. Un testimonio inmaculado

Como segundo punto, Samuel quería asegurarse de que su reputación no quedaba en entredicho. El hecho de que se retirara no era indicativo en modo alguno de un juicio o, menos aún, un castigo de parte de Dios. El recuerdo de la noche en la que había tenido que comunicar el mensaje de juicio divino a Elí debió de haber estado presente toda su vida. Había tomado toda posible precaución para evitar ser el receptor de semejante mensaje y nunca se había permitido aprovecharse de su posición o del poder que de él se deriva. Tampoco había aspirado a obtener obsequios sustanciosos de parte del pueblo, ni había alterado los mensajes a causa de la riqueza o posición del solicitante, ni había jamás actuado a sabiendas de forma engañosa o coercitiva. Y si ahora resultaba que había sido así sin él saberlo, quería remediar el daño antes de cesar en el cargo.

3. Un ejemplo a emular

El historial de Samuel es realmente impresionante y sigue sirviendo como modelo

para cualquier posible líder en toda época y lugar. Las preguntas que se hace a sí mismo podrían usarse como tests y metas para nuestro ministerio actual. ¿Se podría decir de alguno de nosotros que se ha aprovechado de su posición de alguna manera? ¿Hemos recurrido en algún momento al engaño o la coerción en nuestras demandas? El temor a parecer vanidosos, no debería impedirnos evaluar con toda honestidad nuestros logros en la vida. En el caso que nos ocupa, era evidente que la valoración conjunta de Samuel se correspondía con la realidad. El pueblo estaba más que dispuesto a afirmar, e incluso a jurar, que Samuel nunca les *había defraudado ni oprimido*. Si en algún momento había habido algún problema con sus hijos nadie había dudado por ello de la honestidad e integridad del propio Samuel. Puede detectarse quizás en el texto la intención, sea por parte del autor o de Samuel mismo, de resaltar que las acciones sugeridas por Samuel que podrían plantear el nombramiento de un rey (8:11–18) no serían en realidad las que habían caracterizado su propia gestión. Samuel no tenía nada que corregir o enmendar, por lo que ese deseo suyo de dejar libre y despejado el camino a sucesor tiene mucho de encomiable y es digno de imitar, al igual que lo había sido su gestión.

c. Una mirada retrospectiva a la acción de Dios en el seno de Israel en el pasado (12:6–11)

1. La perspectiva necesaria

Una vez debidamente zanjada la cuestión de su propia integridad, Samuel se dispone a ofrecer una panorámica histórica, colocando la petición del pueblo de tener rey en la debida perspectiva. La inclusión de repasos a la historia es algo común en el Antiguo Testamento, encontrándose ejemplos de ello también en el Nuevo. El sentimiento de unión con los que nos precedieron en el tiempo, y el convencimiento de los fuertes lazos que les ligaban al pasado era algo importante para los israelitas. Samuel quería recordarles que eran una parte de una continuada relación de Dios con su pueblo. Reflexionar acerca de lo que Dios había hecho por ellos en el pasado les capacitaría para vivir más adecuadamente en el presente y prepararse con fe para una acción futura. De nuevo, pues, una actitud digna de ser imitada.

2. Conociendo a Dios

Samuel, tras haber puesto en claro su integridad, se dispone ahora a dar pruebas del continuo apoyo de Dios a su pueblo. Sus argumentos van a ser *delante del SEÑOR* (7). La historia que va a desplegar ante ellos no es producto de su invención, y no es algo para aceptar o rechazar según convenga. Les hace ver, pues, que el Dios del que les habla es el Dios que ayudó a Moisés y a Aarón a sacar a sus antepasados de Egipto, hecho tan crucial para ellos entonces como lo es para nosotros hoy: entender y reconocer cómo es su Dios, que es, asimismo, el nuestro. El Dios verdadero no es como los dioses de los pueblos circundantes, cuyo poder tan sólo podía manifestarse en áreas concretas y limitadas. Él es el Dios universalmente todopoderoso, capaz de redimir a su

pueblo.

3. Fracaso y olvido, desesperanza y liberación

La intención de Samuel de proporcionar prueba fehaciente de *todos los hechos de justicia del SEÑOR que Él ha hecho por vosotros y por vuestros padres* (7) parece haber sido superada por su deseo de hacerles ver hasta qué punto incurrieron en falta y pecado esos antepasados suyos. Sabemos por otra parte que los filisteos habían quedado visiblemente conmocionados por el rescate desde Egipto operado por su Dios; en cambio, sus antepasados israelitas *olvidaron al SEÑOR su Dios* (9), tanto su persona como sus hechos prodigiosos a favor de Israel. En los versículos 9 a 11, Samuel ofrece un resumen condensado del relato de Jueces. Nada más llegar a la Tierra Prometida, los israelitas empezaron a actuar como si Dios ya no contara para ellos. Una vez más, se nos ofrece un modelo familiar: diversas potencias enemigas les avasallan; se vuelven a Dios en su desesperación, con promesas de servirle fielmente en adelante; Dios responde enviando a distintos libertadores (11), cada uno de los cuales había traído alivio y renovada estabilidad, pero, en cada nueva ocasión, el pueblo había vuelto a olvidar el papel crucial que Dios desempeñaba en todo ello, y el ciclo se repetía sin fin. No podemos saber con seguridad si esa referencia a Samuel en el versículo 11, donde cabría que hubiera sido Sansón, es un error del copista o una estratagema deliberada. Es más que posible que Samuel esté tratando de fijar su atención en el hecho de que el Dios que había liberado a su pueblo en el pasado está, de hecho, haciéndolo igualmente en el presente, y la victoria en Mizpá, recogida en el capítulo 7, es buena prueba de ello. La victoria de Saúl en Jabes de Galaad (cp. 11) había sido algo maravilloso, pero lo cierto es que Dios no necesitaba un rey para poder liberar a su pueblo. Otra posibilidad es que Samuel precisara ese repaso de los hechos para darse cuenta de que realmente había sido enviado por Dios, como instrumento suyo, a favor de ellos. ¡Los grandes héroes de la fe también necesitan ser animados de vez en cuando!

d. Observando lo que pasa alrededor (12:12–19)

1. Los problemas que tienen su origen en actitudes no van a resolverse por implantar nuevos sistemas

En todas las ocasiones en las que los israelitas se meten en líos y tienen que clamar al Señor, el problema no era que el sistema de gobierno mediante un líder no fuera adecuado, sino que se habían apartado de Dios. Por eso no pueden sentirse de nuevo tranquilos hasta que no se vuelven a Dios clamando una vez más por su ayuda. Tener rey podía ayudar a Israel a avanzar en esa coyuntura – si bien Samuel tenía muchas dudas que fuera a ser así –, pero de lo que no podía haber duda es que, a menos que se produjera un cambio radical en la actitud de las personas, el nuevo sistema, por sí solo, no iba a ser una solución permanente. Al tener que hacer frente a un nuevo problema en la persona de *Nahas, rey de los amonitas* (12), volverse al rey en lugar de a Dios no

iba a beneficiarles en absoluto. Y aunque no fuera la amenaza del rey amonita en concreto lo que hubiera motivado la solicitud de tener rey, su ataque habría estado muy presente en su ánimo, y el principio se mantiene. Por otra parte, a pesar de haberse demostrado, vez tras vez, que volverse a Dios siempre daba resultado, el pueblo israelita deseaba probar suerte con algo nuevo. Samuel se encuentra ahí en un aprieto. Por una parte, está en total oposición a la decisión que se ha tomado y quiere que todo el pueblo sepa lo que piensa sobre ello. Pero, por otra, se da cuenta de que la decisión ya ha sido tomada, y su máxima preocupación ahora va a ser que las acciones que se emprendan sean las acertadas. No cuesta trabajo imaginarle respirando hondo antes de intentar, una vez más, que el pueblo entienda su mensaje.

2. Caudillo y acaudillados deben servir a Dios por igual

Ahora estaba Saúl al frente del pueblo, rey por el que habían clamado, y rey que el Señor había puesto sobre ellos. Lo crucial es que el pueblo entendiera que Dios era el que, en última instancia, ejercía el control. En tanto en cuanto siguieran viendo al rey como un representante de Dios, gobernando sobre ellos como pueblo de Dios, todo iría bien. La situación, en esencia, seguía siendo la misma de siempre. Rey y pueblo debían lealtad a Dios y, en la medida en que *temieran al SEÑOR... sirviéndole y obedeciéndole sin rebelarse* (14), nada malo ocurriría. Pero, si le volvían la espalda, entonces, con rey o sin rey, recibirían de mano de Dios idéntico castigo que sus antepasados. Y es en ese punto precisamente donde las frustraciones le desbordan a Samuel y ruega al Señor que envíe una tormenta, no tanto para que quede demostrado el poder de Dios como para convencer al pueblo de su pecado y del error cometido al querer tener por gobernante a un rey como cualquier otra nación. Los fenómenos meteorológicos siempre han impresionado a quienes los sufren, y cuantos estaban oyendo a Samuel no era la excepción a la norma. Ahora se daban cuenta no sólo del gran poder de su Dios, sino también que haber demandado rey que les gobernara había sido un grave error. *Y todo el pueblo temió grandemente al SEÑOR y a Samuel* (18). Una última cuestión: ¡Tal vez Samuel también quisiera recordarle al pueblo que seguía teniendo alguna influencia ante Dios!

3. Los desacuerdos pueden llegar a extralimitarse

La reacción del pueblo lleva a Samuel a cambiar también él de actitud. Es posible que esa petición por parte de ellos para que ore *al SEÑOR* le hiciera darse cuenta de que corría el peligro de terminar apartado de la gente, induciéndoles a olvidar que el Señor era en verdad Dios de su pueblo y no sólo suyo. Quizás pensó que, si llevaba las cosas demasiado lejos, el pueblo podría pedirle que se desistiera de tener rey, puesto que, ahora, él estaba convencido de que, con independencia de lo acertado o lo equivocado de la petición en origen, Dios había decidido actuar a través de un rey. Le falta tiempo entonces para tranquilizar a la gente. Dios sigue considerándoles *su pueblo elegido* y, a pesar de su pecado, no va a rechazarles. Lo importante ahora es que se

esfuercen de nuevo por servirle a Él.

Volverse a *inútiles vanidades* (ídolos) (21), y una vez más Samuel enfatiza lo equivocado y falso de la idolatría, es total y absolutamente incompatible con su estatus como pueblo de Dios. Es como si Samuel, aun resistiéndose a ello, quisiera hacerles ver que servir a los ídolos les apartaría de Dios, no siendo así, en cambio, por servir a un rey. De hecho, si el rey que gobierna lo hace con justicia y equidad, tendrán mejores oportunidades de vivir como verdadero pueblo de Dios. Hay ocasiones en las que está bien criticar metodologías y estructuras, pero nunca debe darse la impresión que el desacuerdo al respecto tiene la misma categoría e importancia que las cuestiones relativas a la moral y la doctrina. La implantación de una nueva forma de liderazgo o de un tipo de música distinto, o cualquier otro posible cambio que pueda producirse en el ámbito de lo religioso no va, de forma automática, ni a llevarnos más cerca de Dios ni a separarnos de Él. Tenemos que ser muy cautos para no caer en el error de hacer de nuestras preferencias el equivalente de lo requerido por Dios.

e. Mirando al futuro como pueblo de Dios (12:20–25)

1. Dios no cesa en su guía y apoyo

Los ídolos en nada aprovechan. El Dios de Israel es fuerza y poder. Los ídolos no nos sacan del atolladero. El Dios de Israel es el único que puede rescatar a su pueblo. Y eso es lo que Él está decidido a hacer. El pueblo de Israel ha complicado las cosas por su mala cabeza; Dios va a ocuparse ahora de que todo vuelva a ser como antes. Su amor y su cuidado nunca van a dejar de ser. Israel es su pueblo, y poco importa lo que puedan haber hecho en el pasado. Si ahora están dispuestos a *tener temor del Señor y servirle fielmente con todo su corazón*, el futuro se perfila espléndido.

2. Samuel mantiene su compromiso

Ante esa petición de intercesión a su favor en oración *no sea que mueran*, Samuel se compromete no sólo a orar por ellos, sino también a instruirles en la mejor manera de vivir. El haberse apartado del liderazgo en primera persona no va a disminuir en modo alguno su compromiso con ellos. Su bienestar va a seguir siendo una prioridad para él. Si Dios quisiera acabar con el pueblo, junto con su rey, algo que podría llegar a suceder *si persisten en hacer el mal*, no será porque él no se haya esforzado por *instruirles en el camino bueno y recto*.

3. Las responsabilidades permanentes del pueblo

El discurso de Samuel debió de ser algo extraordinario. La posición equívoca en la que se encontraba, de cara al pueblo, unido a esa frustración, ira incluso, que sentía era algo evidente, pero eso no impide que el mensaje de fondo sea percibido con total claridad. La visión que se nos ofrece de la lucha interna de Samuel puede ser todo un

ejemplo para aquellos que tengan que enfrentarse a problemas y situaciones similares, en las que, no queriendo estar donde se encuentran, sienten al mismo tiempo que es el auténtico punto de partida. Y es un consuelo tremendo constatar que, al final, en último término, la fe de Samuel, junto con su integridad, su entendimiento de la palabra de Dios y su vocación pastoral, acaban triunfando. Ciertamente que posiblemente Samuel no fuera más que un anciano luchando con los vientos del cambio, pero no puede caber duda alguna de que era un verdadero “hombre de Dios” (9:6), que no dejó de servir fielmente al Señor hasta el fin de sus días. Sus oyentes sabían sin duda, que lo que realmente cuenta en esta vida es el apoyo proporcionado por las ordenanzas y juicios de Dios. Samuel podía instruirles respecto a lo que estaba bien o mal, pero de poco iba a servir si el pueblo no asumía como propias sus correspondientes responsabilidades y obligaciones como tal pueblo de Dios. Entonces, al igual que ahora, no era la capacidad de pronunciar grandes discursos, provocar tormentas o elevar eficaces oraciones lo que hacía de la persona un gran líder, sino la capacidad para lograr que las personas asuman sus propias responsabilidades y crezcan en el compromiso y en el conocimiento de Dios.

6. Saúl se extralimita en su autoridad (13:1–22)

a. Dios elige a personas imperfectas

El capítulo 13 da comienzo y se ofrece a nuestros ojos una dilata sección de repaso y resumen de los acontecimientos más destacados del reinado de Saúl, y todo ello de alguna forma, en paralelo anticipado de lo que encontraremos en los libros de los Reyes *in extenso*. Lo que no está claro en absoluto es el modo en que la presente sección se relaciona con los anteriores capítulos. De hecho, los capítulos siguientes presentan, en líneas generales, a un Saúl no muy favorecido, recurriendo quizás para ello a fuentes compiladas en el reino davídico del sur, donde cualquier cosa que tuviera que ver con la familia de Saúl era considerada con sospechosa. Pese a ello, al preceder estos capítulos con un cuadro favorable a Saúl en los capítulos 10 y 11, el autor deja claro que su reinado, en su conjunto, no tiene que ser visto como un error. Ya habíamos tenido ocasión de comprobar que Saúl era el elegido por Dios para el cargo y que era, además, una elección acertada. Cualquier posible fallo en su reinado no iba a ser por un candidato equivocado en un puesto equivocado, o porque no hubiera habido nunca la más mínima probabilidad de éxito, sino, y muy por el contrario, por su incapacidad para guardar y obedecer *las ordenanzas del SEÑOR* (13).

En ocasiones, se puede concluir precipitadamente que, dado que determinado acuerdo no ha funcionado debidamente, tiene que haber sido erróneo desde su inicio. Al pensar así, caemos en el error de tomar excesivamente en serio la continua responsabilidad del que ha aceptado el cargo. Lógicamente, es muy posible que la responsabilidad del fallo radique en quienes hicieron el nombramiento, pero está claro que, en el caso que nos ocupa, no fue así. Ni Dios mismo ni Samuel pueden ser culpados del pecado de Saúl. Éste contaba con la capacidad y el potencial suficiente para “temer

al Señor y servirle fielmente con todo su corazón” (12:24), pero no lo hizo así. Ésa fue la razón de que *pereciera* (12:25). Dios tenía que saber que Saúl fallaría pero, aun así, le dio una oportunidad. De hecho, si Dios fuera a elegir tan sólo a aquellos que Él supiera que no le iban a fallar, ¡la Biblia quedaría reducida a un volumen muy breve! De igual manera, si Dios hubiera seleccionado a sus candidatos con tanto escrúpulo como hay quien lo hace hoy día en la iglesia en función de su cargo, pudiera ser que jellos mismos quedaran descalificados por sus exigencias! Nosotros no podemos llegar a comprender por qué un período de tiempo tan dilatado, abarcando un número considerable de equivocaciones, involucrando a tantas personas, tuvo que pasar antes de que Dios enviara a su Mesías, pero lo que sabemos es que, tanto antes como después de la venida de Cristo, Dios puso en manos de personas falibles la responsabilidad de llevar a efecto sus propósitos en este mundo suyo.

b. La realidad cotidiana del nuevo sistema (13:1–2)

En algún momento durante la transmisión del texto, se omitieron las cifras del versículo 1. Los números que aparecen en la versión inglesa NIV son un dato más tradicional²² que textual, aunque es muy probable que sean correctos. No hay duda de que el reino de Saúl duró más de esos dos años que permite el texto hebreo. También es posible que se haga referencia a dos años que hubieran transcurrido desde la reafirmación del reinado de Saúl en Gilgal (11:14–15), aunque lo cierto es que ésa no es la impresión que da. Evidentemente, ya había tenido que transcurrir algún tiempo desde los eventos de Gilgal. Saúl había conseguido formar un ejército regular de tres mil hombres bien entrenados, contándose con un sistema que permite una convocatoria nacional inmediata de ser ello necesario (cf. v. 4). Su grado de organización llega al punto de insinuar la creación de los inicios de una corte real en la región de Betel (2). Dos tercios del ejército regular estaban acuartelados allí con él, mientras que el resto tenían su cuartel general en Guibeá bajo la supervisión de Jonatán, hijo del propio Saúl, que era a la sazón un muchacho.

c. Problemas y oportunidades (13:3–4)

La habilidad del autor para introducir al lector en antecedentes de la situación y proporcionar una visión del verdadero carácter de los distintos personajes es tan clara y evidente en este registro de la actividad militar como lo había sido en el relato de la historia familiar de Ana. Tenemos ahí a un Jonatán, lleno de entusiasmo y confianza en sí mismo, aunque más audaz que estratega, lo cual le lleva a atacar una pequeña guarnición filisteas próxima a su lugar de residencia, en las inmediaciones de Guibeá, sin temor o sin considerar las consecuencias. Tampoco hay evidencia alguna de una campaña bien orquestada en Jabes de Galaad (1 Sa. 11). Visto como un objetivo asequible, Jonatán se lanza a ello sin mayor reflexión. No se nos da valoración alguna de su acción, tan sólo el dato escueto. Ese *lo supieron los filisteos* no deja de ser una forma un tanto irónica de presentar los hechos. Saúl pronto tiene noticia de lo ocurrido y, por

ser ya hombre curtido en las campañas, no le cabe duda de que los filisteos van a responder con saña y furia. Jonatán había resuelto un problema, pero, ¿no habría dado lugar a uno mayor?

Saúl reacciona de inmediato convocando al ejército israelita al completo. Estaba claro que se trataba de una situación que exigía todos los efectivos. La iniciativa de Jonatán había sido temeraria, pero lo cierto es que ahora se les presentaba la oportunidad de alcanzar una victoria clamorosa contra el grueso de los efectivos filisteos. La relación que pueda establecerse entre problemas y oportunidades puede ser algo muy interesante. Saúl designó Gilgal como punto de encuentro del grueso de su ejército. El recuerdo de la celebración de la victoria y la coronación llevada a cabo allí supondría una inyección de moral para los reunidos en aquella población. El lugar estaba lo suficientemente lejos del territorio filisteo como para suponer un peligro y las tropas regulares podían encargarse de defender el frente sin mayor dificultad. Por otra parte, no dejaba de ser una buena oportunidad para hacer venir a Samuel y que cumpliera su promesa de ofrecer sacrificio y holocausto a favor de ellos (10:8).

d. Por ahora, todo va bien (13:5–8)

Hasta ese momento, Saúl había obrado aparentemente bien. Había asumido la responsabilidad de lo hecho por su hijo Jonatán. El versículo 4 nos informa que a los israelitas se les había dicho que Saúl había sido el promotor del ataque; había planeado su ofensiva con sabiduría y todo detalle; había buscado, asimismo, la bendición del Señor antes del ataque y, mientras que a otros muy comprensiblemente les entraba el pánico, él había sabido esperar con toda paciencia y aparente confianza a que transcurrieran siete días para que Samuel hiciera su aparición, tal como había prometido, y llevara a cabo la ofrenda y el sacrificio. Pero, al llegarle noticia de lo que estaba pasando en Micmas, parece que se apodera de él una cierta preocupación que, sin embargo, no le impide seguir esperando pacientemente.

El relato del desarrollo de los acontecimientos resulta un tanto confuso; quizás, por reflejar precisamente la vorágine que suele darse en este tipo de confrontaciones. El contraataque filisteo había sido ciertamente terrible, con un despliegue espectacular de tropas y carros de combate. Lo cierto es que los carros habrían servido de poco en una zona montañosa, pero su mera presencia debió amedrentar a unos israelitas no tan bien equipados. La parte del ejército que hacía guardia en Micmas sabía que no había esperanza posible, por lo que buscó refugio en las colinas de las inmediaciones. Eso podría parecer una táctica acertada. Había muchas mayores probabilidades de éxito en la táctica de la guerrilla que en una batalla en plena regla con el grueso de sus efectivos. Sin embargo, es evidente que al menos parte de las tropas estaban huyendo (7). Saúl sabía, y probablemente se lo había hecho también saber a sus hombres, que Samuel se presentaría allí el séptimo día. Ahora bien, dadas las circunstancias, ¿no se trataba ahora de una emergencia que demandaba un adelanto en su llegada? Pero no es eso lo que sucede. No sorprende, pues, que las tropas que aguardaban junto a Saúl estuvieran paralizadas por el miedo, ni que, a medida que la espera se prolongara, muchos de los

allí presentes fueran abandonando el lugar calladamente.

e. Precipitando los acontecimientos (13:9–12)

Saúl, al oír que el ejército filisteo está avanzando, y ver como sus propias tropas se están desperdigando, por la necesidad de contar con el favor del Señor, no ve más que una única solución. Al amanecer el séptimo día, y sin que Samuel hubiera hecho acto de presencia, Saúl *se siente impelido* a ofrecer él los sacrificios. Si hubiera sido capaz de contener los nervios y haber esperado tan sólo un poco más, la historia de su vida habría sido muy distinta. Lo cierto es que Samuel apareció, cumpliendo fielmente con el tiempo establecido, pero justo momentos después de que Saúl ya hubiera completado el sacrificio.

Los argumentos de Saúl, presentados desde su propia perspectiva, resultan convincentes, y la primera reacción del lector es de simpatía e incluso aprobación, pues no parecía que Saúl pudiera haber hecho otra cosa. Saúl daba así a entender que si alguien había incurrido en una falta era Samuel y no él. Si Samuel hubiera llegado a su hora, el problema se habría evitado. Sin embargo, como el versículo 10 deja bien claro, Samuel había llegado el día acordado, aunque ciertamente no en la alborada del mismo. La falta de voluntad para asumir responsabilidades por nuestras acciones suele ser a menudo uno de los primeros síntomas de incapacidad para el gobierno. Lo que, de todas formas, queda suficientemente claro es que el acto emprendido por Saúl, ese ofrecer él mismo el sacrificio, era del todo inaceptable. La vía de todo caudillo que se esfuerce por avanzar no va a ser ejercer por la fuerza el poder que le haya sido otorgado. Saúl había desobedecido la orden de Dios recibida a través de Samuel al no ser capaz de esperar el tiempo convenido en toda su extensión, ofensa a la que había añadido ese remedo suyo de función sacerdotal. Algo a lo que, ciertamente, no tenía derecho.

f. Las acciones acarrear consecuencias (13:13–14)

No parece que Saúl fuera plenamente consciente de las consecuencias de su acción. Según todos los indicios, no siente remordimiento alguno al exponer a Samuel las razones de su comportamiento, quizás por haberse precisamente convencido a sí mismo de que ésa era la mejor opción a la vista de las circunstancias. Además, según él lo veía, la culpa la tenía Samuel por retrasarse. Sin embargo, al lector no le cabe duda alguna de que ese proceder suyo, descrito como *necio*, por *no haber guardado el mandamiento que el SEÑOR [su] Dios [le] ordenó*, iba a tener graves consecuencias.

Desde una cierta perspectiva, las repercusiones de la acción de Saúl no parecen muy graves. No hay indicio alguno de que se le vaya a suspender en su papel de rey. Y la única consecuencia visible es que la monarquía no va a ser por derecho de sucesión. Eso quiere decir que Saúl no va a fundar una dinastía real. Al igual que Elí, y al igual también que a Samuel, no le sucederán sus hijos en el cargo. Pudiera verse ahí a un Samuel que habla según su triste experiencia personal, imaginando a Saúl con parecidas

aspiraciones para sus hijos, aunque ni se haya insinuado siquiera la idea de la sucesión hereditaria. Elí y Samuel, aunque renuentes, habían sido capaces de aceptar la situación, actuando posteriormente como mentores de los que iban a sucederles en el cargo. En cambio, para Saúl, la idea de un sucesor para él desconocido, ya presente en algún lugar, le obsesiona como una carcoma que roe las entrañas, impidiéndole llevar a buen fin la tarea que le había sido encomendada.

g. El trabajo está todavía por hacer (13:15–22)

No se nos dice si Samuel llegó a ofrecer algún sacrificio antes de ausentarse del lugar. Cabe la posibilidad de que intentara simbolizar con su acción la propia responsabilidad de Saúl en la consecución de la tarea que aún quedaba por realizar. El formidable ejército convocado en Gilgal había quedado reducido al exiguo número de seiscientos soldados. Suele ocurrir que muchos de los que sueñan con grandes proyectos y ambiciones en la vida, ansiosos por gozar las mieles del poder y la gloria, a menudo despierten a la realidad de las cosas con una sacudida, faltos de recursos para llevar a cabo la tarea emprendida. Sea como fuera, lo cierto es que al partir de Gilgal, Samuel se dirigió a Guibeá de Benjamín, ciudad natal de Saúl, lugar donde se había apostado Saúl con Jonatán y lo que quedaba del ejército, lo cual podría venir a decir que, a pesar del comportamiento de Saúl y de la reprimenda de Samuel, seguían trabajando juntos.

Según todos los indicios, no llegó a tener lugar ninguna batalla a escala mayor, aunque el despliegue de fuerza por parte filisteas era impresionante. Los efectivos filisteos sí que pasaron a ocupar parte del territorio ocupado antes por los israelitas, incluida la zona del campamento de Saúl en Micmas, pero se pudo repeler, en cambio, las incursiones de hostigamiento contra el remanente del ejército. Israel no sólo no se vio forzado a una rendición total, sino que se enzarzó en una serie de continuas escaramuzas contra los filisteos, y ello aun a pesar de la falta de armas adecuadas; lo cual viene a demostrar que Saúl y sus tropas no andaban faltos de coraje o habilidad guerrera, haciéndose evidente que Saúl se estaba empleando a fondo en sus esfuerzos por culminar con éxito la empresa acometida. Los versículos 19–20 nos dicen cómo los filisteos habían llegado a ostentar el monopolio del trabajo del metal, sirviéndose de esa “tecnología” para manejar a su antojo la política de mercado, asegurándose, al mismo tiempo, la supremacía militar. Este breve pasaje es de lectura sumamente instructiva para todos aquellos que hayan detectado actitudes similares por parte de las grandes potencias en el mundo de hoy. Hay un toque de realismo en esa descripción de la falta de herreros en Israel y la escasez de armas de combate y artefactos militares. No es que fuera algo insólito que tan sólo unos pocos caudillos pudieran contar con el utillaje armamentístico adecuado, la cuestión es que eso no había impedido la victoria israelita del capítulo 11 y tampoco iba a impedir que el suceso se repitiera en el capítulo 14.

7. Jonatán entra en acción (13:23–14:23)

La serie de incidentes que sigue se nos narra con un marcado dramatismo, debido, tal vez, a un origen en forma oral. La edición comentada de los mismos sería entonces una tarea posterior. No cuesta trabajo imaginar la excitación de los jóvenes israelitas, reunidos al anochecer junto al fuego, escuchando maravillados las proezas del joven Jonatán y su criado. No cabe duda de que son relatos dignos de ser contados, tan llenos de acción y gestos heroicos. Pero la cuestión es que, como trasfondo de las historias, se detecta la necesidad de llegar a saber qué es lo que Dios realmente espera de su pueblo y cuál es, en verdad, su voluntad soberana. Y está claro que ¡la forma de abordar el tema de Jonatán no se parece en nada a la de su padre Saúl!

a. Para derrotar al enemigo, alguien tiene que tomar la iniciativa (13:23–14:2)

Los problemas derivados de ese primer ataque de Jonatán a los filisteos no parecen haber enfriado su entusiasmo. Puede incluso que, desde su perspectiva, la situación no hubiera cambiado en absoluto. Seguían bajo el acoso de las avanzadillas filisteas, probablemente encargadas de proteger las rutas conquistadas. En opinión de Jonatán, esos puestos de control tenían que ser eliminados, si es que realmente iban a hacer retroceder a los filisteos. La imagen que se nos presenta de Jonatán, al igual que ocurre con los demás personajes que aparecen en la historia, se mantiene de forma constante a lo largo de todo el relato. Era valiente y osado, un activista impaciente, dispuesto en cuerpo y alma a comprometerse con Dios, con Israel y con su gente. Las tropas le rendían una lealtad incondicional y el criado que le portaba la armadura estaba dispuesto a seguirle a cualquier parte. Lo cierto es que, una vez trazado el plan de acción, Jonatán no descansaba hasta verlo hecho realidad. La mera idea de seguir un protocolo establecido y consultar a su padre ni se le había pasado por la cabeza. Y el hecho de que se destaque de forma particular que el joven no había contado con su padre es ya de por sí indicativo de que algo va a marchar mal.

Saúl se encontraba en esos momentos cerca de Guibeá, con ese remanente fiel integrado por seiscientos soldados, *debajo del granado que está en Migrón* (2). La razón de que se nos dé esa información no está del todo clara, a no ser que se trate de contrastar la pasividad de Saúl con la impaciencia de su hijo. El granado es un árbol de porte no muy grande, y es muy probable que Saúl se hubiera sentado en solitario buscando reposo o para meditar. Detenerse a reflexionar suele ser un buen preludio a la entrada en acción, pero no tenemos indicación alguna de que Saúl estuviera planeando un trato con los filisteos. El vaticinio de Samuel de que Saúl iba a ser reemplazado por alguien que no era hijo suyo parece haberle hecho decaer en el ánimo hasta el punto de no ser capaz de ocuparse de sus responsabilidades. Jonatán parece haber decidido entonces que, de no ocuparse él personalmente, nada efectivo iba a hacerse. No siempre estará bien que los jóvenes se adelanten en la acción a sus mayores, pero lo cierto es que, si éstos se muestran ya incapaces de tomar decisiones,

no les va a quedar a los jóvenes otra alternativa que intervenir y actuar.

b. Funcionando bajo juicio (14:3)

Uno de los que se encontraban con Saúl era Ahías, tataranieto de Elí, actuando en calidad de sacerdote. La presentación que se hace de Ahías es muy detallada, precisándose que era descendiente de Elí y que su cargo era el de sacerdote. Puede incluso que se enfatice deliberadamente que el juicio dictado sobre la familia en los capítulos 2 y 3, en contra lo que habría cabido suponer, no había supuesto un aniquilamiento total. Hay veces en las que nuestras ideas preconcebidas respecto a cuál pueda ser el castigo que Dios imponga van mucho más allá de lo que Él ha dispuesto. La familia de Elí había sufrido una gran pérdida, pero no había nada en la profecía (2:31–36; 3:13–14) que impidiera a sus descendientes desempeñar un ministerio. La reacción de Saúl ante el juicio pronunciado respecto a su persona y su familia (13:14) podría haber sido diferente si hubiera captado en profundidad el significado de la presencia de Ahías entre los que estaban con él. Nótese ahí que se nos avisa que nadie se había dado cuenta de la marcha de Jonatán. Pudiera ser entonces que el escritor recalque la falta de vigilancia en el campamento – si no se habían apercebido de su marcha, lo mismo podría ocurrir con una llegada –, aunque es más que probable que esté preparándonos para lo que iba a venir.

c. Cuando los propósitos de Dios están claros, la obediencia significa acción (14:4–14)

Los desfiladeros por los que avanza Jonatán eran de sobra conocidos. A nadie se le habría escapado que la suya era una empresa arriesgada. Cualquiera apostado en un puesto de vigía habría detectado su llegada disponiendo una trampa para capturarlos. No cabe duda de que los filisteos estaban demasiado seguros de sí mismos y los israelitas demasiado asustados para acercarse a observar. Y es, asimismo, evidente que la acción de Jonatán se apoyaba en un total convencimiento del poder de Dios. No es que pudiera estar completamente seguro de que Dios iba a usarle para salvar a Israel, pero sí de que Dios podía e iba a salvar a Israel, y si Jonatán no lo intentaba, nunca sabría si podría ser a través suyo (6). El contraste con Saúl es tremendamente acusado. No había lugar en la mente de Jonatán para la angustia y el debate consigo mismo respecto a cuál fuera en verdad la voluntad de Dios en esa situación en concreto, ni tampoco iba a quedarse quieto hasta estar completamente seguro del éxito. De lo que no le cabía duda alguna era de la imperiosa necesidad de llevar a cabo ese trabajo. Por otra parte, además, Saúl había sido comisionado y dotado por Dios para hacerlo. ¿Qué otra posible razón podría haber para posponerlo? Hay ocasiones en las que la aparentemente espiritual decisión de seguir buscando una confirmación no es más que una excusa para posponer el trabajo. La muy activa fe de Jonatán tiene mucho que enseñarnos al respecto.

Jonatán estaba decidido a luchar y, por otra parte, de nada iba a servir ocultarse de los filisteos; por eso él, en compañía del valiente que le llevaba la armadura, iba a hacer

notar su presencia. Deciden entonces tomar la reacción de los filisteos como una señal; pero no para saber si deberían pelear o no, sino ¡para ver si luchaban en la zona superior o inferior del desfiladero! Los filisteos, puede que tan sólo un pequeño grupo de vigilancia, aburrido por la pasividad israelita, se animan a la vista de esos jóvenes israelitas, burlándose de ellos e invitándoles a subir hasta donde ellos están, arrogantes y confiados en su posición de defensa. Pero Jonatán tampoco está falto de confianza en sí mismo, y cuenta además con la seguridad de la ayuda de Dios y su deseo de salvar a Israel. La escalada les obliga a usar pies y manos, por lo que no era posible utilizar al mismo tiempo arma alguna. La derrota al coronar la cima era algo seguro, pero Jonatán intuye en esa arrogancia una señal de Dios. Imposible caer en emboscada en semejante paraje. De llevarse alguien la peor parte, iban a ser sin lugar a duda los propios filisteos. La fe de Jonatán es recompensada abundantemente. Tanto él como su ayudante de campo eliminan rápidamente a sus adversarios, aprovechándose del factor sorpresa para matar a veinte más.

d. Un pequeño acto de obediencia + un Dios grande = resultados espectaculares (14:15–23)

La acción de ambos jóvenes tiene repercusiones insospechadas. Era como si Dios tomara su fe y su coraje y multiplicara sus efectos. Las guarniciones filisteas empezaron a darse cuenta de lo inseguro de su posición, retirándose de inmediato al campamento general presas del pánico, al tiempo que una especie de terremoto acompaña esa retirada suya, sumándose al caos general, induciendo a pensar, autor incluido, que Dios tenía algo que ver con ello. Ahora era el turno de los filisteos para *dispersarse en todas direcciones* (16). Pronto llega al campamento israelita la noticia de que algo importante ha ocurrido. La reacción de Saúl es inmediata pero sorprendente. Donde cabría haber esperado pronta respuesta para aprovechar la ventaja del nuevo estado de cosas, ordena pasar revista al total de sus efectivos para ver quién es el que falta, lo cual iba ciertamente a llevar un tiempo. Y no sólo eso, sino que también dispone que Ahías oficie algún tipo de ritual, tal vez con el deseo de asegurarse el beneplácito de Dios.

¡Qué contraste tan grande con Jonatán, que da por sentado que, dado que no había indicación alguna de que Dios hubiera cambiado de idea, la tarea seguía siendo la misma! La naturaleza exacta del ritual ordenado por Saúl no está clara. No hay indicio alguno de que el arca hubiera salido de Quiriat-jearim durante su estancia allí, y tampoco se sabe de ritual alguno que conllevara posar una mano sobre el arca. El lenguaje tiene aquí un paralelo con 1 Samuel 23:9 y 30:7, donde el efod decide el siguiente paso a dar. Parece probable que la Septuaginta, que hace referencia antes al efod que al arca en ese versículo en concreto, esté en lo cierto. Así tendría sentido la petición de Ahías de que retirara la mano, o que cesara la manipulación del efod.

Sólo cuando reina el caos más absoluto en el campamento filisteo, Saúl decide que ya no se necesita más confirmación para empezar a moverse. De hecho, interrumpe a Ahías y ordena por fin que sus tropas se sumen a la batalla. El éxito es factor importante a la hora de reclutar efectivos. Pronto se les unen los hebreos que antes

estaban con los filisteos y los que se habían refugiado en las montañas por miedo. Y una vez más, allí donde el grueso del ejército israelita pelea como un solo hombre confiando en Dios, se alzan con el triunfo. Dios les había concedido la victoria. Al afirmar el autor que *el SEÑOR libró a Israel en aquel día* (23), es posible que se esté reconociendo el poder de Dios, y cabe también pensar que queda implícito que los artífices de la victoria no han sido ni Saúl ni Jonatán. Los filisteos no fueron erradicados del lugar, y la lucha simplemente siguió su curso. Pero la intervención de Jonatán había permitido, con la ayuda de Dios, rescatar del control filisteo, una porción considerable de territorio israelita.

8. Saúl y Jonatán: dos enfoques distintos (14:24–52)

a. ¿Ayunar o no ayunar? Prácticas rituales contra servicio activo (14:24–30)

La reflexión acerca de cómo puede averiguarse la voluntad de Dios y cómo han de ser interpretadas sus intervenciones sigue presente en el recuento de dos posibles faltas contra lo que se tenía por ordenanza de Dios. El nexo entre esas faltas y el momento en el que se cometen en relación a los sucesos descritos no es fácil de determinar. El primer incidente se nos presenta junto con la información de que los israelitas estaban en apuros. En un momento en el que estaban a punto de pelear contra los filisteos y necesitaban toda la energía posible, Saúl les obliga bajo juramento a no probar bocado hasta que la batalla concluya. El autor, como ya es habitual, recoge los datos sin comentarios ni crítica explícita, pero es obvio que se espera del lector que cuestione lo acertado de esa decisión. El ayuno era una forma bien conocida de indicar entrega y compromiso con Dios y puede que Saúl pensara que Dios vería y recompensaría. Sea como fuera, lo cierto es que ayunar era algo apropiado en ocasiones en las que se precisaba reflexión, pero no como preparación para librar una batalla, y desde luego, nunca se había realizado como medio para asegurar la ayuda de Dios.

La lección que se desprendía del mal uso del arca por parte de su predecesor no había sido asimilada. La falta de confianza de Saúl en su propia capacidad para conocer la voluntad de Dios y obrar en consecuencia sale a relucir una vez más. Lo interesante es que ninguno de sus soldados se rebeló contra ese juramento de Saúl. No queda claro, sin embargo, si esto era síntoma de temor ante las posibles consecuencias de la maldición que conllevaba o una genuina muestra de respeto a Saúl. Esta conducta dubitativa y un tanto errática en el presente capítulo no lo dice todo sobre Saúl. El breve informe de los éxitos de Saúl de los versículos 47–48 puede haber sido incluido para compensar un posible desequilibrio y dar razón de la inmovible lealtad de sus hombres. De lo que no cabe duda es de sus dotes de líder. Y es una lástima que su incapacidad para reconocer y hacer uso de su potencial acabara en un desastre.

La narración de la escena es verdaderamente descriptiva. Podemos ver ahí la miel *fluyendo de la colmena*, y a los hombres con la lengua fuera, ávidos al mismo tiempo que frustrados, mirando con envidia y preocupación a un Jonatán que extiende su vara

y come tan delicioso manjar. Es muy probable que Saúl considerara el ayuno como un medio para persuadir a Dios a que les diera la victoria. Jonatán ve en esa miel alimento enviado por Dios mismo para que luchan con mayor energía. Él no sabía nada sobre el juramento vinculante hecho por su padre, y cuando por fin se entera, no da muestras de culpabilidad o temor ante los posibles resultados de esa absurda promesa de Saúl. En su opinión, proporcionar alimento a los hombres habría sido una mejor manera de asegurar la ayuda divina, ya que se habrían sentido más fuertes y capaces para obligar a los filisteos a retirarse aún más. No se trata de cuestionar la dependencia que Jonatán tiene de Dios, pero está claro que, para él, Dios obra en su pueblo esperando que ellos colaboren activamente en la ejecución de sus planes. Para Jonatán, la religión no es algo que pueda separarse de las realidades de la vida cotidiana. El autor deduce que es Jonatán y no Saúl quien mejor ha entendido lo que Dios espera de nosotros, entendiendo, por extensión, mejor a Dios mismo. Jonatán se está perfilando como un valiente soldado, fiel a su Señor y poseedor de las cualidades que cabría esperar en un buen rey, con lo que es posible iniciar un debate sobre su sucesión en el trono. ¿Iba a ser, entonces, Jonatán el hombre que Dios buscaba “conforme a su corazón”?

b. A la hora de castigar una ofensa: ¿qué es más indicado, aplicar las ordenanzas o admitir una forma insólita de religiosidad? (14:31–44)

El análisis del juramento hecho por Saúl, junto con sus resultados, queda interrumpido por un episodio, reflejado en los versículos 31–35, en el que el pueblo infringe las ordenanzas y como carne con su sangre. No hay una referencia directa al juramento hecho por Saúl, pero es muy posible que fuera el hambre que acuciaba a sus hombres, unido a un agotamiento físico, lo que provocó esa falta de disciplina. Lo estipulado en esos casos estaba muy claro. En primer lugar, había que ofrecer un sacrificio. Con ese fin, Saúl erige un altar en el campo de batalla, ofrece el sacrificio correspondiente y, en apariencia, eso es todo. Además, dado que no hay indicio alguno de crítica a Saúl, es de suponer que fuera un sacerdote, probablemente Ahías, el que lo llevara a cabo. No está claro si hemos de ver ahí un significado especial, por ser ése el primer altar que erige Saúl (el altar de Gilgal del capítulo 13 ya existía en su momento). Es posible también que Saúl adoptara la costumbre de erigir un altar en cada campo de batalla y el autor está simplemente apuntando que éste era el primero de la serie. En el contexto general, en cambio, puede que sí estuviera enfatizando que era la primera vez que Saúl cumplía con lo estipulado en caso de ofensa contra Dios. Lo que se deduce ahí es que Saúl sabía cómo cumplir con las ordenanzas divinas y que era esa faceta suya, y no sus extemporáneos juramentos, lo que Dios en verdad requiere. De ser así, quedaría explicada la inclusión del incidente en este contexto.

El versículo 36 parece ser la continuación del 30. Ese aplazamiento por parte de Saúl ha venido a convertirse ahora en un fervor impaciente, hasta el punto de querer entablar batalla en plena noche, algo ciertamente insólito. El ejército estaba dispuesto, pero el sacerdote, quizás Ahías otra vez, hace una llamada de atención, sintiendo quizás que debía consultarse a Dios. Tampoco se comenta si era sabia precaución o un nuevo

aplazamiento innecesario, y no se nos narra el resultado de la consulta. Pero el versículo 46 nos informa que la campaña quedó anulada.

Había un cierto número de formas para consultar a Dios donde había disponibles pronunciamientos proféticos específicos. En la mayoría de los casos, esas consultas quedaban solventadas con un simple “sí” o “no”, o diferenciando entre dos posibles resultados – como ocurrió entre Saúl y Jonatán, y después entre ambos en los versículos 41–42. No contamos con detalles relativos a métodos que aportaran una información más elaborada o que no dieran lugar a depender de una respuesta inmediata, que es, sin embargo lo que ocurre en este caso. El autor registra sin comentario adicional que Saúl entiende esa falta de respuesta como consecuencia del pecado. Se echan suertes de nuevo y queda al descubierto la “ofensa” de Jonatán al comer la miel.

c. ¡El sentido común y una vida de santidad no son mutuamente excluyentes!
(14:45–52)

Lógicamente, Jonatán no puede creer que tenga que sufrir pena de muerte, y menos aun que sea no por haber incurrido en verdadero pecado, sino por el juramento hecho por su padre. Los hombres, leales a Jonatán, y convencidos de que lejos de ser maldito por Dios es más bien bendecido por Él, intervienen con su propio juramento y Jonatán sale bien librado. Aparentemente, no había habido consecuencias graves. Los juramentos de Saúl son ignorados, y nada le ocurre a Jonatán. La impresión que se tiene es que éstas no eran formas de determinar la voluntad de Dios. El autor está absolutamente convencido de que Dios tiene sus planes, los da entonces a conocer y se asegura de que sean llevados a efecto. Pero también está claro que no se puede forzar a Dios a actuar en determinada manera porque a alguien se le haya ocurrido hacer promesas insensatas y lanzar maldiciones inapropiadas. David pronto entendió que esto era así, pues, al ser el objeto de maldición en determinado momento, demostró no tener ningún miedo, reconociendo que Dios actúa según propia voluntad, no de la manera que quisiera el que lanza la maldición. Las naciones que rodean a Israel vivían en constante temor a las maldiciones por estar convencidos de que, una vez proferida, la maldición gozaba de su propio poder y tan sólo podía ser revocada mediante complejos rituales. Ésa no era, sin embargo, la experiencia de Israel, y nunca lo había sido. La única maldición que les preocupaba era la posibilidad de ser malditos por Dios como consecuencia de un pecado cometido. Dios no va a permitir que le manipulemos a nuestro antojo. Él está por encima de toda posible maldición, aunque pueda haber sido lanzadas en su nombre.³¹ Hay un elemento de superstición en la actitud de Saúl ante los acontecimientos de la vida, siendo una clara advertencia para todos los que siguen dejándose dominar por ello hoy día, aun cuando pueda estar disfrazada con ropajes espirituales. De igual forma, podemos caer en la tentación de pensar que orar por la noche es automáticamente más espiritual que orar de día, o que “vivir por fe” (interpretado como depender en exclusiva de los recursos de los demás creyentes para subsistir) es automáticamente más espiritual que ganarse el propio

sustento. Ninguna de esas prácticas está mal en sí misma, y ambas pueden ser una forma de servir a Dios, pero la lección que se desprende de lo ocurrido con Saúl es que lo que en realidad cuenta es la actitud unida a una obediencia y a un modo santo de vida, y no la adhesión a determinadas formas de supuesta devoción particular.

El recuento positivo del reinado de Saúl en los versículos 47–52 no hace mención alguna de los filisteos, pero deja bien claro que Saúl hizo grandes cosas como rey y que su mandato en modo alguno fue un desastre. Las notas relativas a su familia sirven para introducir unos personajes que van a desempeñar un papel en el relato: Merab (1 Sa. 18:17–19), Mical (1 Sa. 18:20–28; 19:11–17) y Abner (1 sa. 17:55–57; 26:5–14; 2 Sa. 2–3).

9. Saúl es rechazado (15:1–35)

a. Nuestro Dios escapa a nuestro entendimiento (15:1–3)

La descripción del rechazo de Saúl está precedida por una rememoración de su llamamiento y ocurre en el contexto de sus responsabilidades como rey. El énfasis en la afirmación de Samuel “*El SEÑOR me envió a que te ungiera... está atento...*” (1) radica en el “me”, subrayando que a pesar del empeoramiento de las relaciones entre los dos, Samuel había intervenido en la vida de Saúl y éste todavía necesitaba escucharle. Sea como fuera, lo importante es que Saúl recuerde que *ese mensaje es de parte del SEÑOR*. Dios había escogido a Saúl y ahora tenía que encargarle otra tarea. Los amalecitas estaban bajo obligación de *herem* y Saúl iba a ser el responsable de que se cumpliera. No se trataba de una mera incursión en territorio enemigo, sino que el *herem* implicaba la sujeción a Dios de la persona o grupo que le hubiera ofendido, y solía llevar aparejada una destrucción total. Y, a diferencia de las incursiones al uso, no se permitía ni tomar rehenes ni practicar el pillaje. En este caso en concreto, no había duda: los amalecitas eran reos de ese castigo por sus ataques a los israelitas en su peregrinar por el desierto.³⁴

En la actualidad, el concepto del *herem* es difícil de entender y de aceptar. Pero las distintas culturas alrededor de Israel no tendrían ese problema, y ya hemos tenido ocasión de ver que Dios siempre interviene según el contexto facilitando el entendimiento. Lo verdaderamente importante es que la santidad de Dios sea tomada en serio, si bien la venida al mundo de Jesús ha supuesto una diferencia. Pasajes del Nuevo Testamento como Juan 3 y Hebreos 10 dejan muy claro que, en virtud de la muerte y resurrección de Jesús, la santidad puede alcanzarse no mediante la destrucción de los ofensores de Dios sino depositando nuestra confianza en Cristo. Dios envió a Jesús al mundo no para condenarlo, sino para salvarlo. Sería un grave error utilizar hoy día un capítulo como 1 Samuel 15 para justificar cualquier posible “limpieza étnica”. Por otra parte, Hebreos 10:31 nos recuerda que “Terrible cosa es caer en manos del Dios viviente”, y Hebreos 12:29 refuerza la enseñanza del Antiguo Testamento que “nuestro Dios es como fuego consumidor”. La llamada a la destrucción es expresión de su santidad. Nuestra incapacidad para hacer frente a este hecho puede

que indique en realidad nuestra falta de entendimiento de lo terrible y absoluto del Dios soberano que pide a las personas cuentas de sus actos. Y tenemos que oponernos con todas nuestras fuerzas a la tentación de la presente generación a ignorar las consecuencias de ofender a Dios.

b. La auténtica obediencia a Dios no es de “comparo y elijo” (15:4–9)

Las acciones de Saúl al inicio de su ataque evocan las campañas iniciales contra los amonitas en Jabes de Galaad. Convencido de la responsabilidad que asume, reúne al grueso de su ejército y pone en marcha una estrategia formidable. Pero, al ser un *herem* específicamente en contra de los amalecitas, Saúl previene a los quenitas dándoles lugar a que escapen. Los quenitas eran aliados de los amalecitas, pero por haber ayudado a los israelitas en su peregrinar camino de la Tierra Prometida, y no haberles atacado, no iban a ser juzgados de igual manera. El ataque se lleva a efecto con éxito muriendo muchos amalecitas. Hasta aquí, pues, la conducta de Saúl ha sido ejemplar. Sin embargo, es justo ahora cuando Saúl y su ejército pierden de vista el auténtico fondo del concepto divino de misión de castigo. Su ataque se centra exclusivamente en cosas y personas consideradas inútiles, preservando en cambio todo cuanto les podría ser de utilidad, rey Agag incluido, y los mejores ejemplares de su ganado. Pero lo cierto es que su comportamiento no es sencillamente un acto de desobediencia, aunque tuviera parte de ello; la auténtica cuestión es que era una afrenta directa contra el mismo Dios, un negarse a tomar verdaderamente en serio la santidad de Dios y la obligación que tenían de dedicar por completo pueblo amalecita y bienes a Dios. Saúl y su ejército se reservaron para sí algo que le pertenecía al Señor. Acán cometió una ofensa similar que fue merecedora de pena de muerte.

c. El coste del fracaso no lo paga tan sólo el que falla (15:10–11)

La acción de Saúl le causa pesar a Dios y también a Samuel. El antropopatismo ayuda aquí a resaltar la realidad del compromiso de Dios en la vida humana y el alto precio que paga por ello. Dios nunca es presentado apartado de su creación o de su pueblo, observando con detalle todo cuanto sucede. El fracaso de Saúl le duele al Señor. A Samuel, enterado, según todos los indicios de la desobediencia de Saúl directamente de parte de Dios, la noticia no le permite conciliar el sueño. La oración que eleva con el corazón quebrantado confirma lo que ya sabía de antemano, que Saúl iba a incurrir en el juicio de Dios. Quizás se estuviera acordando de aquella otra noche de vigilia angustiada en la que de niño había tenido que comunicar otro mensaje de juicio al líder de Israel en aquel momento. Ahora, ya anciano, se ve obligado a realizar idéntico trabajo y el dolor le atenaza de nuevo. Samuel nunca había querido que se instaurase la monarquía, y la relación con Saúl tenía sus buenos y sus malos momentos. Aun así, el afecto hacia él era genuino. Confiando en ello, le había abierto su corazón, convencido como estaba de la capacidad de Saúl para obrar bien y recordando con deleite las ocasiones en que así había quedado demostrado. Dada la posibilidad de que

la primera reacción de Saúl ante esa comisión llenara de esperanza a Samuel, es aún más comprensible que se sintiera absolutamente desolado ante su fracaso. Los sentimientos de Samuel en este asunto serán perfectamente comprendidos por todos los que hayan tenido que hacer de tutores enseñando a otros, y poniendo algo de uno mismo en el empeño, para comprobar con desconsuelo cómo se van apartando del camino trazado. Pese a todo, no es momento de reaccionar con un “Ya te lo advertí”. Samuel continúa sirviendo fielmente a Dios pese a sus muchos años y es, sin duda, un ejemplo a seguir por todos allí donde tengamos que hacer frente al desaliento, la frustración y el fracaso de aquellos a los que amamos.

d. ¿A quién honramos cuando servimos? (15:12–21)

Hay algo surrealista en lo que sucedió a continuación. Saúl se desplazó hasta Gilgal, deteniéndose en Carmel para construir un monumento a su propia memoria. Cuando ve llegar a Samuel, Saúl le saluda sin muestra alguna de remordimiento o preocupación, tan sólo con la complacida actitud de quien está convencido de haber obrado como es debido. No queda claro si Saúl está fingiendo creer lo que dice o si los problemas de personalidad que le afligieron más tarde estaban empezando ya a manifestarse haciendo que perdiera contacto con la realidad, pero sí que se le considera plenamente responsable de sus actos. Y aunque se nos informa de los hechos sin comentario adicional alguno, resulta dolorosamente irónico que Saúl construya *un monumento para sí* (12), probablemente para recordarle al pueblo de Israel los beneficios conseguidos gracias a su gestión como rey, justamente cuando parece haber perdido de vista el honor debido a Dios. En el pasado, a pesar de sus errores y su falta de entendimiento, parece que tuvo un genuino deseo de servir a Dios y hacer todo cuanto Él le pidiera. En cambio, a partir de ahora, la preocupación por su propia reputación y gloria es prioritaria. La construcción del monumento hace que el pueblo dirija la mirada antes a Saúl que al Dios que les había librado de sus enemigos.

No da la impresión de que Saúl estuviera tratando de engañar a Samuel, cosa por otra parte harto difícil con un nutrido rebaño de ovejas balando a sus espaldas. Lo que hace, más bien, es declinar toda responsabilidad de una forma insólita en él hasta ese momento, aduciendo como dato exculpatorio que los soldados han perdonado a los mejores animales para ofrecerlos en sacrificio. Eso no es ni mucho menos lo que se ha dicho al respecto, pero puede que Saúl estuviera genuinamente convencido que era lo que se iba a hacer y que él había obrado como Dios le había ordenado.

La impaciente interrupción de Samuel es del todo comprensible. Ya era bastante dura la tarea que tenía por delante como para, encima, tener que escuchar una sarta de sandeces. Saúl había sido elegido rey por Dios, y era su agente en la tierra. Dios le había encomendado una tarea en concreto, y él había actuado como si su propio beneficio fuera más importante que obedecer a Dios. Viendo que Samuel ignora sus explicaciones, Saúl insiste en su argumento. Si había retenido *lo mejor del rebaño había sido para dedicárselo a Dios* (21) en sacrificio de ofrenda. ¿No era eso mucho mejor que destruirlo todo? La respuesta de Samuel adopta más forma de oráculo que de

argumento – es posible que el anciano se hubiera dado cuenta de que Saúl ya no era capaz de razonar normalmente y que el mensaje profético fuera mejor modo de conectar con él.

e. Dios tiene que ser servido según sus términos no según los nuestros (15:22–23)

El oráculo incide en la relación que se establece entre práctica ritual y la debida conducta, y eso constituye, en este caso, el transcurso posterior de oráculos en el Antiguo Testamento. El sistema sacrificial facilitaba al pueblo de Dios la expresión simbólica de su amor hacia Él y su deseo de servirle, cubriendo a la vez todo posible lapso y acto de desobediencia. No se trataba de una fórmula mágica que garantizara la aquiescencia divina, o un hermoso regalo que distrajera a Dios de sus demandas. La cuestión es que Saúl estaba permitiéndose tratar a Dios como si fuera un niño crédulo o un mero ídolo. Pero una auténtica dedicación de lo perteneciente a los amalecitas exigía su total destrucción; guardar parte, aun con la muy noble intención de ofrecérselo a Dios en sacrificio, no era alternativa aceptable. Un sacrificio nunca va a ser opción alternativa a la obediencia y, sin obediencia, es abominación carente de valor. En términos actuales, la asistencia a los cultos o la dedicación a cualquier otra posible forma de manifestación religiosa nunca podrá ser utilizada como medio para resaltar conductas o actitudes en la vida ofensivas hacia Dios.

Saúl se había manifestado en contra de prácticas ocultistas como la adivinación (cf. 1 Sa. 28:9), considerándolo algo terrible y por completo inaceptable para su pueblo a ojos de Dios. Pero, ahora, su comportamiento venía a ser equiparable. Su arrogancia, creyendo que le asistía el derecho a decidir cómo y cuándo debían ser observadas las ordenanzas divinas, era tan abominable para Dios como la idolatría. Santiago 2:1–11 deja bien claro que el favoritismo es tan reprochable como el asesinato y el adulterio. Ignorar el mandamiento de amar a nuestro prójimo, o cualquier otra posible muestra de desobediencia que nos parezca sin importancia, es tan abominable como el abuso de menores y es tan inaceptable para Dios como si estuviéramos participando en un rito pagano. Visto así, la acción de Saúl le había llevado a un punto sin retorno. Él mismo se ha labrado su desgracia. Al *rechazar la palabra del SEÑOR* (23), ha venido a *ser rechazado... como rey*. Ningún tipo de sacrificio, por muy grande que sea, va a poder cambiar eso. Tras la desobediencia del capítulo 13, al no ser capaz de esperar a que llegara Samuel a Gilgal, se le había avisado de que no iba a ser el fundador de una dinastía, pero no eso no significaba que quedara exento de sus responsabilidades. Después de esta segunda ofensa, se hace evidente que ya no cabe esperar en modo alguno que vaya a convertirse en el rey que Israel necesitaba. Su papel dentro del sistema seguiría activo, pero no como rey que representa a Dios ante el pueblo.

f. Las consecuencias de traspasar el punto sin retorno (15:24–35)

Tanto si esa actitud suya de falta de comprensión de su propio comportamiento había sido consciente o inconsciente, ahora va a despertarse a la cruda realidad con

sobresalto. La posibilidad de perder su cargo como rey no se le había pasado por la cabeza en momento alguno. Acepta que efectivamente ha pecado, admite además que actuó con deliberación y que había prestado mayor atención a lo que el pueblo pudiera pensar de él que a lo que Dios le había ordenado, y suplica que se le conceda otra oportunidad. Pero no era así como se iban a desarrollar las cosas. La responsabilidad que Dios confiere a los seres humanos y, más en particular, a los líderes, es muy real y las consecuencias de fallar en esa responsabilidad no van a poder ser soslayadas fácilmente. En esta ocasión, ya no va a haber una vuelta atrás para Saúl. De entrada, Samuel se niega incluso a permanecer allí y oficiar el culto de adoración por temor a que pudiera ser entendido como la condonación del comportamiento de Saúl. Pero, tras recordarle a Saúl que Dios, *gloria de Israel* (29), era trascendente y en modo alguno puede ser manipulado en la forma en que lo había intentado, acepta celebrar el culto. Puede también que, al recordarle a Saúl que Dios era por completo trascendente e inmensamente diferente a los seres humanos, Samuel recordara que Dios es, asimismo, infinitamente misericordioso. La decisión de apartar a Saúl de la corona pudo haber parecido irrevocable, pero eso no significaba en modo alguno que no había lugar para el perdón y una adoración por su parte. Nunca va a ser posible pasar por alto las consecuencias del pecado, pero sí en cambio, para la persona genuinamente arrepentida, encuentre una nueva forma de continuar en el servicio a Dios. Nos queda aún por ver si, en este caso, la voluntad de Saúl de rendir culto de adoración a Dios era genuina o el simple deseo de no sentirse avergonzado ante los ancianos responsables.

La relación que existe entre la obediencia y la desobediencia y, más en particular, la razón por la que algunos pecados puedan aparentemente ser expiados, como el adulterio de David con Betsabé, mientras que otros no, es uno de los atractivos de los libros de Samuel. Sólo Dios sabe cuándo se llega al punto sin retorno en la desobediencia pertinaz. Como cristianos, sabemos que para todos aquellos que se muestren arrepentidos, la obra redentora de Cristo sigue siendo eficaz; pero eso no debería cegarnos a la realidad de la gravedad del pecado y las consecuencias irreversibles que puede tener. El tesorero que hurta de los fondos no podrá seguir ejerciendo como tal; al trabajador social que visita páginas de pornografía infantil en Internet no se le permitirá seguir trabajando con niños. Hacer caso omiso de la palabra de Dios nunca es cosa fútil.

En este caso en concreto, es posible que las acciones de Saúl reflejaran no sólo un espíritu de desobediencia, sino también una negación del poder de Dios. Ceder ante la presión del pueblo, en vez de tratar de hacerles comprender sus caminos, era un patente abandono de su responsabilidad como rey. La corona le iba a ser retirada por haber abdicado él mismo en un cierto sentido.

La ejecución del rey amalecita era un recordatorio final, tanto para Saúl como para el pueblo, de que la voluntad de Dios no puede ser soslayada. El hecho de que el rey Agag, tras haberse librado una vez, estaba ahora a punto de ser ejecutado demuestra que la acción de Saúl había llevado no sólo al amalecita, sino también a los israelitas, a subestimar el significado de la soberanía de Dios.

Esta triste sección del libro llega a su final con una descripción, que tiene su paralelo

en la que encontramos en el versículo 10, del pesar de Samuel y de Dios. Samuel aceptó la necesidad del juicio y, a partir de ese momento, quizás por seguir adelante con su actividad como profeta de Dios, se mantuvo alejado de Saúl. Pero lo hizo apesadumbrado, lamentando la forma en que Saúl había malgastado sus posibilidades. Hay que destacar ahí que Dios se muestra pesaroso no por haber instaurado la monarquía, sino por haber nombrado rey a Saúl. El que *La Gloria de Israel no mentirá ni cambiará su propósito* (29) pueda, sin embargo, sentir pesar por ese nombramiento es algo que da pie a que el lector siga reflexionando.

David: el joven “aspirante”

1 Samuel 16–24

1. El pastor músico es ungido como rey (16:1–23)

El interés del autor sigue centrándose primordialmente en los personajes y no en eventos o instituciones. Ni siquiera la monarquía como tal capta su atención. Sabe el escritor, además, que Dios se ocupa de las personas dejando en segundo plano el cargo que ocupan. El relato del ungimiento de David refuerza precisamente esta idea ya esbozada en los distintos nombramientos de Samuel y Saúl. Saúl no desaparecerá de escena hasta el capítulo 1 de 2 Samuel, y sigue vivo el interés por distintos personajes secundarios. Sin embargo, a partir de este punto se hace evidente que el personaje principal va a ser David. La primera presentación que se nos hace del personaje es la de un joven ausente ocupado en cuidar el rebaño de su padre, estableciéndose así un cierto paralelismo con la búsqueda de las asnas extraviadas de Saúl. Al igual que éste, David es elegido por su potencial, más que por sus logros o su posición. Desde el principio mismo de la historia, la cuestión va a centrarse en averiguar si ese potencial suyo, a diferencia del caso de Saúl, va a materializarse. De Saúl hemos aprendido que la obediencia a la Palabra de Dios es lo más importante en el ungido por Dios, mucho más que lo que pueda o llegue a hacer. Ahora se plantea aquí si David va a cumplir las expectativas mejor que Saúl. ¿Será David un reflejo más nítido y fiel del auténtico “Ungido”, del Mesías que descenderá de su estirpe, manifestado en el Nuevo Testamento en la persona de Jesús como “el Cristo, Hijo del Dios viviente?”²

a. Poniendo fin al pasado (16:1–2)

La mención del duelo y dolor de Samuel sirve para enlazar con la sección anterior. El hacer duelo por la pérdida de “lo que podría haber sido” es comprensible, pero, con el paso del tiempo, hay que aceptar las realidades del presente y pasar a actuar, y ello si

es que se aspira a influir en los eventos del futuro. Dios tenía una nueva tarea que asignar al ya muy anciano Samuel. Se trataba ahora de ungir al próximo rey. El discurso de Samuel del capítulo 12 dejaba claro que aspiraba a retirarse traspasando el cargo a otro. Pero la cuestión es que, de alguna manera, que sea Samuel quien se encargue del inicio del proceso por el cual David se convertirá en rey hace que el reinado de Saúl parezca “un fugaz relámpago” en la historia secuencial de Israel. Y va a ser, de hecho, Samuel, y no Saúl, el que traspasará el liderazgo a David, lo que no da una idea de la habilidad del autor al presentar el reinado de Saúl como una mera desviación en el curso principal de los acontecimientos, dejando bien claro, al mismo tiempo que, si Saúl hubiera desarrollado debidamente su potencial, su reinado habría llegado a ser la primera etapa importante en el camino por delante. Es, pues, todo un reto para los líderes considerar si su gestión se entenderá como desviación o como parte, por mínima que sea, del camino a transitar hacia la meta final. Esta nueva petición a Samuel deja, asimismo, muy claro que la decisión de Dios de conceder rey a Israel no ha sido revocada. El fracaso de un candidato en cualquier nueva situación o sistema no significa necesariamente que el sistema como tal sea defectuoso.

b. Enfrentándose a los miedos (16:3–5a)

La timorata respuesta de Samuel contrasta extraordinariamente con su anterior confianza en el trato con Saúl. No sabemos cuánto tiempo había transcurrido desde su último encuentro con éste, y es posible que su reacción sea un síntoma de su avanzada edad o del progresivo deterioro mental de Saúl, que roza ya la violencia física. Parece probable que Saúl hubiera puesto en marcha una red de espías que garantizaran que nadie iba a actuar en contra suya sin su conocimiento. Si eso era así, indicaría que había pasado a considerar enemigo al pueblo al que había sido llamado a servir y proteger. Dios se toma muy en serio esos temores de Samuel, al igual que lo hace también en otros casos en los que aquellos a los que ha llamado se muestran temerosos o remisos, siendo entonces Él mismo el que pasa a ocuparse de solucionar el problema sin por ello modificar la tarea. Así es que Samuel emprende obediente el camino hacia Belén para hacer ofrenda de sacrificio en esa ciudad y ungir al hijo menor de Isaí. La omisión de su genealogía probablemente es algo deliberado por parte del autor para enfatizar lo común del trasfondo y orígenes de David, si bien es evidente que Isaí no era pobre (16:20; 17:17–18). Hay aquí una cierta nota de humor al ser recibido un cariacontecido Samuel por unos ancianos responsables no menos preocupados – quizás por ser conscientes de la división entre Samuel y Saúl, y poco deseosos de arriesgarse a incurrir en las iras de este último. Sea como sea, son tranquilizados y los preparativos para el sacrificio siguen adelante.

c. Las sorprendentes elecciones de Dios (16:5b–13)

Según todos los indicios, parece que Isaí y sus hijos se encuentran con Samuel por separado antes o después de que tuviera lugar el encuentro en la ciudad. Eso explicaría

las prisas de Samuel – quiere completar todos los sacrificios lo más rápido posible para volverse cuanto antes a su casa – y que el ungimiento de David tenga lugar *en medio de sus hermanos* (13) pero sin que sea de dominio público y, sobre todo, sin que llegue a conocimiento de Saúl. La descripción del encuentro de Samuel con Isaí y sus hijos se nos cuenta de forma vívida y evocativa, poniéndose al lector de inmediato al tanto de la situación. Al serle presentado Eliab, Samuel queda impresionado. El joven tenía todo el aspecto de un rey; el que sobrepasara a todos en estatura bien pudiera ser un paralelismo adrede con un Saúl joven. La benévola advertencia de Dios a Samuel de que no es la apariencia sino la actitud lo que en verdad cuenta, es una lección permanente para todos los que tengan que asumir la difícil tarea de adjudicar cargos. Para Samuel, eso suponía tener en cuenta una vez más que la elección del nuevo rey iba a ser cosa de Dios, no suya. Es un elemento positivo en la tarea conjunta de su ministerio que Samuel fuera capaz, a lo largo de su vida, de discernir y responder a la palabra de Dios incluso donde no le gustaba particularmente lo que tenía que oír. En este caso, era consciente de que su tarea consistía en ungir a uno de los hijos de Isaí, pero ninguno de los que le habían presentado por el momento era el elegido por Dios. Tenía que haber por fuerza todavía otro hermano más.

Se suele dar por sentado que David era, a la sazón, demasiado joven o demasiado insignificante para asistir a la celebración del sacrificio, o que, por ser el más joven, se le dejó al cuidado del rebaño para que los demás pudieran ir. Sin embargo, que nada menos que siete hermanos suyos pudieran estar presentes parece indicar la existencia de suficientes criados como para que no dejar desasistida la hacienda, incluso que uno de ellos pudiera ocupar el puesto de David. También es posible que el joven David no tuviera paciencia para esas largas ceremonias y buscara eludir el compromiso, o que pasara mucho tiempo *apacentando las ovejas* (11) por propia voluntad y, como suele ocurrir con los adolescentes, no se le pudiera localizar al recibirse la noticia de una ceremonia no anunciada con antelación. Pero lo cierto es que David no estaba allí y Samuel se negaba a iniciar la ceremonia si el joven no estaba presente. Dios había dejado bien claro que su elección no se basaba en las apariencias, pero se nos dice que David, al igual que sus hermanos, era de hermosa apariencia. El que no se haga mención de su estatura pudiera ser por razón de su juventud. Dios había dejado suficientemente claro a Samuel que ese muchacho era el elegido por Él; por eso Samuel unge a David antes de emprender el camino hacia Ramá. Y aunque al lector le consta que uno de los hijos de Isaí va a ser elegido rey, no hay indicación alguna de que se le hiciera saber así ni a David ni a su familia. La dilatada conversación mantenida con Saúl de forma previa a su ungimiento no tiene aquí su paralelo. Por otra parte, tampoco vuelve a hacerse referencia al hecho hasta 2 Samuel 2, donde es ungido por el pueblo de Judá como su rey. Evidentemente, todo ungido por Samuel sabría que había sido llamado por Dios para servirle de una forma especial, y esto viene a confirmarse para David cuando *el Espíritu del SEÑOR vino con poder sobre él* (13). No se nos dice si ese poder que le ha sido conferido era algo evidente a ojos de los demás, pero no cabe duda de que David percibía la presencia del Señor. En cualquier caso, tanto si los presentes en el ungimiento de David eran conscientes de ello como si no, no cabía duda

de que el joven pastor iba a ser un día rey de Israel. Es posible que el propio David no tuviera esas aspiraciones, pero ahora se había convertido en “joven aspirante” al trono.

Los versículos 14–23 registran el primer encuentro entre Saúl y David, pero el estilo es mucho menos vívido que el que encontramos en otras partes de la narración, y es difícil decidir cómo encajar esta sección en el propio capítulo 17. Parece probable, sin embargo, que el editor incluyera este relato partiendo de una fuente distinta dado que contiene un mensaje que era apropiado en ese punto. De hecho, amplía nuestro conocimiento tanto de David como de Saúl, y ayuda a entender posteriores acontecimientos.

d. Viviendo con – y sin – el sentido de la presencia de Dios (16:14–23)

Inmediatamente después de afirmarse que *el Espíritu del SEÑOR vino poderosamente sobre David* (13), se nos anuncia que *El Espíritu del SEÑOR se apartó de Saúl* (14). El concepto propio del Nuevo Testamento de una presencia permanente del Espíritu Santo en el seno del creyente es desconocido en esta etapa y toda dotación espiritual era vista entonces como algo temporal e intermitente. Es posible que, para Saúl, supusiera el cese del poder carismático que le había acompañado hasta ese momento. Lo que resulta evidente es que Saúl, a pesar de seguir siendo notorio como rey, ya no puede ser considerado como agente de Dios. De hecho, Saúl está siendo atormentado ahora por episodios de depresión que le impiden actuar con normalidad, episodios que se asocian a *un espíritu malo de parte del SEÑOR* (14). Todo cuanto ocurriera, fuera bueno o malo, se concebía como procedente de Dios, y, en ese contexto, “malo” puede entenderse como “dañino”. Saúl sufría repentinos cambios de humor y se da a entender que Dios mismo estaba detrás de todo ello. En la actualidad hay creyentes a los que les resulta de gran ayuda diferenciar entre cosas que Dios permite y cosas que Dios ordena. La procedencia sería la misma. No hay indicio alguno de que los criados notaran nada demoníaco en lo que le pasaba a Saúl. Sin embargo, sería comprensible ver ahí una posesión demoníaca dada la naturaleza incontrolable de los posteriores ataques. Y si bien esta forma de depresión puede obedecer a múltiples causas, no necesariamente consecuencia de una conducta anterior, es muy posible que, en el caso de Saúl, le resultara imposible soportar su propia culpa y la ausencia de la presencia de Dios a causa de su desobediencia. Merece la pena notar que ni aquí ni en ninguna otra parte hay evidencias de que ese *espíritu malo* sea el responsable de las acciones emprendidas por el propio Saúl, sino que es éste quien es visto en todo momento como el único y absoluto culpable.

A través de los tiempos, la terapia musical ha sido utilizada para calmar almas atormentadas, y los muy fieles criados de Saúl pensaron que eso podría ayudar a su señor. Uno de ellos sabía que había un muchacho de Belén que era un excelente músico y podría ayudar a su rey. Y se envía a buscar a David. La descripción que se hace de él es la de *un joven valiente y guerrero*, y también que *guardaba el rebaño*. Lo cual resulta un tanto desconcertante y pudiera obedecer a un doblete con posteriores descripciones. Pero en cambio no hay razón para suponer que un competente campesino no pueda

ser también un excelente soldado y ya se nos ha hecho saber que David tenía un buen porte. El caso es que, su música era beneficiosa para Saúl, y David pasó a su servicio como escudero, cargo oficial dentro del ejército que suponía ayudar al rey a pertrecharse para la batalla, y, asimismo, como músico terapeuta cuando fuera necesario. Según el texto, *Saúl lo amó grandemente*, siendo el caso que *había hallado gracia ante [sus] ojos*. Lo cual da a entender una buena relación entre ellos y si, en un futuro imprevisible, surgían desavenencias, quedaba claro que sería por un ataque de celos y no por choque de personalidades.

e. Aprendiendo el oficio empezando desde abajo

Lo irónico de esa situación puede que ni siquiera fuera advertida por el propio autor.

Saúl, sin saberlo, estaba siendo una herramienta esencial en la formación del futuro rey. La situación le permitía a David ejercitar sus dotes naturales y aprovechar al máximo las oportunidades que le brindaban las nuevas circunstancias. No hay indicios de esa falsa dicotomía que suele hacerse entre dotes naturales y dones espirituales, y tampoco parece que el joven tuviera esa tendencia, tentación fácil para los que, con una fuerte conciencia de llamamiento, desestiman toda tarea que no tenga que ver directamente con el mismo.

2. El “el terror de los gigantes” (17:1–18:5)

El capítulo 17 nos ofrece una historia al completo, con un desarrollo tan dramático que uno puede imaginar fácilmente cómo sería contada y repetida vez tras vez por los soldados sentados junto al fuego de campamento, al igual que había ocurrido con Jonatán. De hecho, se da una serie de notables paralelismos entre las acciones de Jonatán, descritas en el capítulo 14, y las del propio David: son presentados como una suerte de activistas, destacando por su coraje, indiferentes al peligro y el riesgo; están convencidos de la realidad del poder de Dios y de su deseo de intervenir a favor de su pueblo, y en ambos casos su intervención produce una derrota espectacular de los filisteos. El cuadro de la escena de la batalla es sumamente realista: dos fuerzas opuestas que se enfrentan apostadas en dos colinas separadas por un valle que hace imposible tender una emboscada o atacar por sorpresa. Las ciudades que se citan están muy al sur del área mencionada en anteriores batallas con los filisteos, justamente en el límite con la propia Palestina. Saúl y Jonatán no habían conseguido eliminar la amenaza filistea pero sí habían logrado mantenerlos a raya. En esta ocasión, parece ambos contingentes están indecisos y no quieren actuar con precipitación. En situaciones así, no era algo insólito enviar a un solo guerrero a pelear en representación de todos. El bando del guerrero perdedor renunciaría a toda pretensión sobre el territorio en disputa. En cambio, no era obligatorio responder al desafío, pero negarse equivalía a una humillación y suponía una ventaja psicológica para la parte contraria.

a. Un héroe improbable – con Dios a su lado – se enfrenta a un oponente impresionante (17:1–40)

El campeón filisteo era un hombretón de Gat, llamado Goliat. El que fuera tan alto o que lo pareciera así a distancia, es algo secundario. De lo que no puede caber duda es de que era un guerrero excepcional,⁷ más alto incluso que Saúl, que rebasaba en más de una cabeza a todos sus compatriotas (9:2). Las características y peso de la armadura de Goliat, dada la proverbial escasez de semejante equipamiento, podría ser indicativa de un deseo de acobardar a los israelitas y es más que probable que no se pensara que iba a tener que pelear. El ejército israelita estaba verdaderamente asustado y, aunque ni se rindieron ni se retiraron, el propio Saúl ni ningún otro de los allí presentes sabía bien qué hacer. Entonces irrumpe en escena David, según parece todavía demasiado joven para unirse al ejército pero lo suficientemente mayor como para viajar por su cuenta, llevar provisiones a sus hermanos y un regalo para su comandante. Por vez primera, el lector se encuentra con un David que es ya un personaje: un joven entusiasta y patriota, quizás demasiado seguro de sí mismo, pero lleno de fe en el poder del Dios de Israel. David es quien les hace recordar que ellos ciertamente son *escuadrones del Dios viviente* (26). Actuar al margen de la realidad de ese Dios viviente ha comportado, de hecho, mucha aflicción para el pueblo de Dios a través de los tiempos.

La reacción de bochorno y enfado de los hermanos de David ante sus atrevidas críticas aporta la nota realista al conjunto. Cuando, ante su insistencia, David es llevado por fin ante Saúl, es todo un signo de la desesperación del rey que esté dispuesto a escuchar lo que tenga que decirle un simple muchacho. A pesar de una incredulidad inicial, Saúl acepta el ofrecimiento del muchacho de luchar contra el gigantón filisteo. Es poco probable que Saúl se dejara convencer por esas supuestas proezas contra osos y leones, pero tal vez la confianza que mostraba David en el Dios viviente le hiciera recordar que, en el pasado, él también había disfrutado del poder conferido por el Espíritu de Dios, ahora ya tan sólo un pálido recuerdo del pasado. ¿Por qué no dar, entonces, una oportunidad al joven? La dificultad que David tiene con la espada y la armadura pone de relieve el carácter opuesto de ambos: Saúl no es capaz de confiar en que Dios les dará la victoria sin armamento de último diseño; David, en cambio, no se adapta a esa impedimenta, y confía tan sólo en lo que sabe usar y la experiencia de haber sido ayudado por Dios para vencer las dificultades.

b. La ayuda de Dios es suficiente — ¡una vez más! (17:41–58)

Los dos contrincantes se enfrentan por fin. Cada uno desprecia al otro por distintas razones, y ambos confían en sus respectivos dioses. Es probable que la aparente incapacidad de David para vencer a su oponente le ayudara a alzarse con la victoria. La advertencia de Samuel que “Dios ve no como el hombre ve” (16:7) cobra aquí un particular sentido. Goliat veía ante sí a un muchachito inexperto, y aguarda a que se

aproxime sin perder un ápice de su aplomo. Por su parte, David deja bien claro que él va a luchar en nombre de Dios y con su ayuda. Según él lo veía, lo que iba a hacer no reflejaba su propia gloria, sino el poder y la grandeza de Dios. Todos los presentes, filisteos e israelitas por igual, iban a comprobar la amplitud de su soberanía, pues el Señor no tenía necesidad ni de armas ni de ejército para defender su propia causa. El honor de Dios estaba en entredicho por la pasividad del ejército israelita, pero ahora iba a ser restaurado y debidamente proclamado a través de la intervención de David. La situación en sí no implicaba que Dios no se sirviera habitualmente de medios ordinarios, que aquí vendría a suponer recurrir al ejército y a las armas convencionales. David también luchó junto a las tropas en muchas otras ocasiones. Lo que importa ahí es tanto el reconocimiento de su dependencia de Dios como el hecho en sí de que se pueda confiar en Él.

Según parece, los filisteos se habían apoyado casi por completo en su campeón particular, y no estaban preparados o dispuestos a seguir luchando. El ejército israelita – olvidados ya sus pasados miedos – aprovecha el éxito de David para presionar a los filisteos y hacer que retrocedan. David, en un gesto desmesurado propio de sus pocos años, corta de un tajo la cabeza de Goliat y aparece con ella en el campamento israelita.

Entonces, Saúl envía a Abner, sobrino suyo y comandante de su ejército, a que averigüe quién es el valiente joven. El texto no hace nada por reconciliar esta falta de conocimiento de Saúl con los acontecimientos del capítulo 16. El editor tuvo que ser consciente de la posible discrepancia, pero no parece haberle dado mayor importancia. Si la actividad de David como músico terapeuta era intermitente, siendo requeridos sus servicios tan sólo en esas ocasiones en las que Saúl no era plenamente consciente de lo que había a su alrededor, no tiene por qué sorprendernos que no reconociera a David. Las personas que están muy pagadas de su propia condición no suelen prestar mucha atención a los que consideran sus inferiores. Además, por estar acostumbrado a verse rodeado de numerosas personas, no prestaría a sus criados ninguna atención o muy poca. Me ha ocurrido estar dando conferencias a lo largo de una semana, contando para ello con la colaboración del mismo técnico de sonido, y apreciando y de hecho agradeciendo su labor, para, al cabo de un año, volver al mismo lugar y ¡haber olvidado por completo su nombre y hasta su cara!

Es significativo, claro está, que la pregunta de Saúl sea concretamente acerca del padre de David. Conociéndole ya como músico de su corte, ahora quiere saber su procedencia. Un joven tan dotado y capaz tenía por fuerza que haber recibido una formación fuera de lo común. Cabe incluso la posibilidad de que hubieran llegado a Saúl rumores de una ceremonia de ungimiento y empezara a relacionarla con el joven David. Sea como sea, lo cierto es que en el primer encuentro entre Saúl y David se dice expresamente que el muchacho es hijo de Isaí, con lo cual se seguiría manteniendo la discrepancia.

c. ¿La generosidad como parte del heroísmo? (18:1–5)

La vida de David experimenta ahora un cambio dramático. Las muchas horas pasadas cuidando de las ovejas van a ser cosa del pasado. Se le ha asignado un cargo en la corte y su presencia y sus servicios son apreciados por todos. Su incipiente amistad con Jonatán va a más gracias a una espiritualidad común, su total confianza en el poder y la soberanía de Dios, y su tendencia a estar en medio de toda refriega. La generosidad de Jonatán hacia David está en total consonancia con su forma de actuar hasta el momento. No se observa indicio alguno de celos o mezquindad. Jonatán parece entender que el Espíritu de Dios está con David y se alegra por ello. No se deja claro en ningún momento si también sabe que su padre no iba a formar dinastía y que ha sido rechazado por Dios. De lo que no cabe duda alguna, en cambio, es que Jonatán habría estado más que dispuesto a ceder sus hipotéticos derechos al trono con el mismo espíritu de generosidad con que había hecho entrega de los regalos. Jonatán es presentado en todo momento como un gran personaje, el igual de su amigo David en la fe, y quizás su superior en generosidad. Sigue abierta, pues, la cuestión de por qué no es elegido para el trono. Pudiera ser, entonces, significativo que las muestras de amistad y cariño siempre fueran por iniciativa de Jonatán. Había sido él quien estableció el pacto que cimentaba su amistad. Siendo su superior en estatus, eso sería algo comprensible, aunque cabe también la posibilidad de que no fuera así. ¡Imposible saberlo hoy día! Además, es justo reconocer que a David siempre se le dio mejor recibir que dar.

El éxito de David ante Goliath va a demostrar ser mucho más que pura carambola. Su capacidad como soldado aumentó progresivamente y su rápida promoción dentro del ejército fue recibida con muestras de agrado por parte de todos. David se había convertido en un joven guerrero digno de ser tenido en cuenta. Las discrepancias entre Saúl y David pronto van a empezar, pero, por el momento, todo es paz y concordia entre Saúl, su familia, David y el pueblo israelita.

3. Una relación que se va agriando poco a poco (18:6–19:24)

a. El poder destructivo de los celos (18:6–16)

Una vez más, resulta difícil precisar el momento exacto de los acontecimientos. La exactitud en la relación de los hechos suele ser cosa que nos preocupa ahora más que lo que les preocupaba a los narradores del Antiguo Testamento. No cabe duda de que había pasado ya tiempo suficiente como para que se hubiera extendido la fama de David por todo el país, lo cual nos llevaría a un momento bastante posterior a su pelea con Goliath. Hasta ese momento, Saúl había visto a David como su protegido, mostrándose debidamente orgulloso de sus logros. La cuestión ahora es que todo eso va a cambiar radicalmente. Ese canto exultante tras la victoria alcanzada ensalzaba por igual a Saúl y David. Como rey, Saúl había sido siempre una figura popular y estaba acostumbrado a recibir esas muestras de admiración y reconocimiento. No podemos saber si las mujeres estaban estableciendo una diferencia significativa entre ambos. El

problema es que Saúl se lo tomó como una ofensa personal. Tras haber perdido el respaldo de Dios, lo único que le quedaba era la aclamación popular. Si ya ni siquiera tenía eso, podía decirse que no le quedaba nada. Lo que sigue viene a ser una auténtica muestra del poder destructivo de los celos para acabar con una relación. David había sido hasta ese momento fuente de consuelo y alegría para Saúl, pero los celos consumen al rey y pasa a considerarle una amenaza y un peligro. Esa obsesiva fijación suya con el estatus y el reconocimiento público la asocia ahora a David, incapaz de darse cuenta de que el joven está muy lejos de pretender tal cosa. Saber que en algún lugar estaba el elegido por Dios como sucesor suyo “conforme a su corazón” (13:14), roía el alma a Saúl convirtiendo los celos en obsesión enfermiza. ¿Y si resultaba que el elegido fuera ese joven David, tan consciente de la presencia de Dios y tan confiado en su poder? Si Saúl hubiera aceptado el juicio de Dios por su conducta, siguiendo adelante a partir de ahí, las cosas habrían sido muy diferentes. Elí sí que había sido capaz de sobrellevar el enjuiciamiento de su familia y su persona, acogiendo a Samuel como pupilo y sucesor. Samuel, a su vez, había aceptado a Saúl, ocupándose de formarle. Si Saúl, reconociendo en David el potencial para sucederle, le hubiera dado la alternativa admitiéndole, quizás hubiera encontrado por fin algo de esa paz que tan desesperadamente buscaba. Pero eso ya no iba a ser así. Y, con el paso del tiempo, habría de ser el propio Saúl, y no David, quien más sufriera por su propia animosidad.

Saúl permitió que los celos hicieran mella en él hasta el punto de trastornarle el carácter por completo. La descripción de *un espíritu malo de parte de Dios* (18:10), que se apodera de Saúl “por la fuerza”, es la misma que se emplea en el caso de esa melancolía que alivia el joven David con su música. Que Saúl estuviera como profetizando no parece tener una significación religiosa, pudiendo ser simplemente un componente de un éxtasis o un delirio. Además, el caso es que la música de David, lejos de calmarle, le inflama el ánimo. Y, a pesar de sus muchas quejas de injusticia hecha a su persona, lo cierto es que esa pérdida de control por su parte no tiene justificación alguna por tener plena consciencia de lo que estaba haciendo en sus intentos de destruir a David.

Nada se nos dice de la reacción de David ante ese primer ataque de Saúl. Es posible, incluso que, al tiempo que esquivaba la lanza, viera en ello el resultado de la “exaltación” profética de Saúl. Pero el segundo ataque, también hábilmente esquivado, puede que le hiciera pensar. Y ello suponiendo que todavía siguiera considerándose hijo adoptivo favorito. Tal vez el hecho mismo de que David fuera capaz de esquivar la lanza, le confirmara a Saúl la impresión de que Dios estaba ahora con David y no con él. No está claro si Saúl había enviado a por David por miedo a lo que éste pudiera hacerle a él, o si, recuperada la lucidez, le asustaba lo que él podría llegar a hacerle al joven. El impresionante éxito de David en las campañas militares estaba llevando a la consolidación de Israel como nación entre sus vecinos y podría haber sido visto por Saúl como promoción de su propia posición. Pero, dado lo atormentado de su alma, haciéndosele cada vez más evidente que “el SEÑOR estaba con David” y no con él (10, 12, 14), la afrenta de las continuas victorias del joven guerrero, junto con el apoyo que el pueblo le prestaba, y no sólo por parte de la tribu de Judá sino por parte de la nación

entera, no hacía sino aumentar aún más sus miedos y su destemplanza.

b. Utilizar a las personas como peones no es una forma de gobierno recomendable (18:17–30)

El modo en que Saúl se sirve de sus hijas para alcanzar sus propios fines es registrado sin comentarios, pero también sin aprobación de ningún tipo. Primero le ofrece a David su hija mayor, Merab, como esposa. El que eso supusiera, de alguna forma, cumplir por fin la palabra dada ante la amenaza de Goliath (1 Sa. 17:25) no suscita aquí valoración adicional alguna, y no deja de ser irónico que Saúl no parezca darse cuenta de ello. Su intención es claramente que David perezca en combate a mano de los filisteos, pero no está claro en qué manera lo propicia el que se case con su hija. Puede, evidentemente, que pensara evitar así el hipotético riesgo de que David se volviera contra él siendo yerno suyo. El modo en que David se quita importancia a sí mismo no parece ser un rechazo de la oferta, sino un inicio del proceso de negociación del precio de la novia. La motivación de Saúl para cambiar de idea sobre la marcha, y casar a su hija con otro, es difícil de calibrar y tal vez no obedezca a lógica alguna, aunque también pudiera ser una forma más de humillar a David.

La hija más joven de Saúl, de nombre Mical, hace ahora su aparición en el texto como una persona que ama a David como hombre, y no como el héroe al que todos los demás admiran. Mical es, en realidad, la única mujer del Antiguo Testamento que nos es presentada amando a un hombre, y sin hacerse comentarios explícitos al respecto, la impresión que se tiene es que el modo en que Saúl se aprovecha de ese amor de la joven para sus propios fines es del todo inaceptable. Para Saúl, el amor de su hija a David es un peón en un tablero que sólo él controla. Pero también parece ser lo mismo para David, una pieza para mover en ese juego de poderes que acaba de iniciar con Saúl – pues no queriendo en modo alguno la destrucción de Saúl, tampoco parece dispuesto a ceder ante su presión. Probablemente es significativo que, al igual que en la presentación de la amistad de Jonatán con David en el versículo 1, no se haga mención de que David correspondiera a su afecto. Saúl esperaba que Mical fuera un *lazo* (21) para David, y se vieran así incrementadas las posibilidades de que cayera ante los filisteos, algo bastante probable dada la bravata de un David que dobla el precio de la novia haciendo una carnicería entre los filisteos. El autor consigue ir mostrándonos el creciente temor y frustración que Saúl experimenta ante las continuas proezas de David. Su hija Mical, lejos de ser trampa o lazo para el joven, pasa a engrosar el nutrido grupo de los admiradores con que ya contaba David: el ejército, el pueblo, Jonatán y hasta el Señor mismo con su apoyo y protección. Según su pensamiento, toda muestra de afecto a David era respaldo político y, en consecuencia, oposición a su persona. Imposible, pues, no ver a David más que como enemigo.

c. El valor de la amistad (19:1–7)

La animadversión hacia David estaba convirtiendo al rey en un ser huraño y aislado

de todos, lo cual no era óbice para tratar de reclutar a *Jonatán y a todos sus siervos [para] que dieran muerte a David* (1). Ese odio obsesivo a David le estaba haciendo perder el sentido de la proporción, como casi siempre suele ocurrir en estos casos. Saúl no entendía que los demás no vieran a David como un peligro en potencia. Seguro que Jonatán también lo sabía. Pero la cuestión es que Jonatán amaba a David, con un amor idéntico al que el propio Saúl había sentido por David en un principio (18:22). Hay quien ha querido ver ahí un afecto homosexual entre los dos jóvenes, pero eso no puede justificarse por el texto y supone un error al no querer, o no poder, entender la posibilidad de que exista una genuina amistad que no esté basada en el sexo. Ese fallo puede darse también hoy día, cuando las presiones de la sociedad, en ese sentido, llevan a hacer que muchos piensen que no puede darse la amistad sin un contacto íntimo. Es tarea pendiente, pues, encontrar maneras de fomentar la amistad que impidan su destrucción en base a falsas nociones. La relación entre David y Jonatán se fundaba en su mutua entrega al Señor y su compromiso con el futuro del pueblo israelita, así como también en intereses y gustos compatibles. Nada más excelente, pues, para cimentar una auténtica amistad.

La respuesta de Jonatán a su padre pone de relieve una vez más el lado práctico de su sabiduría y su bondad de carácter. Advierte a David que se mantenga alejado, al tiempo que trata de convencer a su padre de que, lejos de ser una amenaza, David es un puntal tanto para la nación como para el propio Saúl. Como rey, Saúl se había sentido en un principio muy satisfecho (5) con lo que Dios había obrado a través de David, por lo que quitar de en medio a un hombre de esa valía sería a la vez un delito y una insensatez. Jonatán tenía que ser consciente del miedo de su padre a ser reemplazado por el joven David, pero parece haber aceptado las implicaciones de las muchas victorias de David con total calma y serenidad – Jonatán sabía alegrarse con la buena suerte de los demás. Pero, lo que aquí importa es que estaba absolutamente convencido de que David no tenía intención alguna de perjudicar a Saúl. Su sentido común parece haber hecho mella en su padre, si bien ese juramento hecho para garantizar su intención de no hacer matar a David podría apuntar a sus continuos cambios de humor. Aun así, lo cierto es que David puede regresar a la corte una vez más. Parte de la preocupación de Jonatán tenía que ver con David, pero es más que probable que estuviera igualmente esforzándose por hacer cuanto estuviera en su mano para ayudar a su propio padre, evitando que se hiciera aún más daño a sí mismo a causa de ese miedo obsesivo. Su capacidad para diferenciar sin tomar partido es un muy notable ejemplo de consejería y cuidado pastoral, y merece ser analizado por todos aquellos que tienen que intervenir en disputas y desavenencias ajenas.

d. Los peligros de la obsesión (19:8–17)

No podemos estar seguros de la duración de la aparente tranquilidad pero, al reanudarse la campaña militar y salir de nuevo David victorioso, el ciclo fatídico se reanuda. David había conseguido esquivar otra vez la lanza de Saúl, pero en esta ocasión su huida iba a ser un alejamiento ya permanente de la corte real. El juramento

hecho por Saúl no había podido evitar una recaída en esa animosidad suya. Y, de nuevo bajo el poder de su obsesión, Saúl no es capaz de controlarse. El deseo de eliminar a David dominaba su existencia. Su siguiente intento no iba a ser, pues, consecuencia de un ataque de ira, sino todo un plan premeditado. Esta vez será su hija, y no Jonatán, la que ayude a huir a David [*descolgándole*] *por una ventana* (12), valiéndose para ello de una estratagema. El idolillo que pone haciendo bulto en la cama para engañar a los mensajeros de su padre nos recuerda el hurto de los ídolos familiares por parte de Raquel. Ya había habido otro precedente en paralelo en el capítulo 18 al ofrecer Saúl sucesivamente a sus dos hijas en matrimonio, como había sido el caso con Raquel y Lea respecto a Jacob. En aquella ocasión, se nos dice claramente que Jacob amaba a Raquel y puede surgir aquí la expectativa de que David ame a Mical. El curso de los acontecimientos vendrá a demostrar que no es así.¹³ A pesar de que Mical arriesga su vida por él, David la deja atrás sin tan siquiera planteárselo. Tampoco hace nada por visitarla, y no vuelve a verla hasta que, por aparentes razones políticas, insiste en que se separe de su segundo esposo, Paltiel, que sí amaba a la muchacha (2 Sa. 3:13–14). Utilizar a las personas para fines propios no parecía ser prerrogativa exclusiva de Saúl.

En la ocasión que aquí nos ocupa, Mical tiene que conformarse con ver desaparecer a su marido en el horizonte sin una sola mirada suya. Quizás esto ayude a comprender mejor esa actitud crítica suya en 2 Samuel 6:16, cuando vuelve a otear el horizonte “desde una ventana”. Que David era un guerrero valiente era un hecho indiscutible, al tiempo que músico notable y fiel seguidor del Señor, pero no puede decirse en modo alguno que fuera un esposo ejemplar. El relato bíblico se mantiene fiel a la realidad, y no pretende hacer creer que los grandes personajes lo fueran en todas las facetas de su vida. Ciertamente, nunca es recomendable hacer de ellos héroes admirables.

e. La soberanía de Dios y la responsabilidad humana (19:18–24)

No entra el texto a debatir acerca de lo acertado o no de esa decisión de David de abandonar la corte. En los capítulos que siguen nos enteramos del respaldo y la ayuda prestada por parte de Dios a lo largo de ese dilatado período de huida con constantes peligros que superar. Y siendo inútil especular acerca de algo que nunca llegó a ocurrir, no hay razón alguna para suponer que Dios no habría seguido protegiéndole si hubiera permanecido en la corte. Debe destacarse que no se menciona intención alguna de involucrar a Dios en la decisión tomada. En otras ocasiones, David no había dado muestras de estar preocupado por su seguridad personal, y es posible que su motivación obedeciera en parte a la frustración derivada del rígido sistema de palacio y al deseo imperioso de hacer las cosas de nuevo a su manera y en libertad absoluta. Encontramos en esto una indicación de hasta qué punto Dios se toma en serio las decisiones que tomamos los seres humanos. David se ha decantado por la acción y Dios va a permitirle que continúe su trayectoria.

David se dirigió entonces adonde estaba Samuel, probablemente con el deseo de encontrar tanto consuelo espiritual como una cierta seguridad física. Pero la animosidad de Saúl no va desvanecerse simplemente porque David se haya ido o

porque Samuel vaya a reprochárselo. Y es por eso por lo que en repetidas ocasiones manda tropas para que lo capturen. La búsqueda resulta infructuosa, y no por la pericia militar exhibida por David, sino porque esas tropas se ven involucradas en una experiencia de índole extática que les impide seguir adelante con el plan. Saúl va entonces personalmente en busca de David, resultando también afectado por una visión profética. Tanto Saúl como David eran plenamente conscientes de que Dios no iba a permitir que nada le ocurriera al joven guerrero por causa del rey – ni por esas lanzas esquivadas en palacio ni por una persecución implacable en campo abierto. Hay que resaltar aquí que, al estorbar ese *Espíritu de Dios* las intenciones de Saúl y sus hombres, había impedido también que David causara daño a los propios israelitas al defenderse. Las intervenciones de Dios suelen tener más de un efecto o propósito, y ahí vemos una prueba de su continuo cuidado de ambos hombres, protegiendo a cada uno según la necesidad y circunstancia.

Despojarse por completo de las ropas era, en ocasiones, parte del ritual de la experiencia extática. En este caso, el hecho de que Saúl se despojara de las vestimentas reales puede ser entendido como una señal más de que, como consecuencia de sus propias acciones, Saúl iba paulatinamente distanciándose de la verdadera realeza. En 1 Samuel 10:11 el dicho “¿Está también Saúl entre los profetas?” había surgido como una cierta sorprendida conclusión de que la mano de Dios estaba sobre él. Con el paso del tiempo, y a la vista de los excesos extáticos de Saúl, la actitud hacia él había experimentado un cambio, siendo ahora, por el contrario, reflejo de una valoración más crítica, y hasta puede incluso que de una duda de su salud mental. Samuel estaba presente cuando Saúl profetizaba, pero no hay indicios de que existiera comunicación entre ellos.¹⁵ La acción del *Espíritu de Dios* había transformado la vida de Saúl en el pasado. En esta ocasión, sin embargo, no parece que hubiera cambios duraderos. Se había conseguido que, temporalmente, no pudiera hacer daño a David, pero su deseo de conseguirlo persistía inalterable.

4. Jonatán: el hijo que no tiene celos (20:1–42)

a. Tomar partido: una decisión difícil (20:1–7)

Aparentemente, David no había tomado todavía una decisión definitiva respecto a su futuro y quería consultar a Jonatán antes de emprender acción alguna. Cabía aún la posibilidad de que Saúl se calmara y le fuera posible volver a la corte. Era evidente, además, que no había descartado por completo la posibilidad de estar presente en las ya próximas celebraciones de la Luna Nueva. Jonatán, ignorante de la última acción de su padre, encuentra difícil aceptar que Saúl haya renegado de su anterior juramento. Sin embargo, acepta el relato de David y se muestra de acuerdo en emprender toda acción necesaria para ayudar a David a escapar de la cólera paterna. En esos momentos, Jonatán no quiere todavía tomar partido, aunque puede que el proceso ya iniciado lleve implícito el reconocimiento de que pronto va a llegar el momento de hacerlo. Es siempre medida acertada escuchar a todas las partes implicadas en una disputa, tratar

de mediar y evitar, en la medida de lo posible, involucrarse a título personal. Sin embargo, hay momentos y situaciones en que se hace necesario recurrir al juicio crítico, reconociendo que una de las partes está en un error. Ampararse bajo el manto de la imparcialidad y evitar hacer frente a la realidad es justamente lo opuesto a una buena gestión del liderazgo. El ejemplo de Jonatán es digno de ser tenido en cuenta y ser emulado.

Los sucesos de este capítulo son simples. David y Jonatán se reúnen y tratan de elucidar el probable comportamiento de Saúl, y cómo transmitirse la información necesaria si no les es posible verse de nuevo. El plan ideado, con su punto de complejidad, se pone en práctica, y como la hostilidad del rey no remite, David recibe noticia de ello y, con buen o mal criterio (se deja ahí al juicio del lector el veredicto), abandona el lugar velando por su propia seguridad. En otro orden de cosas, cabe destacar la innegable habilidad del escritor para resaltar el calibre de la amistad que une a ambos jóvenes en el curso de sus conversaciones, y el perfil tan nítido que van adquiriendo estos tres personajes principales. David ha juzgado certeramente a Saúl. Si en verdad se le ha pasado el furor, aceptará con ecuanimidad la ausencia de David en la fiesta; si, por el contrario, no es así, tendrá uno de sus terribles ataques de furia y cólera ya sufridos en anteriores ocasiones. Esa espera acordada de un par días tenía su razón de ser ante la eventualidad de que cualquiera pudiera quedar impuro inadvertidamente.

b. Una amistad profunda está más allá de la desconfianza (20:8–17)

Sin embargo, a pesar de su gran amistad, David no ha llegado a conocer del todo a su amigo. De ahí que apele al pacto (8) iniciado por Jonatán, como si ello fuera necesario para contar con su apoyo. Y no sólo eso, pues apunta incluso la posibilidad de que el joven pueda estar en connivencia con el padre para acabar con él. Jonatán lo niega todo con gran vehemencia y se evita una posible disputa cambiando de tema para pasar a centrarse en las posibles formas de comunicarse en la distancia. No es posible dilucidar si ese cambio de rumbo obedece a una voluntad expresa o es cosa del inconsciente, pero lo cierto es que muchas situaciones tensas se verían felizmente resultas si se pudiera efectuar un cambio a tiempo, dejando a un lado las diferencias para empezar en un nuevo contexto.

Es posible, claro está, que Jonatán se sintiera herido por la desconfianza de su amigo, pero conoce bien a David y comprende la necesidad de seguridad a toda costa. La respuesta que le da es, de hecho, de una gran sabiduría pastoral. Jonatán no sólo está dispuesto a proporcionarle la información oportuna, sino que, además, garantizará personalmente la huida en caso de que Saúl reaccionara negativamente, y lo respalda empeñando su palabra bajo juramento, que va a ser tomado, por cierto, bastante más en serio que el que realizó en su momento el propio Saúl. Acto seguido, reconoce de forma explícita que ese conocimiento tácito de que quien iba a suceder a Saúl era David y no Jonatán es correcto. Ora entonces solicitando una bendición para su amigo en esa situación, de modo que *el SEÑOR lo demande de la mano de los enemigos de David* (16).

Dado el contexto en que nos hallamos, es imposible entender esto de otra manera que no sea que Jonatán reconoce y acepta que si Saúl persiste en su animadversión será reo del juicio de Dios. Finalmente, tras esbozar las líneas generales para la transmisión de la información necesaria, Jonatán reafirma su compromiso con la causa de David poniendo al Señor como testigo. No ha de sorprendernos, pues, que el editor haya considerado necesario insistir en el cariño que Jonatán le tiene a David (17). Sólo una persona verdaderamente excepcional podría dar muestras de tan generosa disposición de ánimo. El coraje físico de Jonatán ya había quedado patente en los primeros capítulos de la historia, y ahora no es sólo su valentía, sino asimismo su categoría moral, la que lo señala como héroe.

c. Tomando partido: llega un momento en el que hasta las personas más pacientes tienen que tomar partido (20:18–42)

Ya iniciada la ceremonia, quedan confirmados los peores temores respecto a la posible reacción de Saúl. *Se encendió la ira de Saúl* (30) y no sólo contra David sino asimismo *contra Jonatán*. La defensa que éste había hecho de David ante su padre hace que la ira de un rey obsesionado se vuelva ahora contra su propio hijo. La lógica no era precisamente el punto fuerte de Saúl, haciéndose patente ese fallo en las invectivas contra su propio hijo: “*¡Hijo de perversa y rebelde! ¿Acaso no sé yo que prefieres al hijo de Isaí, para tu propia vergüenza y para vergüenza de la desnudez de tu madre?*” (30). Esa total contradicción – es poco probable que una madre genuinamente perversa sienta vergüenza – es registrada por uno de los allí presentes, al igual que el muy preciso relato de la disposición de los comensales del versículo 25, con lo cual tendríamos aquí un testimonio ocular. Es interesante notar también que Saúl es incitado a apuntar con su lanza a Jonatán al negarse éste a aceptar la razón, “*ni tú ni tu reino serán establecidos*” (31), como excusa para matar a David. Pudiera ser entonces que, incluso en su irracional estado mental, se le hiciera evidente a Saúl que toda esa furibunda hostilidad suya contra David, que él justificaba actuar a favor de su hijo, desde la perspectiva de Jonatán era no sólo innecesaria sino incluso equivocada. Un hasta ahora equilibrado Jonatán es provocado hasta el punto de perder la calma. Su enfado no obedece entonces al ataque de su padre, sino al tratamiento que éste hace de David, del todo injusto e injustificado según su parecer. Esa referencia al comportamiento de Saúl como algo vergonzoso es con toda probabilidad una nota irónica a la luz de los comentarios del propio Saúl. Uno no puede menos que preguntarse aquí si la retirada de Jonatán obedecía a un deseo de calmarse o a su voluntad de evitar actuar con precipitación contra su propio padre. De ser así, puede que su primera intención de cambio de escenario fuera algo deliberado.

La noticia de la reacción de Saúl es enviada a David, y los dos amigos se reencuentran brevemente para despedirse. Si *David lloró más* (41) puede que fuera por sentir un genuino afecto por su amigo, y también por el convencimiento de haber llegado al final de una etapa y verse ahora como un triste fugitivo y enemigo declarado del Estado. Hasta ese momento, los intentos de Saúl por destruir a David habían sido

soterrados y ejecutados en secreto. Ahora, en cambio, la sentencia de muerte había sido proclamada formalmente en presencia de los comandantes del ejército, Abner incluido. En vez de luchar por Israel y su rey, algo que ya había hecho en el pasado de buena gana y con más que notable éxito, David se iba a ver ahora forzado a luchar en alguna medida contra aquello a lo que amaba.

Cuando *David se levantó y se fue, Jonatán entró en la ciudad*. Es muy probable que se sintiera tentado a acompañar a David, pero eso no podría hacerse sin iniciar al mismo tiempo una rebelión a gran escala contra Saúl y ninguno de los dos quería algo así. Jonatán, a pesar de su lealtad a David y pese a la irracionalidad de su padre, regresa a la corte con el fin de colaborar en el mantenimiento del reino. Quizás se puede intuir que, si Jonatán podía permanecer en la corte, con riesgo de su vida, David también podría también haber sido capaz de conseguirlo. Nunca es algo fácil para todos aquellos que trabajan en situación de riesgo físico decidir si deberían romper con esa situación o quedarse y confiar en la protección del Señor. Haríamos bien, pues, en orar por todos ellos, sea cual sea la decisión que tomen.

d. ¿Precursor de Cristo?

La presentación que se hace del carácter de Jonatán en este capítulo suscita la cuestión de por qué un hombre de esa valía – carente de egoísmo, afectuoso, valiente, leal, comprometido y sabio – no estaba destinado a ser rey. A diferencia de los relatos de Elí y Samuel, no hay ahora sugerencia alguna de que la dinastía de Saúl no fuese a tener continuidad por la conducta de su hijo. El retrato del joven Jonatán es positivo de principio a fin; y, desde una perspectiva humana, reunía en sí todas las cualidades que cabría esperar de un favorito de Dios. Los libros de Samuel resuenan, sin embargo, con la verdad de la trascendencia y soberanía de Dios. Sin duda, a Él le corresponde el derecho de tomar sus decisiones y elegir, pudiendo ser completamente inescrutables para la mente humana. Sin embargo, es muy probable que se espere que nos detengamos a considerar las cosas desde otras posibles perspectivas. El debate sobre la naturaleza del poder con el que da comienzo el libro, ya claramente esbozado además en el cántico de Ana, es, asimismo, relevante aquí. La idea preconcebida de asociar la posición de mayor poder con un llamamiento más encumbrado o prestigioso es algo muy común, pero pudiera resultar estar muy equivocada. Jonatán no parecía ambicionar la corona, y está claro que no sintió celos al hacérsele patente que David sí había sido llamado a obtenerla. Su deseo era simplemente servir a Dios y a su nación en la medida de sus posibilidades. De hecho, se podría decir que Jonatán, a pesar de haber nacido en el seno de la realeza, no lo consideraba algo a lo que aferrarse, sino que se contentaba con humillarse a sí mismo y adoptar la forma de siervo. David, como futuro rey, estaba llamado a ser precursor de Cristo, y como tal ha venido a ser conocido. Pero, a la vista de las circunstancias, puede que Jonatán deba ser también considerado precursor de Cristo en su auto vaciamiento y en la humildad de su servicio. Jonatán no había sido elegido para ser rey, pero, en cambio, estaba claramente destinado a un llamamiento mayor, y no hay razón alguna para compadecerle. Categorizar los

llamamientos o la adscripción de estatus espiritual en términos de un poder asociado a un puesto en particular, era algo tan erróneo en el Antiguo Testamento como lo siguió siendo en el Nuevo.¹⁹ Jonatán tiene mucho que enseñar al pueblo de Dios en la actualidad.

5. David se escapa pasando por Nob (21:1–22:23)

a. ¿Una nueva decisión difícil y otro punto sin retorno?

David piensa ahora que realmente ya no hay posibilidad de retroceso. Saúl no iba a estar dispuesto a soportar que él volviera a formar parte de la corte y, habida cuenta que sus éxitos militares exacerbaban al rey más allá de toda medida, no podría ni siquiera permanecer en el ejército. Habla a favor de David que con su enorme popularidad y sus muchas cualidades, nunca se le ocurriera la opción de organizar un golpe de Estado o establecer una oposición en toda regla contra Saúl. En lo que a él concernía, Saúl era el ungido y el elegido por Dios, y a pesar de sus fallos y defectos, Saúl seguiría siendo el rey hasta que Dios lo retirara del cargo (1 Sa. 24:5–10; 26:9–24). David también había entrado al servicio de Saúl y, a pesar de las injustas sospechas de éste con respecto a él, se tomaba muy en serio su puesto. El que David o cualquier otro además de Samuel, estuvieran ya al tanto del rechazo de Saúl por parte de Dios, no se somete a debate en parte alguna. David debió de percibir de alguna manera que Saúl ya no confiaba en que la presencia de Dios estuviera con él. Pero ésa era una cuestión que a él no le concernía. Hay otros casos más en las Escrituras en los que personas llamadas en su momento por Dios son retiradas del cargo por no haber actuado correctamente en el desempeño de sus funciones. El propio nieto de David, Roboam, fue uno de ellos. Pero el caso que nos ocupa no va a incluirse en esa categoría. En el mundo y en la Iglesia de hoy necesitamos mayor sabiduría y discernimiento a la hora de decidir si se retira o no a un responsable de su cargo que no está cumpliendo como es debido. ¡No siempre está claro lo que debe hacerse! Desde la perspectiva de David, no había más elección que la huida. Cualquier otra posible alternativa pondría en peligro a terceras personas o socavaría la posición de Saúl, y eso le resultaba inconcebible. Toda persona que esté convencida de poseer los dones y las capacidades necesarias para hacerlo mejor, encontrará difícil quedarse quieta viendo cómo la persona en el cargo lo echa todo a perder sin procurar intervenir para alejarla del puesto. Quizás eso fue lo que le llevó a David a irse en vez de seguir en la corte.

b. Confiar o no confía, esa es la cuestión (21:1–7)

La primera parada de David en el camino es Nob, donde el sacerdote Ahimelec oficiaba. Puede que evitara ahí de forma deliberada ir a casa de Samuel porque sería el primer lugar donde Saúl iría a buscarle. Nob era un santuario, similar y, quizás, ocupando ya el puesto del de Siloé, y David sabía de sobra que allí iba a encontrar los víveres necesarios. Ahimelec era probablemente bisnieto de Elí y hermano de Ahías,

sacerdote de Saúl. Una vez más, el relato cobra vida ante nuestros ojos de forma totalmente realista, teniendo casi el aire de una historia de espías.

Ahimelec sospechó en un principio de David, no estando acostumbrado a verle sin compañía alguna. Y aunque lo más probable es que aún no conociera el rechazo en público de David, sí que estaría al tanto de la hostilidad de Saúl para con el joven guerrero. Pero, lo cierto es que 1 Samuel 22:14 parece dar a entender que tanto el sacerdote como el pueblo en general no tenían razón alguna para dudar de la lealtad de David. En este caso, Ahimelec parece contentarse con las explicaciones de David acerca de una misión secreta y unas tropas ocultas estratégicamente. El engaño de David pudiera obedecer a sus dudas respecto a por quién se inclinaría el sacerdote, o simplemente porque quisiera protegerle noblemente de futuras sospechas por haber prestado ayuda a un rebelde. La historia de la tropa emboscada le sirve a David como excusa para conseguir una buena cantidad de pan al tiempo que se hacía con la formidable espada de Goliat que estaba allí guardada. La presencia de *Doeg el edomita, jefe de los pastores de Saúl* (7) es mencionada de pasada, aunque el lector atento puede intuir ahí una futura repercusión de mayor peso en el relato. No sabemos muy bien a qué obedecía que Doeg estuviera allí *detenido delante del SEÑOR*. Cabe la posibilidad de que estuviera prisionero por alguna razón que no se nos alcanza – su forma de comportarse más adelante lo delata como un hombre de carácter violento – y que su informe del incidente fuera un intento por su parte de granjearse de nuevo el favor real.

c. ¿Las reglas existen para ser infringidas? (21:8–9)

Técnicamente, Ahimelec no tenía autoridad para entregar el pan consagrado a quien no fuera también sacerdote, aun cuando esas otras personas pudieran ser consideradas ritualmente limpias. En Mateo 12:1–8, sin embargo, Jesús respalda la acción de Ahimelec al servirse de ese incidente para hacer ver que lo que Dios verdaderamente quiere es “misericordia” y no “sacrificio”, siendo, pues, más importante ocuparse de las necesidades de las personas que observar puntiliosamente las ordenanzas de la ley ritual. Tal vez Ahimelec quería saber si *los jóvenes se [han] abstenido de mujer* para asegurarse de que realmente estaban en comisión de servicio. Es muy probable que fuera ya un hecho conocido que David practicaba la norma de “abstenerse de relaciones sexuales estando de servicio”, que tantos problemas le iba a causar en relación a Urías, marido de Betsabé. Y, como es lógico y comprensible, ¡no iba a quebrantar la norma para alivio de sus soldados el fin de semana! Dejar a un lado normas y ordenanzas importantes puede ser algo posible, e incluso apropiado, en ciertas ocasiones, pero contravenirlas en propio beneficio es tan reprochable, si no más, como un legalismo inflexible que se obceca en no ver que pueden estar en juego principios más importantes. Un Ahimelec actual podría estar de acuerdo en saltarse cierta regla o el límite de velocidad en carretera si con ello, pongamos por caso, se salvara una vida o supusiera un beneficio colateral justo y necesario; pero es muy dudoso que admitiera contravenir esas mismas reglas y

ordenanzas por razones de poco calibre.

d. El engaño, ¿una herramienta más en el exilio? (21:10–15)

La idea de David de hallar santuario en Gat demostró ser de un optimismo poco realista. Su primera intención parece que fue ofrecerse como soldado mercenario, para lo cual era necesario mantenerse en un discreto anonimato, algo, sin embargo, con muy pocas probabilidades de éxito dada su enorme popularidad. La impresión que tiene el criado del rey de Gat de encontrarse ante el mismísimo rey de Israel puede que se diera en más de un caso. Y, si a Saúl le había llegado algún rumor de lo común de esa percepción, no ha de extrañarnos que temiera aún más por la integridad de su corona. Por su parte, David sabía que, una vez reconocido, su vida corría gran peligro, y una vez más recurre al engaño para salvarse.

En esta ocasión, la táctica de supervivencia improvisada consiste en fingir estar loco. Y acierta de pleno. Aquis, rey de los geteos, aparece tanto aquí, como posteriormente en el capítulo 27, como persona sin doblez y de corazón compasivo, que dice las cosas tal como las piensa y siente. En ciertas culturas, se respeta la locura por creer que el maltrato a las personas aquejadas de ese mal traerá mala suerte, lo que podía ser el caso aquí, si bien la impresión que se tiene es sencillamente que Aquis no vio en David peligro alguno y no deseaba mandar matar a nadie sin necesidad. El que estuviera bien o mal por parte de David a engañar al filisteo, es algo que se deja a criterio del lector.

En situaciones de conflicto y guerra, hay cristianos que han decidido que decir la verdad es siempre lo más importante, teniendo que confiar entonces en que Dios se ocupará de las consecuencias. Otros, en cambio, igualmente muy sinceros cristianos, han decidido que engañar al enemigo con el fin de salvar vidas es algo perfectamente justificable. Decidir qué hacer ante semejante dilema supone todo un reto, pero justificar el comportamiento de David por ser un engaño que afecta a alguien no perteneciente a la comunidad de Dios es tanto como decir que ¡no tienen derecho a que se les diga la verdad!

No sabemos cuánto tiempo se quedó David en Gat ni por qué se fue de allí. Puede que continuar adelante con su engaño fuera demasiado complicado o, sencillamente, se cansó de la inactividad añorando la vida de soldado.

Es interesante tener en cuenta que en el Salmo 34, que la tradición presenta como reflexión del propio David sobre el episodio de Gat, no se hace mención alguna de su engaño ni tampoco se ensalza su posible astucia, sino que, por el contrario, se exalta la bondad del Señor como factor determinante que preservó la vida a David.

e. Incluso los insatisfechos pueden ser buenos soldados (22:1–5)

David permaneció algún tiempo en Adulam, lugar conquistado en su momento por Josué, a medio camino entre Gat y Belén. Las cuevas de las inmediaciones de esas dos ciudades eran un escondite ideal para una banda de proscritos fugitivos. Dado el carácter intemperante de Saúl, ya puesto quizás en evidencia por los acontecimientos

de Nob registrados en los versículos 6–23, la propia familia de David corría peligro, De ahí que se unieran a ellos en las cuevas. Es bastante probable que los hermanos de David se quedaran a su lado, y que sus padres, en cambio, fueran trasladados a Moab para mayor seguridad. Moab no era enemigo sistemático de Israel, y en los libros de Samuel no se mencionan batallas contra ellos, apareciendo, en cambio, en dos únicas y breves referencias, como lugar sometido respectivamente por Saúl (1 Sa. 14:47) y por David (2 Sa. 8:12). Pudiera ser el caso, entonces, que David consiguiera el favor del rey moabita sobre esa base y, quizás, también, por el hecho de que Rut, abuela de Isaí, a pesar de romper toda relación con su gente, no dejaba de ser una moabita.

Esos “descontentos” de diversas clases y condición que se “unieron” a David (2) puede que fueran hombres que también habían sufrido por causa de ese temperamento mudable y violento de Saúl, o, sencillamente, delincuentes y hombres al margen de la ley. Cualquiera que fuera su lugar de procedencia, dice mucho de la habilidad de David como cabecilla que pronto consiguiera unirlos a todos en una fuerza de combate disciplinada y muy efectiva. Saber adaptar el material disponible, sea el que sea, y poder transformarlo en algo útil es justamente el distintivo de un líder fuera de lo común. No encontramos en parte alguna de las Escrituras nada a favor de la frecuente actitud occidental de descalificar a todo aquel que no vista las ropas adecuadas, no viva “en una zona recomendable” o muestre de forma patente su descontento con la sociedad. La localización de la fortaleza o refugio donde se guareció David después de partir de Moab nos es desconocida, al igual que el bosque de Haret, lugar donde *Gad el profeta* le animó a que siguiera adelante yendo a otro lugar. No encontramos ahí información relativa al trasfondo y origen de este profeta, si bien es evidente que estuvo a su lado como consejero a lo largo de todo su reinado. Estar dispuesto a aceptar consejo de aquellos que pueden tener una percepción espiritual distinta a la nuestra es otro de los distintivos que caracterizan al caudillo capaz.

f. Donde imperan las conclusiones predeterminadas, la justicia no tiene nada que hacer (22:6–17a)

Saúl se ha convertido en un burdo remedo del gran rey que había sido, llevando a cabo lamentables acciones indignas de él, y eso es algo que queda reflejado en un tono de profunda decepción. Lo encontramos ahora sentado bajo el tamarisco, sujetando una lanza con la mano, de la que no se separa en momento alguno. La lanza era ciertamente un arma, pero también representaba el poder real. Para Saúl, esa lanza había pasado a convertirse en poderoso talismán. Y no podía perderla de vista porque entonces la corona dejaría de pertenecerle. La paranoia en la que vive le lleva a estar convencido no sólo de que el único propósito y ambición de David es hacerse con la lealtad de Israel, y muy en particular con la del ejército, sino que David ha sobornado además a los de la propia tribu de Saúl que aún estaban con él. La referencia a los *hijos de Benjamín* (7) podría indicar que Saúl temía ahora admitir ante su presencia a nadie que no fuera de su propia tribu. Jonatán también cae bajo sospecha – su amistad con David se equipara a un acto de deslealtad a Saúl y suena ahí una nota de triste humor

en la queja del rey “*no hay quien me revele*”- siendo el caso que ya se lo han dicho. La constante presencia de Jonatán al lado de su padre en este período dice mucho de su carácter, aunque lo cierto es que, en sus momentos de lucidez, Saúl sabía perfectamente que su hijo nunca sería un peligro para él.

Según parece, los oficiales del ejército solían ignorar las rabietas paranoicas de su rey, aguardando pacientemente a que se le pasaran. Sin embargo, en esta ocasión estaba presente Doeg el edomita, más que dispuesto a añadir leña al fuego de la ira real. Lo primero que hace es informar de lo que ha visto en Nob. Su presentación de los hechos puede haber sido deliberadamente sesgada, y es posible, además, que Doeg tuviera alguna rencilla con Ahimelec. Pero, tanto si era una cosa o la otra y aunque la “consulta a Dios” por Ahimelec a favor de David se hubiera llevado a cabo efectivamente, lo cierto es que Saúl interpretó la ayuda prestada a David como un acto deliberado de traición. Se celebra entonces una reunión, pero sin que adquiera las características propias de un juicio conforme a la ley. Tan sólo está presente un testigo, y la muy plausible explicación de Ahimelec, razonando la ayuda prestada a David como respaldo indirecto a la causa de Saúl, es ignorada palmariamente. La cuestión es que Saúl no soporta oír nada que contradiga en lo más mínimo sus propias ideas predeterminadas. Por desgracia, es algo común caer en la tentación de sacar conclusiones precipitadas respecto a los culpables haciendo caso omiso de toda prueba o evidencia que entre en conflicto con las propias ideas. Y eso es así no sólo en los tribunales de justicia, sino incluso en el ámbito más reducido del círculo familiar y las comunidades. Caer en esa tentación es siempre algo inaceptable, sobre todo si ni siquiera se cuenta con la excusa de la inestabilidad mental. El resultado aquí es la sentencia a muerte no sólo de Ahimelec, sino de toda su familia.

g. Las terribles consecuencias de un carácter sin freno (22:17b–23)

La falta de disposición de los oficiales del rey a intervenir pudiera obedecer al temor de una represalia por parte del Señor si sus sacerdotes sufrían daño alguno, y sobre todo si era de forma injusta. Ahora bien, es muy probable que, en este caso, y al igual que Jonatán, conocer los arrebatos de Saúl, les moviera a tratar de salvar a Saúl de sus propias decisiones, aun respetando la lealtad debida. Sabían de sobra lo injusto y erróneo de la sentencia, siendo incluso más que probable que Saúl acabara arrepintiéndose más tarde de su estallido de cólera. Doeg, por el contrario, sin dar muestra alguna de poseer esa sensibilidad, le toma la palabra a Saúl e incluso la supera. El peligro de permitir que un estallido de cólera anule por completo nuestra capacidad de juicio, con pretensiones fuera de toda proporción, queda palpablemente demostrado en este caso quizás como en ningún otro. La constante incitación a “ser uno mismo” y a “permitir que salga todo a la superficie”, siendo ambas actitudes características de la sociedad contemporánea, puede tener su parte positiva, pero tan sólo será válida si va acompañada de un fuerte sentido de la responsabilidad que entrañan nuestras acciones. El caso es que no sólo perecen los sacerdotes de Nob, sino

que la ciudad entera cae juntamente con ellos en esa demostración de violencia gratuita e injustificada resultante del ataque de rabia incontrolada de Saúl. De hecho, esa cruel medida suya le debió restar más credibilidad a ojos de la nación que cualquier acción que David pudiera haber iniciado contra él. El uso del lenguaje del *herem* en el versículo 19 (cf. 15:3) resalta lo irónico del hecho de que Saúl, que se había mostrado remiso a obedecer la orden de Dios y destruir a los amalecitas por completo, no parece haber tenido ahora empacho alguno en ignorar la Ley por completo y permitir la destrucción total de esa pequeña localidad.

Ahías, sacerdote personal de Saúl, fue uno de los que, supuestamente, murió en la masacre. De hecho, no vuelve a hacerse referencia a él en ninguna otra ocasión. El único superviviente había sido Abiatar, hijo de Ahimelec, que escapó al campamento de

David llevándose el efod consigo (1 Sa. 23:6). El efod se usaba para asegurar el respaldo de Dios en una situación dada. El hecho de que David tuviera ahora acceso al efod en vez de Saúl, añade otra pincelada al cuadro de la situación en la que se encuentra Saúl como consecuencia de sus propios actos, lo cual le estaba llevando, además, a un progresivo apartamiento de Dios. Todos sus esfuerzos por mantener su estatus como rey ungido por Dios no eran sino parte de una concatenación de errores que le abocaban a la propia destrucción en idéntico paralelismo con la saña empleada en destruir a sus supuestos enemigos. La desobediencia y la incontinenencia de carácter son factores que nos llevan fácilmente a alejarnos de Dios, como estaba demostrándose en el caso de Saúl. Desconocemos la reacción de Saúl al calmarse y ser consciente del alcance de la acción de Doeg. No sabemos si reconoció su responsabilidad en tan luctuoso hecho, que Abiatar se encarga, en cambio, de explicar su justa medida (21). Doeg quizás fuera el ejecutor fáctico, pero lo cierto es que *Saúl había matado a los sacerdotes del SEÑOR* y es inconcebible que semejante carga no pesara sobre sus hombros. Pese a todo ello, David pone una vez más de relieve sus auténticas cualidades de líder aceptando plena responsabilidad, aunque fuera de manera indirecta, por la muerte de la familia de Abiatar, asumiendo a partir de ese momento protegerle.

6. La continuación de la campaña (23:1–14)

a. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? (23:1–6)

El interés del autor ha estado centrado en esa lucha por el poder en el seno de Israel y los distintos personajes involucrados hasta el momento. Aun así, el contexto de la necesidad de proteger al pueblo de Israel de las incursiones procedentes del exterior sigue estando presente como tema prioritario. Tanto si esa asunción de responsabilidad por parte de David de defender a los residentes en Keila era indicativa de una falta de intervención por parte de Saúl o, simplemente, que el campamento de David se encontraba en las proximidades es algo que no se nos dice. La situación era de total urgencia. Keila era ciudad fronteriza y no cabe duda de que los filisteos habían hecho valer su fuerza para reclamar tributo. Pero eso de *saquear las eras* era algo muy distinto. Ese acto de vandalismo dejaba a las gentes sin sustento hasta la cosecha del

año siguiente y hubiera supuesto una auténtica desgracia para la población. Para David, esa nueva forma de acción en campaña era algo insólito. Aún no había sido reconocido como líder electo dentro del territorio e intervenir de ese modo sería tanto como usurpar el papel que le correspondía a Saúl. Pero tampoco era cuestión de quedarse cruzado de brazos contemplando cómo se consumaba la tragedia, lo cual le lleva a *consultar al SEÑOR* el camino a seguir. El lenguaje utilizado da a entender que el efod que había traído consigo Abiatar ya se había usado, aunque también es posible que se recurriera a algún otro método que nos es desconocido. David no consultaba siempre al Señor antes de emprender toda acción o campaña. En el pasado, cuando guerreaba bajo el mando directo de Saúl, o allí donde la voluntad de Dios se había manifestado de forma expresa, esas consultas eran innecesarias. Pero la situación presente era una novedad y David quería estar seguro de que su intervención quedaba garantizada. Hay ocasiones en las que esperar instrucciones claras y precisas de parte de Dios es síntoma de desobediencia y una forma de eludir responsabilidades, pero hay otras, en cambio, en las que actuar sin más es muestra de fe. ¡Saber distinguir entre ambas siempre ha sido un reto para el creyente!

La consulta de David recibió una respuesta positiva, pero los hombres que le acompañaban seguían remisos a abandonar la relativa seguridad de las colinas de Judea. No cabe duda de que el líder que acomete una nueva campaña sin que sea sentida como propia por todos los que estén involucrados, obra neciamente. David lo entiende así y efectúa una segunda consulta *al SEÑOR*, posiblemente incluso delante de sus tropas. Tal vez sus hombres dudaran acerca de la actitud de Dios hacia ellos, habida cuenta de que eran considerados enemigos acérrimos de Saúl y que éste seguía siendo el rey ungido. De una manera que se repite vez tras vez, y ocasión tras ocasión, en el Antiguo Testamento, los posibles temores del pueblo de Dios son tomados muy en serio y nunca falta la respuesta.

Siempre es una fuente de consuelo saber que Dios se interesa por nuestros problemas y preocupaciones, y ésta era entonces la experiencia de los hombres de David. Reafirmados en su confianza en Dios, se unen sin tardanza a la acción emprendida por David. Y, tal como se les había prometido, la campaña se corona con éxito y ahora son los filisteos los que ven en peligro su fuente de sustento. David y sus hombres, a lo mejor por agradecimiento al apoyo prestado por las gentes del lugar, unido al señuelo de una fuente segura de suministros, optan por quedarse en Keila por un tiempo.

b. Lealtad y traición (23:7–14)

Esa pronta disposición por parte de Keila a traicionar a David y sus hombres, pese a todo lo recibido de parte de ellos, puede que sea antes evidencia del poder de convocatoria de Saúl, en lejano recuerdo de sus primeros tiempos, que cualquier otra cosa. Pero lo cierto es que la reacción de Saúl ante lo ocurrido en Keila pone de relieve una vez más la nula consideración de Saúl hacia los que le son leales. El interés que ahora le mueve es más retener el estatus de la corona que ejercer responsablemente

como rey. Su alegría no obedece al rescate de una de las ciudades de las que era responsable, sino a la oportunidad de captura que supone la presencia de David. La acción que emprende no tiene por objetivo el hostigamiento de los enemigos de Israel, sino poner cerco a nada menos que a una de sus propias ciudades – perjudicar a la leal Keila, en vez de tenderle una mano. La naturaleza adictiva del poder y su tendencia a hacer que sus incondicionales pierdan el sentido de la proporción queda perfectamente ilustrada. Todo comportamiento es considerado aceptable si sirve para retener el estatus y el poder. Dado el continuado interés mostrado por el tema, resulta difícil no dar por sentado que el escritor es consciente de la nota precautoria que hacen sonar sus escritos. Por nuestra parte, debemos mostrarnos igualmente cautos, no sea que nuestro deseo de ocupar un buen cargo nos impida cumplir debidamente con nuestras responsabilidades. En este caso, Saúl practica el auto engaño, llegando a creer que la oportunidad que se le presenta para eliminar a David es un regalo del cielo. Pero lo cierto es que los informantes de David demuestran ser tan eficientes como los del propio Saúl. Que fuera el propio Jonatán el que actuara como “amigo en la corte”, poniéndole en antecedentes de las intenciones de Saúl, no pasa de ser mera especulación, pero de lo que no cabe duda es que David contaba con amigos en el entorno de Saúl.

El uso del efod por parte de David es difícil de calibrar en esta ocasión. Es probable que se tratara de juzgar el momento adecuado. David sabe que Saúl se acerca, y si resulta que las gentes de Keila le van a entregar, el tiempo que le queda para emprender la huida es escaso. No es muy factible, sin embargo, que David hubiera permanecido en la ciudad, atrayendo el peligro sobre sí, aunque las gentes del lugar no le hubieran entregado en manos de Saúl. Consideraciones de potencial traición aparte, lo cierto es que esas gentes habían proporcionado refugio a David durante un tiempo y, a diferencia de Saúl, no tenía intención alguna de hacer daño a los suyos. La tropa, que ya sumaba más de seiscientos hombres, se vuelve a los colinas, esta vez en la zona de Zif en dirección al sur. Incluso en territorio tan abrupto, no habría sido tarea nada fácil ocultar a número tan elevado. La habilidad de David para organizarse y salir adelante, unida a la muy eficaz red de información con la que cuenta, le bastarán para esquivar las acometidas de Saúl, proporcionándole al tiempo un más que notable entrenamiento para su futuro puesto de liderazgo en las campañas que Israel habría de emprender. Sea como fuera, y pese a todo ello, el texto se encarga de dejar bien claro que Saúl no fue capaz de encontrar a David, y menos aún de capturarlo, pues *Dios no lo entregó en su mano* (14). La compleja relación entre la acción de Dios y la responsabilidad humana queda ahí netamente reflejada.

7. Enemigos, reales e imaginarios (23:15–24:22)

a. Los buenos amigos nos ayudan a mantenernos fieles a nuestros principios (23:15–22)

No faltan detalles relativos a los repetidos intentos de Saúl por encontrar a David

para destruirlo. Siete de los treinta y un capítulos que integran el libro de 1 Samuel se ocupan de esa continua hostilidad de Saúl hacia David. Las lecciones que hemos de aprender de tan enturbiada relación y los sucesos que la jalonan son muy significativas. Los lectores de ayer y de hoy han de tomar buena nota del terrible poder de destrucción de los celos, de los peligros del ansia por el dominio, de la necesidad ineludible de la obediencia, y de la tragedia que puede desencadenarse al permitir que los propios deseos nos hagan olvidar las prioridades de Dios. De un par de esos incidentes se nos proporciona detallada información. En una de las ocasiones (23:15–18), según Saúl va aproximándose, se tiene la impresión de que la constante presión está empezando a hacer mella en David. La cuestión es que éste no quería en modo alguno oponerse a Saúl de forma directa. Sin embargo, a medida que aumentaba el número de hombres en sus filas, y crecía su experiencia en el manejo de la situación, la tentación de plantar cara a la situación y luchar empezaba quizás a ser difícil de resistir. Y de nuevo es Jonatán, dándose quizás a entender que pudiera estar comprometido de alguna manera en el suministro de información a David, el que sabe dónde encontrarlo. Al tener noticia del desaliento de éste, se arriesga a abandonar el campamento de su padre para ir al encuentro de su amigo y, una vez allí, *[fortalecerle] en Dios* (16). Decidir si David necesitaba fuerzas renovadas para continuar huyendo de Saúl o, por el contrario, para mantenerse firme en su resolución de presentar batalla, es cuestión harto complicada. La alternativa más literal que ofrece la versión inglesa AV, y algunas otras más, “fortalecida su mano en Dios”, trasmite la idea de una capacitación para poder acometer sin desmayo la tarea dispuesta por Dios, más que una idea general de respaldo o apoyo.

Jonatán, al igual que David, creía firmemente que Dios tenía el control, y su máxima aspiración era que los propósitos del Señor para Israel se vieran realizados. Convencido, como estaba, de que Dios había elegido a David para suceder en el trono a Saúl, confiaba plenamente en que así sería llegado el momento, siendo, en consecuencia, imposible que Saúl pudiera matar a David. No había, pues, por qué tener miedo y precipitar los acontecimientos. Y, aunque David también lo sabía, no dejaba de ser para él un gran consuelo oírlo específicamente de labios de su amigo. Hay ocasiones en las que hasta la fe más firme se tambalea, y el valor de una palabra de aliento y estímulo de parte de un amigo que nos entiende es un regalo inestimable. Jonatán sabía que ocuparía un segundo lugar en la corte de David, pero eso era algo que no le preocupaba en absoluto. En 24:20 viene a confirmarse que Saúl también lo sabía, pero, a diferencia de su hijo, a Saúl le desazonaba el mero pensamiento. De ahí sus desesperados intentos por quitar de en medio a David, en vano esfuerzo por frustrar los planes de Dios o, al menos, hacerle cambiar de idea. Si David dejara de existir, seguro que Dios empezaría a fijarse en Jonatán. Ahora bien, tan descabellada idea sólo podía provenir de un hombre que había perdido por completo la auténtica noción de la soberanía de Dios y su propio auto control.

Los retratos de las diferentes personalidades de David, Saúl y Jonatán se nos han presentado con absoluta maestría y total brillantez. Ése iba a ser el último encuentro entre David y Jonatán. Jonatán se mantuvo animado y conciliador, sensible y certero,

hasta el último momento. Amigo de su amigo, sin fallos ni fisuras.

b. El Saúl que podría haber sido (23:23–29)

En otra ocasión (23:29), los habitantes del lugar le ofrecen su ayuda a Saúl, quizás para salvaguardar su integridad física o simplemente por deseo de servir a su rey (20). Tras esa obsesiva e infructuosa persecución de David por parte de Saúl se entrevé, curiosamente, un posible escenario alternativo en el que Saúl acepta de buen grado a David como sucesor suyo, y llega al final de su reinado contando con el apoyo leal de la nación en pleno. En la presente ocasión, los agentes de inteligencia de ambas partes los llevan al punto máximo de acercamiento entre dos colinas situadas frente por frente. Esta vez, el que se salva es David, al igual que había sido salvada la nación de Israel en otras ocasiones ante el de aviso de conflicto en otro lugar. La reacción de Saúl nos proporciona una muestra más del potencial de Saúl y pone de relieve una cierta medida de contacto con sus responsabilidades como rey. Nos viene entonces a la memoria el personaje de Smeagol en la obra de Tolkein *El Señor de los Anillos*, que muestra, aun en su precario estado, destellos de las capacidades perdidas, y ello aun a pesar de su aparente corrupción total causada por años de posesiva obsesión por el anillo.

c. Si la partida se prolonga excesivamente, es fácil perder de vista las reglas del juego (23:29–24:7a)

El siguiente refugio de David son las cuevas de En-Gadi próximas al Mar Muerto, donde había agua y alimentos al alcance de la mano. El autor recurre aquí a un estilo que se adapta a la perfección a explicar lo cerca que Saúl estaba de David sin que, extrañamente, fuera consciente de ello (24:3). Oculto en lo más profundo de la cueva en la que el rey entra por necesidad, los hombres de David ven una oportunidad provista por Dios mismo para que David se enfrente a Saúl. Es entonces cuando David, tan sólo convencido a medias, se acerca sigiloso por detrás y recorta un trozo *de la orilla del manto de Saúl*. No tenemos constancia de la profecía a la que aluden los hombres de David, y cabe la posibilidad de que estuvieran percibiendo, quizás inconscientemente, la casi total certeza de que David había sido instituido como próximo rey. La tendencia a elaborar o reinterpretar las promesas de Dios era algo común y dice mucho a favor de David que esa concesión a sus hombres apenas dura un momento. El que *la conciencia* le remordiera no era a causa del estropicio causado a las vestiduras de Saúl, sino por lo que ello simbolizaba. El suyo había sido un acto deliberado de poder sobre un Saúl que aún era rey. Ese retazo de túnica incautado era un símbolo de la realeza de Saúl. David sabía que llegaría el momento en que él también vestiría ropajes reales, y el regalo del manto en 18:4 era un anticipo simbólico de ello. Pero esos ropajes tan sólo serían suyos si le eran donados por Dios y no obtenidos por su propia mano. David todavía se veía al servicio de Saúl; Saúl era su *rey* y *el ungido del SEÑOR*. Y puede que fuera el fallo de no tener eso presente en todo momento, unido a un repentino deseo de infligir un daño a Saúl, lo que le hizo volver

en sí sobresaltado.

Evitar causarle daño a Saúl se había convertido ya en una especie de juego para David, y había sido el primero en preocuparse al notar cómo perdía el sentido de la proporción por unos momentos. No ha de sorprendernos, pues, esa reprimenda en tono mayor con la que trata de aleccionar a sus hombres. Eso encierra una lección para todos, pues cuando más convencidos estemos de autodominarnos, puede llegar la sorpresa de un ataque inesperado desde un frente distinto. El que David fuera consciente de lo que le estaba pasando refleja la percepción que tenía de sí mismo, y justifica la deferencia con que es tratada su figura en el Antiguo Testamento. Su interpretación teológica de los acontecimientos no se limitaba a escribir encendida poesía, sino que era una realidad en el día a día de la existencia.

d. La posibilidad de hacer daño también puede ser una oportunidad para hacer el bien (24:7b–22)

Saúl, ignorante del drama emocional y ese agónico análisis de motivos y razones, se aleja de la cueva para volver tranquilamente a su campamento. En un entorno así, el sonido reverberaría a bastante distancia, y parece ser que David le dio margen suficiente para ponerse a salvo antes de llamarle a voces. El carácter de David se nos muestra emocional e impulsivo, y también capaz y hábil en cuestiones diplomáticas. No queda claro qué le lleva a dirigirse personalmente a Saúl en ese momento. Puede que fuera el deseo de justificarse o que viera la oportunidad no de lucha sino de reconciliación. Toda interpretación de una posible intervención de Dios en nuestras circunstancias debe hacerse a la luz de su carácter y de unos propósitos expuestos. La oportunidad de llevar a cabo una acción – en este caso, matar a Saúl – no significa necesariamente suponga la aprobación de Dios, pues puede darse el caso que Dios haya provisto esa oportunidad con fines muy distintos. Puede verse ahí un paralelismo con la actitud de José ante la acción de sus hermanos. Ellos habían querido hacerle un mal al venderle como esclavo en Egipto, pero la providencia divina lo había transformado en una oportunidad para el bien.

Las palabras que David dirige a Saúl son un brillante ejemplo de diplomacia. Como prólogo, inclina su rostro en tierra de forma dramática, por no decir incluso melodramática – hay que reconocer que a ambos les gustan las acciones desmesuradas, pero también cabe la posibilidad de que quisiera dar prueba con ello del fondo de sus palabras. David sabe que la reconciliación depende de que Saúl se dé cuenta de que él no supone ninguna amenaza para su cargo, y por eso muestra su lealtad tanto de palabra como de hecho. Para David, Saúl seguía siendo su *SEÑOR el rey* (8). Y halaga a Saúl en su vanidad sugiriendo que tienen que haber sido unos calumniadores celosos los que hayan persuadido a Saúl a pensar mal de él, pues David sabe que, por sí mismo, Saúl nunca vería en David una amenaza. Pasa entonces a hacer toda una reinterpretación del episodio de la cueva, presentándolo como una demostración de que él nunca le haría daño, ni aunque tuviera la oportunidad. No queda claro si se trataba de una mera maniobra diplomática o si David había llegado a convencerse a sí

mismo de que no había nada turbio en su conciencia. La tendencia a querer pensar lo mejor de uno mismo es universal, y David no era inmune a ello. Llama a Saúl *padre mío*, enfatizando así la relación que les une, el amor filial que le profesa y su lealtad, junto con el aprecio de todo cuanto Saúl había hecho por él en el pasado. Ciertamente, claro está, que no se le podía acusar a David de *maldad o rebeldía contra Saúl*. De hecho, era Saúl el que había actuado incorrectamente al haber *perseguido* a David. Pero ahora *el SEÑOR podía juzgar entre ellos* y sería, pues, Dios mismo, y no David, el que *juzgara entre ellos*, siendo entonces el resultado cosa de Dios. David conseguía así girar por completo la situación, reemplazando una posible admisión de culpa por un acto de perdón de una falta de Saúl en contra suya. Recurre incluso a los proverbios para hacer ver lo ridículo de alguien tan importante como *el rey de Israel* se siente amenazado por *una pulga en perro muerto*, pues eso es lo que era David en comparación. Sus palabras finales vuelven a poner al *SEÑOR* como juez, rogando por el restablecimiento de su buen nombre.

Esa súplica, tan bien articulada por parte suya, hace mella en Saúl, que no puede menos que sentirse impresionado por esa posibilidad desaprovechada que había tenido David de causarle un daño. Dicho de otra forma, Saúl reconocía que David había demostrado no ser *su enemigo*. Admite los lazos que les unen, y le llama *hijo mío*. Reconoce, asimismo, que, llevados a juicio, David sería el reivindicado, por ser *más justo que Saúl*. Y admite por fin la realidad de la repulsa de Dios, y por primera vez asume abiertamente no sólo que David le reemplazará como rey, sino también que será éste quien lleve a Israel la estabilidad y la seguridad que Saúl no había sido capaz de conseguir. Al igual que Jonatán, tan sólo pide que cuando David llegue al poder sea misericordioso con su familia. Así, una vez más, se abre el ciclo de las conjeturas sobre lo que podría haber sido y no fue, pues Saúl se nos revela incapaz de ser fiel a esa espontánea reacción primera. Se intuye de alguna manera en el apunte del duelo por ese potencial que no llegó a desarrollarse en la forma debida en su vida y en su reinado, ni siquiera tras someterse voluntariamente al juicio de Dios. Saúl aún podría haber seguido contando con la bendición de Dios, aunque claro está, ya no como fundador de una dinastía, pero sí como mentor y valedor de David; oportunidad, sin embargo, lastimosamente desaprovechada.

Todos los que fallan en su objetivo principal en esta vida, han de aceptar las consecuencias de su fracaso, aunque eso no tiene por qué significar que no haya un puesto de servicio para ellos. ¡Qué grande y efectivo es el consuelo que encontramos en esos atisbos de posibilidades para Saúl, a pesar de que él no llegara personalmente a aprovecharlos!

David: el exiliado nacionalista

1 Samuel 25–31

1. David y Abigail (25:1–44)

La reconciliación de Saúl con David fue de corta duración, y el capítulo 26 nos lo muestra entregado de nuevo a su furia vengativa. Con todo, el reconocimiento público por su parte de las aspiraciones de David deja zanjado el tema del resultado final, y es posible centrarse más en David y sus andanzas. La lucha por el poder entre David y Saúl era ahora cosa del pasado. De ahí que no resulte inoportuno dar noticia de la muerte de Samuel, personaje central en la génesis del conflicto.

Samuel había sido un buen gestor de su poder, y habrá rendido un gran servicio a Dios y a Israel. Nada más adecuado, pues, que el pueblo se reuniera para hacer duelo por su muerte. Merece quizás la pena especular si el hecho tuvo lugar durante esa reconciliación temporal entre Saúl y David y si ambos estaban presentes en el duelo de su mentor y consejero. La cuestión es que ahora ya no iban a disponer de su sabio consejo ni de sus justas reprimendas. Y Samuel fue, pues, enterrado en la sepultura familiar en Ramá.

La costumbre egipcia de erigir un santuario alrededor de la tumba de los grandes líderes nunca había sido vista con buenos ojos por parte de Israel. Incluso los reyes israelitas eran meros hombres entre el común de los mortales, y la muerte era una parte natural de la vida, no una fuerza misteriosa de significado sacro. El hecho de que se dedique un único versículo a la muerte de Samuel y la ceremonia de su entierro es, muy probablemente, un reflejo de ese pensamiento. Por muy significativo que pueda haber sido un caudillo, nadie es indispensable y los propósitos de Dios no dejarán por ello de seguir su curso en virtud de las nuevas generaciones. No es síntoma de buen liderazgo que se tenga la impresión de que si una persona en particular muere, su obra se vendrá abajo. No encontramos en las Escrituras respaldo alguno para el culto a la personalidad, tan popular en la actualidad. No cabe duda de que la muerte de Samuel suponía una pérdida enorme, pero, desde luego, no insuperable.

a. Ejemplos a seguir y ejemplos a evitar (25:1–3)

Las correrías de David cuando no estaba enzarzado en esa lucha a brazo partido con Saúl nos dicen mucho acerca de su persona. El suceso con Nabal y su esposa Abigail puede verse como una desviación del tema principal del liderazgo a gran escala, pero ese continuado interés en el uso y abuso del poder queda ilustrado ahora desde una perspectiva muy distinta y ciertamente interesante. Se ha llegado a sugerir que, en este capítulo, Nabal, nombre que significa “necio” o “estúpido”, es figura alusiva a Saúl en sus esfuerzos por destruir a David. Así, por medio de ese relato, las intervenciones de Saúl podrían ser calificadas de necias y estúpidas sin tan siquiera hacer mención explícita de su nombre. Partiendo del capítulo 24, la presentación que hace David de sí mismo como hijo de Nabal (8), junto con el hecho de que podría haber matado a Nabal

pero no llega a hacerlo, pudiera entenderse como una llamada de atención al lector para que haga las conexiones oportunas. Una vez dicho esto, la historia cobra sentido por sí misma dentro de su contexto y no hay verdadera razón para dudar de que el relato tenga también valor por derecho propio al poner a disposición del lector nuevos ejemplos a seguir o a evitar.

Nabal, mote quizás más que nombre, en un deseo de dejar bien claro sus pocas luces, era un hombre *muy rico*. La comarca de Maón no era muy fértil, pero había buenas zonas de pastos que desmentían ese apelativo de “desierto”. La riqueza de Nabal se cifraba en su ganado. El que sus tierras estuvieran próximas a Carmel, donde Saúl había erigido un “monumento en honor de sí mismo” (1 S. 15:12), puede que fuera o no significativo, pero de lo que no cabe duda es de que Nabal era un ególatra. Como pareja, Nabal y Abigail parecen sacados de una ópera bufa, tan opuestos son. Proverbios 31 evoca a Abigail al sernos presentada como mujer *inteligente y de hermosa apariencia*, querida y respetada por sus empleados y consciente de la baza política que suponía David. Por el contrario, Nabal era “áspero” y “malo en sus tratos”, y sus criados le despreciaban. Probablemente había heredado la persistencia de su antepasado Caleb, que en él parecía más cabezonería que otra cosa, y nada había de notable que recordara la sensatez de aquél. En teoría, era partidario de Saúl, pero es posible que su desprecio hacia David fuera sintomático del que le inspiraba la raza humana en su totalidad. Lo que sí está claro es que no era un hombre agradable. Tal como se estaban poniendo las cosas, no ha de sorprendernos que, a medida que la disputa entre David y Saúl se hiciera más notoria, las gentes empezaran a tomar partido. La traición que Saúl tanto temía se hacía cada vez más probable, precisamente como resultado de su propio comportamiento. La gente no tiene por qué tomar partido si los dirigentes están trabajando en armonía. Llegados a este punto, se hace evidente que las simpatías del escritor están de parte de David, y el propio desarrollo de la historia da a entender que una mujer tan dotada y atractiva como Abigail acabaría, lógicamente, transfiriendo lealtades a David. Pero eso es algo que todavía no se nos confirma de forma explícita.

b. Toda persona tiene derecho a esperar alguna muestra de hospitalidad (25:4–13)

Tener que buscar comida para seiscientos hombres en un territorio casi desértico debió ser una continua fuente de preocupación. Y el episodio que sigue viene a darnos una idea de los métodos utilizados por David. Según parece, sus hombres actuaban como una suerte de guardas de seguridad no oficiales allí donde estaban acampados, protegiendo a las gentes de la localidad ante posibles ataques del exterior y del continuo pillaje y saqueo de los bandidos de la zona. No es que ellos mismos actuaran como bandoleros y se dedicaran a robar lo que no se les hubiera dado voluntariamente, pero sí que esperaban alguna recompensa cuando se recogía la cosecha. Si nos empeñamos en ver ahí una suerte de extorsión, hay que reconocer al menos que era de lo más benevolente y considerada. Que la ayuda que prestaban no era ciertamente desinteresada viene a confirmarlo su reacción al negarse Nabal a pagar su parte. Es muy

probable que las propias gentes vieran eso con mejores ojos que si hubieran optado por saquear sin más la zona. Para la mentalidad occidental contemporánea, que entiende la hospitalidad, aun en el ámbito cristiano, como algo más facultativo que obligatorio, solicitar ayuda por parte de David tiene un mucho de descaro. Pero en el antiguo Israel, al igual que en otros muchos lugares de un mundo menos “sofisticado”, era impensable, por ambas partes, no dar y recibir sustento. Son muchos los visitantes que han tenido la oportunidad de comprobar la incondicional generosidad de gentes en los cinco continentes dispuestos de buen grado a compartir lo poco que pudieran tener, sobre todo en el caso de hermanos y hermanas en la fe. Puede que algunas de esas personas hayan experimentado de forma personal el rechazo que puede sentirse al llegar a Occidente, asistir al culto en una iglesia y no ser ni tan siquiera invitado a compartir una comida. La hospitalidad es algo muy serio en las Escrituras, y la negativa de Nabal a proporcionar vituallas a David, en fatídico paralelismo con la actitud de las gentes de Sodoma hacia esos ángeles visitantes, es vivida como una aberración inaceptable. Las instrucciones del Nuevo Testamento acerca de practicar la hospitalidad⁴ supone bastante más que una sonrisa y una taza de café tras el culto del domingo (¡aunque eso esté muy bien!).

En esta ocasión, los hombres de David tenían noticia de que Nabal estaba en pleno esquilado. En una hacienda grande, la celebración del fin de dicha tarea era siempre algo magnífico. Y, pese a la proverbial fama de tacaño de Nabal, nada iba a faltar en ese banquete. Suficiente, pues, para que pudieran también estar ahí David y su gente. Es posible, además, que esa fuera precisamente la razón por la que habían decidido quedarse en la región. David manda, pues, un pequeño grupo de avanzadilla que va a recordarle a Nabal, de buena manera, que han cumplido con su parte de proteger rebaños y pastores, y ahora es justo que tengan algún reconocimiento por ello. Pero Nabal procede, sin ningún tipo de consideración, a despacharles con un displicente “yo de nada os conozco”.

El comportamiento de Nabal podría ser visto, desde una cierta perspectiva, como valiente reacción de lealtad indirecta a Saúl al no ceder ante la presión de una banda extorsionista. Se niega en redondo a admitir filiación o conocimiento alguno de David, respondiendo con un “¿Quién es David y quién es el hijo de Isái?” (8, 10). Entendido como fidelidad a ultranza a Saúl, su actitud podría incluso parecer razonable al no querer ser contaminado por una asociación nefasta. Sin embargo, la presentación deja bien claro en sí que el narrador, que con tanta frecuencia describe acontecimientos cuya interpretación deja a juicio del lector, se esfuerza en este caso por hacerle ver lo incorrecto de esa actitud. Nabal no tenía prueba alguna de que David y sus hombres no hubieran cumplido con su parte, o que hubieran sido desleales o rebeldes en alguna manera. Y las reglas más elementales de la hospitalidad llevaban a esperar una reacción positiva, aun sin contar con la posible ayuda prestada a pastores y rebaño. Para el narrador, está, pues, muy claro que Nabal se está portando ahí como un burdo patán. Los hombres de David, quizás por reflejo de la disciplina en la que han sido instruidos, no reaccionan de inmediato, limitándose a llevarle recado a David de lo sucedido. Es posible que la retribución que demandan no hubiera sido explicitada de forma previa, y

puede que la actitud agresiva de Nabal entrañara un cierto peligro para ellos. Una cosa, en cambio, sí que está clara: la afrenta que suponía esa respuesta no iba a ser pasada por alto. Cuatrocientos hombres bien entrenados, con el remanente apostados en guardia, no iban a tener grandes problemas a la hora de enfrentarse a unos cuantos labriegos.

c. El asalariado distingue bien entre buenos y malos amos (25:14–22)

Entretanto, algunos de los hombres de Nabal parten del valle en busca de Abigail. Sabían muy bien que la respuesta de su amo era injusta y arriesgada, pues ellos mismos eran testigos de cómo los habían protegido David y sus hombres, evitándole pérdidas. Esos trabajadores conocían la verdad de los hechos y sabían que la mujer de Nabal también estaba al tanto de todo, y que de nada va a servir tratar de hacerle entrar en razón. Pero su mujer era caso aparte. Ella sí que iba a saber qué hacer ante lo ocurrido.

Abigail, al igual que otras mujeres del Antiguo Testamento, está dotada de bastante más sentido común que su marido. Dice mucho en su favor que, aun a pesar de la cazarería de Nabal, tenga tan buena relación con sus trabajadores. La confianza que han depositado en ella se va a ver ahora recompensada. La maldición proferida por David en el versículo 22 está en clara correspondencia con las insensatas promesas de Saúl en su momento (1 S. 14) y puede que haya ahí un deseo intencionado de crear un contraste todavía mayor con la reposada sensatez de Abigail. No cabe duda de que esa aparición suya, cargada de provisiones, iba a marcar la diferencia, y cabe preguntarse si es que Nabal era tan tonto como para no darse cuenta de lo que había hecho su mujer, o estaba ya tan borracho que había perdido toda conciencia, e incluso que la hacienda era tan excepcionalmente rica que lo llevado por ella no suponía merma alguna. La furia de David puede que se calmara simplemente al olor de la comida, pero lo que termina por convencerle es el hábil discurso de Abigail. Palabras llenas de diplomática sabiduría, que no pueden dejar de equipararse a las de David como respuesta a Saúl en el capítulo anterior.

d. El triunfo de la diplomacia sobre la violencia (25:23–36)

Abigail, tal como David había hecho con respecto a Saúl, le reconoce como su *señor* y se presenta a sí misma como *su sierva*. Acepta plena responsabilidad por lo ocurrido, a la vez que se distancia por completo de las acciones y posición de su marido. Es a David, pues, y no a Nabal, al que reconoce como *su señor* (27). Con una prontitud que tiene su punto de deslealtad, Abigail descalifica a su marido como un necio carente de importancia, dejando bien claro que, de haber estado ella presente, nunca hubiera ocurrido algo así. Y no duda en servirse del innato sentido de justicia de David, y su reconocimiento de la soberanía de Dios, para defender su causa. Sabe de él lo suficiente como para esperar su retirada si logra hacerle ver esa ausencia de derramamiento de sangre como intervención directa de Dios, tratando al mismo tiempo de lograr que comprenda que toda acción suya contra Nabal podría entenderse como venganza

injustificable (innecesaria, ya que ahora disponía de comida).

En su súplica de perdón, Abigail inicia un discurso de carácter político que pone de relieve su perfecto conocimiento de lo que ocurre entre Saúl y David. Deja, además, claro su convencimiento de que David es el verdadero hombre de Dios y que no sólo se le dará la corona, sino que además le acompañará el éxito ante sus enemigos, preservándole Dios de todo mal. La claridad y pasión de su discurso iban bastante más allá de lo que requería la defensa de sus trabajadores. Si la historia ha sido reelaborada con objeto de darle un tono político de crítica a Saúl, al tiempo que vindicación de David, cabría la posibilidad de que este discurso suyo obedeciera al deseo de abundar en esa línea. Sin embargo, también podría ser reflejo de las propias convicciones de una mujer inteligente, y de conciencia política bien desarrollada, cuyo potencial estaba estancado por las circunstancias de la vida. Abigail está convencida de que es David, y no Saúl, el que representa el futuro de Israel, y que un acto de venganza contra un personaje de tan poca entidad como Nabal en nada contribuiría a esa otra causa muy superior. Quizás el consejo de Pablo a los creyentes “nunca os venguéis vosotros mismos, sino dad lugar a la ira de Dios”, tenía precisamente su antecedente en la experiencia de Abigail.⁸

Ese último ruego suyo de que se acuerde de ella cuando Dios le haya concedido el poder, va en paralelo con la petición de Saúl en el capítulo 24. En el caso de Saúl, era una petición a favor de su familia. Los motivos de Abigail son más difíciles de sondear. Al no tener necesidad alguna de ayuda material de parte de David, puede que quisiera ser tenida en cuenta en la gestión política; petición quizás un tanto extraña para una mujer de la época, pero no impensable con una capacidad como la suya.

Una de las más atractivas facetas de la personalidad de David era su capacidad para encajar críticas a su conducta. Ciertamente tenía tendencia a ceder a los impulsos menos recomendables, pero no era menos real su buena disposición a admitir, lamentar y asumir responsabilidades por haberse dejado dominar por los sentimientos. En el caso que nos ocupa, sabe muy bien que, al igual que en otras muchas ocasiones anteriores, ha actuado precipitadamente y va a tener tiempo más que sobrado para penar por ello. La llegada de Abigail la vive como un regalo del cielo, apreciando la perspicacia de su juicio con respecto a él y la profundidad de su razonamiento teológico. De haberse dejado dominar por sus impulsos, habría arrasado la hacienda de Nabal, lo cual no habría sido la acción más oportuna. El consejo de Abigail de evitar violencia innecesaria en el trato con los enemigos tiene sus repercusiones en el futuro. El trato que David da a Simei (2 S. 19:22), por ejemplo, pudiera tener ahí su antecedente. Como personaje bíblico, Abigail supone todo un reto y también un estímulo, tanto para mujeres como para hombres, a aplicar y compartir dones y capacidades otorgados por Dios. Las dificultades de su vida en común con Nabal no impidieron a Abigail cultivar y desarrollar su potencial.

A David no le cabía duda de que Abigail le había hablado con palabra de Dios. La capacidad de oír hablar a Dios y hacer caso de su consejo, aunque proceda de fuentes insólitas, es rasgo distintivo del líder con potencial. Aquí, David se aviene de buen grado a hacer tal como Abigail le ruega, si bien la ocasión de *acordarse de ella* se presenta

antes de lo esperado.

e. La avaricia y el mal carácter provocan la propia ruina (25:37–44)

Dada su afición al vino y su mal carácter, Nabal era candidato seguro al infarto, sobre todo si de aquello hacía práctica habitual. Al enterarse de lo que ha hecho su mujer, sufre ya un ataque de cierta consideración. Dada la promesa de David de no atacar, es poco probable que fuera el miedo la razón de su disgusto. El que David hubiera conseguido provisiones en contra de su voluntad pudo ciertamente haber sido causa de no poca irritación. Sea lo que sea, lo cierto es que Nabal no se recupera y muere diez días después.

David vio en ello a Dios ejecutando la venganza que sólo le corresponde a Él, confirmándose a un tiempo la sabiduría de Abigail y la prudencia de la actuación de David. El matrimonio que tiene lugar más tarde pudo obedecer a una atracción mutua o a una cuestión de mera conveniencia. Lo que es evidente es que le dio a David la oportunidad de cumplir la obligación contraída de proteger a Abigail tanto de la familia de Nabal como del propio Saúl, proporcionándole acceso constante a sus sabios consejos (es muy probable que, dadas las circunstancias, el hacerla su esposa fuera la única manera de introducirla en el consejo). Para Abigail, este nuevo matrimonio le brindaba la oportunidad de ejercitar sus capacidades y expresar sus convicciones políticas. Acepta de buen grado la oferta de matrimonio sabiendo que no va a ser esposa única y que la vida en un campamento de rebeldes supondría tener que soportar trabajos serviles (41). De su unión nace un hijo, conocido como Quileab (2 S. 3:3) o Daniel (1 Cr. 3:1), del que nada más se vuelve a oír y pudiera ser que no pasara de la pubertad.

Se presentan ahora las nuevas nupcias de Mical. No hay forma de saber cuánto tiempo había transcurrido desde que David se fue de su lado (1 S. 19:12), pero debieron ser varios años. Lo que sabemos es que Paltiel amaba a Mical (2 S. 3:2), pero no se nos dice, en cambio, nada de los sentimientos de ella hacia él. Es posible que el aparente abandono de Mical por parte de David hubiera enfriado el amor que ella sentía por él y que ese segundo matrimonio se efectuara a petición suya. Saúl no tenía derecho legal a entregarla a otro marido sin el consentimiento expreso de David, pero el curso que siguieron los acontecimientos es comprensible.

Ahinoam era la madre del primogénito de David, Amnón, pero eso es lo único que llegamos a saber de ella. Pudiera ser el caso, entonces, que este apunte relativo a la vida personal de David al final del capítulo 25 nos esté preparando para los problemas que iban a surgir más tarde en el seno de una familia francamente disfuncional.

2. Saúl, de nuevo desconectado (26:1–25)

Las acusadas similitudes entre lo relatado en este pasaje, donde David le perdona la vida a Saúl una vez más, y lo que se nos cuenta en el capítulo 24, junto con la ausencia de referencia alguna a esa ocasión previa, ha llevado a algunos a sugerir que son relatos

alternativos de un mismo suceso. La similitud de expresión entre 26:1 y 23:19 es realmente notable y podría ser indicio de una fusión de relatos. El caso es que, la región asociada a los zifitas era bastante amplia y cabe perfectamente la posibilidad de que David campara por el lugar en más de una ocasión. Se observan también diferencias significativas entre este relato y el anterior, y seguro que el autor pensaba que la inclusión de ese segundo relato era importante. Dada la persistencia de Saúl en su empeño por acabar con David, no resulta inconcebible que fueran varias las ocasiones en las que el perseguido se convirtiera en perseguidor. Además, dada la naturaleza inestable de Saúl, y su incumplimiento del juramento hecho en una ocasión anterior (1 S. 19:6), no sorprende que se olvide ahora su reconocimiento de la lealtad incondicional de David y su derecho al trono.

a. Aprendiendo con la experiencia (26:1–12)

Esas dos fuerzas de la naturaleza habían de terminar aprendiendo con la experiencia. Esta vez, Saúl lleva a toda prisa consigo a sus tres mil al lugar acordado. Los informantes de David habían actuado con eficacia, y también él, tras cambiar a su gente de lugar, estaba ya preparado. El encuentro que va a producirse no va a tener nada de accidental. Incluso es posible que la información proporcionada a Saúl por los zifitas fuera una filtración deliberada. La incursión de David en medio del campamento israelita y su retirada llevando consigo la lanza y la vasija de Saúl era, a buen seguro, una estrategia preparada de antemano. Puede, además, que el éxito de su anterior discurso al intentar hacer entrar en razones a Saúl, le llevara a pensar que la repetición de la táctica le proporcionaría un respiro antes de que se reanudara la persecución por parte de Saúl. Dado lo abrupto del terreno y el detallado conocimiento que parece tener David del mismo, habida cuenta su forzada y un tanto prolongada estancia en el mismo, no debió tener ningún problema en llegar a avistar el campamento de Saúl. Sin embargo, ir más allá era otra cosa. Esta misión en particular no permitía cuadrillas numerosas, y David se limita prudentemente a llevar un solo voluntario, su sobrino Abisai, hermano de Joab. Quizás no fuera esa la elección más sabia para una tarea que requería sigilo y autocontrol, pero no podía dudarse de su arrojo y su entrega. Si las cosas se ponían feas, era, desde luego el indicado para pelear.

Saúl y sus hombres dormían ya cuando David y su acompañante llegan al campamento. El que absolutamente todos durmieran, centinelas incluidos, se entiende como señal de la intervención directa de Dios. Eso explicaría cómo David puede entrar en la tienda de Saúl sin tropiezo, y viene a reforzar la idea de que el Señor está con David, apoyándole a él en vez de proteger a Saúl. Y también puede ser una defensa indirecta de Abner, que hasta el momento siempre había sido presentado como un excelente soldado y un general leal, cuyo apoyo a Saúl es más objeto de alabanza que de recriminación. No siempre es lo más acertado criticar a los fieles seguidores de un líder ineficaz. Abisai podía haber sabido, o no, el plan de David por adelantado en este caso concreto, y puede, o no, que estuviera con David en la cueva en el incidente del manto, pero lo cierto es que su reacción ahora es fiel reflejo de la de los soldados en

aquella ocasión. Al acercarse sin problemas a un Saúl dormido, podía pensarse en una buena oportunidad provista por Dios para deshacerse de él. Abisai está seguro de conseguirlo con un solo golpe certero. Pero esta vez, David ni siquiera se siente tentado. Cabe pensar, claro está, que la experiencia previa, a la que había que sumar el episodio con Nabal, hubiera reforzado su convicción que debería ser Dios mismo y no una intervención suya o de sus hombres, la que pusiera fin al reinado de Saúl. La muerte del rey podría acontecer por un acto sobrenatural de destrucción, o en medio de una batalla, o sencillamente como algo natural en esta vida, pero de ninguna manera iba a ocurrir por instigación de David.

Es interesante destacar que David comprende perfectamente que Dios ha intervenido de tres formas distintas. Las enfermedades, el envejecimiento y los ejércitos extranjeros pueden llegar a ser tan parte del modo en que Dios actúa en el mundo, como cualquier posible intervención milagrosa. La ausencia de semejante intervención no ha de ser tomada como falta de interés o compromiso por parte de Dios, ni tampoco como señal de que los miembros individuales dentro de la comunidad de Dios tengan que actuar con una precipitación que exceda sus responsabilidades. David ha llegado al campamento con el único y solemne propósito de apoderarse de la lanza de Saúl, símbolo de su reinado y que según parece nunca aparta de su lado. Esta vez, David, con una motivación muy concreta, y sabiendo que piensa devolverla, no tiene problemas de conciencia (24:5). No queda clara, sin embargo, la razón de que se lleve también la vasija. Puede que se tratara de un objeto singular que podía ser reconocido en la distancia, o que la tomara simplemente porque tenía sed.

b. Decir – u oír – la misma cosa dos veces no es, en general, una pérdida de tiempo (26:13–17)

Ambos intrusos logran salir con bien del campamento, pasan *al otro lado*...se sitúan *en la cima del monte a cierta distancia* y, desde allí, despiertan a voces a todo el campamento. David increpa directamente a Abner, que no a Saúl, por haber permitido, con una más que notable falta de celo, que unos intrusos penetren en el campamento poniendo en peligro la vida del rey. Si fuera tan leal a Saúl como lo es él, la cosa habría sido muy distinta. Es, por lo tanto, Abner, y no David, reo de pena de muerte por no salvaguardar la integridad del rey. La lanza y la vasija son prueba irrefutable de ello. David está sirviéndose ahí de una treta sin empacho alguno. Y Abner desaparece entonces de la escena y Saúl, presumible destinatario de la parrafada, reconoce la voz de David. Puede que Abner, no lo hiciera estorbado por la bruma matutina y la distancia que los separaba. Pero Saúl no tiene dificultad alguna en identificar la voz de David, o puede que pensara que nadie más habría sido capaz de semejante acción. El que se dirija a David como su *hijo* puede haberle hecho pensar que su estratagema había dado ya resultado o iba a hacerlo. Esta referencia, haciendo su aparición antes, y no después, de las palabras de David en su propia defensa, cobraría mayor sentido si el encuentro descrito en el capítulo 24 ya hubiera tenido lugar y la memoria de Saúl al respecto fuera reavivada por la voz de David resonando a través del valle.

c. Toda acción provoca una reacción, y los delitos merecen ser castigados (26:18–20)

Aunque pensara haberse ganado ya la voluntad de Saúl, David reitera sus argumentos. Él no ha cometido falta alguna, por lo que alguien debió incitar a Saúl a creer lo contrario. Si la oposición de Saúl a David tuviera en verdad su origen en Dios, entonces lo que debería hacerse sería ofrecer un sacrificio. Pero si, por el contrario, los responsables eran meros humanos, entonces *merecían ser malditos ante el SEÑOR* (19). Queda implícita la idea de que, a buen seguro, Saúl no se habría vuelto contra David sin ser provocado a ello, pero está igualmente latente la idea de que, si el aborrecimiento era de parte de Saúl mismo, él también sería reo de la maldición. David estaba empezando a pensar, tal como se apunta en 27:1, que si las cosas continuaban igual, no tendría más remedio que marcharse del país, con lo cual aquellos que hubieran puesto a Saúl en contra suya estarían incurriendo en delito de apartamiento de su persona de la alianza y del libre acceso a los santuarios donde se rendía culto al Dios de Israel. La posterior conducta de David revela que no aceptaba el común entendimiento del antiguo Oriente Próximo que restringe el poder de una deidad al país donde se la venera, de modo y manera que salir del país significaba ineludiblemente pasar a adorar a una deidad diferente. Pero para cuantos así lo creían, expulsarle de su tierra nativa, privándole de su *parte en la heredad del SEÑOR*, era tanto como decirle, “*Vete y sirve ahora a otros dioses*”. Ese era asunto muy grave y Saúl tenía que darse cuenta de las consecuencias de lo que pretendía hacer. De seguirse el principio marcado por el Antiguo Testamento de castigar de acuerdo con la falta, cualquiera que hubiera cometido lo perpetrado por David ciertamente debería sufrir el castigo que se le estaba aplicando a David. Así, ellos también merecían ser apartados de la comunión con Dios y el pueblo de su alianza —en definitiva, ser maldito—. David pone fin a su discurso una vez más calificándose a sí mismo de pulga inofensiva, que en nada puede interesar *al rey de Israel*, indigna ciertamente de que se le dé caza.

d. La confianza puede destruirse (26:21–25)

La cumplida respuesta que le da Saúl es más a favor de David y más humilde en el reconocimiento de su pecado, que en ocasión anterior. El que admita haberse comportado como un *necio* puede que sea un modo de establecer comparación con el comportamiento de Nabal en el capítulo anterior. Vuelve a llamar “hijo” a David, promete no causarle mal alguno y le invita a que regrese a la corte. David hace caso omiso de ese acercamiento, sabiendo demasiado bien que las buenas intenciones de Saúl no suelen durar mucho tiempo. Esta vez ni siquiera saca a relucir su posible relación con Saúl, no llamándole ya “padre”, sino meramente “rey”. Dispone lo necesario para que la lanza le sea devuelta. En esta ocasión, podría haberse hecho con el reino, tal como ocurrió con la lanza, símbolo de su realeza, pero al devolvérsela dejaba patente ante Saúl y sus hombres que él seguía defendiendo el derecho de Saúl a gobernar, al menos por el presente.

David vuelve a dejar constancia de su confianza en que Dios lleva el control. En lo que a él concernía, había sido Dios el que le había brindado una oportunidad, pero no, como Abisai había creído, para matar a Saúl, sino para dejar patente que no tenía intención alguna de hacerlo. Había valorado la vida de Saúl y no pedía que Saúl, a su vez, valorara la suya –a estas alturas, el escepticismo se había apoderado de él–, sino que fuera el Señor mismo el que lo hiciera. Llegados a este punto, no hay constancia de que Saúl siguiera empeñado en perseguir a David. Es, pues, muy posible que, en esta ocasión, el arrepentimiento de Saúl y su cambio de actitud hacia David fueran reales. Pero, para David, era ya demasiado tarde. Hay un momento en las relaciones humanas en el que la confianza se destruye y ya no se puede hacer nada para recuperarla. Y tal vez eso es lo que le debió pasar a David. En una etapa posterior, Israel tendría que aprender como nación que aunque un Dios misericordioso les diera oportunidad tras oportunidad, en última instancia tendrían que rendir cuentas por su comportamiento.¹⁵

Las palabras finales de este encuentro último entre Saúl y David (nunca más volverían a verse cara a cara) se le conceden a Saúl, quizás como deferencia a su posición. Pero esas últimas palabras suyas nos dejan entrever cuán diferente podría haber sido todo. Ante la conspicua misión del término “padre” por parte de David, Saúl se dirige a David llamándole “hijo” por tercera vez consecutiva, otorgándole incluso una mención “paternal”. Si Saúl realmente hubiera sido capaz de aceptar a David como hijo suyo puede que, a pesar de su propio fracaso, y dada la pronta aceptación por parte de Jonatán de una suerte de “hermandad” entre ambos, podría sin duda haber sido, al menos en un cierto sentido, el “padre” de una dinastía real. Incapaz de dar semejante paso, puede decirse que Saúl es el artífice de su propia destrucción.

3. La estancia entre los filisteos (27:1–28:2)

Que David ya no confiaba en ese cambio de actitud en Saúl era algo evidente, que viene a hacerse patente en esa drástica decisión suya, dadas las circunstancias de su anterior visita a Gat, de buscar refugio una vez más entre los filisteos. Está plenamente convencido de que Saúl intentará eliminarle de nuevo. Y aun a pesar de que su vivencia de la protección de Dios y su soberanía podrían haberle llevado a pensar que semejante propósito nunca se vería coronado con el éxito, siempre cabía la posibilidad contraria de que, en una ocasión futura, fuera David o, más probablemente, uno de sus hombres, el que no resistiera la tentación y pusiera fin a la vida de Saúl. Si tal cosa ocurriera, el futuro de David y sus aspiraciones al trono desaparecerían tan efectivamente como si hubiera sido el propio Saúl el que lo hubiera frustrado. La culpa perseguiría a David el resto de sus días, ya no podría contar con el apoyo de los hombres que se hubieran mantenido fieles a Saúl y habría sentado un precedente de rebelión contra todo posible rey, incluido él mismo. Su predicción es que, si abandona el país, Saúl no le perseguirá, y la realidad viene a darle la razón.

No es posible determinar si la búsqueda de David por parte de Saúl llegó a su fin porque ya no veía en él una amenaza y, de ser así, si la razón última era esa marcha a

otro país, o porque el arrepentimiento mostrado en 26:21 había sido sincero. Lo que está claro es que David abandonó el país y Saúl dejó, efectivamente, de perseguirle (27:4). Es interesante y puede que también significativo que la marcha de David sea presentada como resultado de una reflexión propia y no como respuesta a una indicación por parte de Dios. Pese a todo, cabe pensar que, si hubiera permanecido en el país y el arrepentimiento de Saúl hubiera sido genuino, David le habría apoyado abiertamente y la batalla del Monte Gilboa habría tenido un desenlace diferente. Pero lo cierto es que no fue así, y el relato no sigue por esos derroteros, limitándose a tratar el continuado servicio a Dios por parte de David de forma positiva.

a. Sacando partido del entorno – para bien y para mal (27:1–7)

La nutrida compañía de David, integrada por esos seiscientos hombres, más sus esposas y familia, se desplazan junto a él a tierra de Aquis, en las inmediaciones de Gat. Dice mucho de la habilidad de David para suscitar confianza y lealtad que todos ellos estuvieran dispuestos a acompañarle en lo que debió significar para la mayoría pasar “de la sartén al fuego”.

El conocimiento previo que David tenía de Gat y su anterior experiencia de haber sido tolerado por Aquis quizás fueran las principales razones de su elección. Gat estaba además en los límites con el territorio filisteo y ofrecía mayores oportunidades para desarrollar sus auténticos intereses. El recibimiento de Aquis en esta ocasión y la buena voluntad mostrada al permitir que se asentaran en su territorio puede resultarnos un tanto increíble dado que tenía que ser consciente de la reputación de David como azote del ejército filisteo. Sea como fuera, y admitiendo que era persona crédula y de buen corazón, y siendo igualmente cierto que David no dudó en aprovecharse de su naturaleza bondadosa, quizás no fuera tan ingenuo como parece en un principio. No era algo insólito que grupos de descontentos procedentes de un país se ofrecieran como mercenarios en un país vecino. David no había supuesto ningún problema en su anterior estancia y un perturbado que ha recuperado el juicio podía ser visto incluso como portador de buena suerte. El estatus de David como enemigo de Saúl era ya de sobra conocido por los filisteos. Consejeros menos arteros habrían sin duda animado a Aquis a acoger a David, habida cuenta de su proverbial capacidad, como codiciable potencial para su propio ejército.

David da a su solicitud de *un lugar en una de las aldeas en el campo* el matiz de algo beneficioso para Aquis. No cabe duda de que David había aprendido el éxito de la táctica empleada en persuadir a Saúl de que el borde del manto cortado había sido señal de buena voluntad. Pero lo cierto es que, ya desde el mismo principio, la idea de David había sido que le permitiera organizar ataques sorpresa contra los enemigos de Israel sin restricciones ni cortapisas. Su capacidad para imaginar por adelantado el cuadro en su totalidad y tomar buena nota de las repercusiones a largo plazo de determinadas decisiones y salir al paso en vista de los factores presentes es otro claro signo de las dotes de mando de David. Puede que fuera temerario presentarse otra vez en territorio filisteo, pero era un riesgo que asumía a partir de una planificación más

que notable y una atención a todos los factores hasta en sus más mínimos detalles con el fin de neutralizar al máximo los peligros. El autor de Samuel se ha asegurado que para cuando David sea por fin nombrado rey, no le quepa al lector duda alguna que posee todas y cada una de las cualidades necesarias para ser un gran gobernante.

Aquis accede a la petición de David, y éste se instala junto con sus hombres en Siclag, donde van a permanecer por espacio de un año y cuatro meses sin restricciones de ningún tipo. El editor apunta ahí que Siclag *ha pertenecido a los reyes de Judá hasta hoy (desde entonces)*, con lo cual está claro que David se hizo con las gentes de la localidad. Así, si él se trasladaba a otro lugar, ellos le seguirían fielmente. La lealtad del grupo de los getitas mercenarios que de tanta ayuda van a serle a David en una etapa posterior (2 S. 15:17–22) probablemente tuvo su génesis en ese tiempo. Puede que, como guerrero, David fuera temible, pero lo cierto es que no tenía prejuicios raciales a la hora de estrechar lazos de amistad con ciudadanos de países con los que Israel podía estar en guerra.

b. Confianza y engaño —¿luchando a favor del bando contrario? (27:8–12)

La crónica de las incursiones en tierras contiguas llevadas a cabo partiendo de Siclag tiene el estilo de historieta de *cómic*. Y es fácil imaginar las risas y las chanzas de los hombres de David al repetirse unos a otros las incidencias de cada jornada en particular. Ese campamento base filisteo le estaba sirviendo a David para machacar a los enemigos de Israel, pero todo ello, claro está, sin acercarse para nada a territorio filisteo. Hacer de ello un objetivo militar no sólo hubiera sido un error táctico innecesario, sino asimismo un quebrantamiento imperdonable de la hospitalidad recibida. Sea como fuera, los grupos que se mencionan eran en su mayoría aliados filisteos. Lo más probable es que en cada una de esas incursiones no se acometiera más que un objetivo relativamente pequeño, y esa política de total destrucción quedaba justificada por esa necesidad de mantener en la ignorancia a las gentes respecto a sus actividades. De ahí que pudiera hacerle creer a Aquis que esas salidas suyas tenían por objetivo recaudar tributos de las comunidades del desierto adscritas a Israel o a sus aliados. Aquis, más que contento por la parte del botín que le correspondía, no tenía inconveniente alguno en seguir permitiendo esas supuestas actividades sin poner trabas de ningún tipo.

Los amalecitas habían estado bajo *herem* y ese no dejar a nadie con vida que David lleva a cabo de forma sistemática nos lo recuerda. Es evidente, claro está, que no todos habían sido destruidos y que, además, David no tiene escrúpulo alguno en saquear las propiedades de los que aún quedan con vida. Y eso era algo que no podía hacerse si todavía seguía vigente el *herem*. No tenemos noticias exactas del modo en que era exactamente entendido, pero es muy posible que, una vez el ataque inicial para llevar a efecto el *herem* hubiera concluido, la dedicación perdía entonces su fuerza. A Aquis le complacía disponer de los efectivos de David como defensa extra en las zonas fronterizas. De carácter cándido – ya intuido por David –, *confiaba en David* (12) y no tenía sombra de duda de la lealtad del intrépido guerrero.

Era algo inevitable que, con el paso del tiempo, tuviera lugar una campaña a gran escala contra Israel involucrando en ello al conjunto de las fuerzas filisteas. Llegado ese momento, Aquis, convencido como está de contar con el apoyo de David, da por sentado que tomará de buen grado parte en la batalla. Su más bien tentativo *“bien sabes que saldrás conmigo”* es probablemente una apología no porque David tenga que unirse a la lucha, sino porque tendrá que hacerlo como parte del ejército de Aquis y no como comandante en jefe de sus propias tropas. La respuesta de David *“Muy bien, tú sabrás qué puede hacer tu siervo”* es deliberadamente ambigua. Aquis iba a tener ocasión de comprobar por sí mismo lo que David es capaz de hacer contra Saúl y contra las fuerzas filisteas. No cabe engaño ahí. Pero Aquis no capta lo sutil y ambiguo de la respuesta y se lanza a prometerle a David el privilegio de hacerle guardia personal suyo de por vida, todo un honor teniendo en cuenta que se trata de las tropas con menor consideración dentro del ejército.

En momento tan crucial, la historia se interrumpe. El lector se queda en suspenso, sin saber si David encontrará una vez más la manera de evitar el aparentemente inevitable descubrimiento de su inmovible lealtad a Israel. Es evidente que dejarnos a la expectativa de lo que pueda suceder es un recurso de todo escritor bien dotado, pero tiene, además, sentido, justo antes de la que iba a ser la última batalla de Saúl, que se nos ponga al día tanto respecto al estado de ánimo de Saúl, siempre frágil y suspicaz, como a lo ocurrido durante la ausencia de Gat de David.

4. La escapada oculta de Saúl (28:3–25)

La historia de Saúl y la adivina sólo tiene sentido si quedan bien claros ciertos detalles, por lo que, antes que nada, pasamos a describirlos. En primer lugar, hay que tener en cuenta que Samuel está muerto. El lector debe, además, no olvidar este hecho y de ahí que se repita casi palabra por palabra 1 S. 25:1, aunque no se sabe si el énfasis es para explicar por qué quería Saúl consultarle mediante una adivina, o para enfatizar el hecho de que, si Samuel hubiera estado vivo, no habría permitido semejante situación. En segundo lugar, todo tipo de ocultismo era tenido por abominable, algo de hecho inaceptable para los miembros de la comunidad del pacto. En tercer lugar, Saúl no sólo era consciente de ello, pues él mismo se había encargado de asegurarse de que ningún adivino o espiritista practicara ese arte en Israel. Es interesante notar que incluso ahí, donde la lealtad al pacto se manifiesta más debilitada que nunca, se nos recuerde que en el pasado había sido celoso guardián de esa alianza. El autor no elude aportar unos datos necesarios, pero el tono de fondo es de profundo pesar por esa pérdida de potencial de Saúl. No hay lugar en el pueblo de Dios para alegrarse ante la caída del prójimo. Algo a cultivar, incluso donde se evidencia el fallo ajeno, es la capacidad de reconocer el “podría haber sido” de la persona caída.

a. La tarea sigue pendiente, pero al faltar la visión, tan sólo pensarlo produce pavor (28:4)

Los filisteos *reunieron sus ejércitos para la guerra en Sunem* y Saúl reunió a todo Israel y *acamparon en Gilboa*, cerca de Jezreel. El ejército filisteo se concentró en primera instancia en Afec (1 S. 29:1), lugar donde les había dejado David antes de proseguir su marcha hacia el norte para enfrentarse a los israelitas precisamente en Jezreel. Esto significa que el capítulo 29 es cronológicamente anterior al 28, pero lo cierto es que cuadraba mejor a los propósitos del autor presentar primero la posición de Saúl, que había procedido ya a hacer un llamamiento general a escala nacional. Esa no iba a ser ciertamente una batalla de orden menor, sino todo un despliegue de fuerzas en un enfrentamiento a muerte entre ambas naciones.

No ha de sorprendernos que Saúl estuviera, por decirlo de alguna manera, un tanto tenso. De hecho, el escritor no refrena su lengua: Saúl no estaba meramente asustado, sino que *su corazón se turbó en gran manera* (“estaba aterrorizado”, según otras versiones). Saúl, valiente y reputado guerrero, al que se le había dicho en cierta ocasión que el Señor estaría con él en todo cuanto hiciese para beneficio de Dios (1 S. 11:7), era ahora incapaz de convencerse a sí mismo de que Él estaría junto a su pueblo en batalla tan crucial para su supervivencia. Quizás era la obsesión con la supuesta traición de David la que lo había mantenido en la brecha. Pero, si se trataba de eso o de que, por fin se había avenido a reconocer que David no trataba de arrebatarle la corona, ahora no tenía más remedio que enfrentarse a la realidad de su propia incapacidad, aunque quizás su creciente paranoia le estuviera volviendo incapaz de razonar o actuar debidamente.

b. Los riesgos de estar constantemente buscando una guía (28:5–6)

Saúl debía saber que la batalla contra los filisteos era algo inevitable y seguro que su propia experiencia le llevó a pensar que no habría otra salida. Una vez más, nuestro autor parece recordarnos que, en ocasiones, buscar la guía de Dios confiere un aura de espiritualidad a lo que no es más que tratar de esquivar la tarea a la que Dios nos ha llamado con meridiana claridad. Y eso era algo que los lectores también necesitaban comprender. En este caso concreto, Saúl ya no sentía la presencia del Espíritu de Dios junto a él, y clamaba pidiendo seguridades. Ya había recurrido a todos los medios posibles para conseguirlo, pero la respuesta no había llegado ni a través de los sueños, ni mediante el uso del urim, ni por palabra de los profetas – la respuesta era el silencio absoluto.

No queda claro por qué Saúl no recibe esa confirmación que tanto anhela. Dios se servía, en ocasiones, de los sueños para dar respuesta, aunque Israel no disponía de intérpretes de sueños profesionales. Además, no todos los sueños pueden ser considerados de procedencia divina, y si determinado sueño podía asumirse como enviado por Dios, se suponía que el significado sería revelado por Él mismo sin necesidad de intérprete alguno.²² Pero Saúl no tenía sueños así.

La relación entre el urim, que Saúl tenía a su disposición, y el efod, con el que no podía contar, dado que Abiatar se lo había llevado a David (1 S. 23:6), no está clara

ahora. Pero, lo cierto es que ni siquiera el urim le servía ya a Saúl. Que además, hubiera, estado dispuesto a aceptar palabra procedente de profeta es discutible, pero lo cierto es que no hubo tampoco profeta que le hablara. En su desesperación, Saúl siente que no tiene más elección que consultar a una adivina. La falta de lógica en tratar de descubrir cuáles eran los planes de Dios por un medio categóricamente prohibido no se le hace evidente a un Saúl aterrorizado hasta el punto de parecer tan sólo mera sombra de sí mismo.

c. Los recursos de última hora que conllevan una actividad errónea deliberada no es probable que den resultado (28:7–14)

A pesar de la prohibición expresa de Saúl en su momento, seguían existiendo en Israel prácticas ocultistas reflejo del influjo de las religiones cananitas que siguieron siendo fuente de problemas para Israel durante siglos. En este caso, o bien Saúl estaba dando por sentado que toda medium tenía que ser mujer, o es que le había llegado noticia de la presencia de semejante persona en la zona. Saúl *se disfrazó* y fue en busca de esa mujer *al amparo de la noche* – claro indicio de ser consciente de lo impropio de su conducta. No es difícil comprender el recelo de la mujer. Si accede a la petición de Saúl, pone en peligro su vida por contravenir las ordenanzas de Dios. Y es un hecho más que notable que sea el propio Saúl el que la tranquilice invocando a Dios con un juramento.

Lo que Saúl le pide es que haga comparecer a Samuel para una consultarle. Lo que no está claro, sin embargo, es si, en su ofuscación, olvidaba que Samuel había fallecido, o pensaba que un Samuel muerto estaría más dispuesto a reconfortarle de lo que lo había estado en vida. Por otra parte, es muy probable que el suceso se nos ofrezca envuelto en las brumas de lo misterioso con toda intencionalidad. Ahora bien, ¿era esa adivina un fraude o tenía realmente dotes de clarividencia? ¿Fue, en verdad, Samuel el que volvió de entre los muertos o fue la simulación de un espíritu maligno o mero engaño de la medium? ¿Adivinó ella la identidad de Saúl o el disfraz no ocultó del todo la auténtica identidad del rey? ¿Saúl se comunicó realmente con Samuel o practicó una suerte de autoengaño oyendo todo aquello que más temía?

Hay dos cosas, sin embargo, que están claras. La primera, es que lo que allí tuvo lugar fue inesperado e inquietante, y no sólo para Saúl sino también para la adivina. Y, en segundo lugar, Saúl estaba genuinamente convencido de haber hablado con Samuel.

d. Consultar a los muertos de nada sirve (28:15–20)

Saúl justifica haber *turbado* a Samuel porque *Dios se ha apartado* de él y no tiene entonces a quién volverse. Que Saúl se nos muestre desazonado es comprensible por creerse en esa cultura que los muertos llevan en el Seol una especie de semiexistencia en un submundo o medio-mundo. Samuel le manifiesta que si, efectivamente, *Dios se ha apartado de él*, recurrir a uno de sus representantes o portavoces no tiene sentido. Saúl vuelve a escuchar ahora lo ya oído en vida de Samuel respecto a su pecado, las

consecuencias y su sustitución en la persona de David. La única novedad le viene asimismo a confirmar sus temores por su muerte y la de su hijo, por ser entregado *el ejército israelita* en manos de los filisteos. De hecho, si se trataba realmente de Samuel, su información adolecía de alguna deficiencia. Es cierto que Israel fue derrotado y Saúl resultó muerto, al igual que tres de sus hijos. Otro de ellos, Is-boset, se salva, continuando de hecho la labor de su padre por un tiempo, por lo que la derrota no llegó a ser tan total como Saúl había temido.

Aun así, juntándose a sus temores previos el horror de la desgracia ocurrida, y el estado de debilidad inducido por la falta de alimento, Saúl cae como fulminado. Ese último intento suyo de recurrir, a la desesperada, a los poderes de la adivina no habían servido para acrecentar aún más su angustia. La nota precautoria que se desprende de todo ello es resaltada oportunamente por la pluma del escritor.

e. Una buena comida puede hacer mucho (28:21–25)

El relato termina de una forma absolutamente normal, con el apunte de lo cotidiano como si se nos hubiera querido hacer ver, en el último momento, que lo que cuenta es la realidad del día a día. La mujer discierne que su principal necesidad ahora es el alimento. No hay nada que ella pueda hacer respecto a su futuro, pero sí, en cambio, aliviar su necesidad presente. Saúl se niega en un principio a comer lo que ella ha preparado, pero al sumarse sus hombres al ruego, accede a comer para, posteriormente, proseguir su camino.

El paralelismo entre esa comida improvisada de carne y pan sin leudar, consumida de noche antes de iniciar un viaje, y la cena pascual añade una innegable dimensión dramática a la escena. La cena pascual se celebraba con esperanza; a esta otra sólo le acompañaba la frustración. Además, debería tenerse en cuenta que, en lo que respectaba a la situación política, nada había cambiado realmente en su vida desde sus primeros pasos en política cuando se cernían sobre Israel las amenazas de los ejércitos filisteos. El cambio se había operado en Saúl. Aquello a lo que en el pasado había sido capaz de enfrentarse sin titubeos, ahora le supone una dificultad insuperable. Y se debe resaltar que no siempre son las propias circunstancias las que determinan el modo en que vayamos a reaccionar. Dice mucho a favor de Saúl que, en sus últimos momentos y a pesar de ese pavor que le atenazaba y de la certeza de que pronto iba a morir, se pusiera al frente de sus tropas y las dirigiera hacia la batalla.

5. David y Aquis (29:1–11)

El lugar del más importante encuentro entre Israel y los filisteos tiene algo de insólito. No ocurre en la franja fronteriza entre ambos territorios, como podría haberse esperado, sino al norte del territorio de Israel. Según todos los indicios, Israel ya había acampado en Jezreel, al norte del país, cuando *los filisteos reunieron todos sus ejércitos en Afec*, a unos cincuenta kilómetros hacia el sur. Es muy posible que Saúl hubiera viajado hasta el norte para sojuzgar a algunas de las tribus no israelitas del área. Jezreel

quedaba casi por completo fuera del territorio habitual de los filisteos, pero, si Saúl tenía éxito en sus intentos por consolidar su posición en el norte, los filisteos corrían un auténtico peligro. Eso explicaría por qué los filisteos se habían desplazado hasta un lugar tan distante como Sunem para enfrentarse a los israelitas y por qué Saúl se inquietó tanto por lo que debió ser la llegada inesperada del grueso de los efectivos filisteos.

David, como parte de la unidad mercenaria adscrita al ejército de Aquis, marchaba en retaguardia junto a las tropas de los getitas. Aquis no tenía duda alguna respecto a la lealtad de David, pero los príncipes y comandantes filisteos estaban comprensiblemente alarmados. Dudaban del auténtico fondo de esa lealtad de David hacia Aquis, y no sin cierta justificación. Por otra parte, fuera genuina o no esa lealtad, permitir que efectivos hebreos formaran parte de un ejército filisteo que presentaba batalla a otros hebreos era correr un riesgo innecesario. En este caso en concreto, además, eran incluso plenamente conscientes de la reputación que acompañaba a David y de su destreza en la lucha, ventajas que no alcanzaban a compensar el riesgo de que se volviera inesperadamente en contra suya en el último momento. De ningún modo, pues, iban a permitir que David siguiera con ellos.

a. ¡No por ser enemigos dejan de ser personas! (29:1–5)

Los filisteos suelen sernos presentados como un tanto zafios y duros de mollera, pero estos capítulos en concreto se encargan de demostrarnos que podían suponer una fuerza a considerar y un colectivo con una tradición cultural considerable. Tanto Aquis, con un candor que no conoce doblez, y su comandante en jefe, con un sentido común que lo acerca a la sabiduría, son personajes que se ganan nuestra consideración. ¡La imagen de Dios no estaba por completo ausente en esos enemigos del pueblo de su pacto! El Antiguo Testamento no nos presenta a los israelitas como más sabios, más dotados o con más agradable personalidad que los pueblos de las naciones vecinas. La única característica especial era su relación con Dios. Cuando se apartaban del pacto de Dios, dejando de ser reflejo de su gloria para los pueblos circundantes, nada había en ellos que los distinguiera de los demás.²⁶ No debería ser, pues, una sorpresa para el pueblo de Dios en la actualidad descubrir que las personas no creyentes pueden ser inteligentes y hasta muy agradables. Pero este descubrimiento no debería hacernos olvidar que siguen rebeldes o en franca oposición a Dios, a su palabra y a su pueblo.

b. Haciendo frente al desengaño (29:6–11)

Obviamente, Aquis lamentaba perder el apoyo de David y sus tropas, algo que valoraba sobremanera. Sin embargo, también era realista y como era evidente que los hombres de David corrían el peligro de sufrir daño a manos de otros filisteos, de ahí que les animara a abandonar la zona lo más rápidamente posible. El uso que hace del nombre del Dios de Israel, Yavé (SEÑOR, en otras versiones), en su juramento (6), y su referencia a David como un ángel de Dios (9) evidencian el respeto que siente por David

y quizás, incluso, por la fe que éste profesa. Seguro que los creyentes podemos aprender algo de Aquis. Las convicciones más fuertes respecto a las propias creencias y el deseo de llevar a otros al conocimiento de esa fe en el Dios verdadero pueden, en ocasiones, llevar a desestimar y hasta despreciar a los que no la comparten. El respeto a esas personas puede dar por sentado estar de acuerdo con sus puntos de vista o a admitir verdades alternativas que desembocarán en la negación del Dios único. ¿No daría, entonces, mejores resultados aceptar a las personas por lo que son, dejando de momento a un lado sus puntos de vista?

La duda surge al tener que decidir si debería ser emulada la actitud mostrada por David. La cuestión de hasta qué punto se puede o debe llegar en la defensa de la propia postura viene siendo un problema desde las primeras generaciones de creyentes. Es evidente que David no sentía remordimiento alguno por engañar a Aquis, y ello a pesar del buen trato recibido por su parte. David demuestra unas dotes de actor extraordinarias; ese aire de inocencia ofendida que adopta como reacción ante la decisión tomada por los príncipes gobernantes resultó del todo convincente. La ambigüedad de su pregunta *¿Qué he hecho...para que yo no vaya y pelee contra los enemigos de mi señor el rey?* despista al pobre Aquis. No queda tampoco claro si David se alegra en el fondo de librarse de formar parte del ejército filisteo o si realmente se disgusta al perderse esa oportunidad de actuar a beneficio de su rey, esto es, Saúl. Pero, lo cierto es que, de mejor o peor grado, a David y a su banda no les quedaba otra opción que marcharse y el capítulo 30 va a encargarse de mostrar hasta qué punto fue oportuno ese anticipado regreso a Siclag.

6. La venganza por un refugio asolado (30:1–31)

La banda de David estaría lógicamente exhausta. Habían realizado una larga marcha hasta Afec, seguida de la tensión provocada por esa actitud de recelo del cuerpo principal del ejército filisteo. Acto seguido, habían tenido que soportar otra larga marcha de vuelta a casa, muy posiblemente frustrados por haber perdido la oportunidad de pelear a favor de Saúl y quizás recuperar así su credibilidad. Pero su llegada al hogar supone tener que enfrentarse al desastre y la desolación más absoluta. Su ciudad había sufrido una incursión por parte de los amalecitas, que no sólo habían sembrado la destrucción sino que, además, se habían llevado cautivos a las mujeres y a todos los que estaban allí. No sorprende, entonces, que sea ya demasiado para ellos. Ese llorar hasta faltarles las fuerzas (4) ofrece un cuadro realista de su agotamiento físico y emocional. Y aunque el escritor nos deja saber desde un principio que los capturados no han sufrido daño alguno, los hombres de David ignoran por el momento el hecho. Los amalecitas practicaban un sistema menos radical que ese “arrasar y no dejar superviviente alguno”, y es probable ahí que se pretenda que el lector medite sobre ello. De igual manera, cabe pensar que, de haber cumplido Saúl con su misión de exterminar a los amalecitas en su momento (cp. 15), esta desgracia no habría ocurrido.

a. Haciendo frente al desastre – la fuerza se encuentra en Dios (30:6)

La familia de David también había sido capturada junto con las demás, pero eso no había evitado que los hombres le culparan de lo ocurrido. Lapidar a David (6) no habría beneficiado a nadie, pero lo cierto es que la lógica tiende a desaparecer en situaciones traumáticas y la necesidad de encontrar un culpable es inevitable. No siempre es fácil mantener la objetividad, ni siquiera en el caso de creyentes, o resistir la tentación de cargar a otros con las responsabilidades. La desesperación de los hombres de David en su duelo por lo sucedido es muy comprensible, y lo cierto es que se acentúa más la angustia de David al ver que sus hombres se vuelven contra él, que su congoja por la captura de su familia. Pero en el versículo 4 se nos informa que David estaba entre los que lloraron amargamente y no sería correcto permitir que nuestro conocimiento previo de las deficiencias de David como esposo y padre nos lleve a inferir del hecho más de lo debido.

Con independencia del verdadero núcleo de su desazón, *David se fortaleció en el SEÑOR su Dios* (6). Son varios los salmos que reflejan los sentimientos de David en esa situación: atacado por sus enemigos, acusado por sus amigos y al límite absoluto de sus fuerzas y recursos. La confianza que David sigue depositando en Dios, manifiesta en esos salmos, surgía de una experiencia personal de la fortaleza hallada en Dios en situaciones desesperadas. Las fuerzas que encontramos en Dios siempre están a nuestra disposición, y los creyentes de todas las épocas seguimos recibiendo ánimos en base a la propia experiencia de David y los salmos donde ha quedado reflejada.

b. La esperanza como fuente de energía (30:7–10)

La utilización que David hace del efod en esa situación fue todo un golpe de astucia táctica; no sólo aparta a sus hombres de los negros pensamientos de la tragedia sino que, además, ven renovada su esperanza en la seguridad de que sus atacantes van a ser encontrados y derrotados.

El uso que se hace en el versículo 8 del término rescate es significativo. La misión a la que ahora se enfrentan no era tan sólo de venganza y juicio, sino que también había prisioneros que rescatar. Los seiscientos emprenden la marcha con fuerzas renovadas. En un territorio árido e inhóspito, algunos de los hombres llegan al límite de sus fuerzas y se quedan rezagados junto al torrente Besor, corriente de agua en una quebrada que suponía una dura escalada de entrada y salida para poder seguir adelante. Los doscientos se quedan atrás, probablemente con el grueso del bagaje y unas provisiones que estorbarían la marcha en terreno tan abrupto (cf. v. 24). La avanzadilla habría seguido entonces su marcha con un mínimo de equipamiento para soportar una campaña en el norte que se preveía dilatada, y comida suficiente para poder socorrer a un extranjero en apuros (12).

c. Las desastrosas consecuencias del exceso de confianza (30:11–17)

Los cuatrocientos que habían seguido adelante continúan su marcha y se cruzan en el camino con un egipcio enfermo y en condiciones aún más lastimosas que las suyas. No nos es posible determinar si su rescate fue un genuino acto de bondad o simplemente un modo de conseguir información. Lo que estaba claro es que no era un amalecita, aunque llevara sus ropas – lo cual pudiera haber sido señal de su condición de esclavo –. Piensan entonces que Tal vez tenga información relativa a la dirección que haya tomado la banda, siendo el caso que, tras recuperarse, les informa que él mismo también ha sufrido su ataque y les señala exactamente la dirección que han tomado.

La incursión amalecita debió ser llevada a cabo por un grupo bien equipado y excepcionalmente numeroso, si es que hemos de tener en cuenta que fueron nada menos que cuatrocientos los que consiguen huir a lomos de camello tras pelear con David (17). Por su parte, los cuatrocientos de David, a pesar del agotamiento, estaban bien entrenados en la disciplina. Y, como los amalecitas, ebrios en la celebración de su éxito, no se habían tomado precauciones, desperdigándose por todo el lugar (16), no supusieron problema alguno para David y sus hombres, que emplearon todo un día en masacrarlos.

Es muy probable, además, que David aprendiera algo de los amalecitas. Estratega disciplinado y preocupado constantemente por la seguridad de sus hombres (2 S. 11:18–21), Israel no es por ello inmune a los peligros de la autocomplacencia. El apóstol Pablo recurre precisamente al pasado de Israel como medio para advertir a los cristianos de los riesgos de confiarse en exceso, dejando claro que *aquel que cree que está firme, tenga cuidado, no sea que caiga*.

d. La importancia de compartir todo “botín” procedente de Dios (30:18–31)

Esa misión de rescate de David vino a ser un éxito rotundo. No sólo liberó a los cautivos, sino que también recuperó propiedades y enseres, a los que añadió aún más. Era evidente que los amalecitas habían aprovechado el camino dejado libre por los ejércitos filisteos y de Judea para arrasar en las regiones del sur. El relato termina con un último apunte sobre las cualidades diplomáticas y de liderazgo de David.

Ese éxito, sin embargo, trajo consigo problemas. Entre otras cosas, ¿quiénes iban a participar del botín conseguido? Es fácil entender que los que habían peleado quisieran quedárselo. Además, los que se habían quedado atrás lo habían hecho por debilidad personal. Puede que se hubieran ocupado de cuidar de los víveres, pero también era cierto que lo habían hecho no por voluntad expresa, sino como resultado secundario de su decisión. La conclusión del escritor que los que no querían compartir eran hombres malvados e indignos es un tanto precipitada y severa en su juicio; egoístas y avariciosos, quizás, pero ¿malvados? Sin embargo, David veía las cosas de otra manera. Para empezar, había sido el Señor el que les había dado la victoria. Los cuatrocientos habían tomado parte activa en la lucha, pero no por ello tenían más derecho al botín que los que se habían quedado en la retaguardia. Absolutamente todo lo conseguido pertenecía a Dios, que les había *guardado y entregado... la banda que vino contra*

nosotros (23). En segundo lugar, Israel se mantenía o caía en bloque, como comunidad que era. El grupo de David podría estar oficialmente exiliado, pero seguían siendo israelitas, y David quería que todos los suyos reconocieran la realidad de la vida de comunidad. Los despojos del pillaje deberían ser compartidos en términos de igualdad, porque todo pertenecía a la comunidad, y ello tanto si habían participado en la lucha como si no. Esa referencia a los otros como *mis hermanos* tiene seguramente la intención de hacer presente esa realidad comunitaria. De igual modo, la referencia a esos doscientos rezagados para guardar el bagaje, ahora ya restablecidos, es casi con toda seguridad un intento deliberado de restablecimiento de la propia estima de todos los que no habían tenido fuerzas para hacer frente a la situación, resaltando que, incluso en su debilidad, habían servido a un buen propósito.

Es posible que el apóstol Pablo, en la enseñanza de 1 Corintios 12 relativa a las diversas partes del cuerpo y su propósito, tuviera en mente pasajes como éste. El deseo de los hombres de David de querer acaparar el fruto de su pillaje equivalía a negar esa comunidad y la participación de Dios en la victoria, siendo por ello calificado de deseo deshonesto. Haríamos bien, pues, en notar que pecados en apariencia menores, como el egoísmo y la codicia, tienen una dilatada proyección, que fácilmente pueden desembocar en una caída de consecuencias nefastas. La habilidad de David para persuadir y reconciliar a sus hombres, como reconocimiento de sus responsabilidades como líder con respecto a su banda, corre pareja a su habilidad en el trato con las ciudades de Judea.

El autor no nos ofrece atisbo alguno de las motivaciones concretas de David, sino que, sencillamente, se limita a dejar constancia de una distribución equitativa en un radio relativamente amplio. Puede pensarse en una intención de comprar lealtades futuras. Cabe también que quisiera demostrar a sus paisanos que él se mantenía fiel a sus orígenes en Judea. La más pura y desinteresada compasión podría estar ahí actuando en compensación de otras posibles incursiones sufridas. Dada, además, la amplitud geográfica de su liberalidad, David podría estar saldando una deuda antigua contraída en sus tiempos de guerrero de fortuna al frente de sus leales (31). El deseo era dar una lección práctica a sus hombres sobre la noción de comunidad y unas obligaciones que iban más allá de los compañeros de armas, afectando de hecho a la nación en su totalidad – o al menos a la tribu entera – . Lo más probable es que David actuara guiado por una serie de razones complejas, y no cabe duda de que, con ello, consiguió ganarse la voluntad de más de uno. Viene aquí a la memoria la parábola de Jesús acerca del mayordomo que se sirve de sus recursos para ganar amigos e influencias. Compartir casi siempre produce grandes beneficios - ¡más venturosa cosa es dar que recibir!- dice la sentencia; y la práctica viene a confirmarlo.³³

7. Derrota y muerte en el norte (31:1–13)

Imposible comprobar ahora si la presencia de David junto a los ejércitos destacados en el norte habría supuesto alguna diferencia, si bien la descripción que ofrece el capítulo 30 del victorioso ataque contra el grupo mucho más numeroso de los

amalecitas puede dar a entenderlo así. Lamentablemente, lo que sí es cierto es que los temores de Saúl, confirmados previamente en Endor, habían quedado revalidados. El ejército israelita había quedado destrozado por completo. La descripción de su derrota es reveladora: *los filisteos pelearon... los hombres de Israel huyeron* (1). Es evidente que algunos de los israelitas, puede que las tropas de asalto de la escolta de Saúl y los efectivos que acompañaban a Jonatán, plantaran cara y lo hicieran bien. Pero las esperanzas que podían abrigar eran escasas. El autor nos ofrece tan sólo una muy breve descripción de esa derrota, preocupado como está, a estas alturas, de la suerte que pueda correr la familia real.

a. Las decisiones que tienen que ver con la vida y la muerte nunca son fáciles de tomar (31:2–7)

Tres de los hijos de Saúl resultan muertos en la batalla y él mismo cae herido por una flecha. Demasiado débil para seguir resistiendo, incapaz o reacio a huir, temeroso de ser torturado por los filisteos, Saúl le pide a su escudero que lo mate. El hombre, leal a su señor hasta el último momento, que aparentemente no le tiene miedo ni la guerra ni a la muerte, se queda ahora como petrificado. Tal vez fuera consciente de que se trataba nada menos que de un rey ungido por el Señor mismo, y le resultara imposible poner fin a su agonía. Por otra parte, ese acto de posible misericordia no dejaba de ser un crimen, y el escudero no querría transgredir la ley, ni tampoco ser desleal en alguna manera con aquel a quien había jurado proteger. Y cabe también que pensara que, con Saúl muerto, se desvanecía toda esperanza. El autor no nos saca de dudas, y lo cierto es que los problemas concernientes a la vida y la muerte pueden plantear tremendos problemas éticos. La negativa del escudero a hacer lo que su rey y señor le pide obliga a Saúl a quitarse la vida, acción igualmente terrible si nos atenemos a la ley de Dios. También es posible que el suicidio del escudero a continuación fuese consecuencia de su desesperación al ver a Saúl muerto, y no quisiera dejarle solo ni siquiera en esa renuncia a la vida que le había sido otorgada por Dios. En el versículo 6 de este capítulo, el autor registra la muerte del escudero junto con la de Saúl y sus tres hijos – quizás no refrendando su acción, pero sí reconociendo la lealtad y entereza de este soldado desconocido. Todo el que haya pasado por la triste experiencia de ver agonizar a un ser querido y tener que tener que decidir si asistirle a poner fin a su vida o no, sabrá bien lo que pudo haber experimentado ese pobre hombre. El texto no está ahí apoyando a los que defienden la opción del suicidio asistido, pero sí que muestra, en cambio, una nítida percepción de la existencia del problema y el dolor que conlleva.

Según todas las apariencias, gran parte del ejército ya había emprendido la huida, lo que significa que ese *todos sus hombres* (6), que murieron con él, hace referencia a su tropa personal. Las gentes de las ciudades y pueblos vecinos, ahora sin la protección de las tropas israelitas, abandonaban sus hogares y se marchaban de lugares que iban a ser ocupados por los ejércitos filisteos en su avance. Suele ocurrir además, en los conflictos armados, incluso hoy día, que el enemigo puede permitirse avanzar más por razón del pánico de las gentes derrotadas, resultante en una huida incondicional, que por causa

directa de una ocupación efectiva. Bien podría haber ahí una lección para todos que han de enfrentarse a una oposición espiritual. El miedo por anticipado a un supuesto poder superior puede tener efectos más desastrosos que el ejercicio de un poder real. Sobreestimar el poder de las fuerzas del mal puede, en ocasiones, llegar a ser tan peligroso como subestimarlas.

b. La profanación de los muertos – incluso de los enemigos – es siempre una ofensa (31:8–9)

Lógicamente, los filisteos querían obtener pleno provecho de su victoria. De ahí la búsqueda de armas y enseres bélicos por el campo de batalla. El casco y la armadura de Saúl lo convierten en enseña de victoria, prueba fehaciente de la victoria para los suyos y motivo de desmoralización para los israelitas. El que los cadáveres de la familia real sean colgados y expuestos públicamente en el muro de Bet-sán era una causa más de regocijo para los victoriosos y de vergüenza para los israelitas. Bet-sán era una ciudad cananita asignada por Josué a Manasés, que había pasado a estar ocupada por los filisteos, alrededor de ese mismo tiempo, aunque hay pruebas que parecen apuntar a que ese primer predominio israelita no duró mucho tiempo.

En Amós, la profanación de cadáveres enemigos es considerada el motivo del severo juicio de Dios contra Moab. Parece un sentimiento común a la humanidad, en cualquier parte del mundo, que los muertos merecen ser respetados y dejados en santa paz. La Biblia confirma y ratifica ese sentimiento pero sin dar carta, por ello, de naturaleza y validez a las numerosas prácticas supersticiosas que encontramos asociadas a la muerte en algunas culturas, sino como representativas, y esto es importante, de esa vida creada que fue en su momento vida activa. Profanar cadáveres equivale, en cierta manera, a negar la significación de su existencia en vida, lo cual, a su vez, equivaldría a negar la actividad creadora de Dios. Es interesante tener en consideración, a este respecto que, en Amós, el problema lo constituye sepultar en cal viva al rey de *Edom* – no sólo la profanación de cadáveres de israelitas era considerada ofensiva a Dios –.

c. Incluso en medio de la derrota, Dios sigue siendo Dios (31:10–13)

Los filisteos habían puesto las armas de Saúl en el templo de Astarot (10). 1 Cr. 10:10 añade también que habían expuesto su cabeza en la casa de Dagón. Actos que tienen su paralelismo en el arca de la alianza puesta también en su momento en esa casa/templo de Dagón (1 S. 5:2–7), y que, casi con toda probabilidad, guardaba relación con su deseo de hacer patente la superioridad de los dioses filisteos con respecto al Dios israelita. Por otra parte, es evidente que el autor está dirigiendo nuestra atención a un paralelismo anterior cuando el resultado final convierte el regocijo inicial palestino en una ocasión para el ridículo. R. P. Gordon sugiere que ese llevar *las buenas noticias a la casa de sus ídolos y al pueblo* (9) tiene un tanto de ironía: ¡qué ídolos (término absolutamente peyorativo para Israel) y qué dioses son éstos que necesitan (igual que el común de los mortales) que se les comuniquen las noticias!

Israel había sufrido una derrota, y Saúl habrá fracasado en su tarea de librar a Israel de los filisteos, pero Dios seguía siendo Dios. Eso ha de servirnos igualmente a los creyentes en la actualidad allí donde se vivan circunstancias en las que la iglesia parezca haber sido derrotada – ya sea por razón de persecución activa o por indiferencia secular. ¡Dios, siempre es Dios! Y nunca va a dejar de serlo...

Jabes de Galaad era la ciudad rescatada por Saúl en lo que podría calificarse de su momento más lúcido y glorioso (1 S. 11). Para los israelitas, Saúl nunca iba a dejar de ser su héroe, y la mera idea de ver su cadáver decapitado colgado en el muro era imposible de soportar. Los valientes hombres de la ciudad, probablemente independientes del grueso del ejército de Saúl, se atreven a rescatar los cadáveres oficiando a continuación una ceremonia digna. Según parece, los cuerpos fueron previamente quemados, para enterrar después sus huesos. Y poco más es lo que se sabe al respecto. Amós 6:10 habla positivamente de esa práctica con cal viva, que no era aceptable, sin embargo, en todos los casos. La cremación era una práctica habitual en Israel, pero sí desempeñaba una función en determinados casos y circunstancias. Cabe la posibilidad de que, tanto aquí como en Amós 6, el peligro de que surgiera una plaga por dejar cadáveres sin enterrar tuviera algo que ver con el asunto. Sea como sea, el caso es que se conservaron los huesos para poder enterrarlos. Lo principal, en este caso, es que Saúl y sus hijos reciben los honores debidos a la realeza israelita, y la vergüenza primera de ser expuestos a la contemplación pública queda borrada. Jabes de Galaad saldaba así una cuenta pendiente, pero su ejecución iba acompañada de un profundo pesar y un gran duelo, sometiéndose a ayuno fielmente por espacio de siete días.

1 y 2 de Samuel configuran un único libro, y la historia que ha ocupado nuestra atención hasta aquí constituye un final apropiado para lo que podríamos considerar su primera parte. Saúl había muerto e Israel había sufrido una gran derrota. La esperanza israelita de que con un rey verían resueltos todos sus problemas había quedado en nada. Aun así, la mención de Jabes de Galaad evoca algunos de los logros de Saúl, éxitos que le habían valido el respeto y el afecto de las gentes de Jabes. Y ciertamente, todavía podía hablarse de esperanza mientras hubiera personas valientes dispuestas a gestos tan grandes de coraje y compasión. Y, ¡cómo olvidarlo!, David seguía estando ahí.

Este aparente tiempo de derrota, desolación y desesperanza no era ni mucho menos el final de toda la historia.

David, controlando

2 Samuel 1–5

1. La muerte de Saúl, relato alternativo (1:1–27)

El comienzo del segundo libro de Samuel es fiel reflejo del inicio del primero en cierta manera. Esta vez, la angustia no la vive una mujer estéril, sino una nación sumida en el duelo. Las primeras noticias que David recibe del campo de batalla, arriba en el norte, le llegan a través de un joven, que se presenta a sí mismo como *hijo de un extranjero, un amalecita, que estaba por casualidad en el monte Gilboa* (6) en el momento en que Saúl ha caído a tierra herido de muerte. Eso podría suponer que el joven había sido capturado por el ejército de Saúl, o que formaba parte, de hecho, de ese ejército, o que era hijo de un extranjero residente o de una mujer israelita y un amalecita. Sea como sea, pronto se hace evidente que su versión de los hechos es muy distinta a la registrada en 1 Samuel 31. Ambas versiones se presentan en paralelo sin comentar las diferencias (recuérdese que 1 y 2 Samuel forman una unidad). Se deja, pues, en libertad al lector para que calibre la evidencia y saque sus propias conclusiones. Si la versión de 1 Samuel 31 es correcta, debió haber otros testigos en el Monte Gilboa para poder traer también noticias de lo ocurrido. No cabe duda de que el joven amalecita también estaba allí. El que estuviera en posesión de la corona y el brazalete lo demuestra, y puede además que sea significativo que no se haga mención en 1 Samuel 31 de que esas joyas reales fueran requisadas por los filisteos junto con el resto de su impedimenta.

a. Es importante hacer duelo, incluso por alguien que en vida os vio como enemigo (1:1–12)

David no tenía otra versión alternativa de los hechos disponible en ese momento, y estaba sumamente interesado en oír todo lo que el joven amalecita pudiera decirle acerca de la situación en el norte. Las noticias son que el ejército israelita ha huido y que Saúl y Jonatán estaban entre los que habían caído. Hasta ahí, su versión es fiel reflejo de lo que el lector ya sabe. Puede que David tuviera alguna razón particular para dudar de la palabra del joven, o que quisiera asegurarse de si las muertes de Saúl y Jonatán eran un hecho cierto o un simple rumor, pero de lo que no cabe duda es de que quiere dejar bien clara la situación. Según el amalecita, había sido a él, y no al escudero de Saúl, al que Saúl había pedido ayuda para poner fin a su agonía. El terror del escudero descrito en 1 Samuel 31 no parece haber sido compartido por él. Había, pues, procedido a hacer como se le había pedido, tomando a continuación las prendas reales ya indicadas, partiendo entonces de inmediato para ir en busca de David y hacerle entrega de todo ello.

La primera reacción de David y sus hombres es de duelo. A pesar del exilio que padecen, eran en primer lugar y por encima de todo israelitas y ahora sentían en lo más hondo la derrota sufrida, la cuantiosa pérdida de vidas y las muertes en particular de Saúl y Jonatán. Frecuentemente, cierto que la persona exiliada tiene mayor percepción y más intenso afecto por la patria, que los que nunca han tenido que abandonarla.

David y sus hombres no eran una excepción. Saúl podía haber visto en David a un enemigo en potencia, pero David, por su parte, se había esforzado en los últimos años por demostrarle que él nunca había pensado así sobre Saúl. Ahora, su duelo era genuino. El Nuevo Testamento nos ayuda a poner en su debida perspectiva y entender mejor lo relacionado con la vida y la muerte, algo de lo que David no dispuso. Siempre va a ser, y siempre fue, apropiado hacer duelo por una vida que se acaba y el potencial que se va con ella, incluso en el caso de alguien que nos trató mal. Nunca va a ser apropiado alegrarse por la muerte de un oponente, aunque eso pueda suponer nuevas oportunidades para uno mismo.

Pasada la primera impresión, y después de hacerse a la idea de una derrota ya inevitable y a la muerte de su antiguo mentor y de su mejor amigo, David se ocupa de hacer las preguntas relativas a la naturaleza y detalles exactos de lo ocurrido, y el origen y filiación de su informante.

b. El engaño no compensa (1:13–14)

Decidir si el amalecita había matado a Saúl o si tan sólo había sido testigo presencial de lo ocurrido entre Saúl y su escudero y del posterior suicidio del rey, aprovechando entonces para hacerse con la corona y el brazalete antes de que aparecieran los filisteos y se incautaran de todo, es algo que se deja a juicio del lector. El joven amalecita aclara que él estaba muy cerca de Saúl cuando *los carros y los jinetes lo perseguían de cerca*. Sin embargo, parece extraño que, formando parte del ejército israelita, aunque fuera sólo como esclavo, hubiera burlado la muerte. Lo que sí queda claro es que este amalecita se equivoca de medio a medio al pensar que David se va a alegrar al enterarse de la muerte de Saúl, recompensando a aquel que le rinde pleitesía como nuevo rey. Ciertamente ese tributo honorífico (2) puede haber sido debido a cualquier posible jefe tribal, pero su manifestación externa – *cayó en tierra y se postró* – es probable indicio de su reconocimiento de David como nuevo rey. De lo que no cabe duda es de que sabía quién era David y que había acometido el viaje con el firme propósito de encontrarlo y ponerle al corriente a la mayor brevedad posible.

La reacción de David es del todo inesperada – al menos para el amalecita, aunque puede que no tanto para un lector testigo de las repetidas manifestaciones de lealtad de David hacia Saúl. Lejos, pues, de recompensarle, David le interroga más a fondo para, por último, ordenar su ejecución. De entrada, esa acción suya se nos antoja precipitada y en exceso cruel. Siendo el joven extranjero, no se podía esperar que comprendiera las complejas derivaciones de la religión y la política de Israel. Pero, por ser precisamente ese el caso, no estaba directa y personalmente involucrado en esa guerra, por lo que matar a Saúl había sido asesinato premeditado y, como tal, el joven merecía morir. Por otra parte, sin embargo, si ese joven era realmente hijo de un residente extranjero y llevaba muchos años viviendo en Israel, aunque no desde su nacimiento, tal como parece desprenderse de su modo de entender las relativas posiciones de Saúl y David, entonces la situación cambiaba. Pero desde la perspectiva de David, ese amalecita merecía morir. Si había formado parte del ejército de Saúl, era

más que probable que hubiera oído algo del punto de vista de David acerca de la santidad de Saúl como ungido del Señor. Si lo que dice es fiel transcripción, y la frase “*Yo he matado al ungido del SEÑOR*” es cita textual de las palabras del joven, entonces la conclusión de David, “*Tu sangre sea sobre tu cabeza*” (16) tiene pleno sentido.

Resulta fatídicamente irónico que, si el joven no había matado en verdad a Saúl, y tan sólo pretendía decir que lo había hecho con el fin de conseguir una recompensa, contar la verdad no sólo podría haberle salvado la vida, sino que, además, le habría permitido recibir alguna compensación por llevar noticias de lo ocurrido. Pero ahora la efusión de sangre le alcanzaba a él también. Es muy posible que el autor esté queriendo dar a entender que recurrir al engaño para obtener recompensas o conseguir influencias puede acabar pasándole factura al engañador. Y ésa es una lección que posiblemente nos puede beneficiar.

c. El buen liderazgo del pueblo de Dios nunca tuvo su origen en una apropiación ilegal del poder (1:15–16)

En todo lo sucedido hasta ahora, David nos ha sido siempre presentado como alguien que, cuando llegara al poder, si es que de hecho llegaba, no iba a ser ni por acto armado de rebeldía contra Saúl, ni por maniobra política de ningún tipo. Si David podía abrigar aún alguna esperanza de atraer a todos aquellos que habían seguido apoyando a Saúl, era de vital importancia no ser asociado a una posible complicidad en su muerte. La acción doble del amalecita, matando a Saúl y apoderándose de la corona y el brazalete para llevarlos a toda prisa al campamento de David, podía ser vista con recelo por los oponentes de David como una baza preparada de antemano. La ejecución inmediata del asesino de Saúl podría servir para ahuyentar esa sospecha. La confesión del amalecita de haber perpetrado él el crimen, fuera o no cierto, hacía su muerte algo inevitable.

Merece la pena notar ahí, sin embargo, que la posibilidad de un acto de eutanasia – que llevaría a ver la muerte de Saúl como algo positivo, aliviando esa agonía final o la vergüenza de su derrota – no parece haber sido noción contemplada ni por el escudero ni por David. El hecho de matar a alguien seguía siendo un crimen, y ello con total y absoluta independencia de los motivos que pudieran aducirse en el caso.

d. Las distintas facciones se unen en un duelo compartido (1:17–18)

Por supuesto, tal vez hubiera algo de astucia política en la acción de David. Y su insistencia en que su propia tribu de Judá aprendiera la elegía escrita con motivo de la muerte de Saúl pudiera ser prueba de ello. Judá no tenía que ser vista como opuesta al difunto rey ni tampoco satisfecha al verle desaparecer de escena, y ello por lo que pudiera suponer de franca oportunidad de hacerse con el poder por parte de David. Todos ellos, junto con las demás tribus, hicieron duelo y lamento por Saúl, y no hay razones para dudar de la sinceridad de su dolor. Escribir poesía había sido siempre una forma de dar rienda suelta a sus emociones, y la pérdida simultánea de su amigo y de

su rey le había afectado en lo más profundo. Al comienzo de su relación, Saúl había tratado a David como a un hijo, viéndole éste a su vez como un padre. Con la muerte de Saúl, David perdía toda posibilidad de ver restaurada su antigua relación. En esa clase de situación, el duelo es a un tiempo, por el bien perdido y por la bonanza no alcanzada. Jonatán había llegado a ser prácticamente como un hermano (26) para David. Ciertamente que, con el paso de los años, David había llegado a tener muchos leales seguidores, pero, según apuntan todos los indicios, nunca más había vuelto a tener un amigo como Jonatán, que apreciaba sus cualidades, entendía sus debilidades y, aun así, le estimaba sin reservas y por encima de todo. El dolor de David era genuino, y la posibilidad de que ser para él como un hermano le abriera las puertas en alguna manera para optar a la sucesión en la corona como candidato apropiado, figuraría como elemento secundario en el lamento, pero no como su auténtico propósito e intención.

e. La estructura de la elegía de David

- v. 19 Propósito inicial, la cuantía de la pérdida: *¡Cómo han caído los valientes!*
- v. 20 Reacciones ante la pérdida: las mujeres filisteas se regocijarán.
- v. 21, 22 Consecuencia de la pérdida: la tierra ha sido mancillada.
- v. 23 La valía de los desaparecidos: recuerdo personal de Saúl y Jonatán.
- v. 24 Reacciones ante la pérdida: las mujeres israelitas lloran.
- v. 25 Consecuencia de la pérdida: David sufre por su amigo muerto.
- v. 27 Lamento final: *¡Cómo han caído los valientes!*

f. La pérdida nacional es grande (1:19–25)

Los versículos que recogen sus lamentaciones (19–27) hablan del valor de las vidas de Saúl y Jonatán y del impacto de su muerte, que, al igual que la de muchos soldados que habían peleado junto a ellos, venía a suponer una pérdida tremenda para Israel. La *gloria* de la nación había quedado sepultada en las laderas del monte (19). Y la propia tierra hacía duelo. ¿Cómo iba a ser posible ahora que se sucedieran los tiempos y las estaciones con su siembra y su siega, su rocío y sus lluvias (21), tras esa desgracia tan grande?

A Saúl le había angustiado la idea de morir de vergüenza (1 Samuel 31:4), y a David le preocupaba ahora que pudiera ser así tras su muerte. Tanto Saúl como Jonatán habían sido grandes guerreros por su patria, hábiles y entregados en el manejo de las armas, y nada más injusto que su memoria quedara ahora profanada en su derrota (21–22). Como personas destacadas, habían inspirado afecto y lealtad, y ambos, aunque quizás en menor medida e intermitentemente en el caso de Saúl, habían dado muestras de ser poseedores de poseer unas facultades especiales. El reinado de Saúl había supuesto paz y prosperidad económica para Israel, haciendo posible la adquisición de artículos de lujo en otros tiempos inaccesibles (24).

No sólo los hombres hacían duelo por la pérdida de su líder. Sin duda era cierto que las mujeres filisteas se regocijaban ante la muerte de Saúl, pero, por el contrario, para

las mujeres de Israel se trataba de una tragedia que reclamaba duelo y llanto, siendo el único atisbo de consuelo en esa muerte al unísono de padre e hijo.

g. La pérdida personal es grande (1:26–27)

El dolor particular que David siente por Jonatán se filtra en la elegía de duelo nacional (26). Para David, acostumbrado como estaba desde su juventud a ser el centro de atracción y atención, la adulación de las mujeres era algo que quizás daba por descontado. Pero que el hijo del rey fuera su amigo, y continuara además siéndolo después de que el padre se hubiera vuelto en contra suya, era algo completamente especial. A. Cook sugiere que mientras que Mical, hermana de Jonatán, amaba a David el guerrero, encontrando más difícil convivir con David el arpista y por su parte, Saúl amaba al tañedor del arpa, pero no podía aceptar al David de las proezas militares; Jonatán, en cambio, podía y ponía en práctica una aceptación total e incondicional de todas las facetas de su amigo. De ahí, de estar Cook en lo cierto, el contraste está no con las mujeres en general, sino con Mical en particular.

h. Manifestar el duelo es un consuelo

No ha de sorprendernos que en un lamento de esa clase no haya lugar para la esperanza. El Salterio contiene varios ejemplos de ello, manifestándose sin cortapisas unos sentimientos muy reales de angustia y dolor. Lo que tiene de insólito este lamento, si lo comparamos con otros poemas adjudicados a David, es la ausencia de referencias a Dios. Lo que encontramos es, sencillamente, una reflexión acerca de las relaciones humanas. Es posible, sin embargo, que David estuviera todavía en el primer estadio del duelo y fuera incapaz de ver la mano de Dios en nada de lo ocurrido. Aun así, no hay indicio alguno de que David culpaba en alguna manera a Dios por la derrota sufrida o por las muertes de dos personas tan especiales para él. Puede, sencillamente, que este salmo en concreto nunca fuera utilizado en el contexto del culto de adoración. Por otra parte, no deja de ser cierto que, aun sin contar con las dotes poéticas de David, la expresión manifiesta de sentimientos provocados por la muerte de un ser querido, junto con la exaltación de la cualidades y logros que caracterizaron a esa persona en vida, puede ser una forma sumamente efectiva de hacer frente a esa pérdida. Una de las razones de la inclusión de este lamento pudiera ser su adecuación para manifestar tales muestras de duelo y angustia tanto a nivel colectivo como individual.

2. Las luchas por el poder: David e Is-boset, Joab y Abner (2:1–3:5)

a. El momento oportuno es tan importante para Dios como la acción adecuada (2:1–4a)

No sabemos cuánto tiempo esperó David para regresar a territorio israelita, pero parece ser que la expresión *con el paso del tiempo* es el recurso del autor para hacer ver

que el tiempo apropiado para el duelo por la muerte de Saúl ya había pasado. Incluso entonces David siente como si el regreso a su tierra se entendiera como una pretensión al trono y no quería en modo alguno dar la impresión de ir a hacerse con el poder de forma inapropiada. De ahí que *consultara al SEÑOR*, probablemente utilizando el efod que todavía obraba en su poder (1 Samuel 23:6; 30:7), antes de emprender el viaje de vuelta. David parece, además, haber tenido muy presentes las lecciones que proporcionaba la historia de Israel, y ello hasta el punto de que incluso cuando Dios le hace declaración explícita de los propósitos que tiene para él, la búsqueda del momento oportuno se deja asimismo en manos de Dios. Tratar de forzar los planes de Dios o de pasar por alto sus instrucciones con el propósito de lograr, según propio criterio, el cumplimiento de los mismos, tiene más probabilidades de acabar en un desastre que de alcanzar el objetivo propuesto más rápidamente. Abrahán y los israelitas también tuvieron que aprender esa lección en su peregrinar por el desierto.

David regresa a Hebrón y establece allí su base. Tal como se esperaba, las gentes de la localidad le ungen como su rey. Es posible, claro está, que los efectivos militares que le acompañan influyeran en el ánimo de las gentes a la hora de tomar esa decisión, pero lo cierto es que no encontramos indicio alguno de voluntades forzadas. Por otra parte, resulta inconcebible que el episodio del ungimiento de David por parte de Samuel no fuera del conocimiento público, al menos en el entorno de Judea, y las cualidades de David como líder eran un hecho indiscutible. Ese esquema, prácticamente ya fijo, de reconocer y posteriormente nombrar conjuntamente por parte de Dios y del pueblo al nuevo candidato a rey, era plenamente aceptado en Israel. Incluso hoy día, los líderes que aspiran a ejercer poder sin tener en consideración la necesidad de esos dos factores bien presentes (el reconocimiento del llamamiento de Dios y la aceptación del candidato por parte del pueblo), puede que más adelante, lleguen a encontrarse metidos en un buen lío. La coronación de David como rey de Judá, sin ninguna referencia aparente a las restantes tribus, muestra la fragilidad congénita a la unidad tribal propiciada por el nombramiento de Saúl.

b. Los beneficios del reconocimiento de un servicio fiel (2:4b–7)

El regreso de David a Judá le había proporcionado acceso a una información mucho más detallada y precisa respecto a los acontecimientos que habían tanto precedido como seguido a la muerte de Saúl. Uno de sus primeros actos como rey de Judá, tras tener noticia de su fiel trabajo en la custodia de los restos de Saúl, había sido enviar un recado de agradecimiento y aliento a la ciudad de Jabes de Galaad, sita muchos kilómetros al norte, justo al otro lado del Jordán. Eso podía ser entendido como un acto político, en un intento por granjearse el respeto y la aprobación en otras partes del país, y sobre todo con la intención de conquistar el afecto de una ciudad que siempre se había mantenido leal a Saúl. Aun así, lo cierto es que, como episodio aislado, se nos muestra como genuino gesto de interés por parte de David. Su agradecimiento por lo hecho en reconocimiento de Saúl era totalmente sincero. Y es más que probable que fuera algo que le habría gustado poder hacer él personalmente. El recado que envía

indica claramente que, puesto que Saúl ya no podía recompensar la deuda contraída, entonces, si la ocasión así se presentaba, David estaba dispuesto a responder en su lugar.

Probablemente, David era consciente de estar dando a entender una sucesión natural en el trono, pero reconocer con acción de gracias y debido tributo los servicios recibidos forma parte del correcto funcionamiento de cualquier colectivo. El gesto de David no tiene que ser considerado criticable porque le reportara algún beneficio. Los motivos entremezclados son moneda común en el comportamiento humano, y la culpa y el posible temor que se derivan de las razones ocultas tras nuestra conducta no deberían impedirnos pasar a la acción, ya que las buenas acciones siguen siendo buenas, sean o no buenas las razones que las propician. Y haríamos bien, pues, en imitar el ejemplo dado por David al hacer explícito su agradecimiento y su aprecio a aquellos que habían llevado a cabo un particular acto de servicio.

c. ¿La violencia es realmente necesaria?

En el registro de los hechos en Crónicas, se pasa directamente de la noticia de la muerte de Saúl en 1 Cr. 10 al anuncio de que todo Israel se reunió para proclamar rey a David. Su autor parece más interesado en el hecho de que David suceda a Saúl, que en las luchas internas por el poder entre David e Is-boset, o, más específicamente, entre Abner y Joab, y ello tal como lo encontramos en 2 Samuel 3 y 4. Los libros de Samuel, quizás dentro del contexto de su interés general en la naturaleza del poder, están mucho más preocupados en representar la rivalidad entre dos generales excepcionalmente bien dotados, y en hacer ver al lector que el acceso de David al trono no fue un camino sin espinas. El papel desempeñado por Abner, primero como fiel general de Saúl y posteriormente como artífice de la unión entre las tribus del norte y Judá, junto a su oportuno reconocimiento de la soberanía de David, se expone en Samuel bajo una luz favorecedora, siendo, en cambio, algo total y absolutamente ignorado en Crónicas.

Cuando dos libros proporcionan por separado versiones distintas de un mismo hecho, es muy interesante tratar de averiguar los intereses y los propósitos de cada escritor en particular. A Crónicas le importan menos que a Samuel los errores cometidos por la familia real, y es muy posible que la feroz batalla tribal que tuvo lugar de forma previa a la subida al trono de David, como soberano del país en toda su extensión, deba ser considerada un gran error. David había consultado al Señor antes de hacerse con la corona en Judá, y había esperado pacientemente a que Dios le concediera ese trono que tanto tiempo atrás le fue prometido. Quizás debiera haber esperado incluso un poco más antes de concluir que ese gobierno suyo de la totalidad del país tendría que conseguirlo luchando. No sabemos tampoco qué habría pasado si David – y Joab, cuya apasionada e incluso violenta lealtad a David empezaba a despuntar – hubiera esperado un poco más. Pero, lo cierto es que la acción de Abner, al formar coalición entre las tribus del norte y las del sur, parece ser el resultado no tanto de miedo a la mera fuerza como por frustración e insatisfacción con Is-boset como

gobernante. Es más que probable, además, que eso fuera lo que habría pasado de todas formas y se habrían ahorrado entonces muchas vidas. La guerra – o cualquier otro tipo de confrontación en situaciones más comunes y cotidianas – puede llegar a ser necesaria en ocasiones, pero deberíamos estar bien seguros de haber llegado a ese punto de necesidad ineludible antes de enzarzarnos en una actividad “violenta” (o utilizar palabras “violentas”), aún cuando tengamos la firme y honrada convicción de hacerlo como única alternativa posible en la consecución de un plan previo trazado por Dios.

Dios no suele tener prisa y puede además confiarse plenamente en que llevará a efecto su propósito sin tener que recurrir a manipulaciones ambiciosas de poder como las que podemos ver en los libros de Samuel.

d. Luces y sombras de la lealtad (2:8–11; 3:1–5)

Estos pasajes nos preparan de forma sucinta para los distintos acontecimientos que culminarían con el comienzo de la soberanía absoluta de David sobre Israel desde Jerusalén (2:8–11; 3:15; 5:1–5). En 2:8–9, nos enteramos de que Abner *había tomado a Is-boset,...y le [había hecho] rey sobre Galaad*. Según se deduce del texto, Abner era el hombre fuerte detrás de un trono débil. No se dice que las tribus correspondientes hubieran ungido a Is-boset como su rey tal como Judá había hecho con David. Pero lo cierto es que las tribus del norte en particular se habían mantenido leales a Saúl, y el ejército al menos continuaba fiel a Abner y al rey por él ungido. Puede que David contara con una buena reputación en el país, pero todavía no estaban dispuestos a desechar la línea de Saúl a favor de uno de Judea. La tribu de Judá era numerosa e influyente y es muy posible que las otras tribus temieran ser absorbidas por ella. Las luchas por el poder no se limitaban a peleas individuales, y a lo largo de la historia se han sucedido los casos en los que grupos minoritarios dentro de las naciones tenían que recurrir a la lucha para poder mantener su identidad. Al lector se le deja en este caso que saque sus propias conclusiones sobre si eso es algo bueno o es malo.

Surge ahora una dificultad relativa con las cifras en el texto de 2:10–11 que se ocupa de presentar los dos reinos con sus respectivos reyes, Is-boset en Israel y David en Judá. David pasó más de siete años en Hebrón y 5:5 nos informa que, hasta que transcurrió ese tiempo no fue reconocido como rey de toda la nación. Ahora bien, si Is-boset tan sólo reinó por espacio de dos años, ¿qué hacemos con esos cinco años de diferencia? Una posibilidad es que Abner esperara algún tiempo antes de nombrar rey a Is-boset, quizás porque, como primo de Saúl (1 S. 14:50), tenía alguna pretensión de reclamar el trono para sí mismo, o puede también que se produjera un intervalo considerable de tiempo entre la muerte de Is-boset y la subida al trono de David.

En 3:1–5 se nos recuerda que el cómputo de los datos con que contamos no es más que un resumen y, asimismo, que la preeminencia de la casa de David sobre *la casa de Saúl* era ya algo que venía de lejos. Por otra parte, se nos proporcionan datos relativos a los seis primeros hijos que le nacieron a David mientras estaba en Hebrón. Tres de ellos, Quileab, Sefatías e Iream, no aparecen en ningún otro texto, excepción hecha de 1

Crónicas 3:3, donde a Quileab se lo conoce como Daniel. Puede que los otros murieran en la infancia. Tan sólo es nombrado uno por cada esposa, lo cual podría ser indicativo de que únicamente ha sido tenido en cuenta el hijo mayor de cada una de ellas, o como signo de que las relaciones de David con las mujeres eran apasionadas pero de no muy larga duración. De lo que no cabe duda alguna es que David siempre tuvo dificultades en sus relaciones familiares. No se nos dice nada más de las cuatro esposas que tuvo en Hebrón, si bien 1 Reyes 1–2 se indica que Haguit, madre de Adonías, era conocida en la corte.

e. ¿Hasta qué punto debe llegarse en la consecución de un buen fin?

Los variados versículos que integran el cuerpo de los capítulos 2, 3, y 4 incluyen un relativamente amplio abanico de incidentes concretos relativos a la muerte y el engaño, a la intriga y a la falta de compasión, al asesinato y a las mutilaciones, junto con episodios de arrojo y valentía. La mayor parte de esos hechos se nos cuentan con un estilo vívido y con detalles coloristas que sugieren que el autor, quizás no presente, conocía de primera mano lo ocurrido. David sigue manteniéndose casi siempre en un segundo plano. Poca duda puede haber, además, de que su ascenso al poder estuvo jalonado con incidentes que lo muestran bajo una luz poco favorecedora, y los libros de Samuel no tratan de ocultarlos. Es posible que David hubiera estado dispuesto a esperar el momento propicio según Dios mismo, pero hay fuertes indicios de que Joab no compartía el mismo deseo y que David parece capaz de resistir pocas veces las presiones por parte de éste.

Lo cierto es que todos esos incidentes quedan oportunamente registrados, pero sin comentario adicional alguno. Al lector se le invita, una vez más, a valorar los hechos por sí mismo y decidir si son o no aceptables para la consecución del fin que persiguen. Aun así, parece quererse que percibamos que, en el fondo, David ni estaba enterado ni aprobaba semejantes intrigas. Con independencia de toda posible cuestión relativa al potencial de corrupción que conlleva todo poder, se espera que pensemos que David, al ascender al trono de Israel, era verdaderamente el rey ordenado y ungido por Dios. Una vez dicho esto, pudiera ser que la nítida y persistente presentación de las debilidades de David, rasgo característico de los libros de Samuel, pretenda que nos demos cuenta de que, aunque pudiera ser tenido por un gran rey, David, gobernante elegido por Dios en su momento y personaje que habría de ser modelo de posteriores reyes, distaba mucho de ser el Mesías.

f. La diplomacia sin flexibilidad no resuelve las disputas (2:12–17)

Abner (general de Saúl) y Joab (general de David) parecen haber disfrutado de idéntico rango y poder en el ámbito de lo militar, e igualmente en habilidades estratégicas y en determinación. Sus encuentros nos recuerdan otros similares, tanto en tiempos antiguos como modernos, donde los contrincantes guardan las apariencias de una labor diplomática o de unas soluciones negociadas, pero sin tener verdadera

intención de llegar a un acuerdo. Aquí, al igual que en la mayoría de las situaciones similares, el resultado de todo ello es violencia innecesaria y muertes. En el primer incidente (2:12–16), que podría haber tenido lugar antes de que Is-boset fuera coronado rey, Abner y Joab – acompañados de una delegación diplomática con base militar– se disponen a sentarse alrededor de lo que hoy denominaríamos mesa de negociaciones. Gabaón, que estaba en territorio benjamita, pero bastante distante de la base de Is-boset en Manahaim, esto es, más allá del Jordán, aunque bastante próximo a Judá, era un lugar apropiado para celebrar esa clase de “cumbre”. Por sugerencia de Abner, se organiza una competición entre los jóvenes, doce por cada bando. Abner se nos antoja ahí algo más genuino que Joab en su deseo de encontrar una solución honrosa a la cuestión del liderazgo, y, pese a lo que pudieran inducirnos a pensar las apariencias, no se trataba de una lucha gratuitamente cruel, sino de una forma alternativa de evitar un derramamiento de sangre, a escala nacional, de israelitas contra israelitas, y la posterior vergüenza de la facción perdedora. Sea como fuera, lo cierto es que los veinticuatro jóvenes estaban equiparados en fuerzas y, lejos de evitarse la matanza a escala mayor, su sacrificio aboca a un derramamiento de sangre aún mayor.

De forma un tanto significativa, en esta sección a nadie parece ocurrírsele la idea de consultar a Dios para averiguar cuáles puedan ser sus planes para Israel; ni tampoco hay evidencia alguna de querer ganarse la voluntad del contrincante como veíamos en el acercamiento de David a las gentes de Jabes de Galaad. Es fácil, tanto entonces como hoy, persuadirse a uno mismo de que estamos luchando por una buena causa que justifica toda posible acción, cuando, en su auténtico fondo, sólo hay un componente de egoísmo y ambición personal. A medida que avanzamos en la lectura del libro de Samuel, no puede caber duda de la plena convicción que tiene el autor de que David es el sucesor de Saúl elegido por Dios, pero eso no significa que todas y cada una de sus acciones sean aprobadas, y se percibe incluso una cierta ambivalencia en esa descripción de la lucha por el poder entre Joab y Abner.

g. La ambición y el exceso de confianza en uno mismo tienen pocas probabilidades de éxito ante la experiencia y la destreza (2:18–3:1)

Ésta es la primera vez que el hermano pequeño de Joab, Asael, aparece en escena; posiblemente, era su primera batalla importante. 2 Samuel 23 lo menciona como uno de los treinta “guerreros de excepción” de David, pero podría ser un honor concedido a título póstumo a la vista de su coraje y valor, y una más que notable rapidez en la carrera. Estaba, sin duda, tan entregado y dispuesto como sus hermanos, pero le faltaba todavía la capacidad de visión y juicio de su hermano mayor y el reconocimiento de sus propias limitaciones. La negativa a tomarse en serio la experiencia y la habilidad del contrincante ha venido a causar más de un descalabro tanto fuera como dentro del pueblo de Dios. Asael aspiraba a la gloria de vencer al gran Abner y se niega a buscar un oponente de menor calibre. Cuando Abner comprende que no puede aventajar a Asael corriendo, hace cuanto está en su mano para desviar la atención del joven, y no tanto por temor a las consecuencias, según podría parecer, sino por puro respeto a Joab o por

reconocer el potencial que Asael supone para el futuro de Israel. Fracasa en sus intentos y, de manera un tanto inevitable y sin gloria alguna, Asael resulta muerto.

A pesar de la muerte de Asael, las fuerzas de Joab van cobrando ventaja. Aun así, tras las muertes de 360 hombres de Abner, contra tan sólo 20 en el bando de Joab, la batalla se suspende y ambos ejércitos regresan a sus respectivas bases. Quizás los razonamientos diplomáticos de Abner habían convencido a Joab de que prolongar la matanza perjudicaría las posibilidades de éxito que pudiera tener David de llegar a controlar el país en su totalidad. Puede, además, que reconociera que, con las tropas de Abner dispuestas en lo alto de la colina, habían recuperado la iniciativa y la ventaja inicial de Judá podría perderse. La guerra civil viene a considerarse como un *largo período* (3:1), pero no hay noticia de otras batallas y pudiera ser el caso que esa magna batalla perdurara en el ánimo y en el recuerdo, viniendo a dirimirse en el campo de las relaciones personales. En los meses que siguieron, presumiblemente en el entorno de las tribus del norte, el apoyo a Is-boset decreció, viéndose aumentado el respaldo a David.

3. Abner e Is-boset, el declinar de una dinastía (3:6–4:12)

a. ¡La confianza funciona (o falla) en ambas direcciones! (3:6–10)

No hay evidencia alguna de que Abner pretendiera el trono. Tras perder definitivamente la paciencia con el débil y quejumbroso Is-boset, organizó la transferencia de poder a David sin dar muestras de querer tener parte en ello. Ese *[fortalecerse] en la casa de Saúl* (3:6) parece estar más relacionado con la creciente popularidad de un líder bien dotado y carismático, y al fracaso de Is-boset en el ejercicio del poder, que a una acción deliberada por parte de Abner. Aun así, Abner tiene que haber sido consciente de que la permanencia de Is-boset en el poder dependía por completo de su respaldo, otorgado más por lealtad continuada a Saúl, que por confianza en la capacidad o el derecho de Is-boset para gobernar el país. Nunca es cosa fácil decidir cómo, cuándo o incluso si retirar el apoyo a alguien que ha demostrado ser incapaz o no merecedor de conservar el puesto que ostenta. La lealtad es un bien precioso y apreciado, pero cuando se tiene con la persona equivocada, puede causar más perjuicios que beneficios, y ello tanto para la persona que va a mantener una posición que no se merece, como para quienes estén bajo su gobierno o cuidado. El liderazgo de Is-boset no parecía ciertamente ser beneficioso ni para él ni para su pueblo.

Resulta interesante notar que cuando Abner llegó, por fin, a tomar una decisión al respecto, no fue por motivos políticos, estratégicos o teológicos. Ya fuera por tener particularmente presente la promesa hecha por Dios a David (3:18), o por razones que se le habían hecho evidentes al entablar negociaciones con David, lo que queda claro que ese no era el motivo principal del cambio de lealtades de Abner. Su creciente frustración llega a su punto álgido cuando Is-boset se atreve a acusarle de desleal, a él que ¡podía haberle traicionado en infinidad de ocasiones! (pero sin llegar nunca a

hacerlo). Tanto si había mantenido relaciones sexuales o no con Rizpa, algo que el texto no deja claro dada la ambigüedad de la respuesta de Abner, la acusación implícita de Is-boset – que Abner había iniciado una acción que delataba sus aspiraciones al trono – era por completo infundada.

La reacción de Abner es acometer la empresa que ya había comprendido que era inevitable desde un principio. Toma entonces la decisión de reconocer a David como rey de todo el territorio, instando al resto de Israel a hacer lo mismo. Is-boset no era un líder capaz y nunca había disfrutado del apoyo del pueblo; sin el respaldo de Abner, ni siquiera habría sido en su momento reconocido como rey. El agravio le proporciona la razón o la excusa que Abner necesitaba. Dado que su lealtad había sido cuestionada, desapareció cualquier posible rescoldo de lealtad que todavía sintiera hacia la familia de Saúl. La mutua confianza es factor primordial en toda relación y debe mantenerse actualizada por ambas partes. Las sospechas injustificadas pueden acabar con ella con igual facilidad que la traición.

b. Un cambio sin problemas supone ganarse el corazón de las gentes (3:11)

Sin duda, Abner debía tomar una decisión. Is-boset no tenía la capacidad necesaria para mantener la nación unida sin el respaldo de Abner, por lo que no hizo nada por impedir el proceso de reunificación. Sin embargo, el modo en que se llevaron a cabo las negociaciones indica que Is-boset tomó parte activa en el proceso. Abner no le puso entre la espada y la pared. Las personas que actúan de intermediarios en las transacciones de poder, como era el caso de Abner, tienen una responsabilidad respecto a aquellos a los que han puesto en una situación insostenible. Según apuntan todos los indicios, Abner tenía la idea de mantener a Is-boset como líder tribal dentro del territorio nacional. En esta ocasión, pues, más que actuar en beneficio propio, Abner consulta a las distintas tribus (17). Si Israel iba a convertirse en la nación fuerte y poderosa a la que él aspiraba, era de vital importancia que el nuevo rey fuera “asumido” y reconocido como propio y personal por el pueblo como un todo. Las marionetas de índole militar por designación unilateral ya no tenían sentido. David tendría que ser reafirmado y confirmado como el elegido por Dios, y ello con la aprobación y aquiescencia del pueblo, entendiéndose ahora, además, como pueblo la totalidad de Israel y no tan sólo la tribu de Judá. De producirse su aceptación, debería ser voluntaria y entusiasta, en alianza ofrecida libremente, no por imposición como gentes sometidas. La tribu de Benjamín, como propia de Saúl, debería recibir especial atención por ser la más proclive a oponerse a la subida al trono de David. Y cabe pensar que si éste hubiera actuado en un principio como ahora lo hacía Abner, su reinado sobre la totalidad de la nación podría haber comenzado antes y con mucho menor derramamiento de sangre.

c. ¿Son prescindibles las personas? (3:12–16)

David impuso tan sólo una condición: quería que Mical, su primera esposa, volviera

con él, pero, no se nos dan razones para esta petición. Es posible que David deseara constatar que el regreso de Mical a la corte, suponía una señal de buena voluntad por parte de Is-boset. Si, como actual cabeza de familia, Is-boset accedía al regreso de Mical, no podría después esgrimir como argumento que David había accedido al trono sin su conocimiento o contra su voluntad. Y no sólo eso. La continuada presencia de la hija de Saúl en la corte podría coadyuvar a la consecución de una continuidad con el régimen previo. Por otra parte, es cierto que Mical había amado una vez a David (1 S. 18:20), si bien no hay noticia de que éste hiciera por verla en todo ese tiempo transcurrido, ni siquiera pensado en ella como su mujer, y tampoco se nos dice nada acerca de los sentimientos de ella hacia David. De hecho, Mical se había vuelto a casar, y aunque no sabemos si había sido por propia elección o por imposición, lo cierto es que ni a ella ni a su marido, que estaba enamorado de ella, se les deja opinar al respecto. La desazón de Paltiel se describe con todo sentimiento. Está claro que, tanto para David como para Abner, la utilidad política de la acción pesaba más que los posibles sentimientos de Mical y Paltiel. Ese tratamiento ventajista de Mical por parte de David puede explicar parcialmente las posteriores reacciones de ella (2 S. 6). Nosotros, como simples lectores, nos vemos de nuevo obligados a juzgar si el despiadado uso de los demás en beneficio de una causa “superior” es algo aceptable o no.

d. El terrorismo nunca está justificado, ni siquiera por una buena causa (3:17–27)

Una vez llevadas a cabo con todo éxito las necesarias negociaciones entre Abner y David, estando de acuerdo y satisfechas las distintas partes involucradas en el asunto, y tras las debidas muestras de respeto y concordia, Abner y los suyos emprenden el regreso a casa. Su tarea ahora iba a consistir en confirmar y afianzar la posición de David en el territorio, al tiempo que habría que proclamar entre las naciones vecinas que Israel volvía a ser de nuevo una nación unida y poderosa a la que habría que tener respeto y consideración. El escenario queda, pues, debidamente preparado para que pueda tener lugar una transición positiva y pacífica.

En justo en este punto cuando Joab decide volver a Hebrón (22). Su prolongada ausencia, como comandante de un destacamento de asalto, supone una llamada de atención al hecho de que la amenaza filistea está todavía lejos de haber sido conjurada. Joab se manifiesta horrorizado por la acción llevada a cabo por David y se apresta de inmediato a sabotear los acuerdos. Es muy probable, sin embargo, que Joab pensara estar actuando en beneficio de la nación y a favor de los intereses del propio David. Pero es igualmente posible que su inveterada rivalidad con Abner, exacerbada por la muerte de Asael, le hiciera incapaz de verle de otra manera que no fuera como un peligroso enemigo. Él mismo no podía reconciliarse con la idea de un David que se convirtiera en rey de la nación de Israel por otros medios que no fueran los de la lucha armada, y estaba, en consecuencia, absolutamente convencido de que el modo en que Abner había gestionado todo el asunto era un fraude. De ahí, quizás, que, a la vista de tanto acontecimiento insólito, se convenciera a sí mismo de que sus propias acciones

futuras iban a estar plenamente justificadas. Pero, desde luego, ¡ni David ni el autor de 2 Samuel compartían esa perspectiva!

Para acabar con una situación de enconada antipatía es imprescindible un cierto grado de compromiso y una decidida buena disposición a olvidar el pasado. Joab no estaba dispuesto a hacer semejante cosa y como, además, David pudo acceder a la corona sin su consentimiento y aquiescencia, había puesto el cimiento de un sólido muro de contienda y rivalidad entre las tribus, que habría de desembocar, con el paso del tiempo, en problemas tanto para David como para el mismo Israel.

Se mantiene en el aire, pues, el interrogante de si Joab, a pesar de ser, a su manera, total y absolutamente leal a David, y habida cuenta de que no abrigaba pretensión alguna de índole personal al trono, se mostraba ciertamente incapaz de aceptar el hecho de que las decisiones ya habían sido tomadas, tanto si estaba de acuerdo como si no, con su inveterado enemigo Abner como negociador y mediador. Siempre existe el riesgo de que los que aúpan en el trono a los reyes tengan mayores ansias de poder que los propios monarcas. Y aquellos que no buscan figurar pueden, en cambio, llegar fácilmente a justificar su tremenda ambición, y la violencia injustificada a la que recurren, aduciendo estar obrando en beneficio de otros. En este contexto en concreto, es difícil no llegar a la conclusión de que Joab nos está siendo presentado más como terrorista que como pacificador.

La muerte de Abner se describe de forma sucinta (27). Es convencionalismo extendido a lo largo y ancho del mundo, y a través de la historia y de los tiempos, que la seguridad personal de los que median en los conflictos está garantizada. Abner regresó para proseguir con las negociaciones con Joab sin temor ni precaución alguna. Y resulta que muere, pero no en el campo de batalla y con un aviso previo, como había sido el caso con Asael, el hermano de Joab, sino de forma encubierta y traicionera. El autor no abriga duda alguna, y quisiera que el lector piense como él: la muerte le llega a Abner por cobarde venganza.

e. Un buen líder tiene que obrar con justicia tanto con los amigos como con los enemigos (3:28–39)

El resto del capítulo 3 se ocupa de la reacción de David ante la noticia de la muerte de Abner. Puede que Joab no se hubiera planteado siquiera las posibles consecuencias de su acción, pero David sabía muy bien que la muerte de Abner disminuía las posibilidades de un acceso al trono sin problemas. Muestra entonces su repulsa por lo ocurrido y hace cuanto está en su mano para distanciarse del camino emprendido por Joab. Hace duelo por Abner a título personal, como si se tratara de su propia familia, y además insiste en que se le honre con exequias públicas, tal como le correspondería a un miembro de la realeza. Su actitud convence a las gentes – presumiblemente, tanto a los del norte como a los del sur – y nadie parece dudar de su sinceridad. David no sólo no había tomado parte en la muerte de Abner, sino que ni siquiera se le había pasado semejante idea por la cabeza. Y así es como lo creen todos. La insensata acción de Joab no había perjudicado en modo alguno las probabilidades de David de ser nombrado rey

de todas las tribus de Israel.

El posible debate sobre el modo en que David aborda a Joab es digno de análisis. David está convencido de que Abner había muerto asesinado y que Joab era el responsable. Tras proclamarlo así públicamente, lanza una maldición sobre Joab y su familia (28–29), rogando a Dios que las consecuencias de tan nefasto crimen caigan sobre ellos y no sobre el propio David o el pueblo (39). En un apunte que roza lo irónico, David insiste en que Joab tome parte en el duelo por Abner. Con todo, no emprende acción alguna contra él. La pena por asesinato era siempre inapelable y David no tuvo remordimiento alguno en ordenar ejecutar, en su momento, a todos los implicados en la muerte de Saúl (2 S. 2) y, ahora, a los responsables de la muerte de Is-boset (2 S. 4). La Ley no admitía la maldición como alternativa al castigo merecido. El pueblo había quedado conforme con la acción ejecutada por David, pero el autor sigue indagando, pese a todo, acerca de quién tiene el control y cuál es el verdadero sentido del poder. La responsabilidad primaria del rey era respetar la Ley y la Ley ha de ser aplicada sin distinción de personas. No había, pues, posibilidad de un trato especial para un rey, y menos aún para sus familiares y amigos. Que David opte por “dejarlo en manos del SEÑOR” puede sonar a demasiado espiritual, pero lo cierto es que las Escrituras no permiten eludir la responsabilidad impuesta por Dios apelando a enfoques pseudoespirituales propios.

El comentario de David a sus hombres respecto a los hijos de Sarvia (“son más duros que yo”) (39) es un tanto ambiguo. ¿Ha de suponerse que la mención de Sarvia, hermana de David, signifique que los lazos familiares eran demasiado fuertes como para romperlos? ¿Estaba David amenazado por una hermana mayor dominante, y por lo tanto, temía actuar en contra de los hijos de ella? ¿Se está sugiriendo que tanto Joab como Abisai eran físicamente más fuertes que David? ¿Controlaba Joab el sur en igual medida que Abner el norte, siendo entonces David tan rey-marioneta como el propio Is-boset? ¿Dependía David de la pericia de Joab como general hasta el punto de no querer perderlo de ninguna manera? Los textos nos presentan a David como un hombre con pleno control de su reino. Sin embargo, por alguna razón que no comprendemos, David no cumplió con sus responsabilidades en relación a Joab y él mismo era el primero en saberlo. La oración final de David, invocando al Señor para que castigue a cuantos hacen el mal, es una referencia directa a Joab – David no va a ocuparse de hacerlo personalmente: será Dios, pues, el que juzgue y castigue –. Dicho todo esto, cabe ahí aun la posibilidad de que el autor, e incluso el propio David, estén pensando también en un posible juicio sobre David de parte del Dios por no cumplir con sus responsabilidades.

El relativo fracaso de David a la hora de enfrentarse a Joab viene a quedar reflejado más tarde cuando es el propio David mismo quien no actúa como es debido con sus propios hijos. En ambos casos, se trataba de un fallo que abocaría a problemas sin fin tanto para David como para el pueblo. La capacidad de reconocimiento y solución de los fallos y debilidades de los amigos es un tema vital entre las características que deben distinguir al líder. David no está, ni en éste ni en otros casos, a la altura del ideal mesiánico presentado en Isaías 11:1–4.

f. Una “ayuda” de suyo injusta, no es en verdad ayuda (4:1–12)

El relato en el capítulo 4 del modo en que muere Is-boset y la reacción de David es prácticamente un calco de lo ocurrido con ocasión de la muerte de Saúl. En cierto sentido, la muerte de Is-boset le facilitó las cosas a David, y quizás no deba sorprendernos que fueran dos caudillos militares, Recab y Baana, los que pensaran que David aprobaría su acción. Pero se equivocaron tanto en el juicio de la situación como en la posible reacción de David. La muerte de Is-boset se sumaba ahora al problema planteado por la muerte de Saúl. La cuestión es que no parecía haber forma de que el cambio de liderazgo en las tribus del norte fuera visto por sus gentes como algo positivo y beneficioso, y no como algo inevitable, pero temible, y no bien recibida. Era, pues, asunto urgente disociarse por completo de esa terrible acción, por lo que, al igual que había ocurrido con el amalecita en el capítulo 1, ambos son ejecutados sumariamente. La conclusión de David es que los que matan a un hombre en circunstancias en la que éste espera estar seguro, merecen sufrir ellos mismos una muerte vergonzante, lo cual plantea nuevos interrogantes respecto a su laxo tratamiento de Joab.

La mención en 4:4 de Mefiboset, hijo de Jonatán, y su minusvalía, es un inicio que nos prepara para la reaparición posterior de este personaje. La versión de la Biblia en lengua inglesa NIV lo entrecomilla con acertado criterio.

Y, por fin, ya llegamos a la coronación de David como soberano de toda la nación. Visto todo lo anterior, puede entenderse que Crónicas no incluyera el material de 2 Samuel 1–4 en su compilación. Resulta difícil presentar el reino de David como algo glorioso en todo momento cuando había tanto, ya desde un mismo principio, poco o nada recomendable. Aun así, el autor de los libros de Samuel era, obviamente, de la opinión que es importante que el lector entienda que tan significativa es la manera en que se llega al poder, cómo el modo en que posteriormente se posee y se ejerce. Es, a todas luces, importante que, como lectores, tengamos una visión realista de los líderes y sus colaboradores. Que los dirigentes y gobernantes tengan fallos y cometen errores, incluso faltas graves, no tiene por qué impedir el ejercicio de un buen caudillaje en otros momentos y circunstancias, como ocurrió con David.

4. Poder nacional: conseguido y sancionado (5:1–25)

a. El liderazgo necesita ser reconocido y respetado (5:1–5)

El estilo del capítulo 5 difiere bastante de las vívidas descripciones de la vida en la corte y la precariedad de los campamentos al que nos habían acostumbrado esos capítulos previos. De hecho, recuerda más a la glosa editorial que al relato del testigo presencial. Los versículos 1–5 nos proporcionan el resumen oficial de lo que sería el principio del reinado de David y un breve apunte de las fechas pertinentes; los versículos 6–14 nos cuentan la institución de Jerusalén como capital del reino, mientras que los versículos 17–25 nos presentan la derrota final, o prácticamente final, de los

filisteos. Parece bastante probable que la información de este capítulo proviniera de los registros oficiales. Mucho de este material se repite virtualmente palabra por palabra en Crónicas. En general, el autor de Samuel parece más interesado en las implicaciones de incidentes concretos y en la presentación de los distintos personajes y el entramado de sus relaciones, que en registros oficiales. Sea lo que sea, sigue siendo necesaria una comprensión general de los acontecimientos políticos y nacionales para poder entender el fondo de las historias específicas, y es por eso por lo que, a intervalos, las secciones de resumen, partiendo de los anales nacionales, aparezcan incluidas ahí. Los propósitos de Dios se tratan en su propio contexto histórico y resulta particularmente difícil poder entender el Antiguo Testamento sin algún conocimiento de los hechos históricos que jalonan la historia de Israel y que son el marco donde se sitúan los relatos concretos, las historias particulares y las profecías específicas.

El núcleo del énfasis en 1–4 es la legitimidad de la candidatura de David como representante de toda la nación. Ciertamente pertenece en concreto a una tribu, la de Judá, pero eso no significa que no guarde una relación con todos. Ha dado ya pruebas sobradas de sus credenciales como caudillo militar y ha sido llamado por Dios mismo a su servicio, contando con su respaldo para gobernar a la nación. Es, pues, aclamado como rey de toda la nación sobre esa base. No se dan detalles del *pacto* (3) o “alianza” establecida entre el rey y los cabecillas de las distintas tribus, pero parece haber sido un acuerdo o contrato especificando las condiciones de la gestión real, reconociendo a la vez los derechos y responsabilidades de todas las partes. David y los que le apoyan, Joab muy en particular (caps. 2 y 3), pudieron actuar de forma violenta en su lucha por alcanzar ese gobierno, pero el auténtico ideal o paradigma siempre había estado bien presente. La candidatura del monarca se valida mediante acuerdo y contando con la cooperación del pueblo en su totalidad. Una buena gestión no se impone arbitrariamente desde arriba. Llama la atención que el reinado de Salomón, tremendamente efectivo en términos humanos, pero que apartó al pueblo de una genuina adoración al Señor, tuviera su inicio no con un pacto o una alianza, sino con una revolución en palacio, igual que Roboam, que perdió el control de las tribus del norte por negarse precisamente a aceptar la necesidad de ese pacto.²³

b. El establecimiento de una flamante capital nueva ayuda unir a grupos rivales (5:6–9)

Dada la posterior importancia de Jerusalén, tanto política como teológicamente, el relato de su conquista y captura llama la atención, en cambio, por su brevedad. Crónicas menciona el nombramiento de Joab como oficial comandante del ejército tras haber sido el primero en penetrar en la ciudad, pero omite hacer referencia a *los cojos y los ciegos* (6,8). Parece que David se sintió particularmente irritado en su momento por el comentario burlón de los jebuseos, pues, según ellos, quizás no nada admirable que incluso un ejército “débil y mal pertrechado” pudiera repelerle. Podría así entenderse esa posterior referencia desabrida a *los cojos y los ciegos*, que él también habría incluido en su ejército de asalto como réplica desafiante a la burla de los jebuseos.

Pero, lo cierto es que la ciudad, a pesar de estar bien defendida, pudo ser tomada sin dificultad.

La descripción de las obras que se acometen en los límites de la ciudad es igualmente muy breve. Hiram no se convirtió en rey de Tiro hasta más adelante en el reinado de David y parece estar claro que el desarrollo de la ciudad tardó un tiempo en ser completado. Sin embargo, la institución de la ciudad de Jerusalén, *la fortaleza de Sión, la ciudad de David* (7), fue, según parece, aceptada como capital de la nación sin mayores dificultades. No hay indicio alguno de oposición al emplazamiento de ese nuevo centro de la nación. Quizás ayudara que, aunque Jerusalén está en el sur, era territorio originalmente asignado a Benjamín, y también que nunca había sido conquistada por Israel, por lo cual venía a ser, en todo posible sentido, una capital verdaderamente nueva.

Sus comienzos eran, pues, genuinamente “nuevos” para la nación en su totalidad y no simplemente un asunto particular de las tribus del norte, en asociación con la corte de Judea en Hebrón ya existente. En cualquier caso de fusión, si se quiere coronar con éxito, ya sea que se trate de naciones, Estados, negocios, iglesias, organizaciones cristianas o, incluso, una pareja que se casa, es importante dejar patente que, como reciente institución, es realmente nueva, y que lo ocurrido es una fusión y no una apropiación.

c. Todo poder sobre el pueblo de Dios es poder de Dios y deberá ser ejercido a la manera de Dios (5:10–25)

Lo que se afirma en los versículos 10 y 12 aparece igualmente registrado en ocasiones bastante distantes en Crónicas. Al ponerlos juntos aquí, el autor refuerza el hecho de que el régimen político y militar de David contaba con la sanción divina, siendo el propio David consciente de ello. Porque *el SEÑOR Dios Todopoderoso estaba con él* (10), *David se engrandecía cada vez más*. El poder de David dependía del apoyo de Dios, que era dado *por amor a su pueblo Israel* (12). El lector ha de tener ahí absolutamente claro que en los comienzos del reinado de David, si éste reinaba sobre el pueblo de Dios era como representante de Dios mismo y con su respaldo. Saúl había comenzado de igual manera, y a medida que va desarrollándose la historia del reinado de David, se le plantea al lector la cuestión si David, al igual que Saúl, se centrará no en la razón por la que se le ha investido con poder, sino en el ejercicio del poder como tal, y la necesidad de retener ese poder a toda costa. David comienza su reinado como candidato *conforme al corazón del SEÑOR* (1 S. 13:14). Y habrá que seguir avanzando en la lectura para ver si eso es efectivamente así. El versículo que sigue (13), donde se nos dice que David tomó para sí más esposas y concubinas, puede que esté simplemente ahí para dar una información relativa a los hijos que tuvo, pero cabe también que el autor del libro lo haya incluido deliberadamente para hacer hincapié en el tema de la fidelidad necesaria que debería haber practicado David, y ello precisamente por no ser cuestión que pueda dejarse a un lado. El rey que gobierna conforme a los principios instituidos por Dios no es aquel que toma para sí muchas mujeres.²⁸ Puede que sea

significativo que, tras la referencia inicial previa al ungimiento, el texto no vuelva nunca más a hacer mención de David como hombre conforme al corazón del Señor.

Saúl había sido ungido para que librara al pueblo de Dios “de la mano de los filisteos” (1 S. 9:16), pero lo cierto es que había fracasado en el empeño. A David se le encomienda ahora idéntica misión (2 S. 3:18). Surge, pues, de nuevo la misma cuestión de si David tendrá éxito donde Saúl fracasó. Esta vez, la respuesta inicial es mucho más positiva. Los filisteos, al tener noticia de la subida de David al trono, pasan de inmediato a la acción para evitar que la muy amplia derrota del ejército de Saúl en su momento vaya ahora a sufrir un revés. Y, en esta ocasión, ocurre que el fracaso es efectivamente el suyo. Se nos da noticia de dos incidentes, y ambos siguen un esquema similar. Los filisteos atacan; David *consulta al SEÑOR* (19); David lleva a efecto las instrucciones del Señor; los filisteos sufren una derrota en toda regla. El momento y la ocasión de esos dos incidentes no queda claro, y es evidente que no fueron los únicos. Sea como fuera, se nos dice más adelante que “derrotó y sometió a los filisteos” (2 S. 8:1) de tal manera que, al margen de alguna escaramuza episódica, ni ellos ni sus descendientes volvieron a ser un problema para Israel.

Resulta interesante que, a pesar de contemplarse ambas victorias como debidas a la intervención divina, en vez de limitarse a repetir en el segundo caso la táctica utilizada en la primera (20), David consulta de nuevo al Señor y pasa entonces a poner en práctica una estrategia por completo distinta (23–24). Las situaciones son, a todas luces, distintas y Dios puede tener diferentes planes para cada una de ellas, aunque, a primera vista, puedan parecernos muy similares. No basta simplemente con hacer de nuevo lo hecho en una ocasión anterior. Al trabajar un nuevo aspecto dentro de un ministerio, puede surgir la tentación de, sencillamente, repetir lo realizado la última vez, o tratar incluso de imitar lo llevado a cabo con éxito en otra congregación o institución. Pero, aunque sea bueno y aconsejable aprender del pasado y de los demás, es importante asimismo tomar nota, tal como hizo David, del hecho de que cada situación es nueva y Dios se toma muy en serio las necesidades de cada circunstancia particular e individual.

David, dentro del pacto

2 Samuel 6–10

1. El arca llega a Jerusalén (6:1–23)

a. Existe una diferencia entre presumir saber y comprobar cuál sea en verdad la voluntad de Dios (6:1–2)

El capítulo 5 describe, desde una perspectiva organizativa y militar, cómo fueron los primeros momentos de David como rey. Su misión era liberar la tierra de la presencia filisteo y eso es precisamente lo que empieza a hacer. El capítulo 6 fija su atención en lo que podría considerarse la vertiente religiosa de sus responsabilidades y, por primera vez, tras ser depositada para su salvaguarda en Quiriat-jearim (1 S. 7:2), el arca de Dios vuelve a hacer su aparición. Hay que destacar que, al tener que considerar el camino a tomar como respuesta a la gran escala del avance filisteo (5:17–19), el primer pensamiento de David fuera “consultar al SEÑOR”; aunque no hace lo mismo al decidir llevar el arca a Jerusalén. Dado el curso que siguen posteriormente los acontecimientos, esa omisión podría ser significativa. 1 Crónicas 13 añade detalles a las circunstancias en las que se tomó esa decisión y deja bien claro que se había llevado a cabo una amplia consulta al respecto, en su mayor parte entre los comandantes militares y respecto a *cómo* se debía proceder, más que entre los líderes religiosos para decidir *si* era conveniente seguir adelante. El comunicado a la asamblea general en 1 Crónicas 13:2, “Si os parece bien, y si es del SEÑOR nuestro Dios”, es, en cambio, un tanto retórico, invitando más bien a aceptar que a replicar. Cuando se trata de cuestiones religiosas o espirituales, es fácil asumir que se conocen las preferencias y los requisitos que Dios tenga dispuestos, dando por sentado que lo que nosotros hemos decidido hacer es lo “correcto”. Parece ser, pues, que así es cómo obró David: asumiendo que Dios estaba con él en la instauración de Jerusalén como nueva capital del reino. En lógica consecuencia, se decide también que el arca, símbolo por excelencia de la presencia de Dios en Israel, esté en la ciudad de Jerusalén, lo cual vendría a rubricar la debida sanción del reinado de David como rey elegido por Dios para el pueblo de Israel. Después de todo, ¿cómo no iba a ser ésa la voluntad de Dios?

Se decide, pues, que el arca sea traída a Jerusalén desde Baala de Judá (nombre alternativo de Quiriat-jearim). Obviamente, David está muy comprometido con todos los preparativos necesarios y se da a entender de forma implícita que ha sido él el promotor de la iniciativa y organizador de la procesión de celebración. David da una vez más por sentado que el mejor y más adecuado lugar para el arca es la recién instaurada nueva capital. Esa presunción no carece, sin embargo, de una cierta base, pues, de hecho, tendría pleno sentido que el objeto más religioso de todo Israel estuviera depositado en un lugar que empezaba ya a ser considerado como el de mayor relevancia. El arca era un objeto ciertamente muy especial; *la cual es llamada por el Nombre, el nombre del SEÑOR de los ejércitos que está sobre los querubines* (2). Era el símbolo visible de la presencia de Dios en Israel. Se asumía, en consecuencia, que el traslado del arca debería hacerse con todo el esplendor posible y con su ceremonial correspondiente. Nada debía, pues, escatimarse al respecto. Como presupuestos asumidos, tenían su parte de razón. Faltaba, sin embargo, la consulta a Dios para averiguar su opinión sobre el asunto. De hecho, podría incluso inferirse que David se estaba comportando de igual manera que sus predecesores, buscando, consciente o inconscientemente, servirse del arca para sus propios fines políticos. Si el arca era depositada en la nueva capital de David, sería tarea más fácil convencer al pueblo de

que Dios estaba detrás de todo ello, prestando su apoyo y protección al reinado de David, teniendo que contemplarse automáticamente las posibles decisiones que tomara David como inspiradas por Dios.

b. Dios se merece lo mejor, pero ¿quién decide qué es lo mejor? (6:3–7)

Vuelve a hacerse una vez más evidente el interés del autor en el tema del poder y en quién pueda estar ejerciéndolo. David era hombre de Dios, pero eso no significaba que pudiera presumir de entender y poder controlar los designios y propósitos de Dios. Dios no podía entonces ni tampoco ahora ser manipulado de esa manera según nuestro antojo. Saúl y otros muchos, a lo largo de las Escrituras, tuvieron que aprender esta gran verdad a un alto precio. Ahora le llegaba el turno a David. Los acontecimientos que empiezan a despuntar pueden verse como confirmación de la omisión voluntaria por parte del autor de toda posible referencia a las instrucciones de Dios al respecto, instando así al lector a evaluar las distintas acciones según vaya tomando nota de ellas. Esa disyuntiva se mantenía, fuera o no la motivación fundamental de David, o incluso parcial, glorificar a Dios de la mejor forma que podía imaginar.

Aunque esos “miles” del versículo 1 sea una cifra convencional en referencia a una tropa o ejército, más que un número literal de combatientes, esos treinta mil hombres era una presencia desmesurada en lo que se supone que no era más que una obligación de cara a una ceremonia. Sea como fuera, Baala de Judá estaba muy próxima a territorio filisteo y David podía estar haciendo alarde de su fuerza y poderío, consiguiendo que los filisteos se dieran cuenta de su creciente supremacía y de que no había posibilidad alguna de que una banda invasora desbaratara sus planes. En este caso en particular, un genuino deseo de honrar a Dios y proporcionar al arca un traslado en las mejores condiciones posibles, podría justificar de alguna manera la presencia de un sector numeroso del ejército.

Sin duda alguna, la ceremonia fue un espectáculo magnífico. El arca seguía aún bajo la custodia de la familia que la había estado guardando por espacio de varios años (1 S. 7:1). Dos de los hijos de Abinadab, Uza y Ahío, guiaban el carro nuevo preparado especialmente para la ocasión – una suerte de Rolls-Royce de la época –. El pueblo en su totalidad, con David lógicamente presente, se encontraba reunido para disfrutar al máximo de un acompañamiento musical fantástico y una ocasión verdaderamente grandiosa. Todos, pues, *se regocijaban delante del SEÑOR* (5). Nadie, y menos aún David, albergaba duda alguna respecto al carácter netamente religioso de esa celebración, ciertamente una manera extraordinaria de adorar y servir a Dios. En consecuencia, el choque de lo que ocurrió en la era de Nacón fue tremendo. Uza, con la decidida intención de evitar un desastroso accidente, tocó el arca. Muere entonces de forma instantánea y terriblemente dramática. Que reconocieran de inmediato que eso era consecuencia de la ira del Señor es algo que no se nos explica, pero no cabe duda, en cambio, que nadie, el propio David incluido, tenía la menor duda alguna al respecto.

c. ¡Nuestro Dios es ciertamente terrible! (6:7)

No se nos ofrece análisis alguno de las razones por la que Uza tuvo que morir. El hebreo usado en el versículo 7 es un tanto oscuro, pero la versión inglesa de la NIV, con su *acto irreverente* da una idea aproximada de ello. Es posible que la reacción instintiva de Uza hubiera dado la impresión de que Dios precisaba la ayuda y la protección de su pueblo, en vez de ser justamente lo contrario. Por otra parte, además, pudiera ser simplemente que tocar el arca fuera considerado una infracción de las ordenanzas respecto a la santidad de Dios.

La tendencia a calificar a Dios de “bueno”, convencidos como estamos de que nunca va a realizar nada que no nos guste, hace que encontremos difíciles pasajes como éste. Pudiera ser, entonces, que necesitemos captar en profundidad y con mayor claridad qué es lo que en realidad se quiere decir con que Dios es santo. Ser plenamente conscientes de la importancia de la labor conjunta de adoración religiosa y entendimiento teológico es una cuestión primordial. El conocimiento de Dios, y de sus propósitos revelados, debiera estar en el trasfondo de toda acción supuestamente emprendida a favor de Dios y en toda adoración rendida a su persona. Dios, en su gran misericordia, no fulminó a los israelitas, como tampoco lo hace con nosotros hoy día, pero pasajes como éste nos instan a tomar en serio hasta qué punto se enciende el furor de Dios al ver cómo anteponemos nuestras preferencias a su expresa voluntad. Muchos de nosotros tenemos la tendencia a juzgar la validez de una forma de adoración en particular por el grado de nuestro disfrute en ello, lo cual viene a querer decir que nuestra comprensión de la terrible naturaleza de Dios no va mucho más allá de los himnos que cantamos.

Es muy probable que parte del problema aquí sea que se habían dado pasos equivocados. Samuel no se detiene a recalcar este punto y el problema sólo surge realmente cuando Uza pasa a la acción, no cuando la procesión arranca. Sea como fuera, lo cierto es que se da a entender de alguna manera que donde se abandona la tradición a favor de una nueva forma de hacer las cosas, ¡pueden hacer su aparición efectos secundarios inesperados! La última vez que habíamos tenido noticia del arca, en 1 Samuel 6, estaba siendo traída de vuelta de territorio filisteo en “un carro nuevo” (1 S. 6:7). Y un “carro nuevo” es lo que volvemos a encontrarnos aquí (6:3), y es muy probable que se espere que fijemos más nuestra atención en el método filisteo de hacer las cosas que en las ordenanzas prescritas en la Ley. En un segundo intento de llevar el arca a Jerusalén (tal como aparece registrado en 1 Cr. 15), las ordenanzas son escrupulosamente seguidas y el arca es transportada a hombros de los levitas designados a tal efecto. El texto en 2 Samuel 6 es menos explícito, pero el versículo 13 deja constancia de que, en esta ocasión, el arca es llevada manualmente. Las ordenanzas y disposiciones de Dios no son algo que pueda soslayarse impunemente.

d. ¿Tenemos derecho a enfadarnos cuando Dios parece no apreciar nuestros

esfuerzos? (6:8–11)

Este pasaje nos brinda unas muy agudas observaciones sobre la naturaleza humana en general, y la personalidad de David en particular. Se nos dice expresamente que David estaba primero enojado (8) y después temeroso (9). Es más que probable que estuviera en un principio furioso para, acto seguido, sentirse absolutamente aterrorizado. Pero esa primera presentación en tono menor cuadra bien con el desarrollo de la escena, y al lector le corresponde la tarea de decidir las distintas razones que le mueven – ¿era porque David había estado completamente convencido de que todo lo que hacía era para honra y gloria de Dios? No cabe duda alguna de que David, una vez dominado su carácter impulsivo, y tras empezar a reflexionar acerca de lo que ocurría, estaba capacitado para llegar al fondo de las cosas – y ello, sobre todo si le afectaba de forma tan particular. Tal vez fue entonces cuando empezó a tener miedo.

Sabía, en el fondo de su alma, que Dios no podía ser manipulado. Y quizás fuera lo suficientemente honesto como para admitir que sus motivos no habían sido del todo puros, que podía ser que hubiera estado aprovechándose de su posición y de las ventajas que conllevaba, en vez de ocuparse debidamente de tratar de servir a Dios. Sabía igualmente que sus motivos y razones iban a ser siempre ambivalentes y, en consecuencia, con una reacción típica de extremos, renuncia al proyecto en su totalidad. El arca es llevada entonces a casa de unos meteos, pero sin decirnos si se trataba de extranjeros en tierras de Israel o si es que habían estado junto a David en Gat. Ni tampoco se aclara si Obed-edom y su familia pudieron opinar al respecto. En cambio, lo que está claro es que tener el arca en su casa les supuso una gran bendición.

David había ido aprendiendo una serie de lecciones. Ahora estaba seguro de que el arca no podía tocarse de forma inapropiada y, más importante todavía, que la santidad de Dios no era algo que pudiera tratarse según propia opinión, ni siquiera con las mejores intenciones. También estaba ahora más convencido que antes de que Dios no podía ser manipulado, y que tampoco permitía que se dicesen por sentadas cosas acerca de las cuales no se le había consultado. Lo que en verdad contaba era el poder que dimanaba de Dios, no la preponderancia de David. El reino y su grandeza eran de Dios, no del rey por Él elegido. Aun así, todavía quedaban más lecciones por aprender. Pudo darse una suerte de actitud supersticiosa que contemplaba el arca como objeto peligroso, pensando que quizás no debería haber sido movida de su sitio, pero la bendición que se derivó de su presencia en el caso de Obed-edom convenció a David de que esas no eran las verdaderas razones del caso. Sin entender del todo lo ocurrido, ahora estaba seguro de que era el momento apropiado para llevar el arca a Jerusalén.

e. Esplendor y/o dignidad (6:12–23)

La segunda procesión fue, si es que ello era posible, aún más gloriosa y espléndida en su celebración que la primera. Se ofrecieron grandes sacrificios, asegurándose de que todos los participantes eran conscientes de que el Señor Dios era el que lo controlaba todo y que sólo había que adorarle a Él. El arca fue depositada en el nuevo

lugar asignado, se llevaron a cabo nuevos sacrificios, se obsequió a la multitud con una comida de celebración y, a continuación, cada cual regresó a su casa. El regalo de David al pueblo había contribuido en alguna medida a acrecentar el sentimiento de unidad e identidad nacional, ya presente en ese ágape conjunto. La principal motivación puede que fuera el incremento de su popularidad y la aceptación de su gobierno, pero no cabe duda de que la conciencia de identidad nacional que se fomenta con esos actos siempre redundará en beneficio del país. En el mundo actual, encontramos ejemplos de celebraciones nacionales de carácter positivo que suelen producirse con motivo de un gran acontecimiento deportivo, el Campeonato Mundial de Fútbol, por ejemplo, o un Jubileo, observándose entonces una conciencia generalizada de afirmación de la propia identidad nacional.

El compromiso personal de David con las distintas celebraciones era sincero, de todo corazón. Su danza era gozosa y, tras desembarazarse de las vestiduras más pesadas, se reviste con el efod de lino, con lo cual su apariencia se alejaba mucho de la dignidad supuesta en un rey, e incluso podría calificarse de no muy adecuada. Pero lo que aquí importa no es si en verdad David aspiraba a honrar y dar gloria al Señor su Dios o si estaba, simplemente, glorificándose a sí mismo en la exuberancia de su baile. Según iba aproximándose la magnífica procesión a Jerusalén, Mical contempla la escena a distancia, ofreciéndose entonces a sus ojos el espectáculo un tanto ridículo de David y su danza. Parece que se niega a ver a la nación jubilosa, o a admitir la demostración y reconocimiento de la gloria de Dios; tampoco parece notar la presencia del arca ni regocijarse con la presencia renovada de Dios. Tan sólo ve a David comportándose de una manera que ella juzga inapropiada. Podría discutirse si David merecía en verdad algún tipo de reproche. Pero, lo cierto es que la crítica acerba suele impedir que captemos el significado real de las cosas, haciendo que nos centremos en los detalles más irrelevantes.

Con esa mención de la ventana, pudiera ser que el autor tratara de hacernos recordar que Mical tenía sobradas razones para sentir amargura. Las referencias al principio y al final de su matrimonio con Paltiel, hombre que ciertamente la amaba, son muy escuetas. Ésta es, de hecho, la primera ocasión en la que podemos ver a Mical como persona desde 1 Samuel 19:12. En esa ocasión, también estaba asomada a una ventana, viendo cómo desaparecía en la oscuridad de la noche David, el entonces amado esposo al que ayudaba a escapar. Por lo que sabemos, David no hizo intento alguno de volver a verla de nuevo hasta el momento en que es separada de Paltiel, obligándola, por razones que sólo podemos considerar políticas y de conveniencia, a regresar junto a él. Esta vez, por cierto, como una esposa más entre varias. A esto había que añadir la tragedia de un padre y dos hermanos caídos en el campo de batalla y un hermano más, el único que le quedaba, asesinado a traición. No cabe duda de que Mical tenía sobradas razones para su amargura, pero al permitir que la amargura le cegara el entendimiento de la persona de Dios y la gloria que le corresponde, vino a convertirse en su propia y peor enemiga. La ira y la incapacidad para el perdón tienen la rara habilidad de dañar más al que se siente ofendido que al ofensor culpable.

Para Mical, el ridículo comportamiento de David, exponiéndose a ser el hazmerreír

de todos, era completamente incompatible con la dignidad de un rey. Para David, en cambio, suponía la faceta inevitable de un gozo que iba más allá de todo comedimiento en su deseo de exaltar a Yavé. Para Mical, la dignidad real era ya casi lo único que le quedaba; para David, el hecho carecía de importancia a la luz de la gloria y el poder de Dios. Se nos deja ahí, pues, con la impresión de que la amargura de Mical, aunque surja de la desesperanza de su triste situación, no es algo aceptable. No se nos dice si la esterilidad de Mical era un castigo de Dios o el resultado de una decisión deliberada por parte suya o de David de no tener relaciones conyugales. Lo que está claro es que Mical quedó fuera de toda posible dignidad real derivada de tener un hijo del rey, con lo cual el heredero al trono ya no iba a ser descendiente de la línea de Saúl. Esta acerba nota al final de un día de gozo general cierra el ciclo del reinado de Saúl, abriéndose ahora el camino a un nuevo pacto de Dios con David.

2. El pacto de Dios con David (7:1–29)

El encuentro entre David y el profeta Natán, descrito puntualmente en este capítulo, podría considerarse como uno de los más significativos registrados en el curso de la historia de la realeza. El relato presenta los comienzos del templo y el nuevo pacto de Dios con David, acontecimientos ambos que tan gran repercusión iban a tener en la vida religiosa y nacional de Israel durante muchos siglos, e incluye, asimismo, profundas reflexiones teológicas acerca de los propósitos de Dios y el modo en que se relaciona con los seres humanos.

El momento concreto queda sin precisar. David *moraba ya en su casa* (1) y los enemigos que le circundaban no suponían ahora una amenaza inminente. Es de suponer que las batallas que aparecen descritas en el capítulo 8 ya habrían tenido lugar. Lo que sí parece ser cierto es que, cuando quedó instituido el pacto davídico, David llevaba ya un tiempo como rey sin haber sufrido revés alguno. No es, pues, el reinado de David como tal lo que queda confirmado, sino la validación de su dinastía. David, a diferencia de Elí y de Samuel, o incluso de Saúl, iba a ser sucedido en el trono por su hijo y por el hijo de su hijo.

El capítulo es prácticamente una pura narración, pero el estilo es mucho más meditado que el de los capítulos anteriores, y más también que el de los que seguirán al 9. Pudiera ser que, por razón de la significación y relevancia de su contenido, esta sección fuera editada en una etapa más tardía con objeto de hacer resaltar aún más su importancia teológica. El capítulo en sí gira en torno a un juego de palabras que de forma insólita y muy afortunada, funciona tan bien en español como en hebreo. David va, de hecho, a edificar una casa (edificio) para Dios, pero Dios, a su vez, va a edificar (construir/instaurar) la casa (dinastía) de David.

a. ¿Qué es lo que se puede hacer con una buena idea? (7:2)

La historia es muy simple. A David se le ocurre otra buena idea sobre el arca. En esos momentos, se encuentra a buen resguardo en una tienda habilitada a propósito en

Jerusalén. Pero podría estar mucho mejor en un edificio permanente bellamente construido. Deuteronomio 12:10–11 contiene las bases de esa posible visión suya. Quizás, ante los resultados de otras “buenas ideas” previas suyas, lo primero que hace David ahora es consultar al profeta. Natán desempeña un importante papel en determinadas etapas de la vida de David y parece ser todo un profeta nacional, hábil y capaz en las consultas que se le hacen y dispuesto a no dejarse dominar por el monarca. Pese a todo ello, lo cierto es que irrumpe en la narración sin presentación previa. Nada sabemos, pues, ni de él, ni de su familia o su trasfondo, pero si vemos que es profeta aparentemente bien conocido y, quizás, bien aprovechado por David. Puede que viviera permanentemente en la corte, pero lo cierto es que cada una de sus apariciones⁹ parece del todo inesperada, con lo que podría residir en otro lugar y realizar tan sólo visitas ocasionales.

La falta de información acerca de Natán pudiera ser un modo intencionado de destacar lo que en verdad importa, que es el mensaje, no su portador. Siempre ha habido una tendencia en el pueblo de Dios a convertir en celebridades a los que hablan de parte de Él. Y es más que probable que ésa sea una tendencia que debemos evitar. No se hace ya referencia alguna al efod como método para discernir la voluntad de Dios. Según parece, un profeta disponible para mediar la palabra de Dios tenía siempre preferencia sobre cualquier otro posible medio mecánico, como ocurría con el efod.

b. Las buenas ideas no siempre son oportunas desde un primer momento (7:3–5)

La idea le parece bien a Natán y no vacila en reafirmar a David en su propósito, *Ve, haz todo lo que está en tu corazón, porque el SEÑOR está contigo*, palabras que recuerdan la comisión inicial de Saúl, donde se le dice que haga como bien le parezca confiado en la presencia de Dios a su lado (1 S. 10:7). Así, pues, y según parecen apuntar todos los indicios, lo acostumbrado era que tanto el rey como el profeta y, por extensión también el pueblo llano, primero actuaran y hablaran según el pensamiento humano, para pasar entonces a tomar las decisiones oportunas a la luz del conocimiento personal de Dios y de su voluntad expresa manifestada por revelación. La excepción parece ser que ocurría allí donde Dios daba una revelación directa y específica. No hay, pues, una distinción neta entre la palabra del profeta y la palabra de Dios. Se daba por sentado que el oráculo contaba con una autoridad procedente de Dios y, por lo tanto, era palabra de Dios tanto si era revelada directamente al profeta como si no. Aun así, este incidente deja muy claro que, cuando venía palabra directa, quedaba de inmediato por encima del juicio profético profesional de Natán. Lo cierto, sin embargo, es que, en la mayoría de los casos, las ideas que parecen buenas lo son en realidad – pero eso no significa que deban ser siempre llevadas a la práctica de forma inmediata. Era vital que los profetas de Dios estuvieran dispuestos a escuchar y tomar nota donde se les revelara una excepción.

No hay indicación alguna de que Natán, al confirmar a David en su pensamiento, estuviera actuando como un falso profeta. Es interesante notar que no dudaba en regresar junto a David para decirle que Dios le ha comunicado una revelación directa y

que su conclusión inicial no había sido correcta. Sólo un caudillo muy necio se atrincheraría en su idea o se negaría a cambiarla por miedo a perder sus credenciales. Incluso un verdadero profeta como Natán puede equivocarse y necesitar ser corregido.

c. Ningún edificio, ni siquiera el templo, ha de ser visto como “el todo y el fin” de la adoración (7:6–13)

La primera parte del mensaje de Dios a David dado a través de Natán le anuncia que él será quien edifique un templo, aduciendo acto seguido algunas razones para ello. La primera podría ser motivo de confusión teológica. Dios ni está ahora limitado ni nunca lo ha estado por un lugar en particular. La tienda en la que el arca había sido depositada era símbolo visible de que Dios estaba efectivamente entre su pueblo, al tiempo que su fácil movilidad simbolizaba, asimismo, que Dios estaría con su pueblo allí donde fuera. El templo podía proporcionar, y así vino a ser posteriormente, modos equivalentes de mantener vivas esas mismas verdades, pero también podía inducir a las gentes a tener una falsa confianza en el edificio como tal. Era importante, pues, que, de forma previa a la construcción del templo, el pueblo entendiera bien qué era lo que sí, y lo que no, simbolizaba y su significado. Ciertamente era un lugar donde encontrarse con Dios, pero no era, en cambio, el único lugar en que era posible encontrarlo. Estaba claro, pues, que todavía no habían llegado a alcanzar como pueblo plena comprensión de lo que realmente ocurría. El uso de todos y cada uno de los posibles objetos religiosos y sus símbolos han de ser examinados con todo cuidado y seriedad, planteándose qué clase de comprensión facilita y qué tipo de error podría derivarse de su uso. Una pintura o una escultura pueden servir para estimular la devoción y la adoración a Dios, pero, en algunas circunstancias, podrá inducir a los que la reverencien a adorar al objeto en sí. Debemos siempre plantearnos si estamos en el momento adecuado y en el sitio indicado para instituir un ritual en particular.

En segundo lugar, Dios no había pedido templo alguno. David había cometido en el pasado el error de creer saber lo que Dios quería. Los valores humanos no siempre son fiel reflejo de los valores de Dios, y era necesario erradicar la idea de que Dios poseyera menor gloria por estar su arca depositada en una tienda en vez de en un lujoso y costoso edificio moderno. En este caso, puede que David intercambiara opiniones respecto a esa idea suya y los peligros que suponía en el ámbito de lo religioso. Pero, lo que sí es cierto es que Salomón, en su oración de inauguración y dedicación del templo, advierte que Dios no puede ser limitado en su gloria y en su poder por edificio alguno. Salomón también había recibido aviso, como noticia adicional, de que a su padre no se le había permitido construir el templo por su actividad en campañas¹² militares, pero no hay, en cambio, ahí indicación alguna de semejante razonamiento.

d. No conseguir determinado trabajo no significa que no haya trabajo que hacer (7:14–16)

David no iba a ser el que edificara el templo. Todo proyecto soñado y no realizado

conlleva un tanto de desilusión y frustración, sobre todo si se pensó como visión para el reino de Dios y Él nos mostró que ése no era su propósito. No es reacción insólita ante el desengaño sentir una especie de rechazo o abandono por parte de Dios, negándonos entonces a escuchar o a aceptar perspectivas alternativas a nuestra idea. Pero David no actúa así y escucha con atención a Natán hasta sus últimas palabras. Es así como se entera de que, lejos de no tener ya nada que hacer al habersele negado un trabajo, Dios ya tiene de hecho planes para él y su familia, y para la nación de Israel en su totalidad. El David del capítulo 7 se nos presenta mucho más humilde y reflexivo, y más dispuesto también a considerar la palabra de Dios. Y todo ello, desde luego, en contraste con la figura del impulsivo “gallito de pelea” que parecía no aspirar más que a la popularidad fácil del capítulo 6. Quizás le había llegado el momento de sacar provecho de las experiencias acumuladas y las lecciones aprendidas en el pasado.

e. Una experiencia “especial” con Dios siempre ocurre con un propósito

El término “alianza” no aparece ahí, pero David habrá entendido las palabras de Dios desde esa perspectiva (2 S. 23:5). El salmo 89, que guarda una estrecha relación con este capítulo, también recurre a una terminología explícitamente pactista. El Dios Todopoderoso establecía una relación concreta con David y su descendencia, lo cual no venía a suponer, en modo alguno, una sustitución del pacto con Abraham y sus descendientes. En realidad, las promesas hechas a Abraham de una tierra en heredad y un nombre fuerte entre las naciones empiezan a manifestar precisamente durante el reinado de David, tal como viene a dejar bien claro dicho salmo 89. Por otra parte, tampoco era sustitución del pacto del Sinaí de tiempos de Moisés. David y sus descendientes no quedaban exentos de los requerimientos de esa alianza. Muy al contrario, Dios los había escogido para ser, con respecto a Israel, instrumentos privilegiados en su instrucción y cumplimiento. En última instancia, el pacto davídico fracasó en el punto en el que o bien los descendientes de David o el pueblo de Israel concluyeron, inadvertidamente, que la relación de Dios con el rey era sustitutiva de su relación con el pueblo, o que las responsabilidades del pueblo podían ser asumidas por el rey. Toda visión acerca del liderazgo que conlleve una relación del líder con Dios a favor de los liderados o que tenga que asumir las responsabilidades que en realidad corresponden al creyente individual, no puede decirse que esté reflejando debidamente el patrón bíblico.

En ese mensaje de parte de Dios que llega a través de Natán se puede observar un desarrollo en cinco puntos. En primer lugar, Dios ya ha elegido y bendecido a David, siendo, en consecuencia, hecho instrumento en el contexto de una continuada elección y adopción de Israel. En segundo lugar, la elección de David para liderar a Israel conllevaba, asimismo, la de sus descendientes. En tercer lugar, la visión de David de un templo magnífico donde depositar el arca de la alianza iba a convertirse en algún momento en realidad, pero no por medio de David, sino a través de su hijo. En cuarto lugar, ninguno de los descendientes de David podía dar por garantizada su posición. Los que fallaran en el cumplimiento de sus responsabilidades recibirán oportuno castigo. El

factor padre-hijo de la relación con Dios, tal como se contemplaba en el pacto davídico, incluía una disciplina. En quinto lugar, a pesar de existir la posibilidad del fracaso individual, se mantenían inalterables las promesas eternas hechas por Dios. David, a través de sus descendientes, gozaría de una posición permanentemente significativa dentro del reino de Dios. Las consecuencias mesiánicas de este pasaje son algo obvio hoy día para los cristianos, pero se repiten, en cambio, en el Antiguo Testamento en otros textos, destacando muy particularmente Jeremías 33:14–17. El convencimiento de que llegaría el momento en que un “hijo de un descendiente de David” vendría a ser el Mesías por excelencia tiene su origen precisamente en este capítulo.

f. La importancia del factor “pasma” (7:18–29)

David no iba a ser, pues, el que edificara el templo, pero no ha de sorprendernos, en cambio, que se sintiera abrumado e incluso “pasmado” ante las brillantes perspectivas de futuro que se le ofrecían a sus ojos. Su oración en respuesta a tan gran honor hace las veces de resumen de lo ocurrido con anterioridad e incluso es posible que el texto como tal fuera editado en una etapa posterior. Sea como fuera, persiste ahí ese sentimiento de total anonadamiento y “pasma” que deja a David sobrecogido, y que le lleva a prorrumpir en exaltadas expresiones de gozo: “¡Cuántas maravillas ha dispuesto Dios para mí y mi familia! ¡Cuán grande es Dios y qué grandes cosas tiene preparadas para su pueblo! Ese factor de maravillada alegría, que prorrumpe en encendida oración, quizás sea algo que el pueblo de Dios necesite recuperar hoy día de nuevo. El respeto sobrecogido que David expresa al recapacitar sobre la intervención de Dios en su vida, consciente de la naturaleza de su gran poder y majestad, debería estar, asimismo, presente en los corazones de todos los que han experimentado la presencia y la acción de Dios en sus vidas.

La segunda parte de la oración de David, donde ruega a Dios que intervenga *según ha hablado* (25), no supone dudar del cumplimiento de lo prometido. Se trata, más bien, de un intento apresurado de dar con las palabras adecuadas para expresar los sentimientos que le embargan. David había recibido la promesa de que su nombre sería notable (9), y su ruego es que, en la realización de esa promesa, *el nombre del SEÑOR sea engrandecido para siempre* (26). Intuye que sus descendientes le pueden fallar y sin embargo, no quiere hacer un mundo de ello, pero su oración insiste en que *la casa de [su] siervo permanezca para siempre* (29), quizás con la esperanza de que el posible fracaso no llegue a convertirse en catástrofe. Al rogarle a Dios que obre conforme a la palabra dada, la oración de David viene a convertirse en precursora de la instrucción dada por Jesús a sus discípulos de rogar para que la voluntad de Dios sea hecha.

3. Guerra y paz (8:1–18)

a. Una victoria concedida por Dios (8:1–6)

En líneas generales, los autores de Samuel se ocupan de incidentes concretos y la

manera en que afectan a las personas en particular. Sin embargo, también era importante que esos incidentes fueran vistos a la luz de un contexto. Es por eso por lo que, en ocasiones, se dedican secciones concretas a poner en su debido entorno y perspectiva tanto personajes como acontecimientos y consecuencias.

Después de esto (1) – pero no se nos dice el qué y el cómo –, David, con la ayuda de sus fuerzas armadas, derrotó a los filisteos y a los moabitas, al rey de Soba y a los arameos, a los amonitas, a los edomitas y a los amalecitas. Forjó, además, diversas alianzas, como en el caso del rey de Hamat. Recibía también tributos obligados de las naciones a las que derrotaba y regalos voluntarios de sus aliados. La proporción de detalles acerca de todas esas conquistas es distinta según el caso, pero la brevedad es común a todas. El fin de todas esas reseñas es asegurarse de que el lector sea plenamente consciente de que Israel es ya una realidad indiscutible y firme. Los límites territoriales ya no están bajo amenaza y en precario. El temor y las incertidumbres, presentes en los primeros tiempos de la conquista, extensibles a la época de los jueces e incluso a los inicios del reinado de Saúl, eran ahora cosa del pasado.

La tierra prometida era ya una realidad. Y el pueblo de Israel empezaba ahora a darse cuenta de las riquezas que dicha tierra contenía. Las esperanzas concebidas por los ancianos de la comunidad al solicitar tener un rey se habían hecho realidad. La monarquía, al menos por un tiempo, estaba dando resultado: *el SEÑOR ayudaba a David dondequiera que iba* (6), referencia ésta probablemente añadida por el editor con el fin de hacer que el lector note la presencia activa de Dios en la instauración de Israel como nación. David podría haber sido el instrumento usado por Él, pero la victoria como tal era definitivamente del Señor.

b. Ganándose la paz (8:7–18)

Para que una nación tenga éxito ha de ganarse la paz igual que la guerra. Los últimos versículos del capítulo nos presentan, de forma aún más breve y sucinta, la estructura y dotación humana del gobierno formado por David. El factor clave es que éste tenía un interés especial en *administrar derecho y justicia a su pueblo* (15), lo cual podría llevarnos a constatar una gestión personal en el área legal. Pero, lo que cuenta es que se nos está informando de que no actuaba movido por un afán personal de beneficio y ostentación de poder, sino por el puro deseo de impartir justicia equitativa como servicio al pueblo y a Dios. Ningún líder puede funcionar bien sin apoyo y ahí encontramos la lista de las personas comprometidas con el nuevo régimen; listas que aparecen también en otras partes, siendo interesante notar el cambio progresivo de nombres según va pasando el tiempo. Como ejemplo, tendríamos 1 Reyes 4:3–4, donde se nos dice que Josafat siguió de cronista hasta bien entrado el reinado de Salomón, y que Benaía había sustituido a Joab en el mando de las fuerzas armadas. La combinación de continuidad e innovación es siempre factor importante en el desarrollo de una institución, iglesias incluidas. Sin cambios regulares en la organización, ésta puede fenecer, pero, sin un cierto grado de continuidad, no hay estabilidad. El problema suele

ser siempre tener que decidir quién deberá cambiar y quién permanecer para asegurar la necesaria continuidad.

No es sorprendente que en esas listas se mencionen los cabecillas de los ejércitos y los principales sacerdotes, pero quizás pueda sorprendernos la mención que se hace de forma regular del *cronista* como figura nacional significativa. En todo caso, es evidente que el registro histórico de los hechos se considera de capital importancia. El Antiguo Testamento muestra claramente en todo momento, y Samuel no es una excepción, que el Dios de Israel interviene de forma directa y personal en la historia. Era, a buen seguro, importante que el pueblo pudiera volver la mirada hacia el pasado y ver cómo Dios había ido obrando, tanto si había sido con bendición como si había reprendido en su furor. Nada podía aprenderse del curso de la historia sin los anales correspondientes. Las comunidades de creyentes de la actualidad tienen mucho que aprender de ello. La enseñanza bíblica se presenta en el contexto de la historia como tal recogida en las páginas de la Biblia. Como es lógico, es esencial tener una cierta comprensión de esa historia, si se desea lograr una correcta comprensión de su sentido. Los diferentes relatos registrados no son meras incidencias, sino parte esencial del mensaje. Pero, además, el cristiano puede beneficiarse asimismo, del análisis de la parte de esa historia que le afecta de modo particular, y ello tanto en el plano de la iglesia corporativa como de las comunidades individuales. Puede que Dios no esté obrando, ni vaya a hacerlo en el futuro, de la misma manera que lo hizo en el pasado, pero podemos beneficiarnos de las lecciones que se desprenden de hechos ya ocurridos. Pero eso sólo podrá lograrse teniendo algún conocimiento de los mismos. ¡Tal vez fuera una buena idea seguir haciendo registros de esa misma clase!

La referencia que se hace a los hijos de David como sacerdotes es un tanto confusa y la versión en lengua inglesa NIV puede estar en lo cierto al interpretarlo como una función de *consejeros reales* (*ministros principales* en la BA, *príncipes* en la versión RV, ambas en lengua castellana) (18). La distinción, sin embargo, está clara entre el oficio de Sadoc y Abimelec y el de los hijos de David, y no hay prueba alguna de que ninguno de los hijos de Salomón tomara parte activa en las actividades tradicionales de los sacerdotes. A David se le había asegurado que uno de sus hijos le sucedería en el trono, y puede que considerara una maniobra apropiada introducirlo previamente en la vida política desde temprana edad permitiéndole tomar parte en las decisiones de la corte. Sea como fuera, lo cierto es que el que David no consiguiera que fuera nombrado como heredero oficial al trono ninguno de sus hijos originó mayores problemas en una etapa posterior, y Absalón, por poner un caso, fue uno de los que encajó fatal no ser tenido en cuenta (2 S. 15:3–4). La formación de los líderes futuros es parte vital de la vida de comunidad, y son muchas las cuestiones presentes en todo el proceso que necesitan recibir atención de forma específica. No deja, pues, de ser un tanto especulativo sugerir que el uso que David intentó hacer de sus hijos en ese sentido fue una más de las muchas ideas que no llegaron a cuajar, pero ¡la posibilidad sigue ahí pese a todo!

4. Amigos y enemigos (9:1–10:19)

En el capítulo 9, se observa un retorno a un estilo más animado de escribir, centrándose de forma particular en los incidentes individuales y en los distintos personajes. El conjunto de las historias presentadas tiene que ver en su mayor parte con el desarrollo de la vida en la corte y alrededor suyo. Hay, además, una gran similitud entre el modo en que están escritas esas historias, y es muy probable que los capítulos que van del 9 al 25, ambos inclusive, formen parte de un mismo documento. Se ha sugerido que el principal centro de interés de estos relatos está en la sucesión. Al lector se le plantea el interrogante de saber cuál de los hijos de David será el próximo rey. Pero no todos los relatos tratan sobre ello, y ese hecho podría obedecer a un deseo de continuidad en el marco de un interés general en las luchas por el poder y su naturaleza misma.

a. Manteniendo las promesas (9:1)

La primera de esas historias introduce de nuevo el tema de la relación de David con la familia de Saúl. Hay una cierta carga de ambigüedad en el relato y la historia se narra sin comentario editorial alguno. De hecho, podría leerse como una maravillosa historia ilustrativa de la compasión de David y su cumplimiento de la promesa hecha a Jonatán de cuidar de su familia, si bien parece haberle llevado a David un tiempo excesivo acordarse de lo prometido. Podría verse también como demostración de la capacidad política de David, tratando de conseguir el apoyo de antiguos partidarios de Saúl procedentes de las tribus del norte. Y cabría, por qué no, interpretarla como paradigmática del carácter impulsivo y generoso de David, incapaz de contenerse cuando le viene una idea, pero sin tener siempre la paciencia y la disciplina necesarias para llevarlas a efecto una vez pasado ese primer impulso. Por otra parte, además, es más que probable que haya ahí diversos factores más en juego, y ni la probable motivación política ni un anterior descuido en la obligación tienen por qué dañar el cuadro de pura generosidad que ahí se nos presenta.

Dada la cantidad de tiempo transcurrido desde la muerte de Jonatán y la naturaleza en vida de su relación amistosa, parece un tanto extraño que David no tenga aparentemente conocimiento de la familia aún presente de Jonatán. Pero, lo cierto es que no era insólito en el antiguo Oriente Próximo que se matara a todos los familiares relacionados con el régimen anterior con motivo de la subida al trono de un nuevo rey. Es muy posible que los que cuidaran de Mefiboset hubieran mantenido secreta su supervivencia y su paradero. De hecho, los vinculados a Saúl habían sido dejados en relativa paz, y las tierras de la familia seguían siendo cultivadas por su mayordomo correspondiente, Siba, quien, en el curso natural de las cosas, había llegado a hacer una sólida fortuna propia. A la vista, pues, del posterior encuentro entre Mefiboset y Siba (16:1–4; 19:24–30), se intuye una posible revelación del paradero de Mefiboset por parte de Siba con la esperanza de que desapareciera de escena definitivamente y con él sus derechos sobre la hacienda que Siba consideraba suya. Que no lo mencione de forma directa por su nombre, junto con esa intencionada referencia a su minusvalía

física, podría indicar un desprecio hacia su persona por parte de Siba. El editor, una vez más, no emite juicio, si bien esa referencia directa al crecido número de hijos y siervos de Siba (10) podría poner en duda la bondad de sus verdaderas intenciones. Hay una breve mención en el versículo 4 de un hombre llamado Maquir, que vuelve a hacer su aparición más adelante en un papel más significativo. Parece ser, pues, que las referencias a los distintos personajes que van apareciendo, nunca son accidentales o gratuitas.

b. Aprendiendo de los que nos precedieron (9:2–13)

La historia es muy simple. David busca a la familia de Jonatán. Siba le ayuda a encontrar a Mefiboset. David le hace entrega de las tierras que le pertenecían por derecho familiar y le da la bienvenida a palacio como un miembro más de su propia familia. Pero eso no es todo. La impresión que se tiene es que el autor llama nuestra atención sobre un cierto número de cosas. En primer lugar, que Mefiboset no representa amenaza alguna para David, y ello tanto por el hecho de que es cojo, como porque, al igual que su padre, está más que dispuesto a reconocer a David como rey y a mostrarle su respeto (6). La referencia a sí mismo como *un perro muerto* (8) nos recuerda la descripción que hace David de sí mismo tiempo atrás (1 S. 24:14; 26:20), cuando trata de convencer a Saúl de que no es una amenaza para él. En segundo lugar, Mefiboset es tratado como un hijo por David, al igual que lo había sido él mismo por parte de Saúl. Es difícil no ver unos nexos de unión con Saúl totalmente intencionados. David, al dar la bienvenida a palacio a Mefiboset, está imitando las acciones positivas de Saúl, y, al no tratarle como una amenaza en potencia, sino accediendo incluso a permitirle gestionar la herencia paterna, está evitando caer en el ejemplo negativo de Saúl. El lector va siendo llevado a la conclusión de que, quizás, y a diferencia de Saúl, David era un buen rey después de todo. El lector actual puede concluir por lo tanto, que es un buen ejercicio reflexionar acerca del comportamiento y los distintos enfoques de personajes tan lejanos en el tiempo, buscando imitar lo bueno, evitar lo malo y establecer nítidamente la diferencia entre los dos.

Mefiboset podría haber sido considerado como un enemigo, sin embargo, fue tratado como un amigo digno de consideración. Como contraste, el capítulo 10 cuenta la historia de David tratado como un enemigo cuando su intención era justo la opuesta. Los editores parecen haber querido colocar esos capítulos contiguos al capítulo 11, donde Urías, que había dado sobradas pruebas de su lealtad, es traicionado por David. Establecer las diferencias entre amigos y enemigos, reconocer la necesidad de hacer amigos de los enemigos y encontrar el modo de hacerlo son, en su conjunto, las habilidades clave para cualquier líder nacional que aspire a gobernar de forma estable.

David contaba con todas esas capacidades, pero no siempre las usó. Está, pues, empezando a perfilarse el cuadro de David como personaje atractivo y muy dotado, pero poseedor, asimismo, de un cierto número de graves defectos. La impresión es que se le está pidiendo al lector no tanto que decida si ha de clasificarse a David en última instancia como bueno o como malo, sino más bien que acepte la presentación realista

de un hombre bueno y malo, un hombre, en definitiva, que podía ser usado por Dios. Como en efecto, así ocurrió.

c. ¿Pueden ser dejados a un lado los viejos agravios? (10:1–5)

La relación exacta entre Israel y Amón en ese momento es un tanto oscura. Lo último que habíamos sabido de Nahas se remontaba a la tremenda derrota infligida por Saúl en Jabes de Galaad (1 S. 11). La naturaleza concreta de la *bondad* mostrada hacia David y el momento en que ocurrió sigue siendo un misterio. Pudiera ser que Nahas ayudara a David en cierta ocasión por ver en él a alguien que tenía igualmente por enemigo a Saúl. David había decidido que había llegado el momento de olvidar viejas rencillas y, una vez más, al igual que en el capítulo 9, recompensar la bondad mostrada por el padre haciendo del hijo un amigo. Y con esa intención, extiende una mano amiga a Hanún hijo de Nahas. Imposible, pues, no ver ahí un ejemplo de cómo dejar a un lado viejos agravios para poder forjar nuevas amistades. Pero, al igual que otros muchos contendientes en épocas modernas, y como Joab (2 S. 3:22–28), los consejeros de Hanún no son capaces de olvidar el pasado. No podían creer, en modo alguno, que David no escondía otras intenciones, y en el contexto del antiguo Oriente Próximo esas sospechas estaban, hasta cierto punto, justificadas. Pero el caso es que ahora esa suspicacia suya va a pasarle factura a ellos y a la nación entera.

El gesto de Hanún de raparle media barba a los mensajeros de David, rasgando en dos sus vestiduras, no deja de ser una broma pesada y de mal gusto desde el punto de vista del Occidente actual. Pero es importante no subestimar el grado de humillación infligido y la naturaleza misma de la ofensa sufrida por la delegación enviada por David con tan buena voluntad. Son muchas las culturas en las que la barba es signo de pertenencia al mundo adulto y plena masculinidad; ser obligado a afeitarse era, en consecuencia, algo totalmente degradante. La vergüenza de la afrenta pública, unida a la ruina de sus ropajes – teniendo en cuenta que era más que probable que no hubieran llevado consigo otras de repuesto dada la corta distancia que los separaba –, era algo ciertamente duro de soportar. Con independencia de si la inmadura reacción de Hanún ante las sospechas de sus consejeros es de propia cosecha o si fue por instigación de ellos, lo cierto es que no puede ser juzgada sino como agresión deliberada sin provocación: clara y evidente declaración de inicio de hostilidades.

Siempre es duro aceptar el rechazo de un gesto amistoso que ha supuesto, además, un desembolso considerable. Si los motivos de David eran puros, y el texto parece confirmarlo, entonces su reacción al enterarse del rechazo y el escarnio de su delegación es algo comprensible.

d. Las acciones agresivas tienden a ir en aumento (10:6–19)

La reacción desmesurada de las fuerzas amonitas indica que la acción de Hanún no formaba parte de un plan deliberado para declarar la guerra. Sin embargo, al enterarse de lo ocurrido, los generales del ejército se dan cuenta del alcance de lo ocurrido y

pasan de inmediato a aprestarse para una acción de repulsa y defensa. Se contratan, incluso, efectivos mercenarios entre los países vecinos, y el total de las fuerzas militares se reúnen en un mismo lugar a la espera de entrar en acción. Lo cierto es que David parece haber actuado entonces más en respuesta a ese intenso despliegue militar, que por razón de la ofensa recibida. El capítulo como tal nos ofrece una clara demostración de la manera en que los intentos por evitar de forma anticipada una derrota pueden derivar en una escalada del conflicto, siendo, paradójicamente, el resultado definitivo la derrota tan temida.

La noticia de la lucha que sigue y la derrota conjunta de los mercenarios amonitas y arameos proporciona evidencia abrumadora de las dotes militares de Joab. Según parecen apuntar todos los indicios, el caudillo arameo, Hadad-ezer, vio en esa derrota de los mercenarios contratados una amenaza para la credibilidad de la totalidad del aparato de guerra arameo, procediendo entonces a movilizar más tropas que, a su vez, son derrotadas. Con David como rey y Joab como general, Israel era prácticamente invencible, algo que las fuerzas de la oposición también acaban reconociéndolo. Los arameos deciden que, fuera cual fuese la cantidad que percibían de parte de los amonitas, no era suficiente, y los distintos grupos que habían sido vasallos de Hadad-ezer cambian su enseña poniéndose al servicio del régimen de David. Es muy posible, además, que el editor no sólo esté dejando constancia de la supremacía de Israel en aquellos momentos, sino que, asimismo, esté mostrando la naturaleza transitoria y mudable de esa clase de preponderancia militar. Toda ayuda que pueda comprarse estará probablemente siempre disponible al mejor postor.

Es más que probable que el fallo de David al no poner coto a los excesos militares de Joab en los capítulos 3 y 11 tenga en su raíz un reconocimiento excesivo de la efectividad militar de Joab como mano derecha suya en los conflictos. No cabe duda alguna de que Joab era fiel a los israelitas y un gran general. Sin embargo, las palabras que pronuncia en 2 Samuel 10:12 tienen una cierta ambigüedad. ¿Está Joab dando por sentado que *lo que es bueno a ojos de Dios* será su decidida victoria o no? Tal vez sólo fuera un recurso psicológico, usado para animar a los hombres a luchar con coraje en la seguridad de que el Señor está con ellos. En el curso de la historia, han sido muchos los caudillos militares que han utilizado el lenguaje religioso para estimular a las tropas, y ello a pesar de que tuvieran escasas o nulas convicciones religiosas. Es muy posible, pues, que Joab compartiera el convencimiento de David de que lo que contaba era el servicio a Dios, pero los términos empleados plantean serias dudas acerca de esa fe suya tan aparente. El capítulo en sí se centra más en Joab como director de la campaña, que en el propio David, y es muy posible que sea adrede con el fin de preparar la introducción a la siguiente serie de historias e incidencias en torno a Jerusalén.

David, ¿sin control?

2 Samuel 11–13

1. Adulterio y asesinato (11:1–27)

a. ¿Cuándo un rey deja de ser rey? (11:1–2)

No cabe duda de que el autor está diciendo algo importante en 11:1. Cuando *los reyes salen a la batalla... David permaneció en Jerusalén*. La impresión que se tiene es que David era un hombre movido por grandes pasiones de muy corta duración. Inigualable a la hora de poner en marcha un proyecto, no daba, en cambio, la medida para mantenerlo. Muy capaz como soldado, prefería antes pelear si vislumbraba una ventaja segura, que luchar contra la adversidad. Tras haber logrado la supremacía, y siendo la victoria prácticamente un hecho cierto en las batallas restantes, David parece haber perdido todo interés en la lucha. Joab era, sin duda, un general excepcional y, de entrada, no puede extrañarnos que se delegara en él toda responsabilidad militar, de modo y manera que David pudiera concentrarse entonces en los asuntos propios de la corte. Decisión, pues, aparentemente sensata se mire como se mire. Aun así, ha de recordarse que la principal función de un rey en ese período era la de gobernante militar. Saúl había sido nombrado rey con esa premisa en mente como primera necesidad y con el propósito muy definido de conjurar la amenaza filisteá. Ése había sido precisamente el cometido heredado por David. La amenaza podía haber disminuido e incluso cambiado de forma, pero seguía ahí. Al quedarse en la corte, David no estaba actuando como tal rey. ¿Se le subió el poder a la cabeza? La historia que viene a continuación no contribuye precisamente a tranquilizarnos. Cuando los líderes empiezan a contemplar su liderazgo en términos de estatus y categoría, y no como obligaciones y tareas a realizar, es más que probable que empiecen a fracasar y acaben por dejar de ser, en el auténtico sentido del término, líderes auténticos.

Pronto empieza a ser evidente, pues, que, al quedarse en palacio, las obligaciones no era precisamente lo que agobiaba a David. Al atardecer, justo en esos momentos en los que el día deja de asfixiar con sus calores y la noche no se ha hecho todavía dueña de todo, David se levanta de la siesta y vaga por las terrazas del palacio contemplando sus dominios. Su mirada se detiene entonces en una hermosa mujer, probablemente considerada como tal, en razón de la distancia, por su figura más que por su rostro. No hay nada en el texto que nos lleve a inferir que Betsabé estuviera ahí intencionadamente tratando de atraer o seducir con su comportamiento a un David incauto e inocente. Ella se encontraba en su propio patio, donde era razonable contar

con un mínimo de intimidad, y estaba llevando a cabo el baño ritual preceptivo tras haber finalizado su menstruación. Parte de la razón de que se nos informe al respecto es dejar bien claro que no podía haber estado embarazada antes de tener relaciones sexuales con David.

b. Lealtad y deslealtad: ¿quién era en realidad el siervo fiel del Señor? (11:3–13)

David desea, de repente, a esa mujer. Se entera de quién es, envía en su busca, se acuesta con ella y la despide. Ésta es la descripción somera no de una gran historia de amor, sino de una sórdida cita de un día. No sabemos si Betsabé se prestó de buen grado a todo ello. De hecho, el texto como tal no indica si se sintió halagada por la deferencia de David como hombre o se vio obligada a aceptar la imposición del rey. El autor tampoco juzga la posible culpabilidad de Betsabé, pero de lo que no cabe duda es que David es considerado responsable. Que Betsabé estuviera dispuesta o no, en nada afecta a la magnitud de la culpa de David. Él sabía bien que Betsabé estaba casada. Sabía también que su marido era un soldado valiente y fiel, que en esos momentos se encontraba lejos de casa, de servicio en el ejército. Eso suponía desembarazarse de un obstáculo en el camino de su deseo, y la cuestión de la lealtad no parece haber sido tenida en consideración. David se estaba comportando como si su deseo y voluntad fuera lo único que contara. Deseaba a Betsabé y se limitó simplemente a tomarla para sí. Sus obligaciones y responsabilidades con respecto a otros y a Dios y Su Ley fueron flagrantemente ignoradas. La naturaleza apasionada de David, su entrega en cuerpo y alma a lo que le interesase en determinado momento, tan beneficiosa en el caso de servir a Dios, pasaba ahora a ser usada para satisfacer su lujuria. En la medida en que nos es posible juzgar, en cuanto Betsabé salió del palacio, David apartó el incidente de su cabeza y lo habría incluso olvidado por completo, – de no haber sido por un detalle muy particular, Betsabé estaba esperando un hijo suyo.

Se podría pensar que el interés que muestra David al tener noticia de ello es algo a su favor, pero no hay evidencia alguna de arrepentimiento por su parte ni reconocimiento de culpa en su acción. Lo único que le importa es evitar las consecuencias tanto para Betsabé, como, y muy particularmente, para él mismo. Si pudiera conseguir que Urías regresara a su casa, todo el mundo pensaría que el hijo era suyo. Ésa habría sido, ciertamente, una solución excelente. El problema es que Urías era un hombre que se tomaba muy en serio sus obligaciones con el rey, con sus hombres y, sobre todo, con Dios. El relato adquiere, a partir de ese momento, unos tintes dramáticos que hacen presagiar un triste final. Ni siquiera en estado de embriaguez olvida Urías sus principios. David podía haberse apropiado de su esposa e incluso, quitarle la vida, pero no estaba en modo alguno en su mano despojarle de su integridad. El contraste con David no podía ser más acusado. Urías el hitita³ era más fiel israelita que David, rey de Israel.

c. Un tupido entramado de engaño y pecado (11:14–17)

La siguiente acción de David es completamente inconcebible. Todo el que haya seguido los pasos y evolución de David tendrá una idea aproximada de él como una persona de naturaleza generosa, preocupado por los hombres bajo su mando y entregado a Yavé. Y, pese a todo, no va a tener ahora escrúpulo alguno en ordenarle a Joab que haga cuanto sea necesario para poner al inocente e inadvertido a Urías en un puesto tal que resulte muerto en combate. Tan embebido estaba en su problema que David pierde todo sentido de la proporción y la justicia. Ese abuso de poder se nos revela tan grande, sino aún más, que la inveterada desobediencia de Saúl. Y, como no podía ser menos, surgen ahí toda clase de interrogantes. ¿Iba a seguir David el mismo camino que Saúl? ¿Podría seguir siendo visto como hombre y como rey conforme al corazón de Dios, tal como había sido en un principio (1 S. 13:14)? ¿Se había convertido su deseo de ser personaje importante en algo más grande que su voluntad de servir a Dios?

d. Siempre es bueno precaverse frente a consecuencias impensadas (11:18–27a)

El capítulo 12 nos proporciona al menos un inicio de respuesta a algunas de esas cuestiones. Pero antes hay que ocuparse de la noticia de la muerte de Urías. Merece la pena, en este caso, reflexionar previamente acerca de la inmensa habilidad del narrador. Lo que se nos ofrece ahí roza la genialidad, y no sólo por la vívida y evocativa cualidad del texto, sino por la maestría y profundidad concedida al retrato de los distintos personajes, las circunstancias que los rodean, las consecuencias de sus acciones y las implicaciones de los acontecimientos, todo lo cual queda magistralmente ejemplificado en una sección de muy reducidas dimensiones. Los hechos y la situación se han registrado de forma directa y sencilla. Joab recibe el comunicado de David, envía a Urías a una clara misión suicida, y despacha, acto seguido, a mensajeros que informen a David de lo ocurrido. David se entera de las noticias, envía respuesta de aprobación y, tras dejar transcurrir un tiempo, se casa con Betsabé, poniéndose así punto final al incidente.

Como consecuencia de todo ello, el cuadro general se nos presenta notoriamente ampliado por esa historia. Nos enteramos de que David se preocupaba sobremanera de la suerte de sus hombres, y que era opuesto a las misiones suicidas, siendo la mano prudente que sujetaba la impulsiva de Joab. De todo lo cual se desprendía que David era, en efecto, un buen rey. Tan penoso incidente tenía que ser considerado, pues, como una aberración por su parte, y así era como lo veía Joab, lo cual no hacía sino confirmar la impresión que teníamos de ese general de excepción. Guerrero esforzado, ciertamente más preocupado por la victoria que por las personas; hombre, además, duro que no tenía problema alguno en pasar a la acción en beneficio de David o propio, aunque ello pudiera suponer forzar la ley o incluso trasgredirla; individuo acostumbrado a campar por sus respetos, más feliz manipulando a los demás – puede que David incluido –, que sujetándose a las normas, adaptando muy bien las circunstancias a sus propios fines. Pero ahora ya sabemos que toda acción tiene sus consecuencias. Es

posible que David no previera el curso que podrían tomar los acontecimientos, y el complejo mensaje procedente de Joab indicaba plena conciencia de que muy probablemente ése era el caso, pero Urías no iba a ser la única persona que iba a morir por la petición de David. Otras mujeres perdieron allí también a sus maridos, y hubo padres que se quedaron sin hijos. En circunstancias normales, esas muertes por completo innecesarias, y que en nada iban a influir, en el desarrollo global de la campaña, para acelerar su final, habrían provocado a ira a David. En este caso en concreto, no sale, en cambio, ni un solo reproche de su boca. Todo es aceptación y palabras de ánimo. La conclusión lógica es que David ha traicionado a sabiendas sus propios principios. Otra consecuencia más, percibida por Joab con su conocimiento del carácter de David, es que aquél tenía ahora un cierto poder sobre él. No era tanto que Joab fuera a revelar el pecado de David, sino que David no iba a poder imponer siempre su criterio. No era hipócrita por naturaleza y habiendo sido cómplice en sus excesos, le iba a ser difícil refrenarlo o argumentar con él. Eso venía a querer decir que David no iba a ser el único en sufrir por no tener ya autoridad moral para poner límites a la desmesura de Joab.

Tenemos noticia de que Betsabé hizo duelo por su marido. Hay, de hecho, una referencia explícita a ello, junto con un comentario acerca del período ritual de luto. Betsabé lloraba a Urías. Había sido un buen soldado y un buen hombre, y su muerte no pasó desapercibida o sin llanto y lamentos. Únicamente David y Joab sabían que tenía que ver con algo más que una baja en combate. Betsabé hace duelo por el esposo muerto como si se tratara de la desaparición de un héroe, no de una víctima, y no se nos da razón alguna para duda de la sinceridad de su dolor. Esa pena genuina confirmaría su renuencia a hacer lo que se le pide en el versículo 4, si bien es posible que ella, al igual que David, no previera las consecuencias de su acción. Una vez muerto Urías, en un probable gesto de generosidad por parte de David, el rey la toma por esposa, reconoce al niño como suyo y, según todas las apariencias, da el tema por zanjado.

e. Los resultados que nos satisfacen no satisfacen necesariamente a Dios (11:27b)

Muchas de las narraciones de los libros de Samuel nos presentan asuntos y situaciones sin añadir comentario editorial alguno. De hecho, se suele dejar al lector que saque sus propias conclusiones y juzgue por sí mismo. Sin embargo, en este caso en concreto no cabían posibles alternativas. El capítulo concluye con un comentario específico: *Lo que David había hecho fue malo a los ojos del SEÑOR*. No se matiza, sin embargo, si esa desaprobación era por una dejación de responsabilidades al permanecer en Jerusalén y no desplazarse al frente, por el adulterio, el homicidio, o por el abuso de autoridad y poder. De lo que no puede caber duda alguna es de que David, siendo el rey y contando con las promesas eternas que Dios le había hecho, ni estaba por encima de la Ley ni podía permitirse actuar como si lo estuviera. Todos los seres humanos, sin excepción, y muy particularmente en el caso de los líderes, somos responsables ante Dios de nuestras acciones y en consecuencia debemos, asumir esa

responsabilidad. Ni uno solo de nosotros, por muy bendecido que haya sido por Dios, por muy dotado que pueda estar, por elevado que sea su estatus y por mucho que haya podido ser utilizado por Dios en el pasado, puede dormirse en los laureles y dar por sentado que todo vale y todo le va a ser permitido.

2. Condena y castigo (12:1–31)

a. Dios nos trata como a seres individuales (12:1–4)

Frecuentemente, cuando llega un mensaje de condena suele ser bastante explícito. Así, por poner un caso, estaba claro para Elí desde el principio lo que Dios le estaba diciendo, y ello tanto si le llegaba por el profeta como si era a través del joven Samuel (1 S. 2–3). Pero, cuando Natán fue enviado a David para que le transmitiera un mensaje de juicio, lo hizo de manera muy distinta. Empieza contándole a David una historia. No era algo insólito en la época servirse de la ficción para presentar un caso paradigmático de una situación real. Joab y la mujer de Tecoa utilizan idéntica técnica en 2 Samuel 14. David tuvo que darse cuenta enseguida de lo que eso significaba, y ello aun asumiendo que se trataba de un caso de oficio sometido a juicio. Como director del departamento de justicia, David tenía que estar ya muy acostumbrado a enfrentarse a multitud de casos diversos y no ha de sorprendernos que no relacione entonces la presencia de Natán con su propia circunstancia. De las Escrituras se desprende, sobre todo en el caso de los profetas, que Dios trata a las personas de forma distinta según los diversos casos y circunstancias. Dependiendo del receptor, del contexto y del fondo del mensaje, se aplicarán diferentes métodos, en diferentes momentos, según convenga al caso. Hay una lección para ser aprendida por todos en particular si sentimos que nos incumbe comunicar un mensaje que el receptor no va a recibir de buen grado. Podría ser el caso que la ausencia de reacciones positivas fuera el resultado de nuestro fracaso en no descubrir el mejor método de comunicación y no una negativa rotunda a escuchar lo que tengamos que decir. Y pudiera ser también que tuviéramos que invertir igual cantidad de tiempo en oraciones y reflexión respecto a nuestra forma de comunicar el mensaje que la empleada en decidir si realmente necesita ser comunicado – al menos en lo que a nosotros se refiere –.

En este caso en particular, parece ser que lo que trataba de dilucidarse era qué castigo debería aplicársele a David. Lo realmente importante era que tanto él como el pueblo – e igualmente todos los posibles lectores del texto – tomaran conciencia no sólo de la conducta reprobable de David, y que Dios no iba en manera alguna a tolerarlo, sino, asimismo e igualmente, por qué razón era tan inaceptable y condenable. La fábula se narra de forma sencilla en tan sólo tres versículos (2–4). Un avaro hombre rico se ve en la necesidad de proveer alimento para un viajero inesperado, pero, en vez de sacrificar uno de sus animales, se apropia de la única y muy querida ovejita de su pobre vecino. Proveer hospitalidad a los viajeros que van de paso era algo considerado una obligación mancomunada del pueblo, de ahí que el hombre rico pueda convencerse a sí mismo de que no había norma alguna que le obligara a él, y no al vecino pobre, a

dar su animal. Pudiera ser, claro está, aunque el texto no lo deja claro, que el vecino pobre no tuviera inconveniente en ofrecer su ovejita, aunque ello supusiera quedarse sin nada, y también que fuera siervo del hombre rico y no tuviera otra elección. La información que se nos da es escueta y, como ocurre con todas las parábolas, no es necesario tratar de averiguar todos los detalles. El núcleo principal está suficientemente claro.

b. Es importante que reconozcamos la gravedad de nuestras ofensas a Dios (12:5–10)

David capta de inmediato la mezquindad y conducta abusiva tan evidentes en la historia, y la sola idea de que haya podido ocurrir algo así en su reino le solivianta y enfurece sobremanera. Estaba convencido, además, de que Dios desaprobaba semejante comportamiento. El que hubiera actuado de esa manera era merecedor del castigo más severo. Con su proverbial desmesura de carácter, invoca la pena de muerte aunque la multa correspondiente por ley sería el pago cuádruple del valor de la ovejita (no gran cosa para el hombre rico, pero un coste desorbitado para el hombre pobre). La réplica de Natán, con ese escueto “*Tú eres aquel hombre*” debió ser un fuerte golpe para David, pero la historia le habría preparado para oír el juicio de Dios al respecto. Su prácticamente inmediata comprensión de lo que Natán estaba diciendo pudiera indicar que la conciencia ya le estaba diciendo algo. ¿Estaremos nosotros dispuestos de igual manera a oír lo que de desagradable pueda haber en nuestras vidas y reaccionar en consonancia?

David era culpable de adulterio y de homicidio – tal vez sería difícil demostrar que era responsable de un asesinato, pero no pueden ahora caberle dudas de que así era como lo veía Dios. Es fácil condenar delitos de esa clase, pero la historia a la que se recurre pone de manifiesto que el abuso de poder por parte de del rico y las acciones de David eran igual de aborrecibles para Dios. Dios le había concedido muchas cosas a David y sin embargo éste creía tener derecho a seguir tomando cuanto se le antojara. Al trasgredir la ley, no sólo estaba manifestando su desprecio a la palabra de Dios, sino que menospreciaba a Dios mismo al dar a entender que no era suficiente lo que le había dado. Aquel al que se le había concedido el privilegio de una relación especial con Yavé, le escupía ahora al rostro. La enormidad del pecado de David se he hace, por fin, evidente. No sólo ha pecado contra Betsabé y Urías, que ya habría sido cosa grave, sino que había ofendido y pecado *contra el SEÑOR* (13). Con su acción había demostrado tener en muy poca consideración la palabra divina. El resultado de su acción es que “*la espada nunca se apartará de [su] casa*” (13). El libro de Reyes, que contiene la historia de la monarquía tras la muerte de David, puede considerarse como la confirmación escrita de la continua tensión entre esa predicción y la promesa hecha por Dios en 7:15 “mi misericordia no se apartará de él”.

c. Las consecuencias pueden tener un alcance inesperado (12:11–15)

Ya hemos visto las consecuencias inmediatas de la conducta de David, incluido el inútil sacrificio de unos buenos soldados y el creciente poder de Joab sobre David. Pero ahora empiezan a hacérsenos evidentes sus efectos. David ha cometido adulterio y es culpable de homicidio indirecto, y su conducta suponía ahora que esa infidelidad, unida a la violencia, se convertirían en norma, si no en el mundo, sí en el seno de su familia y del pueblo de Israel. En esta sección, la distinción entre castigo y consecuencias queda difuminada.

La impresión que se tiene es que David no va a recibir un castigo directo por su pecado. Él mismo había dictado sentencia en el caso, pero las palabras de Natán "*El SEÑOR ha quitado tu pecado; no morirás*" (13b) nos dicen que la misericordia y la justicia van de la mano en la imagen de Dios que ofrece el Antiguo Testamento. Los castigos no siempre tienen lugar en la forma que la ley parece demandar. Quizás, la misericordia de Dios hacia David en este caso se nos ofrece en deliberado contraste con la falta de misericordia demostrada por el hombre rico en su trato del hombre pobre, o por David con Urías. Sea como sea, las consecuencias de las acciones de David sí van a ser algo evidente. Sus hijos seguirán su ejemplo y se verán asimismo, atrapados en la red del adulterio y la violencia. Sus esposas le serán quitadas y dadas a otros, y no como castigo directo por su culpa, sino como consecuencia imprevisible del hecho. Las Escrituras dejan claro que son muchos los casos en los que Dios permite que las consecuencias de nuestros actos sigan ahí, aunque pueda darse el caso de que haya personas que sufran por ello. El resentimiento y la rivalidad entre hijastros y hermanastros en matrimonios sucesivos, como era el caso de David, no son un castigo por esos matrimonios como tales, sino consecuencias naturales que no va a ser posible evitar. Amón, Absalón y Adonías son tres de los hijos de David que mueren en circunstancias violentas, y ello en incidentes que estaban, en una u otra forma, relacionados con el uso y abuso del poder. La totalidad de sus hijos, Salomón incluido, parecen haber aprendido más el mal ejemplo de su padre en saltarse la ley para propio beneficio, que no el bueno para cumplimiento de las ordenanzas y servicio a Dios. Hemos sido creados como seres humanos responsables y debemos asumir esa responsabilidad. El niño que muere atropellado por un conductor borracho no es un castigo, pero el niño seguirá muerto, los padres sufrirán horribilmente y el conductor tendrá que vivir con esa culpa toda su vida. Como en otras muchas ocasiones, David no había previsto las posibles consecuencias de su acción, pero no por eso dejaba de ser responsable. En ciertos aspectos, tener que vivir, y sufrir, las consecuencias de sus actos, fue para David peor castigo que la pena de muerte correspondiente.

Una vez más, el versículo 14 causa problemas a algunos lectores contemporáneos: *... por cuanto por este hecho has dado ocasión de blasfemar a los enemigos del SEÑOR, ciertamente morirá el niño que te ha nacido*. La diferencia entre el castigo y las consecuencias no es fácil de determinar aquí, pero, pese a todo, ha de mantenerse. La expresión traducida "*por cuanto*" en la BA no cumple esa función causativa en otros textos del Antiguo Testamento, y es muy probable que la idea de correspondencia exacta entre causa y efecto deba ser desechada en este caso. Ambos hechos, que David

ha actuado con desprecio del Señor, o provocado a los enemigos del Señor a despreciarle, y el que el hijo de David vaya a morir, aparecen juntos, pero dejando abierta la posible conexión entre ambos. Pudiera ser que la muerte del hijo recién nacido de David sirviera de lección a esos *enemigos del SEÑOR*. La conducta de David, como representante de Yavé, había llevado a los pueblos extranjeros a concluir que el Dios de Israel no se ocupaba de administrar justicia, permitiendo que su regente actuara como mejor le pareciera. La muerte del niño iba a demostrar que no era verdad. En su comprensión de las cosas, eso quizás pareciera un castigo justificable. De hecho, el momento de esa muerte podría ser coincidencia accidental, e incluso ser mejor para la criatura morir que tener que convivir con la tragedia de sus orígenes. Siempre va a ser posible sugerir soluciones en esa línea, que pueden servirnos para tratar de interpretar de forma adecuada un texto difícil, pero teniendo, en cambio, siempre bien presente su carácter puramente especulativo. Ese problema que persiste para nosotros puede que no lo fuera para la mentalidad antigua, y lo cierto es que el texto ni suscita ni se ocupa de tales cuestiones. Y tal vez, entonces, lo más apropiado sea no introducir cuestiones propias de la mentalidad moderna en un contexto en el que, muy probablemente, nunca llegaron a plantearse.

d. Dios actuará según su criterio y voluntad, pero eso no significa que no tengamos libertad para hacernos preguntas (12:16–23)

El comportamiento de David al caer enfermo el niño es descrito con un dramatismo que mantiene nuestra atención, y está claro que dejaba perplejos y atónitos a los que estaban a su alrededor. Para empezar, ¿por qué habría que preocuparse y angustiarse hasta ese punto por un niño? La mortalidad infantil era algo cotidiano y habitual en aquellos tiempos y David tenía ya otros hijos. Es posible, en cambio, que los más cercanos a él supieran algo de las circunstancias reales, y vieran también a Dios interviniendo en el castigo, pero sin valorar, en cambio, la necesidad de tanto ayuno y oración y dolor incontenible. No ha de extrañarnos, pues, que temieran comunicarle a David la muerte del niño, y que se quedaran estupefactos al contemplar cómo David daba por terminado su duelo y reanudaba su vida normal.

El autor ha querido que todo el mundo comprenda algo importante acerca del carácter de David y su manera de entender a Dios, su relación con Él y el carácter del propio Dios. David sabía que Dios no era un autócrata tirano, sino un Dios viviente, que se relaciona activamente con su pueblo, respondiendo a las oraciones y las situaciones según se van produciendo. Mientras la criatura seguía viva, era posible que Dios *[tuviera] compasión* (22) y se mostrara misericordioso como en otras ocasiones. Podría ser que aún hubiera otra forma de sufrir las consecuencias de su pecado, otro modo para demostrarles a los *enemigos del SEÑOR* cómo actúa Dios. En cambio, una vez muerto el niño, David acepta que no hay alternativa posible. Las oraciones y el ayuno ya no tenían razón de ser y David es capaz de dejar todo eso al margen y seguir adelante.

Las oraciones de David no suponían un intento de chantaje a Dios para obligarle a actuar de determinada forma, sino una manera de expresarle a Dios sus sentimientos,

tratando al mismo tiempo de conocer la voluntad de Dios. David reconoce que Dios es libre de actuar como bien le parezca y las oraciones humanas pueden llegar a formar parte de un proceso de decisión por parte de Dios. Hay ocasiones en las que lo adecuado es seguir orando, y hay otras, en cambio, en las que lo correcto es aceptar lo inevitable y seguir adelante.⁹ Lo importante es ver la diferencia entre ambos casos. David, en este aspecto, ya que no quizás en ninguno más de este lamentable episodio, es un modelo a seguir por los creyentes de otras épocas.

Cuando David dice *yo iré a él, pero él no volverá a mí* (23b) puede que esté expresando su firme creencia en la vida después de la muerte. Jesús no usa este incidente en su réplica a la cínica y malintencionada pregunta de los saduceos respecto a la mujer que había tenido siete maridos, pero sí deja patente que una cuidadosa lectura del Antiguo Testamento confirma la realidad de una existencia después de la muerte. Hay expertos y estudiosos que opinan que el desarrollo de una auténtica comprensión y creencia en la existencia de una vida tras la muerte tuvo un desarrollo bastante posterior dentro de la historia de Israel. La afirmación de David adquiriría entonces unos tintes proféticos, poniendo de relieve su confianza en una futura resurrección. Pero cabe también la posibilidad de que quisiera significar simplemente que él moriría, pero el niño ya no volvería a vivir nunca más.

e. El arrepentimiento es vital, pero no elimina las consecuencias de una acción (12:24–25)

No puede caber duda alguna de que David estaba genuinamente arrepentido, y los salmos 32 y 51 son buena muestra de ello. David lamentaba su acción y deseaba que no hubiera ocurrido, y no tan sólo porque deplorara las consecuencias, sino porque ahora comprendía lo que en realidad significaba “pecar contra el SEÑOR”. Pese a ello, lo ocurrido persistía, y David reconocía que, siendo posible el perdón, era imposible eludir el hecho y las consecuencias. Ahora se imponía empezar de nuevo a partir de ese punto, no desde el momento anterior a su pecado. Su comprensión de lo ocurrido y su fuerza de voluntad para seguir adelante son todo un ejemplo a seguir para los creyentes de cualquier época que se encuentren en situaciones parecidas de profundo pesar y arrepentimiento, ya que, por mucho que uno quiera volver al anterior estado de cosas, es muy difícil lograrlo, y no habrá más remedio que seguir adelante partiendo de la realidad y no del deseo.

Si David optara por rechazar entonces a una Betsabé viuda, sin hijos, y probablemente con pocas probabilidades de volver a casarse únicamente conseguiría complicar aún más las cosas. Es por eso por lo que David *la consoló*. Nace con el tiempo un nuevo hijo, al que ponen por nombre Salomón. El nombre alternativo, *Jedidías*, transmitido por medio del profeta Natán, significaba “amado de Dios”. Y fue con casi total seguridad visto por David y Natán como un reconocimiento tanto de que David podía ya dejar atrás su pecado, como que este hijo no sufriría, al menos de forma directa, las consecuencias de la falta de su padre.

No menciona que Salomón contara con un juramento que lo proclamara heredero

de David, y no sabemos si ello obedecía a una omisión, si el juramento es un invento conjunto de Natán y Betsabé para asegurar la sucesión de Salomón al trono, o si Natán, ya anciano, se había convencido a sí mismo de que el pronunciamiento de Dios a favor de Salomón, mostrándole su amor, era en sí una promesa de la corona. Existe el peligro para todos cuantos se han visto involucrados en la comunicación de la bendición de Dios, y también de su juicio, de aumentar o ver más en el mensaje de lo que realmente hay.¹²

f. Un fallo no tiene por qué anular toda una vida de servicio (12:26–31)

Los últimos versículos del capítulo 12 nos retrotraen al asedio de Rabá, del que ya tuvimos noticia en 11:1, con ocasión de la permanencia de David en Jerusalén. El episodio de Betsabé y Urías viene a quedar así como un paréntesis insólito en un momento en el que David debiera haber estado en el frente peleando contra sus enemigos, como era lo propio en un rey. Ese paréntesis debería verse quizás como una advertencia para no poner excesivo énfasis en un incidente aislado. Lo que sucedió en el intervalo tiene mucho que enseñarnos y no puede ser ignorado, pero no debería ser visto como el rasero por el que medir la vida de David y sus logros. El libro de Crónicas, donde el relato se concentra más en los progresos del reino que en la vida personal del rey, hace referencia a Betsabé como madre de los hijos de David, o a Urías, como valiente guerrero de su ejército.¹⁴ 2 Samuel 11:1 tiene su paralelo inmediato en 1 Crónicas 20:1, y 2 Samuel 12:31 en 1 Crónicas 20:3, pero los acontecimientos intermedios no son mencionados en absoluto. La referencia a Joab llevando al ejército al exterior, y a David dirigiéndoles de vuelta da a entender que algo sucedió entretanto, pero al Cronista no le pareció necesario, para sus propósitos con respecto al lector, saber en qué consistió exactamente. Carecemos, pues, de una percepción realista de los fallos de los siervos de Dios (nosotros también incluidos), pero debemos poner el máximo cuidado en no permitir que nos hagan perder la perspectiva.

Joab es un personaje que se nos presenta como poseedor de múltiples defectos, pero su habilidad militar y su lealtad a David quedan fuera de toda duda. Joab podría fácilmente haberse aprovechado de sus éxitos en Rabá para potenciar su propia plataforma de poder, pero, en lugar de eso, anima a David a que asuma sus responsabilidades y asegure la gloria de la victoria, e incluso el botín que se recoge va a parar también a manos de David. La habilidad del escritor para ofrecer retratos de los personajes, que son a un tiempo estudios objetivos y penetrantes de su personalidad, es verdaderamente magistral. No hay aspecto de su vida que pase por alto presentándose a un tiempo lo bueno y lo malo sin, al menos por el momento, emitir juicio. Las Escrituras evitan la tendencia a dividir a las personas en héroes y villanos, reconociendo en su lugar que incluso las faltas más graves no deberían ser desestimadas como si no tuvieran nada que aportar, y viceversa.

Los amonitas habían llegado a ser una potencia exhausta. La negativa de Hanún a aceptar el ofrecimiento de amistad por parte de David (2 S. 10:1) supuso un desastre para la nación, viéndose reforzada la lección de que las acciones siempre tienen

consecuencias. Saúl había perdido su posición por practicar el pillaje con los amalecitas. David, según parece, no fue reconvenido ni por retener el botín ni por dejar a las gentes con vida y utilizarlas en trabajos forzados. La diferencia radica en que el ataque de Saúl contra los amalecitas estaba sujeto a las regulaciones del *herem*, mientras que el ataque de David contra los amonitas no parecía estarlo. Las acciones que son en sí inapropiadas y suponen una clara contravención de la ley de Dios en determinada situación pueden ser en cambio aceptables en otra. Al lector se le reta una vez más a establecer la diferencia entre las dos. La desobediencia a Dios siempre merece condena, pero se debe quedar claro que el mandamiento que hace al caso es lo realmente aplicable aquí.

3. Delito, venganza y fracaso paterno (13:1–39)

a. ¿Qué es lo que realmente significa el amor? (13:1–3)

El relato de la violación de Tamar por Amnón es terriblemente realista, y se desarrolla como un drama. El joven que no puede contener su pasión; el cómplice *astuto*, con toda probabilidad también amoral; un padre indulgente que no es capaz de juzgar la situación y es crédulo en demasía; la hermana generosa e ingenua, deshonrada ahora y objeto inocente de la infamia. Los distintos personajes que intervienen están sacados sin embargo de la vida misma. Amnón, hijo mayor de David, *se enamoró, ... estaba atormentado... le echó mano... la violó... el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado*. Su primo y amigo, Jonadab, no vio inconveniente alguno en que consiguiera lo que deseaba y no duda en ofrecerle su ayuda. El subterfugio al que se recurre deja bien claro que ambos sabían muy bien que estaban obrando mal. No se trataba de un impulso irresistible que busca satisfacción en la ofuscación del momento, sino de una trampa concebida en todos sus detalles para hacer caer en ella a una joven indefensa. Pero ellos ni por un momento se plantean cómo va a afectar eso a la muchacha, algo que ni siquiera se les pasaba por la cabeza. Amnón estaba siguiendo, en cierto modo, los pasos de su padre. Veía algo que le gustaba y lo tomaba sin más. Las repercusiones del pecado de David seguían haciéndose notar. La idea de consultar a su padre si podía casarse con Tamar no parece siquiera habersele ocurrido a Amnón. Lo que quería era acostarse con ella, y no estaba interesado en absoluto en otro tipo de relación. Se nos informa que Amnón *se enamoró de ella*, pero, a la vista de lo que sucedió, su idea del amor no guardaba relación alguna con el modelo de amor que Dios manifiesta a su pueblo y que Él esperaba de las relaciones que las gentes tuvieran entre sí. Amnón no evidencia síntoma alguno de amar a Tamar *como a sí mismo*.

b. Los peligros de la indulgencia (13:4–9)

El plan de Jonadab estaba muy bien pensado. Al igual que el autor, conoce bien la mente humana y cómo reacciona. Sabe que su tío David va a ser indulgente con Amnón,

sobre todo si parece estar enfermo. Como Tamar no iría de forma espontánea a las habitaciones de Amnón, está claro que hay que tramar un plan. Al igual que sucede hoy en numerosas culturas del Oriente Próximo, es muy probable que a Tamar no se le hubiera permitido siquiera visitar a Amnón en sus aposentos privados. Sin embargo, Jonadab predice con toda la razón que puede convencerse a David para que haga una excepción. Tal como posteriormente Jesús señaló en relación al descanso del sábado, las reglas se hicieron para beneficio del hombre, no para perjuicio suyo, y hay ocasiones en las que está indicado desestimar la norma en pro de un bien mayor. La experiencia de David al respecto, cuando Ahimelec le hizo entrega del pan consagrado para alimentar a sus hombres, queda respaldada por las palabras de Jesús.²¹ Las reglas pueden ser dejadas a un lado, pero existen porque tienen un propósito y la autoindulgencia no es razón válida para hacer una excepción. El fallo de David no había radicado en contravenir la norma, pero es evidente que su fácil disposición hacia su hijo fue la causa de un perjuicio enorme para su hija. Es frecuente hoy en día que la Iglesia caiga de una u otra forma en una trampa. O bien nos negamos a no aplicar excepcionalmente alguna norma, en actitud pura y netamente legalista, aun siendo evidente el beneficio para todos los afectados, o vemos en cada norma una intromisión intolerable en nuestro derecho a decidir con plena y absoluta libertad y las obviamos para beneficio y placer de todos y cada uno. En ambos posibles casos, sucede que ignoramos o no pensamos en las consecuencias. Pero es tan importante para nosotros hoy, como lo fue para Amnón y para David en su momento, admitir y asumir las consecuencias y responsabilidades de nuestros actos. Si David hubiera accedido a la petición de su hijo poniendo como condición estar presente, pongamos por caso, entonces las cosas se habrían desarrollado de forma muy distinta.

Ésta es la primera vez en que se nos ofrece la posibilidad de ver a David en relación a sus hijos, y la imagen que va tomando forma es la de un padre que no quiere estorbar el placer de ellos. Tal vez David no tuviera razones para dudar de la palabra de su hijo, pero es evidente que su conocimiento del joven, en cuanto a su personalidad y las posibles razones de su petición, era bastante limitado. David cree su deseo de que sea su hermana la que le prepare *dos tortas* (6) con sus propias manos, el equivalente a un buen caldo que reanima en la convalecencia. Lo que no se le ocurrió a David fue sospechar de la condición añadida de que Amnón pudiera estar mirando mientras ella las preparaba. Y, aparentemente al menos, tampoco pensó en preguntarle a Tamar si estaba de acuerdo. A nadie parece ocurrírsele que ella tenga algo que opinar sobre el asunto. Se le dice que vaya a hacer lo que se le pide, y eso es todo, aunque pudiera ser, claro está, que ni siquiera se pensara que no iba a hacerlo a gusto.

c. Los sentimientos de Tamar son ignorados por Amnón (y Jonadab y David), pero Dios los tiene en consideración (13:10–20)

El escenario ya está listo, la violación se lleva a cabo según el plan previsto y, como cabe esperar en estos casos de deseo desenfrenado, ese primer *amor* se convierte en *repulsión*. Amnón codiciaba a Tamar virgen, no a la mujer mancillada que ahora era –

sin importarle que fuera así por culpa suya. Tamar le había implorado antes de que se perpetrara la violación, pero él *era más fuerte que ella* (14). De lo que no puede caber duda alguna es de que Tamar no quería tal cosa, que lo vivía como un ultraje, y ello no sólo en lo que respectaba a la ley. El autor sigue ahondando, pues, en el uso y el abuso del poder. Contra toda esperanza, Tamar suplica a Amnón que enmienda la ofensa en parte casándose con ella, pero él no sólo ignora por completo su súplica, sino que hace que sus criados la echen fuera como mercancía sin valor y despreciable. Es muy probable que Amnón se sintiera perturbado en su interior por lo que había hecho, y ese revolverse contra ella pudiera tener su origen en un sentirse despreciable a sus propios ojos, lo cual, evidentemente, no le exime de su culpa ni hace desaparecer sus efectos en Tamar. Es interesante notar que el autor no trata en absoluto de disculpar, minimizar o encontrar razones para la conducta de Amnón. Su modo de proceder era inexcusable y como tal se nos presenta.

Para el lector, y para las lectoras en particular, el foco de luz en el pozo de tinieblas de este relato es la percepción del autor del personaje de Tamar y sus sentimientos. Amnón, la sociedad de su entorno e incluso David mismo puede que pensaran que los sentimientos de Tamar eran algo secundario, pero el autor, y por lógica extensión, Dios mismo, no lo veían así. Tamar es un ser con personalidad y propios derechos. Notamos la generosidad de su naturaleza al avenirse a preparar con sus propias manos el alimento para el supuesto enfermo. Somos testigos de cómo esa buena disposición se convierte en estupor horrorizado al comprender sus verdaderas intenciones, y de cómo su angustia se convierte en desesperación al hacerse evidente que Amnón no está dispuesto a escucharla y ceder. Y contemplamos cómo esa desesperación se torna en total desgracia y odio hacia sí misma al ser arrojada fuera y convertirse en una mujer deshonrada injustamente. Notamos la confianza con que llega a los aposentos de su hermano, toda generosidad y buena voluntad, y lloramos al verla rasgar las hermosas vestiduras, que la proclamaban una joven casadera en su ámbito, y cubrirse la cabeza con ceniza, proclamando así públicamente su desgracia y su vergüenza. No hay nada que pueda aliviar su desconsuelo, pero por lo menos se ha hecho patente lo ocurrido, se le ha dado la oportunidad de hacer notoria su situación a todo el mundo, porque lo que le había pasado era digno de ser tenido en cuenta. Ahí, al igual que en otras partes de las Escrituras, constatamos la crítica de una sociedad patriarcal por parte del propio texto en virtud de su descripción de la misma. Todos somos influidos por la cultura en que vivamos, su ideología y su percepción del mundo. Es, pues, de vital importancia que tengamos en cuenta que la manera como Dios ve el mundo va a ser, en ocasiones, muy distinta a la nuestra, por lo que deberemos aprender a analizar, al tiempo que observamos cuanto ocurre a nuestro alrededor.

d. La justicia no se ve favorecida por la ira sin sentido que no emprende acción alguna, ni por el recurso de la acción violenta (13:21–39)

El rey David se enojó mucho. No se dice en realidad hacia quién iba dirigida su ira. ¿Contra Amnón, por su conducta injustificable? ¿Lamentablemente, contra Tamar por

excitar la lujuria de su hermano? ¿O contra sí mismo por no haber sido capaz de prever una cosa así? La referencia expresa a su categoría y posición parece estar enfatizando más su responsabilidad como monarca que como padre. Su ira es patente, y puede que llorara y lamentara en lo profundo de su corazón lo ocurrido. Pero lo cierto es que no hace nada efectivo y concreto, ni como rey ni como padre, para castigar a Amnón y aliviar la desdicha de Tamar. Sin embargo sí se nos informa sobre el odio soterrado de Absalón. Él tampoco pasa de inmediato a la acción, sino que alimenta su rencor en silencio y va planeando la venganza de la deshonra de su hermana. Pero aunque no hay comentario explícito por parte del autor, la impresión que se tiene es que ni la reacción de David ni la de Absalón son suficientes o apropiadas.

Lo que se adivinaba como inevitable ocurre dos años más tarde. El odio de Absalón no ha disminuido con el paso del tiempo. Absalón había heredado algunas de las cualidades de su padre, incluida su capacidad para inspirar lealtad, pero no tenía, en cambio, su habilidad para olvidar el pasado y vivir el presente. Y tal vez fuera precisamente esa inacción de su padre lo que le espoleara a intervenir.

Se observan unas semejanzas notables entre el plan de venganza de Absalón y la trama original de Amnón, quizás intencionadas por parte de aquél, pero no apuntadas por el autor. David vuelve a estar involucrado en lo que va a ocurrir, pero esta vez para desgracia de Amnón. El versículo 26 parece dar a entender que David tenía alguna reserva pero que no fue capaz de oponer resistencia ante la terca insistencia de Absalón. Todos los hijos del rey estaban invitados a la fiesta de celebración del esquilero y Amnón, olvidado todo recelo de Absalón por la abundancia de buen vino, acaba muerto. Jonadab vuelve a estar involucrado en un asunto turbio. La impresión que da es que había evitado la fiesta, quedándose con David, pero su percepción de las cosas vuelve a hacerse patente. Le llegan a David rumores de que Absalón ha matado a todos sus hermanos. Jonadab está convencido de que se trata tan sólo de Absalón, y la realidad de los hechos viene a darle la razón. Después de este episodio, no tenemos más información sobre Jonadab, y no sabemos si se debería lamentar el desaprovechamiento de tan gran talento.

Aunque David no había emprendido acción alguna en defensa de su hija, Absalón no quiere arriesgarse a que quiera vengar la muerte de un hijo y huye sin pérdida de tiempo. David, con una de sus típicas reacciones desmesuradas, hace duelo diario por su hijo. Esa ambigüedad en su duelo paterno es casi con certeza deliberada. Puede que ni siquiera el propio David supiera qué hacer. Transcurren tres años más. El dolor por la pérdida de Amnón aminora, pero su actitud hacia Absalón sigue siendo confusa. Su espíritu anhela o “ansía” ir a Absalón, pero no sabemos bien con qué ánimo. El verbo usado, “ansiar”, suele utilizarse más con sentido negativo que positivo. Quizás ni siquiera el propio David lo sabía. El drama de la vida en esta familia disfuncional no ha llegado todavía a su fin.

Absalón, un hijo usurpador

2 Samuel 14–20

1. Absalón en Gesur y Jerusalén (14:1–33)

Seis capítulos se dedican en 2 Samuel a cubrir los acontecimientos relativos a la rebeldía de Absalón contra David. Como contraste, Crónicas no lo menciona en absoluto, a excepción de tres referencias genealógicas hechas de pasada. Quizás el Cronista sentía que esas historias distraerían la atención del lector del tema principal del crecimiento y desarrollo del reino. Pero, en Samuel, esos acontecimientos proporcionan un material idóneo para que el autor pueda explorar con detalle su interés en relación con Dios llevada a la práctica en el contexto de las distintas personalidades, el potencial existente y el poder ejercido.

a. Aprendiendo de las historias – y de los amigos (14:1–22)

Todo un capítulo entero se dedica a la reconciliación, al menos en apariencia, entre David y Absalón. Pero ese interés de Joab en que Absalón regrese para una plena participación en la vida de la corte no queda explicado en absoluto. ¿Veía un gran potencial en Absalón y quería asegurarse de que estuviera preparado para un futuro liderazgo? ¿Temía que un Absalón descontento ocasionara mayores problemas a David desde fuera que desde dentro? Con Amnón muerto, Absalón era el heredero probable; ¿sería, entonces, por eso por lo que Joab quería asegurar su influencia sobre el siguiente monarca? ¿O, tal como parece implicar el versículo 1, el interés principal de Joab era seguir a David? Joab era muy distinto a David, pero entendía, quizás más que ninguna otra persona, cómo funcionaba su rey. David podía tener sentimientos contradictorios respecto a Absalón, pero la situación le estaba destrozando, lo cual se traducía en una desatención del reino. Quizás Joab sentía que, de una u otra forma, la situación tenía que resolverse antes de que las cosas fueran a más. Adoptando el modelo de Natán, le plantea a David un caso análogo, pero con una presentación más artera y una escenificación más dramática.

Joab sabía que había una mujer en Tecoa que tenía reputación de sabia y que no conocía a David. Joab necesitaba una buena actriz, que captara la situación y lo que se esperaba de ella de forma rápida, y que tuviera la suficiente confianza en sí misma como para tratar a David a tenor del desarrollo de los acontecimientos. Joab le proporciona entonces las líneas generales por donde han de discurrir las cosas, pero sabiendo que va a tener que ir improvisando según vaya exigiéndolo la situación. Otro

ejemplo de “mujer sabia” lo tenemos en 2 Samuel 20:16, personaje influyente en su propia ciudad que probablemente desempeñaba las funciones de anciana consejera y estadista. Como en el caso de Débora y Hulda², no parece que sea un problema aceptar el consejo y la dirección, o incluso la enseñanza, de una mujer. La mujer de Tecoa aparece vestida con ropas de viuda en período de duelo y solicita entrevista con David con la súplica de perdón para un hijo suyo que, supuestamente, ha matado a su propio hermano. David comprende que la muerte de un segundo hijo, aunque éste lo mereciera, sería una tragedia para la mujer y accede a que no se lleve a cabo la ejecución. Una vez más, la cuestión en juego es dilucidar si las reglas y las leyes van a poder ser contravenidas para beneficio de todos y, de ser así, cuándo y cómo eso va a tener lugar. La mujer fuerza a David de modo y manera que éste se pronuncie no una sino hasta dos veces respecto a su decisión, y ello con el fin de que no pueda existir ni un resquicio de duda en su valoración del caso, siendo igualmente aplicable a cuantas personas estuvieran allí presentes. Pero todo, antes de proceder a trazar el paralelismo con Absalón.

Tan pronto como la mujer empieza a dar consejos a David relativos a su propia situación, éste suma dos y dos, por así decirlo, y cae en la cuenta de que Joab tiene que andar detrás de todo ello (19), lo cual vendría, quizás, a suponer que Joab ya habría estado preparando el asunto con anterioridad. Según parece, ese intento directo previo habría fracasado. Pero ahora, en cambio, accede a permitir que Absalón vuelva a Jerusalén, aunque no para tomar parte en la vida de la corte. ¿Se sintió David manipulado y acorralado por la maniobra de Joab? Habiendo pronunciado sentencia de misericordia en el caso ficticio de la mujer de Tecoa, ¿pensaría que iba a ser considerado un hipócrita si se la negaba a su propio hijo? Las dos situaciones no eran paralelas, pues una muerte accidental en una pelea no es lo mismo que un homicidio. La mención de los hijos de Absalón en el versículo 27 pone, asimismo, de relieve que, a diferencia del caso del supuesto hijo de la viuda, la sucesión al trono quedaba asegurada. La decisión de mostrar misericordia en el primer caso no constituía precedente legal que obligara a mostrarla igualmente en el segundo. Lo cierto es que el plan de Joab había sido planeado con sumo cuidado. En su entramado, mostrar misericordia venía a ser algo bueno, y podía esperarse, en alguna medida, que David reaccionara según lo previsto. Joab habría establecido adrede el paralelismo con la situación de Absalón, y si David no se pronunciaba con igual generosidad en el caso de su hijo, permitiéndole volver a su casa, se exponía a ser tildado de hipócrita.

b. La manipulación altera las circunstancias, pero ¿hace que cambie su fondo? (14:23–33)

Es evidente que David había dado su consentimiento de mala gana en su negativa a que Absalón pudiera verle por espacio de dos años más. Tal vez David estuviera resentido por haber sido manipulado, o que pensara que, continuando Absalón en el exilio, quedara encubierta su renuencia a emprender auténtica acción legal contra su hijo, pero, ahora que había vuelto, esa ausencia de disciplina, ya fuera judicial o

paterna, iba a hacerse patente a todos. Y pudiera ser también que seguía sintiéndose culpable por haber sido causa indirecta del crimen de Absalón al no haber obrado como debía desde un principio en el caso de Amnón y Tamar. No se nos suministra la suficiente información como para penetrar en la mente de David en este asunto y, de entre todos los relatos de Samuel, puede que ésta sea la sección más difícil de entender en cuanto al motivo de su inclusión, pues, ¿qué es lo que se supone que debemos ganar con esa historia?, ¿cómo deberíamos reaccionar? David había vuelto a ser manipulado y engañado una vez más, tal como lo había sido primero por Amnón y, posteriormente, por Absalón. El interés sigue radicando en la manera en que las personas ejercen poder unas sobre otras en provecho propio, y el lector es conducido a reflexionar sobre todo ese proceso de manipulación y su enjuiciamiento moral – o de otro posible tipo – y sus consecuencias. El autor destaca la capacidad de David para admitir estar siendo, o haber sido, manipulado, y ello en contraste con su aparente incapacidad para resistirse a ello. El regreso de Absalón obedecía al deseo y los propósitos de Joab, pero que esos propósitos suyos fueran conforme a la voluntad y el deseo de Dios no está tan claro. La mujer afirma, según el guión, que el exilio de Absalón va “contra el pueblo de Dios” (13). Cabe presuponer que Joab la indujera a presentar el caso en términos espirituales para hacer mayor presión sobre David. La manipulación religiosa no es algo anómalo y puede ser tremendamente efectiva. Si un determinado curso de acción es presentado como voluntad de Dios, es fácil llegar a creerlo y hace falta un carácter fuerte para resistir esa presión. ¿Quién va a querer significarse yendo en contra de la voluntad de Dios? Puede que ésta sea la razón de que ese tipo de manipulación se trate muy seriamente en las Escrituras. Y en este caso, sucede que no hay análisis alguno de la situación desde el posible punto de vista de Dios.

El capítulo llega ahora a su fin, ofreciéndonos otro ejemplo de magnífica habilidad literaria al unísono con ese nuevo caso de manipulación. En esta ocasión, es Absalón el que manipula a Joab – por el no muy sutil método de quemar su campo de cebada – para que le facilite una entrevista con David. Es fácil imaginar la frustración de Absalón, rumiando su situación sin poder participar en la vida activa de Jerusalén, sin disfrutar de la aclamación popular que tanto ansiaba y sin poder comunicarle a David sus sentimientos. Cuán distintas habrían sido las cosas si David hubiera mostrado genuina misericordia hacia su hijo y le hubiera acogido nuevamente en palacio de buen grado. El estado disfuncional de la familia de David es, en gran parte, obra suya. A la vista de la ausencia de acción por parte de David en el caso de Amnón y dado que Absalón ya había pasado tres años en exilio, debió de parecerle totalmente injusto el tratamiento recibido. No cuesta imaginar su profundo resentimiento de corazón contra David. A través de Joab, conmina a su padre a que le acuse o le exonere de culpa. David, abocado a la alternativa de aceptar a su hijo o proceder a ejecutarlo, desiste de su actitud inicial, teniendo lugar una aparente reconciliación. Partiendo de lo que sabemos del carácter de David, está claro que para él todo el asunto ya está perdonado y olvidado, algo de un pasado ya concluido. Pero, a la vista de la personalidad de Absalón, el vaticinio es que, desde su perspectiva, eso está lejos de ser así, por lo que no nos sorprende demasiado la rebelión de la que somos testigos en el siguiente capítulo. Las

profecías relativas a las consecuencias del adulterio de David (2 S. 12:10), junto con las repercusiones de su fallo en el trato bien con Joab bien con sus propios hijos, están empezando a ser una realidad inexorable. ¡Qué gran advertencia para un lector atento!

Entremedias de esos dos cuadros de agitada manipulación, encontramos, asimismo, algo más de información relativa a Absalón, que viene a prepararnos para los siguientes capítulos. Poseedor de un más que notable atractivo físico, con una melena espléndida de la cual debía de sentirse muy orgulloso, ¿por qué, si no, ese afán de pesarla cuando se la corta?, su carisma parece un hecho indiscutible. Se nos informa, además, de que tenía tres hijos y una hija. Esta última, que había heredado la belleza física de su padre, lleva el mismo nombre que su tía, añadiéndose así un tinte dramático a la triste realidad que hizo de Absalón un hombre amargado, resentido, vengativo y ávido de poder. *Y el rey besó a Absalón* (33). Y puede, entonces, que sea significativo que Absalón no besara al rey.

2. El plan de campaña (15:1–9)

a. Una excelente gestión en relaciones públicas, pero ¿era la adecuada y santa? (15:1–2)

No hay forma de saber el tiempo que transcurrió hasta ese *aconteció después* en el que Absalón llevó a efecto su bien meditado plan tras tenerlo todo dispuesto, pero sí que podemos saber, en cambio, que los años transcurridos antes de que Absalón se sintiera finalmente preparado para ejecutarlo eran cuatro. El plan en sí es toda una obra maestra de estrategia en conjunción con una actividad diplomática y una gestión en relaciones públicas. Viene, además, a confirmar el hecho, ya presentado, de que Absalón no está sólo dotado físicamente. Y es fácil asimismo entender por qué Joab estaba convencido de que Absalón debía volver y ser instruido en el gobierno de un reino. Absalón era, sin duda, un hombre con discernimiento, visión e inteligencia, y hábil en las relaciones sociales, todo lo cual acompañaba a un carisma natural y una paciencia rayana en lo obsesivo, tal como se nos ha dado ocasión de comprobar.

El carro, con esos cincuenta hombres que corren delante de él, podría ser apreciado como mera manifestación de un ego desmesurado, apuntando a un deseo de reivindicar su elevado estatus a la vista de todos. Aun así, el resto de su comportamiento viene a sugerir algo más. No cabe duda de que un comportamiento semejante lo ponía en el punto de mira de todo el mundo, y en un contexto actual tendría asegurada la primera página de los medios de comunicación. Cualquier tertulia televisiva que se preciara habría incluido al príncipe Absalón entre sus invitados, e incluso en un ámbito así, los que le vieran por primera vez tendrían noticia de su clase, su porte y los rumores que circularan respecto a su persona. Mantener tal nivel de notoriedad debía ser tarea agotadora. Se nos informa, además, que *Absalón se levantaba temprano* (2) y, dada la actividad que desarrollaba, es de suponer que se acostaba, además, tarde. Los políticos de nuestros tiempos saben muy bien el tiempo y el esfuerzo que requiere la vida pública con su consabido “hablar en sociedad-estrechar

la mano de las gentes-inaugurar eventos-hacerse fotos con niños”. Absalón no estaba siguiendo a Jonatán, previo candidato aparente al trono, con su humilde escudero y ausencia total de parafernalia. Lo que estaba haciendo en realidad era la práctica común entre la realeza de las naciones circundantes, buscando con ello precisamente el reconocimiento de su categoría como hijo de rey. El lector puede meditar libremente acerca de las verdaderas cualidades que deberían adornar a un monarca en un reino en el que Dios ha de ser reconocido como gobernador y regente supremo. Y lo que se deja intuir ahí es que las cosas no deberían ser tal como estaban ocurriendo. No cabe duda de que, en el mundo cristiano contemporáneo, el consejo de los expertos en relaciones públicas puede tener su función, pero no por ello deja de ser importante, y en gran medida, asegurarse de que nuestra metodología vaya acorde con nuestra teología. Está claro que crear celebridades “cristianas” no va a ser siempre el mejor camino a seguir.

b. Las tareas desatendidas pueden dar lugar a levantamientos (15:3–4)

La actividad diplomática de Absalón no era tan sólo una cuestión de imagen pública y confirmación de su estatus. Había otros dos elementos más que eran clave para su campaña. En primer lugar, ese infalible método suyo de potenciar su propia reputación y credibilidad, perjudicando con ello indirectamente a David. No había, además, nada de ilegal o inmoral en lo que hacía, y en el caso de que Ahitofel y Husai, dos de los consejeros de David, llegaran a sospechar algo, cabe imaginar a David contemplando con orgullo la popularidad de su hijo. A semejanza de un político que critica al partido en el poder desde la impunidad de su escaño parlamentario, prometiendo hipotética gran bonanza para cuando él ocupe su lugar, Absalón se entrega de lleno a la tarea de ganarse a la nación para su causa. Quizás en un principio sólo buscara forzar a su padre a concederle el puesto de consejero y administrador mayor de justicia *como representante del rey* (3). Sin embargo, esa táctica suya de hacer creer a todos cuantos se presentaban ante él que tenían razón en su demanda parece sugerir que su objetivo, ya desde un principio, era más alcanzar popularidad que impartir justicia. Pero ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que esa clase de campaña no habría tenido probabilidades de éxito final de no haber estado presente ese elemento de verdad en la pretendida ausencia de justicia oficial. Es muy posible que, de hecho, David se sintiera hastiado de tener que administrar justicia, al igual que se había cansado en su momento de guerrear en las campañas, tal como pone en evidencia el capítulo 11. Existe siempre el peligro de que todos los que han disfrutado de la aclamación popular en los primeros momentos de su vida pública se duerman más tarde en los laureles, olvidando que el favor de las gentes depende de un trabajo constante y continuado en el desarrollo de las obligaciones del cargo. Y Absalón había tenido ocasión de comprobar por sí mismo lo que supone la inacción y una falta de justicia por parte de David.

c. El liderazgo no es sólo cuestión de fama y estatus (15:5–6)

El segundo elemento presente en la campaña de Absalón era su intención de persuadir a toda la nación de que él era el hombre idóneo para acaudillarlos. Su intensa campaña de “marketing” ya les había hecho darse cuenta de que él era todo un príncipe, y su gestión en las relaciones públicas había contribuido a ganar definitivamente sus corazones, pues todos aquellos que, entre expectantes y sobrecogidos, se *postraban ante él, [los] levantaba y [los] besaba*, tratándoles como a sus iguales. Es fácil imaginar los entusiastas comentarios de la gente al volver a sus lugares de origen: “¡Habló conmigo directamente!”, “¡No es nada orgulloso!” “¡Te recibe como si tú fueras también alguien importante!”, “¡Este sí que va a ser un buen rey!” Puede que el regreso de Absalón a Jerusalén hubiera sido visto en un principio con suspicacia, culpable como era de haber matado a su hermano, y sin contar con la aprobación real, pero ahora estaba claro que, a los ojos del pueblo, se había transformado en todo un héroe.

La manera en que está escrito el relato y, más en particular, la valoración final en el versículo 6 como que *robó el corazón de los hombres de Israel*, no dejan lugar a dudas que, aunque con carácter retrospectivo, los intereses que movían a Absalón eran percibidos, juzgados y considerados deficientes. Sus dotes y cualidades eran múltiples, haciendo que destacara como apropiado rey futuro, pero carecía de una cualidad crucial – la integridad. David se había dado cuenta, en su momento de que, si intentaba deponer a Saúl, lo más probable es que hubiera sido mayor el perjuicio que la posible ganancia cuando le llegara el momento de acceder al trono, y que mostrar lealtad le ayudaría en el futuro cuando él tuviera que conseguirla de otros. Esa lección, en cambio, no había penetrado en Absalón. En Samuel aprendemos que “el hombre mira la apariencia exterior, pero el SEÑOR mira el corazón” (1 S. 16:7). Y sin que haya ahí comentario explícito alguno, es obvio que se está invitando al lector a concluir que, en este contexto en particular, el carisma y la agudeza de ingenio entran en la categoría de apariencia externa. Seguro que muchos de los coetáneos de Absalón estarían, pues, convencidos de que Absalón era el hombre indicado para reemplazar a David. Pero el lector avezado en Samuel va a estar, en cambio, bastante seguro de que no es precisamente así. De ahí que quepa figurarse una suerte de advertencia al lector actual para que se ande con ojo ante esos líderes potenciales que tratan de ganarse nuestros corazones gratificando nuestro ego y diciendo a cada cual lo que quiere oír. Los libros proféticos están precisamente llenos de advertencias como ésta.

d. La culpa no siempre es de una única parte (15:7–9)

Tras cuatro años de intensa actividad subversiva, Absalón decide aparentemente que ha llegado el momento de poner en marcha la campaña en toda su extensión. Estaba seguro de que la gran mayoría de la población estaba ahora de su parte. Y es posible, incluso que, estrictamente hablando, Absalón esté diciendo la verdad en el versículo 7. Puede, además, que durante su estancia en Gesur hubiera empezado a tomar forma su plan para derrocar a David y que realizara la promesa de ir a Hebrón.

Sea como sea, lo cierto es que sus palabras, tal como hemos tenido ocasión de comprobar en varias otras ocasiones a lo largo de los últimos capítulos, eran mentira. Su verdadera intención era engañar a David induciéndole a pensar que su viaje era de carácter religioso, una suerte de peregrinación, y lo cierto es que lo consigue. David no parece haber sospechado nada y le da a Absalón su bendición, si bien el autor está ahí probablemente apuntando al hecho irónico, ya que, justamente cuando Absalón está ultimando sus planes para empezar la guerra, David le despide con un “*Ve en paz*” (9). Concluir que David esté dando ejemplo de encomiable inocencia o que, por el contrario, se trate de un caso de ingenuidad injustificable, es una tarea que se deja a juicio del lector. Puede antojársenos extraño que Absalón hubiera esperado tantos años para cumplir su promesa dado que el viaje era relativamente corto, y más extraño aún que fuera Hebrón el lugar elegido, ya que el arca se encontraba ahora en Jerusalén. Quién sabe. Quizás David estuviera empezando a envejecer y hubiera dejado de preguntarse qué cosas estaban sucediendo en su reino.

De lo que no cabe duda es de que la rebelión de Absalón se nos presenta desde un principio como concebida en el error y condenable. Pero eso no quiere decir que el reinado de David estuviera por encima de las críticas, y a medida que la historia va desarrollándose, nos damos cuenta de que David era consciente de ello. Puede que, en ocasiones, esté justificado luchar contra la oposición, pero no deja por ello de ser siempre recomendable preguntarse si esa oposición no habrá surgido como consecuencia de un fracaso por nuestra parte. Pero la crítica, tanto de Absalón como de David en esta sección en particular va acompañada de la crítica a las personas cuyos corazones y voluntades habían sido conquistados tan fácilmente. No son tan sólo los líderes los que han de responder de sus acciones.

3. Comienza la revolución (15:10–23)

a. Las invitaciones halagadoras pueden salir caras (15:10–12)

Aparte de esas notorias y públicas gestiones en relaciones públicas, Absalón había ido implantando una serie de grupúsculos ocultos diseminados por todo el país. Sus partidarios, atentos a recibir la orden de empuñar las armas, se encuentran ahora en estado de alerta. Absalón se había llevado a Hebrón un notable contingente de personajes influyentes de la corte de Jerusalén. Su supuesta peregrinación incluiría sin duda, una celebración con una ofrenda de hermandad, y le servía de pantalla para convocar a un amplio número de invitados sin despertar las sospechas de David. Este grupo de doscientas personas siguió acompañándole sin problemas, y cabe pensar que estaban más que satisfechos de haber sido incluidos en la lista de invitados del popular y joven príncipe. Por otra parte, es muy probable que estuvieran bien elegidos, ya que, a la vista de su facilidad para complacer a las multitudes, lo más seguro es que, si se encontraran de repente en medio de una rebelión, no tratarían de dar media vuelta, afirmar su independencia y marcharse; entre otras cosas, porque lo iban a pasar bastante mal tratando de convencer a Joab y a David de su total ignorancia respecto a

las verdaderas intenciones de Absalón.

El nefasto ciclo de la manipulación vuelve a repetirse, y flota de nuevo en el aire una oportuna advertencia sobre el peligro de dejarse influir en exceso por el halago de las invitaciones de cierta categoría.

El plan de llevar consigo (11), como séquito, a doscientos cortesanos era brillante. Siempre es más fácil convocar a una multitud partiendo de un grupo previo. La campaña de Absalón arranca con éxito espectacular, tomando cada vez más brío, hasta el punto de que es nombrado *rey en Hebrón* (10). Muchos de los allí presentes, quizás a semejanza de algunos de esos doscientos de Jerusalén, no tendrían muy claro qué era lo que estaba pasando, dejándose llevar entonces por la multitud o sintiéndose demasiado asustados para alzar la voz en contra de esa aparente mayoría. La importancia de tomar decisiones y pasar a la acción según unos principios bien meditados, en vez de reaccionar coaccionados por los demás, queda ahí bien ejemplificada – aunque sea con algunas reservas e interrogantes.

Ahitofel, *consejero de David* (12), era hombre entendido y, puede que, sin haber sido informado de forma directa de los planes de Absalón, enseguida se le habría hecho evidente lo que en realidad estaba ocurriendo. A diferencia de los invitados de la corte, él reacciona ante la convocatoria directa de Absalón y se presenta sin falsas expectativas. Cabe la posibilidad de que Ahitofel fuera abuelo de Betsabé; el padre de la joven y el hijo de Ahitofel respondían al nombre de Eliám, que no vuelve a oírse fuera de esos dos contextos (2 S. 11:3; 23:34). De ser así, sería posible entonces que, como consecuencia de la relación entre David y Betsabé, Ahitofel decepcionado por la actuación del monarca, empezara a cuestionarse si David estaría verdaderamente cualificado para el puesto. Si las pretensiones de Absalón tenían buen fundamento y David estuviera en verdad desatendiendo sus responsabilidades, no sería quizás muy sorprendente que alguien de la probada solvencia de Ahitofel se dejara convencer para apoyar a Absalón, y puede que incluso llegara a convencerse a sí mismo de que ese era el candidato de Dios para el puesto. David estaría entonces, una vez más, sufriendo las consecuencias de sus actos.

b. La presión del grupo puede resistirse (15:13)

Era inevitable que, tan pronto como se hicieran evidentes las intenciones de Absalón, llegaran noticias a oídos de David (13). Muchas personas se habían mantenido fieles a Saúl, incluso en los momentos más bajos de su reinado, y lo cierto es que David había llegado a ser, incluso, más popular que él a nivel nacional. Los partidarios de David, desde luego muchos más de lo que había calculado Absalón, no se dejaron influir por la corriente de la opinión popular, evidenciando esa clase de lealtad que no puede ser comprada. En ocasiones se da por sentado que la presión del grupo o la influencia de una nueva figura carismática es imposible de resistir. Esa clase de presunción era tan errónea entonces como lo es ahora. Puede que superarla sea difícil o costosa, pero ¿verdaderamente imposible? ¡De ninguna manera! Los seguidores de determinada figura o personaje siempre serán considerados responsables de sus actos y sus

reacciones, y tendrán que soportar las consecuencias de sus actos en igual medida que los líderes y cabecillas.

c. Sentirse impotente es, a veces, una ayuda (15:14–18)

En este punto, y abocado a una crisis inevitable, vemos a David volver a ser él mismo una vez más. Enfrentado a una tarea urgente e ineludible, y luchando contra todo pronóstico, al igual que en los viejos tiempos, David se sobrepone y da lo mejor de sí mismo. Resulta fascinante que, en los libros de Samuel, mucho del material que presenta a David bajo una luz positiva procede de la época del reinado de Saúl, antes de llegar él al poder, o justo ahora cuando, según todas las apariencias, Absalón le ha usurpado el poder. Y el autor reflexiona acerca de la verdadera naturaleza del poder. No hay, en cambio, indicio alguno de que, aunque la ostentación del poder no siempre corrompa en términos morales, sí puede incapacitar de otras maneras. Sin embargo, en lo que respecta a los tres capítulos siguientes, justo hasta el punto en el que Absalón muere y la amenaza desaparece, David se nos muestra una vez más como el líder y caudillo capaz, activo, incisivo y con discernimiento espiritual que había sido en su juventud. Se percibe en cambio una nota de tristeza al tener que constatar que esa nueva fuerza vital no dura, al menos en apariencia, más allá de la crisis de la rebelión y, a medida que avanzamos en la lectura, volvemos a encontrarnos al mismo David taciturno e irresoluto de sus peores momentos.

Pero, en esta situación en concreto, tan pronto como le llega la noticia, David entra en acción (14). Se da cuenta de que para que Absalón tenga éxito, tendrá que ponerle a él y a todos sus seguidores fuera de juego. Y sabe, asimismo, que Jerusalén, a pesar de estar bien protegida, resulta vulnerable en un asedio. Por otra parte, si van a derrotar a Absalón, no será desde la ciudad y, en cualquier caso, seguir permaneciendo en ella sólo incrementaría el número de bajas en ambos lados – y él seguía siendo el responsable de los dos. Por eso abandona la ciudad en compañía de todos los suyos sin perder ni un momento. Sólo se nos da una referencia de pasada respecto a las diez concubinas que son dejadas atrás, lo cual podría ser indicativo, una vez más, de su no muy caballerosa actitud hacia las mujeres y su tampoco muy modélica vida familiar. De lo que no puede caber duda es del sufrimiento de esas mujeres como consecuencia de la conducta de David.

En otro orden de cosas, y en lo que respecta al estamento militar, no podía concebirse en manera alguna que la gran mayoría de los efectivos de ese ejército, comandados por Joab, fueran a abandonar a David. Esos efectivos militares, junto con seiscientas tropas procedentes de Gat – que, aparentemente, habían desertado para unirse a David en su campaña entre los filisteos – emprenden la marcha hacia el este junto a David, adentrándose en el desierto para cruzar el Jordán. De haberse dirigido al oeste, habrían acabado en Palestina, la cual, aunque no tenía ya el poder de tiempos atrás, no ofrecía muchas perspectivas como refugio seguro. Las tribus del norte parecían ser la base principal de apoyo a Absalón, y en el sur ya había tomado posiciones él mismo. La ruta del este a través del Monte de los Olivos era la única

opción posible. La estrategia de Absalón estaba bien trazada.

d. Lealtad con lealtad se paga (15:19–23)

A David le complacía que geteos y otras tropas foráneas lucharan a favor suyo en nombre de Dios y para la nación israelita. Pero la cuestión es que ahora se trataba de una guerra estrictamente civil y no una guerra religiosa. ¿Qué razón había, pues, para que los geteos se vieran pillados en medio de un fuego cruzado? Nada le debían a David e iban a estar mucho más seguros si se quedaban en la retaguardia y ofrecían su apoyo al *Rey Absalón* (19). Dada la tensión del momento, la impresión que se tiene es de una reacción espontánea y generosa por parte de David. Pero los geteos eran leales a David y dejan bien claro que no piensan desertar. Esta consecuencia positiva de la generosidad manifestada a esas gentes en el pasado por parte de David se pone de relieve junto a esas otras acciones suyas de consecuencias negativas. Ese *país [que] lloraba en alta voz* según veían pasar a David y a los suyos, parece por una parte haberle estimado y apoyado, y, por la otra, estar convencidos de que Absalón tenía las de ganar. Su apoyo era más de boca para afuera que no práctico y definido. El peligro al que tenía que hacer frente David era muy real, y las probabilidades de que Absalón se convirtiera en rey muy grandes. La rebelión era ya, pues, un hecho inevitable.

4. Amigos y enemigos (15:24–16:14)

a. Dios es soberano; su ayuda no se va a obtener simplemente por llevar símbolos y enseñanzas religiosas (15:24–29)

Sadoc y la jerarquía religiosa se mantienen fieles a David, al igual que Joab y el estamento militar. Con semejante respaldo, la impresión es que, dado el descontento general con la gestión de David, no le iba a resultar demasiado difícil a Absalón convocar más tropas a su favor. Podía ser, además, que la gente ya hubiera olvidado las cualidades de David. Su capacidad para la política y su espiritualidad no habían destacado de forma muy particular en esos últimos años, aunque ahora se manifiesten. Los sacerdotes y los levitas, al officiar sacrificios y portar el arca, estaban dejando patente su convicción de que David era el ungido de Dios y que Dios mismo estaba de su parte. Pero lo cierto es que David es contrario a ese intento de manipulación de las gentes por medio de lo religioso, o a tratar también de manipular a Dios. Eso ya era algo experimentado y no estaba dispuesto a cometer el mismo error otra vez. Conocía sus propios fallos, o al menos parte de ellos. Sabía, además, que existía la posibilidad de que esa rebelión fuera, en realidad, un medio del que se servía Dios para castigar sus fallos, y que Absalón pasaría a ser su sustituto, al igual que él lo había sido de Saúl en su momento. No es que estuviera absolutamente convencido de que eso era lo que iba a ocurrir, pero no dejaba de ser una posibilidad, y por eso envía el arca de vuelta. Si Dios iba a actuar a favor suyo, no dejaría de hacerlo porque el arca no estuviera a su lado.

Pero el arca no debía convertirse en objeto de superstición o talismán invencible.

Dios tampoco puede ser tratado como una suerte de guardaespaldas cuya función principal sea protegernos de nuestros errores, viéndose obligado a entrar en acción donde y cuando nosotros lo consideremos oportuno. Dios es y será siempre gobernador soberano del universo, y es Él el que sabe cómo llevar a cabo sus propósitos. Además, Dios no es Dios tan sólo de David, sino Dios de Israel, y así iba a seguir siendo tanto si David seguía siendo rey como si no. Evidentemente, el arca no era propiedad exclusiva de David y por eso debía permanecer en Jerusalén. Y si David había perdido, en alguna manera el norte y la visión de que Dios estaba e iba a estar a su lado, en todo lugar y ocasión, sin importar el cargo social que ocupara o cuántos objetos sagrados poseyera, ahora ya estaba empezando a recuperarla. Con esa repentina pérdida de poder, David se nos muestra en la plenitud de sus dotes, de forma muy particular en términos de su comprensión espiritual. Viéndolo así, no hay duda de que su caso puede servirnos a todos los creyentes para darnos cuenta de que, en ninguna manera y bajo ninguna circunstancia, debemos esperar poder obligar a Dios a que nos preste su apoyo en empresas de nuestra propia concepción.

b. Dios concede la victoria – generalmente a través de un esfuerzo intenso por nuestra parte (15:30–37)

A pesar de lo dicho líneas atrás, esa renuencia por parte de David a recurrir a la manipulación espiritual no significaba que no estuviera dispuesto a servirse de la astucia y el engaño para lograr sus fines. David estaba convencido de que iba a ser Dios el que designara al contrincante victorioso en la pelea. Aun así, mientras la suerte no estuviera todavía decidida, David no pensaba rendirse y, de hecho, estaba más que dispuesto a hacer cuanto estuviera en su mano para alzarse él con la victoria. Confiar en Dios y pasar a la acción nunca son vistas en las Escrituras como dos posibilidades excluyentes. Puede darse el caso de que, en ocasiones, nos sintamos paralizados por la idea de que, Dios lo controla todo, es el único que actúa, relajándonos nosotros entonces hasta el punto de cruzarnos de brazos y no hacer nada. Pero lo cierto es que las Escrituras no dan pie a pensar así.

David precisaba informantes dentro del campamento de Absalón, que sin duda iba a quedar instalado en Jerusalén una vez se hubiera ido. Y ¿quién mejor que los sacerdotes y sus propios hijos para llevar a cabo esa tarea? Asimismo, necesitaba quintacolumnistas que se infiltraran en el gobierno enemigo y manipulara las cosas para beneficio de David. Y ahí es donde su amigo y consejero Husai entra en escena (32–37).

c. El apoyo de los amigos trae esperanza (15:30–37)

El tener que retirarse de Jerusalén le causa a David una tremenda desazón. La situación distaba ahora mucho de un inicio de campaña brillante que presagiara la victoria. En esta ocasión, David *lloraba con la cabeza cubierta y los pies descalzos* (30), todo ello ritual de duelo. Su quebrantamiento obedecía por una parte a la traición de

Absalón y por la otra a la pura tristeza de tener que abandonar su amada ciudad, y había aun otra parte más que tenía su causa en esa deserción de Ahitofel al campo enemigo. Puede, además, que esa tristeza suya obedeciera en parte a la posible motivación de Ahitofel para hacer algo así, y la intuición de que ese hombre sabio y prudente, y de probada integridad hasta ese momento, había concluido que David no era ya el hombre apropiado para ser rey. Pero también estaba la convicción de que el consejo de Ahitofel siempre era acertado. Son muchas las ocasiones en las que un rey vale lo que valen sus consejeros, y el tener a Ahitofel a su lado proporcionaba credibilidad a la campaña de Absalón. El ruego de David a Dios *haz necio el consejo de Ahitofel* (31) se inscribe en ese contexto.

La llegada de Husai, según alcanzaba la cima del Monte de los Olivos, debió de parecerle a David una respuesta a su ruego y un motivo de ánimo. Husai era lo suficientemente listo como para no sólo convencer a Absalón de que él, al igual que Ahitofel, había dejado a David, sino, asimismo, para penetrar en la mentalidad de ambos y asegurarse de que cualquier posible consejo que Ahitofel le diera a Absalón fuera oportunamente descartado. Con Husai, Sadoc, Abiatar, Ahimaas y Jonatán en sus debidos puestos, David debió pensar, quizás por primera vez, que había una posibilidad de que Absalón fuera derrotado. Y aunque habían sido muchos los que se habían vuelto contra él, el hecho de que todavía pudiera contar con amigos que le eran fieles le habría proporcionado la fuerza y la seguridad necesarias para seguir adelante. No debemos subestimar la importancia de la lealtad de los amigos en situaciones en las que nos sentimos precisamente traicionados por otros.

d. El peligro de la ayuda condicionada (16:1–4)

El siguiente encuentro de David es con Siba, el criado de Mefiboset que había sido causante indirecto del estado en que se encontraba. Este criado hace su aparición cargado de víveres que podrían ser muy bien recibidos. Lo que no queda claro es si Siba estaba ya decantándose hacia David, siendo su comentario respecto a Mefiboset una oportunidad cazada al vuelo en apoyo de su propia causa, o si todo ello se trataba de un plan para engañar a Mefiboset. Si Absalón se alzaba con la victoria, era muy probable que no fuera a apoyar a Siba en contra de Mefiboset, y si emprendiera una acción contra Mefiboset directamente, también arremetería contra Siba, apropiándose al tiempo de todo cuanto hubiera pertenecido a Saúl. La decisión de Siba de unir su suerte a la de David es, pues, bastante lógica. Si David ganaba, contaría con el apoyo real, y si perdía, no era muy probable que estuviera peor que si se hubiera quedado en casa. De lo que no cabe duda es de que la aparente generosidad de Siba – y un regalo realmente espléndido – era a costa de Mefiboset, y tampoco puede dudarse de que esa conclusión suya que Mefiboset no estaba allí con él porque pensaba que podría hacerse con el trono es del todo improbable, por no decir que punto menos que imposible. Por mucho esfuerzo de imaginación que se haga, no cabe pensar que Mefiboset viera en la rebelión de Absalón una oportunidad para convertirse él en rey y, en todo caso, lo cierto es que Mefiboset no había dado muestras de que aspirara a eso. David pone de

relieve esa innata capacidad que muchos tenemos de creer lo peor de los demás sin pensarlo dos veces.

La pregunta directa de David: “¿Para qué tienes esto?” podría ser indicativa de su recelo. Pero lo cierto es que parece conformarse con la respuesta del criado, y ello a pesar de que Siba, con la destreza típica de los políticos en sus apariciones en público, elude la cuestión y dice lo obvio. ¡David bien sabía la utilidad de los asnos y los víveres! Esa reacción espontánea de hacerle a Siba el recipiendario de todo ello sin ninguna otra averiguación, podría, en cambio, ser indicativa de su fallo a la hora de administrar justicia, hecho ya destacado por Absalón. La evidencia que apreciaremos más adelante (19:24–30) apoya el caso de Mefiboset, poniendo de relieve que Siba había estado, como poco, equivocado y, más que probablemente, mintiendo con toda deliberación. En situaciones de inestabilidad y crisis, cualquier posible clase de ayuda y apoyo siempre es bien recibida, y de forma aún más particular si se trata de índole material. Pero, al igual que otros muchos líderes han tenido ocasión de comprobar a lo largo de los siglos, la ayuda condicionada, que espera algo a cambio, puede acabar siendo algo peligroso. No todos los amigos son lo que parecen. David quizás podría ser disculpado por lo apresurado de sus decisiones al reaccionar según se presenta la ocasión, pero se hace entonces evidente que las debilidades seguían presentes crisis o no. Ese problema suyo de no saber resistirse a las presiones de sus más allegados continuaba ahí.

Es interesante notar que los relatos que tienen que ver con aquellos de cuya desinteresada amistad y lealtad hacia David no se podía dudar, esto es, Itai, Sadoc, y Husai, van seguidos de la alusión a la deslealtad de Ahitofel y la enconada enemistad de Simei contra David resultante de su imperecedera lealtad a Saúl. En medio de todo eso, además, tenemos el relato de la llegada de Siba, cuya lealtad a David es ambigua y su deslealtad hacia Mefiboset es evidente. Según parece, se nos está instando a reflexionar acerca de la naturaleza de la amistad y la confianza.

e. Los verdaderos enemigos son los que van en contra de la voluntad de Dios (16:5–14)

Simei no sólo no pretende en modo alguno ser amigo de David, sino que se regocija abiertamente ante su caída. Él ve lo que ocurre como un juicio divino por su supuesta participación en el exterminio de la familia de Saúl. Pudiera ser entonces que todos esos esfuerzos llevados a cabo por David para distanciarse de las muertes de Saúl y su familia no habían servido para nada. Aun así, no sabemos la secuencia temporal concreta de los acontecimientos registrados en 2 Samuel 21:1–14, donde siete miembros de la familia de Saúl son ejecutados, siendo entonces la atormentada oposición de Simei a David consecuencia de ello. Simei está por completo fuera de sí, y de tal manera que nos recuerda las reacciones más iracundas y desaforadas del propio Saúl, aunque sabe controlarse lo suficiente como para guardar una prudente distancia situándose al otro lado del valle al tiempo que aprovecha para lanzar invectivas y proyectiles al campo enemigo. Abisai, hermano de Joab, pide entonces, muy singularmente, permiso nada menos que para cortarle la cabeza a Simei –

probablemente con la intención de hacerle callar—, ¡justo igual que años atrás cuando había tratado de matar al propio Saúl! Y a David le falta tiempo para distanciarse no sólo de esa acción en particular, sino igualmente del sesgo que le están dando a toda la situación Joab y sus hermanos. Quizás se nos esté tratando de llevar a cuestionar si, al menos en un sentido, Abisai y Joab se nos presenta como enemigos de David en la misma medida que Simei. David era perfectamente consciente de que los que tratan de inducirle a un comportamiento no santo son tan peligrosos como quienes se oponen a él abiertamente.

La reacción ante las maldiciones de Simei es digna de ser tomada en cuenta. En las naciones que rodeaban a Israel, la vida estaba dominada por el miedo a unas maldiciones que eran consideradas medio infalible y poderoso para manipular las circunstancias y causar grave perjuicio a las personas. Pero, para los que creían en Yavé, su convencimiento absoluto del pleno poder y superioridad de su soberanía les llevaba sencillamente a ignorarlas. De forma significativa, no existe equivalente bíblico de los complejos rituales para deshacer las maldiciones, tan abundantes y conspicuos en los escritos del antiguo Oriente Próximo. Si a Simei le asistía la razón y era en verdad juicio de Dios, entonces habría que temer la maldición de Dios y no la de Simei. David no había sido directamente responsable de las muertes de Saúl y su familia, pero la verdad contenida en esa acusación de ser *hombre sanguinario* e *indigno* debió impactarle. Pero, si resultaba que no era en verdad juicio de Dios, y Simei no estaba actuando según voluntad divina, esa maldición suya era completamente irrelevante. En realidad, el perjuicio causado a David por la oposición de Simei y otros semejantes a él, vendría a ser en su momento compensado por la bendición de Dios mismo. David no estaba seguro de que su situación presente tuviera un final positivo para él, pero de lo que tenía duda alguna es de que, en cualquier caso, Dios seguiría siendo soberano. Puede que, en la actualidad, exista una cierta necesidad de recuperar la convicción de que es Dios tan sólo el que es soberano. Es a Dios a quien hay que temer y en Él en quien hay que confiar. En Lucas 12:4–5, Jesús afirma que “no es a los que matan el cuerpo a los que hay que temer”, sino a aquellos que “tienen poder para arrojaros al infierno”. Es evidente, claro está, que hay distintas clases de enemigos que pueden hacernos mucho daño, pero, sin embargo, debemos tener más miedo a ofender y contrariar la voluntad de Dios que a cualquier posible maldición humana.

David llega, por fin, a ese destino provisional, esto es, *los vados del desierto* (15:28), donde van a poder esperar la llegada de más noticias a través del Jordán. No nos sorprende, claro está, que David y sus hombres estén exhaustos, y no sólo por el ajetreo del traslado y las dificultades del camino, sino también por el trauma emocional que se añade a los acontecimientos. Si Absalón iba a presionar aprovechando esa ventaja suya inicial, pasando de inmediato al ataque, pocas eran las posibilidades de hacerle frente con éxito. Con esa idea presente, la historia nos lleva ahora al campamento enemigo, exactamente junto a Absalón.

5. Comienza la guerra civil (16:15–17:29)

a. No es una buena idea dar por sentado que contamos con la ayuda de Dios (16:15–19)

El conjunto de las descripciones que van haciendo su aparición a lo largo de esta sección son muy precisas en sus detalles; el lector se ve llevado por los acontecimientos y puede con toda facilidad poner imagen a cuanto lee, reacciones de los distintos personajes inclusive. Y es muy posible que la más que notable habilidad del escritor esté respaldada por un testimonio ocular propio. Absalón, tal como David había esperado, se traslada a toda prisa a Jerusalén y somos testigos ahora de su entrada en la “corte” en compañía de Husai. Absalón sabía bien lo estrecha que había sido la amistad entre Husai y David, y era lógico que se alarmara. Aun así, y teniendo en cuenta que parecía convencido de lo adecuado de su actuación, creyendo además estar obrando a favor tanto de los intereses de Dios como de los de Israel, es incapaz de darse cuenta de la ambigüedad en las palabras de Husai cuando asegura que su lealtad será para *quien el SEÑOR, este pueblo y todos los hombres de Israel han escogido* (18). La arrogante seguridad de Absalón va a ser la causa de su perdición. Puede que fuera popular entre las gentes, sobre todo entre sus partidarios más fieles, pero lo cierto era que el consejo nacional de las distintas tribus todavía no había tenido lugar. Y el elegido por *la totalidad de los hombres de Israel* seguía siendo David. Además, parece no haber sido consciente de que no contaba al mismo tiempo con el respaldo del pueblo y el de Dios.

En el pasado, el mismo David había caído en la trampa de dar por supuesto que sus planes, concebidos a la luz de datos fidedignos y llenos de buenas intenciones, tenían que ser por fuerza del agrado de Dios. Absalón, con intenciones bastante más cuestionables, incurría ahora en idéntico error. Encontramos ahí, pues, una clara advertencia al lector para que esté precavido ante esa y otras posibles presunciones que ven presente y activo a Dios en todo cuanto les interesa a título personal. Josué también había tenido que enfrentarse a algo similar en su lucha contra los cananitas, poderoso adversario de Israel. Su pregunta al hombre misterioso que blande la espada, “¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?”, era aparentemente oportuna, pero la respuesta que se le da es clara y contundente: “No, más bien vengo ahora como capitán del ejército del SEÑOR.”¹⁹ Dios no era una especie de complemento dentro del arsenal de Josué, listo para proporcionar impresionante “munición” extra ante el enemigo. Y David, a su vez, también había tenido que aprender que Dios no es fuerza de libre disposición nuestra; algo que Absalón aún no parecía, en cambio haber aprendido.

b. Consultar a terceros está bien, pero el consejo obtenido no siempre va a ser digno de ser considerado (16:20–17:4)

Tras haber aceptado a Husai como genuino partidario suyo, Absalón buscaba ahora consejo tanto de parte de Ahitofel como de Husai, acerca de la siguiente etapa de su campaña, y ello con el fin de comparar entre ambos y tomar entonces su propia

determinación respecto al camino a seguir. El primer consejo que le da Ahitofel es que haga suyas a las concubinas de David. Eso contribuiría a ratificar su estatus y a indicar de manera simbólica que ahora el poder de David era suyo, pero, como consecuencia, ese acto llevaría a todo el mundo a comprender que ya no había posible vuelta atrás. Por otra parte, además, David nunca perdonaría semejante acción, y los partidarios de Absalón llegarían a la conclusión que, al unirse a él, iban a tener que luchar hasta el final, quedando anuladas todas las posibilidades de desertión para pasarse al bando de David. Ése es el sentido de *las manos de todos los que están contigo se fortalecerán* (21). Y, según parece desprenderse del texto, los derechos y los sentimientos de esas pobres concubinas parecían ser lo de menos. Ahitofel y Absalón no estaban dispuestos a dejarse intimidar por lo deshumanizado de su actuación o por el hecho de que fuera algo completamente prohibido por la ley – hasta a las mujeres apresadas en batalla se les daba la oportunidad de ajustarse a la nueva situación antes de ser entregadas de nuevo en matrimonio. El interés demostrado por Absalón ante el atropello sufrido por su hermana Tamar no parece que fuera extensivo a otras mujeres explotadas. La única luz que parece poner de relieve esa lamentable situación suya es la proyectada por el propio autor al resaltar lo injusto de la acción de Absalón y cómo repercute en ellas.²² Esas mujeres eran personas de carne y hueso, no simples objetos decorativos para ser utilizados a voluntad.

El segundo consejo ofrecido por Ahitofel (17:1–4) es introducido por un prefacio que nos avisa de que toda advertencia suya era *como [consulta hecha a] la palabra de Dios* (16:23). Dotado de gran penetración mental y percepción de carácter, es posible ver en él a un profeta. Puede que su consejo respecto a las concubinas fuera inmoral e ilegal, pero, desde el punto de vista interesado de Absalón era un buen consejo. Sabedor de que David se habría quedado realmente anonadado al enterarse de la traición de Absalón y, quizás más aún, por el apoyo popular que estaba teniendo, Ahitofel le aconseja vehementemente que bata el hierro mientras está aún caliente y salga al campo de batalla para, de una vez por todas, poner fin a la situación. La idea era disponer de *doce mil hombres* ya preparados y lanzarse con ellos a un ataque inmediato. Y al lector, que sabe ya del pésimo estado en que se encuentra el ejército de David, la idea se le antoja del todo coherente. *Los ancianos de Israel* o, al menos, aquellos que habían dado por buenas las pretensiones de Absalón (y según todos los indicios, eran un buen número), reconocían asimismo que era un buen consejo. Si David resultara muerto en ese ataque inicial, podría evitarse un posterior derramamiento de sangre. Pero, dado que Husai es también consejero muy capaz, se busca también su parecer.

c. Las ventajas de tener buena reputación; el peligro del orgullo (17:5–13)

La tarea encomendada a Husai entrañaba cierta dificultad. De hecho era ahora, responsabilidad suya formular un plan alternativo que tuviera la garra suficiente como para convencer a todos de que tenía más probabilidades de éxito que el de Ahitofel, pero proporcionando soterradamente a David mayor oportunidad de alzarse con la

victoria. Y hete aquí que lleva a cabo su tarea de forma admirable. Hace recapacitar a Absalón acerca de la merecida fama de su padre tanto en el campo de batalla como en la guerrilla, haciéndole ver que esa buena reputación podría sembrar el pánico en el ejército de Absalón, si alguna de las tropas de éste sufriera una derrota. Y todos cuantos le escuchan quedan convencidos por sus argumentos. Husai procede entonces a presentar su plan. Absalón se ve adulado en su orgullo (11), sin darse cuenta de que el plan le hace vulnerable ante las tropas de David. Husai no quiere dejar, de hecho, ningún cabo suelto e insta a Absalón a reunir tropas de todas partes (sin que nadie parezca advertir, algo deliberado por parte de Husai, el riesgo que se corre saliendo a luchar con tropas que no estén debidamente entrenadas), y a *[salir] personalmente al combate* con el firme propósito de alzarse con la victoria. ¡Cómo pensar en la derrota si Absalón acaudilla las tropas! Y quizás habría que destacar que Husai logra persuadir a *todos los hombres*, no a *todos los ancianos*. Y sucede que su consejo y su plan son llevados a la práctica, pero no sin antes haber convocado a un retén de la guardia nacional en número suficiente como para superar a las tropas regulares de David, mucho mejor preparadas, y ello por deseo expreso de Absalón. Se puede comprender, claro está, que los soldados de Absalón juzgaran adecuada esa medida, conscientes como eran desde su niñez de la fabulosa reputación de David como guerrero. Sin embargo, el tiempo empleado en reunir a efectivos tan numerosos desde todos los puntos del país suponía asimismo, tal como Husai había previsto astutamente, que David dispondría de un tiempo para descansar, recuperarse y reagruparse. El resultado final estaba todavía sin resolver, pero al menos David disponía ahora de una oportunidad.

El versículo 14 se encarga de señalarnos que esa decisión por parte de Absalón de seguir el consejo de Husai es la respuesta a las oraciones de David y plan de Dios mismo para asegurar el fracaso de Absalón. El autor quiere que nosotros, como lectores, estemos absolutamente seguros de que Absalón no era el candidato *elegido por el SEÑOR* (16:18). Las intervenciones de Dios en la historia han de ser entendidas con meridiana claridad. Su soberanía ha de ser reconocida no sólo por David, sino también por la totalidad de Israel. La rebelión de Absalón podía ser algo bueno en más de un sentido e incluso justificarse viendo en ese liderazgo alternativo un posible beneficio para Israel, con lo cual pocas dudas podían caber de que fuera en verdad voluntad del Señor. Pero Dios no había sido consultado. El plan había sido trazado como si Dios no tuviera nada que decir al respecto. La rebelión de Absalón era contra Dios en igual o incluso superior medida que contra David. Pero, a Dios no se le puede dejar a un lado sin sufrir las consecuencias.

d. El éxito o el fracaso dependen a veces de personajes en apariencia insignificantes (17:17–22)

La historia continúa como una película de espías al estilo de James Bond. Husai envía recado a dos jóvenes, Jonatán y Ahimaas, sirviéndose de un código cifrado de seguridad a la antigua, llevado a su destino por *una criada*. Previendo que Absalón

pudiera cambiar de idea, decidiéndose en el último momento por el consejo de Ahitofel, David debería irse de inmediato más allá del Jordán y, en lógica consecuencia, prepararse de inmediato para el inicio de la contienda,

Husai había cumplido con su parte, y Jonatán y Ahimaas están listos, pero sucede que hay otros personajes que van a pasar ahora a ocupar al centro del escenario. La historia rara vez está íntegramente compuesta de grandes luminarias, y haríamos bien en tomar nota de los numerosos personajes menores, la mayoría de las veces carentes de nombre propio, sin cuya existencia las grandes estrellas carecerían de papel. El Antiguo Testamento no contiene de forma expresa la doctrina del cuerpo bien trabado en igualdad de importancia de 1 Corintios 12, pero la evidencia de ello está bien clara para quien la quiera ver. La victoria de David llegado el momento decisivo fue posible gracias a la callada labor de dos mujeres cuyo nombre no se menciona, y en cambio casi frustrada por la agilidad mental de otro joven del que tampoco se nos dice el nombre. Que se recurra a la participación de dos mujeres deja patente, al igual que en muchas otras ocasiones en el Antiguo Testamento, el reconocimiento del verdadero estado de cosas y una crítica implícita a la percepción general del hecho. Era poco probable que la presencia de unas mujeres fuera a despertar sospechas en una sociedad que las consideraba carentes de la complejidad de pensamiento necesario para el subterfugio, aunque en cambio, eran más que capaces de llevar a efecto todo cuanto la situación requería.

Jonatán y Ahimaas se habían quedado en En-rogel, a prudente distancia, *porque no debían verse entrando en la ciudad*. Es de suponer que podrían haber entrado al igual que lo habían hecho sus padres, pero eso habría supuesto alistarse en el ejército de Absalón, lo cual, a su vez, habría hecho prácticamente imposible escapar sin ser vistos. Tal como estaban las cosas, ser descubierto espionando a favor de David supondría la ejecución sumaria. Pero la criada estaba dispuesta a arriesgar su vida llevándoles el mensaje. A pesar de las precauciones tomadas, los dos jóvenes espías son descubiertos quizás abandonando su escondite, dándose de inmediato noticia de ello a Absalón. No tenemos información alguna respecto al joven que hace la denuncia. Es evidente que los había reconocido, comprendiendo de inmediato el significado de su presencia y esa marcha sigilosa, viéndole ellos a su vez y haciéndoles evidente el alcance del hecho. Está claro que debió haber tenido acceso inmediato a Absalón. Puede incluso que fuera hijo de alguien importante en la corte, uno de los muchos que se habían dejado conquistar por la arrolladora personalidad y carisma del joven príncipe. Se deja ahí, pues, a nuestra imaginación pensar cuál sería su final tras la muerte de Absalón.

Jonatán y Ahimaas se encaminan, sin pérdida de tiempo, hacia el río, deteniéndose a buscar escondite en Bahurim, donde reciben nueva ayuda de otra mujer, la esposa, no mencionada por su nombre, de un labriego o hacendado rural que no sólo los esconde, sino que, a riesgo de su vida, logra despistar a los que les persiguen. Bahurim era la ciudad natal de Simei (2 S. 16:5). Una guerra civil puede causar divisiones tanto en las pequeñas comunidades como en toda la nación. Es evidente que Bahurim no estaba unánimemente acorde ni a favor ni en contra de David o Absalón. Los hombres de Absalón acaban renunciando, pues, a una persecución que estaba resultando inútil, y

así es como los dos espías consiguen llegar a su destino y hacer entrega de su mensaje. Los hombres de David se aprestan de inmediato a cruzar el Jordán, conjurando así el peligro más inminente, al menos en lo que a ellos mismos se refiere. Conducir a un grupo grande de personas cruzando vados poco amplios en un corto espacio de tiempo puede acabar en un desastre – tal como muy bien sabrán todos los que hayan intentado salir de un atasco en un aparcamiento atestado de coches, y con una única salida libre, al término de un partido de fútbol importante. Si el vado se empezara a cruzar cuando fuera atacados, la derrota habría sido inevitable, tal como Ahitofel había muy bien predicho. Pero ahora podían hacerlo, desde luego apresuradamente (logran cruzarlo todos en una sola noche 17:22), pero sin la presión de verse perseguidos por el enemigo.

e. Un triste final para un hombre tan dotado (17:23)

Al ver Ahitofel *que no habían seguido su consejo* (23), no le cabe duda alguna de que la causa de Absalón está perdida. Y con una economía de palabras que resalta su objetividad, se nos informa que Ahitofel regresó a su ciudad, *puso en orden su casa y se ahorcó*. Tal vez pensara que David le perdonaría su traición, aunque sólo fuera por su imagen pública, y no mandaría ejecutarle, pero la impresión que se tiene es que no se sentía capaz de vivir en esas circunstancias. En general, Samuel se preocupa por ahondar en los motivos y psicología de los personajes, teniendo, asimismo, en cuenta orígenes y circunstancias, pero en el caso de Ahitofel no es así, y hemos de conformarnos con los datos escuetos.

No hay indicación alguna en el texto de juicio respecto a lo apropiado o condenable de esa acción, o que el suicidio pueda o deba ser visto como una acción digna o que no sea una reprochable forma de quitarse la vida. Pero lo cierto es que esa acción suya es una más entre las muchas otras que tampoco siguen lo ordenado por Dios y que no muestran la debida consideración a su persona y su santidad, y desde luego no nos es presentado como más grave que otras ofensas. Hay, además, un cierto atisbo de compasión al informarnos que *fue sepultado en la tumba de su padre*. Puede ser que se hubiera equivocado en sus juicios y decisiones, siendo él el primero en no querer perdonarse, pero lo cierto es que se había comportado en la vida como un buen siervo de Dios, de su país y de su rey, y era justo que recibiera un entierro digno. En situaciones así, lo más importante es no obcecarse en pensar tan sólo en los fallos, porque entonces nos arriesgamos a perder de vista la contribución global.

f. La importancia de los apoyos (17:24–29)

La información que se nos da acerca de las operaciones militares en concreto es escasa. Las historias relativas a personajes en particular y las idas y venidas en la preparación de la campaña y el posterior estado de cosas es descrito con sumo detalle, pero, en cambio, el cuadro de la batalla se traza con unas cuantas pinceladas, y nada más. El autor está, evidentemente, mucho más interesado en analizar qué manera

afectó a las personas que en dar pormenores de lo que sucedió exactamente. El tono es más de repaso a lo ocurrido, con todos ya sentados y tranquilos alrededor del fuego de campamento, que de registro oficial en los anales de la historia; más noticia de última hora en prensa y televisión, que enjuiciamiento militar con pesquisas oficiales. El relato va dirigido a la gente común, no a un restringido grupo de expertos. Es, ciertamente, una lastimosa pérdida que grandes secciones del Antiguo Testamento sean consideradas como por encima de la capacidad de comprensión del creyente de a pie. Se introduce ahora de forma un tanto escueta a Amasa, general de Absalón, probablemente con la intención de que sea ya personaje reconocible cuando haga su aparición de nuevo en el relato de una etapa posterior (19:13; 20:4–13). Dado que Joab había permanecido junto a David, Absalón necesitaba nombrar un sustituto con credibilidad y el elegido es un primo suyo, que lo es, asimismo, de Joab, hijo de su tía Abigail, apunte familiar que viene a recordarnos que, en situaciones así, no son sólo las naciones las que se dividen, sino que las familias y las comunidades como tales también se ven divididas por las guerras civiles.

Cuando Absalón consigue reunir a sus tropas y cruzar a Galaad, en el margen oriental del río Jordán, David ya ha conseguido parapetarse en Mahanaim, antigua capital de Is-boset, lugar estratégico por su fácil defensa y buena base de ataque. Su proverbial política de buenas relaciones exteriores tiene ahora su recompensa en esa ayuda de enseres y víveres procedentes de Amnón, Lodebar y Galaad. La mención de Sobi abre una especie de paréntesis entre líneas. Según parece desprenderse del texto, Sobi habría ocupado el puesto de su hermano Hanún como líder de los amonitas tras su desafortunado encuentro con los hombres de David, pero no tenemos noticia alguna que explique cómo se las ingenió David para tender puentes que indujeran a Sobi a considerarle un aliado. Maquir de Lodebar había sido promotor y mecenas de Mefiboset y pudiera ser que la gentil actitud de David hacia Mefiboset produjera ese resultado. Por otra parte, es de suponer, en cambio, que Maquir no tendría aún noticia de la total confiscación de los bienes de Mefiboset por parte de David. Ésta es la primera mención que tenemos de Barzilai el galaadita, pero volvemos a saber de él más adelante cuando David trata de corresponder a su gentileza (19:31–40).

6. El final de la línea (18:1–19:7)

a. Hay un tiempo de lucha y un tiempo en el que hay que dejar que otros luchen por ti (18:1–5)

Sin duda, el tiempo había ido pasando desde que David había sido objeto de acerba reprimenda por no ocupar su puesto en el ejército (2 S. 11:1; 12:27–28). Ahora, la presencia de David junto a sus hombres era algo innecesario e incluso podría suponer un peligro y una distracción. Su fortaleza física tampoco era ya la misma. Y, más significativo todavía, esta vez la campaña iba a girar en su totalidad acerca de la seguridad personal de David. Si él resultaba muerto, entonces la batalla estaba perdida, y carecería ya de sentido el continuar luchando. No era el futuro de una nación lo que

ahí se dirimía, sino tan sólo el de su rey. La necesidad de proteger a David en el campo de batalla podría suponer un peligro y un esfuerzo extra para sus tropas. El deseo de David era luchar él también, pero comprende la lógica del argumento de los suyos y, ante esa insistencia conjunta, accede a *ayudar desde la ciudad*. No es insólito el caso de líderes veteranos que se empeñan en seguir en primera línea en la contienda causando mil y un problemas. Es cosa importante, en cualquier época y orden de la vida, saber reconocer el momento de pasar a segundo plano, y dejar que sean los demás los que conduzcan, dirijan, prediquen, presidan las reuniones y tomen las decisiones oportunas. David es, en esto, un buen ejemplo a imitar. En esta campaña en particular, David sabe cómo actuar desde la retaguardia, porque quedar en segundo plano ¡no significa no hacer nada en absoluto! Y no cabe duda de que esos tres contingentes guerreros, bajo las respectivas órdenes de Joab, Abisai e Itai, tienen que haberse dirigido al frente de batalla reconfortados al ver a su rey David despidiéndoles desde la muralla.

Así como la seguridad de David era algo crucial para su campaña, igualmente lo era la de Absalón para la suya. Si Absalón resultaba muerto, sus efectivos militares carecerían de un propósito definido: la razón que les movía a la lucha era esa opción a la corona. Pero David, incluso manifestando plena confianza en que los suyos van a ganar, y siendo plenamente consciente, además, de que la derrota de Absalón supondría la desaparición de un obstáculo en su camino, hace un ruego: *“tratad bien al joven Absalón”*. Puede que David no fuera siempre un buen padre, pero era padre al fin y al cabo. No se trataba, además, de un ruego formulado en lo privado, sino de una petición formal hecha en público en su calidad de rey y delante de su ejército. Todo el mundo sabía que el deseo de David era que Absalón fuera capturado, pero no que fuera muerto.

b. La guerra supone, de forma inevitable, sufrimiento y muerte (18:6–15)

La batalla en sí es descrita en tres breves versículos. Se nos dice que tiene lugar en el bosque de Efraín, donde el numeroso ejército de Absalón, integrado por israelitas venidos de todas partes de la nación, es derrotado por un contingente muy inferior liderado por generales expertos y compuesto por tropas bien adiestradas. Las bajas que se producen obedecen más a lo dificultoso del terreno que a las heridas recibidas, y los muertos al finalizar la lucha se cuentan por miles. Debemos imaginar el lugar no como un bosque tupido de árboles, sino como una zona abrupta e irregular, con barrancos y quebradas medio ocultos, y matorrales que dificultarían las maniobras. Nada en su configuración permitía una lucha frente a frente, y tampoco había una zona natural en la que parapetarse debidamente si era necesario. Los hombres luchando por grupos podían ser fácilmente disgregados y la lucha se iba dirimiendo por pequeñas zonas. En semejante escenario, un ejército bien entrenado, a pesar de ser superado en número por el enemigo, tenía una ventaja innegable. Las bajas totales se elevan a veinte mil, en su mayoría probablemente jóvenes campesinos que se habrían visto arrastrados a la aventura por el carisma de Absalón y su renombre. Puede que Ahitofel viera en esa derrota el fracaso lógico por no haber seguido su consejo. Y también es posible que al

arrogante Absalón ni se le hubiera siquiera pasado por la cabeza que pudiera ser vencido con tantas bazas a favor suyo, e incluso fuera él el primero en llevarse una sorpresa mayúscula ante los resultados. Nada se nos dice, en cambio, de todo ello, y nos quedamos tan sólo con unas dramáticas escenas que se suceden sin descanso. La manera en que muere Absalón es toda una tragedia colmada de factores humanos, donde el orgullo sin coto es el principal protagonista.

El empeño en avanzar con su mulo por terreno desigual y rodeado de encinas que impiden la marcha, hace pensar en el joven rico que se empeña en conducir a toda velocidad su lujoso coche por un barrizal. Su impresionante cabellera, motivo de orgullo y vanagloria, debería haberse cortado para ir a la batalla, lo cual nos hace pensar en un deseo de lucimiento, adorno de su persona que le distinguiría entre la multitud y apuntaría a su realeza. Proverbios 16:18 reflexiona sobre casos así con palabras muy ciertas: “Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída, la altivez de espíritu”. La melena de Absalón se enreda en las ramas de una encina, la mula prosigue su camino y él se queda, suspendido e indefenso, a merced del primer enemigo que lo encuentre, imposibles ya todos sus sueños de victoria. Nada induce a pensar en dignidad y señorío. Y la manera en que muere hace más lamentable su degradación. Nada glorioso podemos encontrar ahí. El primer soldado que lo ve no osa contravenir las órdenes de David, pero Joab no tiene esos escrúpulos de conciencia y procede de inmediato a *clavarle tres dardos en el corazón* para que no haya posibilidad de supervivencia. El joven soldado sabe a ciencia cierta que David va a acabar enterándose de lo sucedido a Absalón y se muestra reacio a ejecutar una orden que afecta por igual a su propia seguridad y a su conciencia. Puede, incluso, que la forma expeditiva en que David había mandado ejecutar a los implicados en la muerte de Saúl e Is-boset fuera hecho notorio. El soldado hace ahí un comentario revelador respecto a Joab: “*tú mismo te hubieras mostrado indiferente*”, dice (13). Con otras palabras, “permitirías que yo cargara con la culpa”, lo cual no deja de ser un comentario poco favorable del carácter de Joab. De hecho, el soldado no esperaba de él ninguna consideración hacia las tropas. Sin embargo, surge el interrogante ante el hecho curioso de los escuderos de Joab ayudándole a poner fin a la vida de Absalón – y uno no puede entonces dejar de preguntarse si no sería significativo que tuviera nada menos que diez frente a ese único que Jonatán consideraba suficiente (1 S. 14); escuderos, por cierto, que obedecen de inmediato las órdenes de Joab y rematan, en grupo, a Absalón, quizás no tanto por asegurarse de que realmente muere, como para evitar que Joab o algún otro sea identificado como el único culpable de esa muerte. Esa lealtad suya hacia Joab indica que al menos había un grupo al que Joab había mostrado recíproca consideración e idéntica lealtad.

c. La guerra supone tener que tomar decisiones difíciles (18:16–18)

Joab sabía que, si llevaban a Absalón de vuelta a Mahanaim, David no iba a poder dictar sentencia de muerte en manera alguna, por mucho que se mereciera o fuera exigida por la ley. Es presumible que calculara ser más beneficioso a la larga para Israel

hacer frente al descontento de David, que dejar a Absalón con vida, aunque estuviera prisionero, y permitir que siguiera siendo un foco de oposición al rey. Con Absalón muerto, cabía la posibilidad de que se tomaran las medidas necesarias para convencer al pueblo de que David seguía estando capacitado para gobernar. El autor presenta ahora los hechos sin comentarios adicionales. Al lector le toca concluir, pues, si lo hecho por Joab está bien o está mal y si, en verdad, era a favor de los intereses de David. La acción de Joab había contravenido deliberadamente las instrucciones de David, pero no cabía duda de que suponía el fin del conflicto y sin duda ahorra muchas vidas. Uno no puede dejar de sentir cierta simpatía por los que se ven abocados a tomar tales decisiones en el fragor mismo de la batalla.

En cuanto a Absalón, todo ese tremendo potencial suyo, junto con sus muchas capacidades y ese orgullo sin freno, se habían convertido ahora en nada. El único recuerdo que iba a quedar de su memoria era un montón de piedras apiladas en medio del bosque y un monumento erigido en vida por el mismo. La falta de hijos (cabría suponer que los tres hijos varones que se mencionan en 2 Samuel 14:27 habrían muerto siendo niños) supondría la imposibilidad de que le sucediera un hijo propio. La cuestión de quién pudiera ser designado entonces como candidato a suceder en el trono a David, cuestión que algunos han visto como de interés clave en esta sección del relato, seguiría quedando sin respuesta.

d. Buenas y malas noticias. ¿Compensa la ganancia pública la pérdida privada? (18:19–33)

El relato de la manera en que se le da la noticia David no añade mucho a nuestra comprensión de los acontecimientos a escala nacional, pero nos proporciona, en cambio, una panorámica del carácter de fondo de los distintos personajes en liza. Ahimaas, quien, una vez concluida su misión como espía, es de suponer que permaneciera con las tropas de David, quiere ahora ser el que lleve esta postrer noticia sobre el conflicto al rey David tal como se la había llevado antes de su inicio. Joab, en cambio, conocedor del carácter de David y previendo su posible reacción, teme que el portador de la infausta nueva cargue con la culpa de lo sucedido, aunque sea injusto. Decide, entonces, enviar al cusita. Tal vez pensara que un extranjero corriera menos peligro, pero también cabe la posibilidad de que no le preocupara la suerte de ese soldado. La seguridad de un extranjero, puede incluso que mercenario e incluso esclavo, no le concernía: la corrección diplomática no estaba en su agenda. Sea como fuera, la forma misma en que se presentan los hechos indica que toda vida, aunque fuera, como en este caso, la de un extranjero, es algo importante para el autor, como lo es también para Dios. Es probable, además, que el cusita se alegrara de ese encargo. Ignorante de las tensiones de fondo, la noticia que le llevaba al rey era algo bueno para David: sus enemigos habían sido derrotados. Puede incluso que esperara recibir alguna recompensa como su portador. Ahimaas, decidido como estaba a tener su parte en la escena final, pero remiso a irritar a Joab, consigue por fin el permiso para ir y logra adelantar en la carrera al cusita y ser él quien le da a David las buenas nuevas de la

victoria.

El cuadro de David, sentado *entre las dos puertas de la muralla*, demandando de forma constante noticias de ese atalaya que sube al terrado para poder divisar a lo lejos, es a un tiempo realista y conmovedor. Es evidente que su preocupación es por Absalón, no por la causa. Que esa actitud suya merezca elogio o reproche está aún por perfilar. Por fin aparecen en el horizonte dos hombres que se aproximan corriendo, y, según van acercándose, el primero de ellos es identificado como Ahimaas. Éste llega y da la noticia de la victoria, asegurándose así un lugar en la historia con mayúsculas.

Sin embargo, al ver que la reacción inmediata de David es preguntar por su hijo, se da cuenta de que Joab tenía razón y no se atreve a dar la noticia de la muerte de Absalón. Ha de esperarse, pues, a la llegada del cusita, que no estaba advertido de todo ello, para que David se entere por fin de que sus peores temores son ya realidad. Absalón había muerto. El rey (el hecho de que la lucha había empezado precisamente por disputarse el derecho al trono se ve reforzado por la referencia constante a David como rey) se queda anonadado, incapacitado en su angustia para poder reaccionar. *¡Quién me hubiera dado haber muerto yo en tu lugar!* (33) pudiera indicar un sentimiento de culpa atenazador a la vista de lo ocurrido, aunque no queda claro si está relacionado con su posible fracaso como rey o por no haber sido capaz en su momento de controlar a Amnón y Absalón. La cuestión de la posible correspondiente culpa de Absalón no se menciona. La soberanía de David, funciones como juez de ámbito nacional incluidas, se vuelve aparentemente algo insignificante ante la muerte de un hijo. Quizás en ese tiempo de tensa espera junto a la muralla, que pudo haber sido de días e incluso semanas, había tenido ocasión de recapacitar. Es posible que llegara entonces a la conclusión de que ostentar el poder no lo es todo y que el precio de aferrarse al cargo es demasiado alto. En Lucas 14:25–33, Jesús insta a sus discípulos a pensar en el coste de toda acción o camino que se emprende, y a reflexionar antes de ponerlo en práctica. Y puede que esta historia también tenga algo de esa lección. Hay que hacer todo cuanto sea posible para asegurarnos de antemano que el resultado de la batalla a emprender y las posibles ganancias que de ello se deriven compensan el elevado coste que suponen. En el caso de David, éste parece haber concluido, aunque ya tardíamente, que no era ni mucho menos así.

e. ¿Asuntos personales contra responsabilidades públicas? (19:1–7)

El dolor del rey era extremo y su conducta parece ir en paralelo con su comportamiento ante la muerte de su primogénito, engendrado de Betsabé, muchos años atrás. Todo posible gozo e incluso alivio que pudieran sentir sus hombres por haber servido con eficacia y fidelidad a su rey les es negado, haciéndoles en cambio sentirse *avergonzados*. La corona seguía ciñendo su cabeza, pero lo cierto es que David parecía haber abdicado de sus responsabilidades como rey. La esperanza cifrada en esa posible *ayuda desde la ciudad* (18:3) tampoco va a ver su cumplimiento al regreso de sus hombres.

Toda persona que asuma un puesto de responsabilidad debe estar dispuesta a dejar

las consideraciones de tipo personal a un lado cuando surja el conflicto entre sentimientos y deber. La historia de la vida de David es una sucesión de dejación de sus obligaciones mediatizado por sus sentimientos familiares, y el apóstol Pablo en 1 Timoteo 3, como en otros pasajes similares, deja bien claro que la prueba del potencial para el liderazgo empieza con el trato responsable dispensado a la propia familia. Eso no quiere decir, claro está, que no deba haber un equilibrio. Las manifestaciones de dolor de David eran, en cierta manera, desproporcionadas, rayando incluso en la autoindulgencia. La reprimenda (5) de Joab ante comportamiento tan reprehensible puede parecer excesiva, pero es muy probable que fuera necesaria. La conducta de David podría convertir ese vago malestar por sus defectos como rey en una escala imparable de rebeldía y oposición. Absalón no había podido derrotar a David, pero éste podía ahora derrotarse fácilmente a sí mismo. Son, en efecto, las palabras de Joab las que le sacan a David de su estupor y su autocompasión para retomar su puesto a las puertas de la ciudad. Era hecho habitual que, en las ciudades rurales, las puertas de entrada fueran el lugar de reuniones públicas y vista judicial de las demandas, por lo que la presencia de David ahí era señal inconfundible para el pueblo de que el discurrir de la vida había vuelto a la normalidad. El rey estaba disponible para las necesidades de su gente. Era, de nuevo, verdadero rey de Israel.

7. La paz y las secuelas de la guerra (19:8–43)

a. Ganar la paz puede ser un reto mayor que ganar la guerra (19:8–14)

El desorden, la confusión, las incomodidades, los reproches, la autojustificación, y la barahúnda general en todo el país se describen con absoluta maestría. En la moderna Sudáfrica, según parece, resulta difícil encontrar a alguien dispuesto a admitir que ha practicado el apartheid. En Israel en ese momento también costaba encontrar a los partidarios de Absalón. Los hechos estaban meridianamente claros. Alguien tenía por fuerza que haber pronunciado como *elegido* a Absalón para que *gobernara* sobre ellos. Pero ahora, una vez muerto Absalón, todo era reconocimiento general de la necesidad de hacer que a David regresara y conseguir que las cosas volvieran a la normalidad lo antes posible. David, una vez superado el primer dolor por la muerte de su hijo, recupera el gusto por los retos. Sus primeros intentos de reconciliación tienen por objeto su propia tribu de Judá, para lo cual convoca junto a sí a Sadoc y a Abiatar que, por haber permanecido en Jerusalén durante la contienda, estarían en buena posición para saber qué había estado sucediendo allí y quiénes eran las personas más adecuadas con las que entablar negociaciones y dar comienzo a todo el proceso. En apariencia, además, no se iban a hacer recriminaciones.

Con ese positivo acercamiento suyo a Amasa, general de Absalón, les sería patente a todos cuantos habían luchado en el bando de Absalón que, lejos de ser castigados por ello, serían aceptados de nuevo. Esta forma de reconciliación merece ser considerada por todos los que se hallan inmersos en la actualidad en distintas luchas por el poder, sea en países, en sociedades, en familias o en las iglesias. Incluir en el gobierno a

antiguos cargos destacados de un régimen anterior es una forma de demostrar que los que ahora gobiernan dan por concluido el conflicto. El reemplazo de Joab por Amasa como jefe general de un ejército de ámbito nacional es toda una muestra de habilidad estratégica por parte de David. Con ello se alcanzaban varios objetivos. Se conseguía, de entrada, *inclinarse el corazón de los hombres de Judá* (14), esto es, ganarlos para la causa de David en renuncia a su antigua adhesión a Absalón. Servía, además, como castigo a Joab. Es totalmente inconcebible que David no supiera la participación de Joab en la muerte de Absalón. Con esa medida, todo el mundo sabría que tales actos serían castigados, pero sin abocar a David a un enfrentamiento directo con Joab, o al menos así iba a ser en teoría.

b. La importancia de convertir en amigos a los enemigos (19:15–23)

El regreso de David y su séquito a Jerusalén llevó mucho tiempo y fue bastante más sosegado y formal de lo que había sido su caótica huida tiempo atrás. El viaje de regreso a través del Jordán se aprovecha para tender puentes en más de un sentido y es una nueva ocasión para que se ponga de manifiesto su percepción espiritual y su habilidad para las relaciones diplomáticas. Las gentes de Judá salen en escolta para ayudar a David a cruzar el río. Con mirada retrospectiva, los esfuerzos de David por suscitar el apoyo de Judá a base de resaltar su relación con ellos puede que contribuyeran indirectamente a exacerbar la rivalidad con las tribus del norte, que tantos problemas causarían posteriormente. Pero ésa no era la cuestión por el momento. No puede sorprender tampoco que estuviera también allí Siba, mayordomo de Mefiboset, quizás con la pretensión de que David se fijara en él como hombre de recursos y persona que merecía la pena recompensar. Consciente de que, no a mucho tardar, Mefiboset iba a encontrarse con David y le expondría su punto de vista, Siba aspira a ser aceptado por éste delante de las multitudes haciendo que fuese más difícil que se volviera en contra suya más adelante.

La presencia de Simei, en cambio, resulta mucho más inesperada. Llega, además, acompañado de un millar de benjamitas *de Bahurim* como notorio apoyo a David. El personaje sosegado y razonable de esta escena, que no tiene inconveniente alguno en *postrarse delante del rey*, dista mucho del hombre furioso y violento del episodio anterior. El parecido con los inesperados cambios de humor de Saúl se hace evidente aquí. Simei parece que actuaba en solitario al atacar a David según abandonaba Jerusalén (16:5–14), y puede que ahora vuelva a ser así, genuinamente arrepentido de su anterior comportamiento. Otra posibilidad es que su ciudad de origen, que no se había declarado contraria a David (17:18), le hubiera presionado para que se disculpara públicamente e incluso le hubieran acompañado para estar presentes mientras lo hacía. De haber sido así, ese miedo a ser castigados en bloque por la ofensa solitaria de Simei vino a demostrarse infundado. Abisai, según sus acostumbradas maneras violentas, quiere que David haga escarmiento en la persona de Simei por haber pronunciado maldición contra *el ungido del SEÑOR* (21). Es probable que recurriera a esa expresión, de forma deliberada, para que David no pudiera seguir justificando las maldiciones de

Simei sobre la base de esa misma supuesta intención de castigo por parte de Dios. Así, Simei había anunciado que era Dios mismo el que había *entregado el reino en manos de... Absalón* (16:8), pero el curso de los acontecimientos iba a demostrar que se equivocaba. David debería demostrar ahora su soberanía mandando ejecutar a Simei. Pero, muy al contrario, lo que hace David es reclamar la postura de Abisai y sus hermanos, dejando bien claro que eran justamente ellos, y no Simei, los que demostraban ser sus auténticos *adversarios* al aconsejarle tal cosa. Su concepción del poder soberano implicaba una demostración violenta del mismo. David, en cambio, cuando se encontraba en sus mejores momentos, y éste es, sin duda, uno de ellos, sabía que no necesitaba recurrir a la agresividad para demostrar su soberanía. Es siempre una tentación, incluso en los círculos cristianos, pensar que la mejor manera que tiene el líder de afirmar su autoridad es con una demostración palpable de fuerza y poder. Y sería de desear que fuéramos entonces tan capaces de resistirnos como lo fue David en esta ocasión.

Cabe imaginar a David afirmando, *¿Acaso no sé que soy hoy rey sobre Israel?* (22), pensando retrospectivamente en el pacto y la comisión recibida en 2 Samuel 7. La soberanía le había sido concedida directamente por Dios, y tenía que ejercerse cuidando del pueblo y no con actos gratuitos de violencia y venganza. Ése era ahora un día de celebración, prácticamente una segunda coronación. En semejante ocasión, ni siquiera Simei podía morir; de hecho, se le asegura mediante promesa que tampoco será ejecutado por orden de David en el futuro.

En 1 Reyes 2:8–9 encontramos, en cambio, una triste apostilla a este incidente, cuando vemos cómo David comisiona a Salomón para que se asegure de que Simei ha de ser castigado violentamente después de todo, lo cual vendría a demostrar que esa primera benevolencia suya, lejos de tener su origen en un discernimiento espiritual, obedecía a una maniobra política de cara a la galería, mientras que, en realidad, el deseo soterrado de vindicación siempre habría estado presente. Sea como fuera, lo cierto es que sólo un lector encallecido va a ver en 2 Samuel 19 algo que no sea esa buena voluntad aparente, y es muy probable que estemos más cerca de la verdad si apreciamos en ese radical cambio de actitud el lastre de las facultades perdidas por el paso de los años y la espiritualidad embotada por no conectar ya con la auténtica realidad.

c. Dar y recibir (19:24–39)

El esperado encuentro con Mefiboset quizás no discurrió tal como David había esperado y vino a plantearle un dilema. Mefiboset da muestras evidentes de que, lejos de haberse regocijado con la caída de David, había estado haciendo duelo por él todo ese tiempo. Siba había mentido ostensiblemente. Las siguientes palabras de Mefiboset pudieran no haber sido más que la respuesta apropiada a David según entorno cultural. Pero cabe también la posibilidad de que fueran reflejo del carácter heredado de su padre, Jonatán. Su actitud es de claro desapego al dinero, dando con ello una salida honrosa a David. La decisión que éste toma, dividiendo las tierras a partes iguales entre

Mefiboset y Siba, parece más acto de debilidad que de justicia. La incapacidad de David para soportar la confrontación directa con aquellos a los que le une un cierto tipo de relación personal está ahí presente una vez más. Aunque puede ser, cómo no, que en este caso en concreto, David creyera que, dadas las circunstancias, esa era la mejor solución para hacer que las cosas avanzaran. Dado que Siba había cuidado de la hacienda a partir de la muerte de Saúl, sin recibir ninguna ayuda por parte de Mefiboset, quizás la intención primera de David de devolverle las tierras sin darle compensación alguna a Siba había pecado un tanto de injusta. Sea como fuera, lo cierto es que Mefiboset no se muestra contrario a esa solución. Hay ocasiones en las que el mejor camino a seguir es el de la prudencia, que no tiene por qué ser sinónimo de debilidad. Al león dormido es mejor no despertarlo.

La descripción del encuentro de David con Barzilai no contribuye en mucho a una mejor comprensión de la historia de Israel, pero no por ello deja de ser un botón de muestra de lo más interesante. A David le constaba que era sumamente apreciado por Barzilai y deseaba que todos supiesen que no iba a escatimar esfuerzos y recursos en la manifestación de su agradecimiento a cuantos le habían ayudado. Barzilai sabía eso sobradamente, pero él era ya rico, y demasiado anciano ya, y no tenía ni deseo ni necesidad de que David le ayudara, pero, como había sido desprendido en lo material, iba serlo ahora igualmente en lo personal dejando que David le hiciera objeto de su generosidad. No cabe duda de que siempre es *más bienaventurado dar que recibir* y, en algunas ocasiones, como era el caso con Barzilai, una auténtica bendición para dar a otros la oportunidad de ponerlo en práctica. La actitud aparentemente generosa de querer ser siempre el que da podría, en ocasiones, estar enmascarando en realidad una cierta forma de egoísmo. En este caso, Quiman, quizás el hijo pequeño o el nieto de Barzilai, estaba más que dispuesto a pasarse a Israel bajo el patrocinio de David y ocupar un cargo en su corte. La presencia de Quiman como una suerte de enviado especial vendría, además, a suponer un intercambio diplomático en las relaciones exteriores para beneficio de ambas partes, y una muestra más de la proverbial generosidad de David hacia sus aliados.

d. Para empezar de nuevo se necesita la cooperación de todos (19:40–43)

La situación tendría que haber sido de completa satisfacción para todos los afectados. No iba a haber repercusiones negativas de la rebelión y el orden imperaba de nuevo en la totalidad del país. Pero lo cierto es que seguía habiendo resentimiento y tensiones soterradas entre Judá en el sur y las tribus del norte. Situación, además, que no había hecho otra cosa que empeorar tras la muerte de Saúl, empezando ya entonces a hacerse patentemente manifiesta. El debate sobre quién tenía más derechos a traer a David de vuelta y quién había sido más leal, probablemente era más excusa que razón para desplegar en toda su cruda y lamentable realidad los síntomas de una lucha tribal y racista. El reinado de David había supuesto seguridad y prosperidad a la tierra, pero la deseable unidad de las tribus parecía haberse limitado a lo superficial. En este punto, sin embargo, tampoco hay resolución del problema, y nos quedamos viendo cómo se

tiran al cuello unos a otros. El lector queda así preparado no sólo para esa rebelión que va a tener lugar por parte de Seba, sino, asimismo, para las distintas divisiones que resultarían de la opresión generalizada de los últimos tiempos del reinado de Salomón.

Para David, era un día de victoria. Pero la victoria en determinada área no asegura victoria absoluta en todas las áreas de la vida de una nación. La lucha por el poder no era monopolio exclusivo de reyes, príncipes y generales. El ansia por imponerse y dominar convulsionaba igualmente a las tribus. Y si éstas hubieran sido capaces de mostrar tanta generosidad entre sí como lo había hecho David en su trato con los que se habían rebelado contra él, quizás entonces la historia de Israel como nación recogida en los libros de Reyes habría sido muy distinta. Pueden verse ahí las semejanzas entre la actitud de las tribus, en ese momento y situación, y la de las distintas facciones en la iglesia de Corinto. Las instrucciones de Pablo respecto a la naturaleza del amor en 1 Corintios 13 habrían sido de gran ayuda para enseñar al pueblo de Israel “una vía más excelente”. Toda esa situación encierra una lección y una advertencia para los creyentes de hoy. Las facciones por cuestiones de intereses particulares grupales que aspiran a dominar por encima de los demás, junto con las tensiones y divisiones por cuestiones de denominación religiosa, o por actitudes no aceptables de condescendiente superioridad, así como por otras posibles formas de lucha interna, son el lado feo y negativo de la vida espiritual, y ello tanto hoy, en nuestra práctica cotidiana, como entonces, en un Israel que aspiraba a remontar la crisis de la rebelión.

8. La rebelión de Seba (20:1–25)

a. Elegir bien las causas por las que luchamos es algo muy importante (20:1–2)

En cierta forma, el relato de la rebelión de Seba puede verse como un suplemento en tono menor de la historia de la revuelta de Absalón. El momento exacto no queda claro y puede que tuviera lugar un poco más adelante, tras la reinstauración de David en el trono, si bien el homicidio perpetrado por Joab en la persona de Amasa enlaza las dos historias con *Se encontraba allí* de 20:1 y sugiere un acontecer inmediato. A pesar de las tensiones entre las distintas tribus, que se hicieron evidentes al finalizar la guerra civil, lo cierto es que la contienda no se había iniciado por esa cuestión. La disputa se había originado por el deseo de determinar cuál de esos dos candidatos al poder, que no sólo eran de la misma tribu, sino que pertenecían incluso a la misma familia, debería ser coronado como rey. Y lo cierto es que, del seno de cada una de las distintas tribus, habían salido partidarios para uno y otro candidato. Pero Seba, un disidente dentro de la familia de Saúl, había intentado sacar partido de la situación haciendo un llamamiento a las otras tribus fuera de Judá para unirse en contra de David, con la pretensión de que éste fuera tan sólo reconocido como rey exclusivo de Judá. La facilidad con que la rebelión es sofocada señala una cierta exageración en ese *todos los hombres de Israel dejaron de seguir a David*. Puede que tan sólo siguieran a Seba en el sentido de que igualmente se dirigían al norte, ya de vuelta a casa, en vez de acompañar a David en su regreso a Jerusalén. Y si bien los hombres del norte querían

demostrar que se sentían orgullosos de su origen, insistiendo en que su lealtad a un rey de Judea no equivalía a prestar asimismo lealtad a Judá o que aceptaran su preeminencia, lo cierto es que su corazón no parecía estar con Seba. Suele ser lamentablemente que las personas pueden ser llevadas a apoyar determinada acción por establecer una relación errónea entre dos conceptos distintos. El argumento suele ser como sigue: “Tú te opones con todas tus fuerzas a A (en este caso, la supremacía de Judá o, pongamos por caso, en la actualidad, la pornografía). La gente que está favor de A también apoya B (la soberanía de David o, por ejemplo, el negocio del cine). Eso significa que si estás a favor de B, puede pensarse que también apoyas A; por lo tanto tienes que rechazar la soberanía de David o, es un decir, no debes ir nunca al cine y tendrás además que oponerte con todas tus fuerzas a los que sí van”. Hay que tener mucho cuidado entonces, para no rendirse ante argumento tan ilógico y descabellado, pues lo cierto es que ni ayuda a la causa original ni tampoco suele servir para mayor gloria de Dios.

b. El honor de los poderosos contra los derechos del desvalido (20:3)

Ya vimos en su momento que la suerte de las diez concubinas de David, que podría haber sido considerada cuestión irrelevante en cuanto a la historia principal, no era tal ni para las mujeres ni para el autor del relato ni, mucho menos aún, para Dios. Podría pensarse entonces que vivir como viudas el resto de sus vidas podría suponer un alivio respecto a ese ser utilizadas como peones en una partida dominada por hombres. Pero el *[vivir] encerradas hasta el día de su muerte* (3) no era el destino habitual de las viudas y esas palabras resuenan ahí con tañido ominoso. Al parecer, y dadas las circunstancias, no se les podía extender el acostumbrado certificado de divorcio para que pudieran volver a casarse. En este caso, estaba en juego el honor de David, y parece ser que era un asunto más importante que la libertad de ellas. El mal trato dispensado por Absalón, visto por él como una cuestión de necesidad política, pero vivido por ellas como una violación, se resumía ahora en que ya no era posible que siguieran viviendo en la corte de David. Por otra parte, además, al haber pertenecido al harén de David, tampoco se les iba a permitir casarse de nuevo, pues todo el que se atreviera a tomar a una de sus mujeres podría ser visto como intentando “tomar” el poder que correspondía sólo a David. Es muy probable que David, tras haber provisto para las necesidades materiales de esas mujeres, pensara haber cumplido con su deber, pero el texto deja entrever una crítica a esa actitud y el entorno cultural que la sustentaba. El Dios a quien David quería honrar era justamente “defensor de las viudas” que “prepara un lugar para los solitarios”.³⁵ Esas mujeres no dejaban de ser criaturas creadas y cuidadas por un Señor que es soberano sobre todas las cosas, y en manera alguna podía ser aceptable que fueran tratadas como objetos de quita y pone. Hemos de ir siempre con el máximo cuidado en asegurarnos de que cualquier posible acción que emprendamos para proteger la reputación del líder no sea a expensas de quienes no gozan de la misma protección que los poderosos.

c. La rebelión y la traición pueden adoptar distintas formas (20:4–13)

En el relato de la rebelión que tuvo lugar después, el interés se centra una vez más en las personas más que en el curso de la batalla, y poco es lo que vemos del inicio de la contienda y el final de la campaña de Joab. Llama la atención, sin embargo, que Seba no sea uno de los personajes centrales en ese texto. Nada sabemos de él, excepto que era cusita y que murió en Abel-bet-maaca. Ahora bien, aunque Seba no contara con un apoyo de fondo, y el posible daño infligido a la nación como unidad fuera limitado, seguía siendo importante que este personaje desapareciera de escena lo más pronto posible, y antes, desde luego, de que las distintas lealtades endurecieran posiciones. *Tres únicos días* le concede David a su nuevo general para que vaya a reunir las distintas tropas dentro de Judea y regrese para encabezar el ataque. ¡David empezaba así a poner en práctica el consejo de Ahitofel a Absalón! Pero Amasa era novato, y no calibraba en su justa medida la importancia de no emplear más tiempo del debido en esa tarea; aunque cabe también pensar que se tomara su tiempo en el deseo de desempeñar lo mejor posible su recién estrenado cargo como general del ejército de David, y que incluso le fuera imposible ir tan rápido como David quería. Pero, lo cierto es que el tiempo se le acaba y el tener que recurrir de nuevo a Joab equivaldría a rebajarse ante él, tanto por parte de David como de Amasa. David se vuelve entonces a Abisai. La tarea que se le encomienda consiste en acaudillar una avanzadilla, pero no reemplazar a Amasa como general al mando del ejército. La ironía es que se le pone justamente al mando de los hombres de Joab, y poca duda podía haber respecto a quién obedecían en realidad esos hombres. Amasa, técnicamente todavía al mando, sale al encuentro de Joab *junto a la piedra grande que está en Gabaón* (13) y entonces es cuando éste, sin previo aviso o compasión, y aprovechando un aparente abrazo fraternal, le hiere de muerte. Los detalles más cruentos se le ofrecen al lector para que juzgue por sí mismo la actuación de Joab.

Es evidente que Joab no aspiraba a ser rey, y lo más probable es que tampoco se viera a sí mismo como alguien ávido de poder. Aun así, su deseo de ser el general principal de todo el ejército se había convertido en ambición obsesiva. Y es precisamente por conservar esa primacía por lo que había matado a traición en su momento a Abner, y por lo que ahora había acabado con Amasa. La muerte de Urías había ocurrido por instigación de David; la de Abner podía justificarse a ojos de Joab como venganza por la muerte de su propio hermano; la muerte de Absalón podía tener una razón política; pero, ahora, la muerte de Amasa no tenía excusa o justificación posible. Se trataba, pura y simplemente, de un asesinato premeditado. Cabe la posibilidad de que Joab pensara que Amasa merecía morir por haber apoyado a Absalón, pero el texto no lo indica así, y no es ciertamente excusa para la acción de Joab. Al usurpar la función de David como juez y jurado, Joab pasaba a ser tan culpable de traición como pudiera haberlo sido Amasa, y puede incluso que tan culpable de rebelión como Seba. David conocía bien el carácter violento de Joab, y por eso había tratado, un tanto tardíamente, de reemplazarlo por Amasa a modo de sanción

indirecta. Pero la cuestión es que Joab no estaba dispuesto a tolerar algo así, y es digno de tenerse en cuenta que David ya no vuelve a intentar ponerle freno, dejando que sea el tiempo y su hijo Salomón los que resuelvan el asunto. Las consecuencias de la falta de resolución de David en su trato inicial con Joab, y el ascendiente que éste logra sobre David por la muerte de Urías, acaban provocando una tragedia, siendo ahora Amasa la última víctima de esa escalada de violencia. Posponer la toma de decisiones difíciles y no ponerlas después en práctica por temer ofender a terceros dentro de la comunidad, o por querer mantener ocultas ciertas cosas, suele acabar causando más problemas de los que evita.

Una vez muerto Amasa, Joab le deja yaciendo en el mismo sitio donde cayó para seguir adelante con lo que en ese momento tiene entre manos, a saber, ocuparse de Seba. Es como si Amasa no contara nada para él: *Y Amasa yacía revolcándose en su sangre en medio del camino* (12). Incluso nuestros peores enemigos merecen mayor respeto, y es quizás por eso por lo que el autor hace ahí una llamada de atención. Amasa no era ni siquiera enemigo de Israel. El atasco que parece estar generando el espectáculo de ese cuerpo convulso puede que obedeciera a una curiosidad natural teñida de temor, como ocurre hoy día cuando pasamos junto a un vehículo accidentado y aminoramos la marcha. Aun así, tal vez en este caso también indicara una repulsa de la acción de Joab por parte de sus propios soldados, no estando dispuestos a seguir adelante hasta que se hiciera algo al respecto. Es evidente que no disponían de tiempo para un entierro formal, pero hasta que el cadáver no fue apartado del camino y cubierto con una manta, no continuaron su camino. Podría pensarse que se ponen en marcha porque ya no había nada que ver, pero la impresión que se tiene es que se trataba de algo más. Toda acción inmoral e ilegal por un afán de conservar el estatus es tan inaceptable en un general como en un rey. Es muy posible que, en este caso, las personas fueran más conscientes que sus líderes de lo que Dios quería en verdad.

d. La sabiduría de una mujer pone coto a la violencia de un general despiadado (20:14–22)

El incidente final de esta sección, al igual que otros más en el resto del libro, transmite la sensación propia de un testigo presencial, y, de igual modo que esos otros relatos, es muy probable que fuera contado, repasado y comentado alrededor del fuego como historia con su moraleja. Seba no parece haber conseguido reunir un gran número de seguidores en su paso *por todas las tribus*, y quizás por eso acaba, junto con el pequeño grupo de veritas, que eran los únicos seguidores verdaderos con los que contaba, acorralado en la ciudad de Abel en el norte del país. La feroz persistencia de Joab en el cumplimiento de lo que él consideraba su deber era algo notorio, y por eso no tiene escrúpulos en causar la muerte de inocentes, siempre y cuando sea en beneficio de sus propios intereses, en este caso aniquilar a Seba y conjurar así la amenaza de secesión por parte de las tribus del norte. Cabe imaginar el pavor de los habitantes de Abel-bet-Maaca al ver cómo se construía el terraplén. Y entonces ocurre que, una vez más, una mujer salva la situación, y no se puede menos que establecer un

paralelismo con la “mujer sabia” del capítulo 14. Según parece, Abel tenía una cierta reputación como lugar donde encontrar sabiduría (18), y esa mujer parecía ser una de sus depositarias. Es más, incluso debía ser la portavoz oficial del lugar y no tuvo ningún problema en convencer a la gente de que siguieran su consejo. Las mujeres líderes o profetas eran la excepción en tiempos del Antiguo Testamento, pero, allí donde surgían, no parece que se les pusieran trabas para el desarrollo de sus funciones, ya fuera en un encuadre formal, como en el caso de Débora y Hulda, o de manera informal, como en este caso. Ahora, no sólo no tenía miedo a hablar con Joab, sino que, además, conocía su forma de proceder. Joab no iba a dudar en servirse de cualquier medio a su alcance, por muy destructivo que fuese, con tal de alcanzar su objetivo. Aun así, si ese objetivo podía lograrse de forma más fácil y más rápida por medios menos violentos, él estaba más que dispuesto a colaborar. Puede, además, que fuera consciente de que los argumentos de la mujer, con su fondo teológico - gentes *pacíficas y fieles en Israel*, que él iba ahora a intentar destruir, agradarían a David. Seba es ejecutado por los habitantes de la ciudad y, dado que no cabía ahora duda de que la rebelión iba a darse por terminada, por no tener ya razón de ser, el ejército reunido vuelve a casa mientras que Joab regresa a Jerusalén para enfrentarse o, tal como se desarrollan posteriormente los acontecimientos, para no enfrentarse a las consecuencias de su proceder con Amasa.

Lejos de ser castigado, *Joab [vuelve] a ser jefe sobre todo el ejército de Israel* (23). Consciente de lo irónico de todo ello, el autor aprovecha la ocasión para poner al día al lector respecto a un nuevo gabinete de gobierno de David. Han pasado cosas muy terribles, pero la vida sigue adelante y los administradores, los sacerdotes y los historiadores continúan teniendo una función que cumplir.

¿Rellenando los huecos?

2 Samuel 21–24

Muchos fueron los documentos y otros recursos usados como fuentes para los libros de Samuel, y los expertos han ido identificando toda una serie de dificultades y problemas en relación a su composición. Pero, lo cierto es que quienes, en su momento, juntaron las diversas fuentes para dar lugar a la narración en su forma final consiguieron producir un libro ameno, centrado en gran parte en aspectos cronológicos, y ciertamente de fácil lectura y comprensible, en cuanto al punto de vista del lector común se refiere. Así, 2 Samuel 9–20 ofrece una narrativa continuada de una historia en concreto, con abundante episodios descriptivos, pletóricos de encuentros y acontecimientos, de forma particularmente creativa y ordenada, generando un todo

coherente. 1 Reyes retoma el relato donde lo deja 2 Samuel 20, dando continuidad a la historia del reino de Israel. 2 Samuel 21–24 es ligeramente distinto, como si los editores hubieran tenido conocimiento de nuevos documentos e incidentes lo suficientemente importantes como para ser incluidos, pero que no encajaban bien con la estructura de las otras narrativas. Las seis secciones que lo integran son, por lo tanto, bastante independientes entre sí y resulta difícil determinar el momento exacto de cada suceso. Pero, lo cierto es que arrojan nueva luz sobre los tiempos y la vida de David.

1. Las consecuencias de un pacto violado (21:1–4)

En algún momento durante el reinado de David, tuvo lugar un incidente en concreto. Los acontecimientos están bastante claros. El país padecía una hambruna. David consulta entonces a Dios, y se le comunica que es consecuencia de un juicio emitido por no haber sido fiel Saúl al antiguo pacto acordado con los gabaonitas. Puesto que tenían que ser compensados por ello, se decide que sean ejecutados siete descendientes de Saúl. Una vez aplicada la sentencia, la madre de dos de ellos, transida de dolor, protege sus cadáveres del acoso de las fieras hasta que pueden ser, por fin, enterrados en la forma debida junto a los huesos de Saúl y Jonatán. Una vez concluido el proceso, la hambruna desaparece. Los tiempos concretos no se especifican. Que *el rey [David] [perdonara] a Mefiboset (7)*, pudiera indicar un tiempo posterior al incidente registrado en 2 Samuel 9, donde Mefiboset se une a la corte de David. Aun así, lo cierto es que la oposición de Simei a David tiene más sentido si hubiera ocurrido después de las ejecuciones, como lo hace, de hecho, la búsqueda de David de más posibles descendientes de Saúl en 2 Samuel 9. Cuesta trabajo creer que no tuviera noticia previa del paradero de esos siete. Pero, la historia en sí, y cualquier significado que pueda tener, no se vería afectada tanto si había ocurrido antes como si lo había sido después del reinado de David.

a. Es importante que el pueblo de Dios inspire confianza (21:1–2)

Las hambrunas eran consideradas parte normal de la existencia. Las cosechas podían ser buenas, algunas veces menos buenas, y otras, realmente muy malas. La vida del campesino comprendía la necesidad de hacer frente a lo que pudiera ocurrir. No vemos ahí indicación alguna de que Israel estuviera libre de sufrir los cambios de la naturaleza, como tampoco se puede esperar hoy que los cristianos no padezcan las pruebas y dificultades de la vida moderna. Pero el hecho de que la hambruna se prolongue durante tres años le hace sospechar a David la influencia de algún tipo de juicio a la nación. No puede decirse que toda situación climática adversa se viera como consecuencia directa de la conducta humana, pero lo cierto es que sí se entendía a Dios como Creador soberano con derecho a emitir juicio en de los recursos naturales de un mundo que le pertenecía, y su derecho a dar o retener las lluvias era indiscutible.

No se informa acerca del modo en que se busca ese consejo de Dios al respecto, si fue mediante profeta, por el uso del efod o por otro posible medio. Sea cómo fuera, lo

que parece evidente es que nadie dudaba de la fiabilidad de los resultados. El problema consistía en que Saúl, a causa de algún incidente no registrado en su momento, había hecho un pacto con los gabaonitas en su deseo de librar a la nación de la opresión extranjera. Los motivos de Saúl habían sido buenos, actuando *en su celo por los hijos de Israel y de Judá* (2), tratando de librar a la tierra de la presencia de los no israelitas, tal como se le había encomendado hacer. Pero la cuestión era que, a pesar de cumplir las más recomendables tareas, no se puedan dejar a un lado ciertos principios. Los gabaonitas habían hecho alianza con Israel ya en tiempos de Josué, un pacto que garantizaba inmunidad a Gabaón frente a posibles ataques, al tiempo que se les confería el estatus de campesinos bajo contrato. La implicación ahora era que los gabaonitas seguían bajo un cierto grado de servidumbre dentro de la comunidad de Israel, pero dando por sentado que ese antiguo pacto de no agresión seguía vigente. El quebrantamiento de un pacto era siempre un asunto grave. Dios es un Dios de verdad y fidelidad, y era importante que su pueblo manifestara ese carácter comportándose con veracidad y de forma honrosa. Israel, a través de Saúl, había cometido una grave ofensa contra los gabaonitas y éstos merecían ser compensados por ello.

Uno no puede menos que preguntarse por qué había transcurrido tanto tiempo sin que se emitiera juicio al respecto. Y sería igualmente interesante conocer más respecto a actuación de Saúl, y saber qué estaba ocurriendo en el seno de la comunidad gabaonita para que la cuestión del pacto pasara a debatirse. Pero, al igual que en otras muchas ocasiones, tan sólo contamos con los detalles que el autor precisa para sus propósitos, el cual en este caso, parece haber sido, en primer lugar, la vital importancia de mantener las promesas hechas y, en segundo lugar, que Dios se toma muy en serio los derechos de todos los miembros integrantes de una sociedad, incluso los de aquellos que normalmente son considerados los más insignificantes. Importaba, pues, y mucho, que se tomaran medidas al respecto y se realizara alguna forma de reparación que llevara a gabaonitas e israelitas, por igual, a reconocer el valor que los gabaonitas tenían para Dios y la obligatoriedad de respetar sus derechos. La responsabilidad de David ahora era determinar qué compensación en concreto debía efectuarse.

b. Asumiendo y eludiendo responsabilidades (21:3–6)

En los tiempos antiguos, era algo frecuente que a la parte ofendida se le diera la oportunidad de emitir su opinión respecto al castigo a imponer. Es interesante, por otra parte, que esa idea haya sido recuperada en la actualidad. La ley israelita establecía las distintas clases de restitución según determinadas circunstancias, pero no indica que se tenga que permitir a la víctima elegir la forma de castigo. Es posible que, al forzar a los gabaonitas a decidir ellos mismos, David estuviera eludiendo una responsabilidad propia procedente de Dios. Los gabaonitas se encontraban en una situación apurada. Algo tenían que decir, si no querían que se les considerara responsables de la hambruna, pero estaba claro que seguían siendo considerados extraños por parte de sus vecinos israelitas, y de ellos dependía ahora que la situación no empeorara aún más. Entonces demuestran tener ciertas dotes para la diplomacia. Según apuntan todos los

indicios, muchos de los suyos habían resultado muertos, pero sabían bien que demandar un número igual de víctimas por parte israelita tan sólo conseguiría que la actitud hacia ellos aún fuera más negativa. Por eso, tan sólo exigen la muerte de siete de los descendientes de Saúl. Siete puede parecer una cifra baja, pero corresponde al número simbólico de la total plenitud y, como tal, indicaba de forma apropiada que la deuda había sido pagada. Desde la perspectiva de David, el que fueran quitados de en medio siete potenciales amenazas le debió de parecer un muy positivo beneficio colateral, pero eso no lo convierte en factor relevante. Aun así, David acepta de buen grado esa sugerencia, sabiendo que el Antiguo Testamento prohíbe castigar a los hijos por las faltas de los padres, y la promesa hecha por el propio David a Saúl de que sus descendientes no serían ejecutados.⁷ La reputación de David no sale muy bien parada en este incidente. Y el punto de inflexión estaría en ese tener que romper una promesa por no haber cumplido en su momento otra promesa, y todo ello para poder absolver ahora a la nación, como tal, de esa culpa.

c. Una pena observada (21:7–14)

Se elige a las víctimas: *Armoni y Mefiboset*, hijos de Saúl tenidos con su concubina Rizpa (2 S. 3:7), y los cinco hijos de Merab, hija mayor de Saúl que había sido en un principio prometida a David (1 S. 18:17–19) y que después contrajo matrimonio con Adriel. No sabemos si Merab ya había muerto antes del suceso, pero sí que Rizpa estaba abrumada por la tragedia que le había sobrevenido. Es muy probable que reconociese, e incluso aceptase, ese concepto de responsabilidad corporativa y solidaridad a nivel familiar que venía a significar que nadie podía cuestionar la justicia implícita en que los descendientes de Saúl cumplieran el castigo correspondiente por las decisiones y errores de éste. Pero admitir la necesidad de llevar a cabo determinada acción no supone evitar sentir el dolor y la angustia de sus consecuencias. Las muertes de sus hijos podían ser contempladas desde la perspectiva de la hambruna conjurada, salvándose con ello la vida de muchos israelitas, pero para Rizpa se trataba de sus hijos y ella no iba ahora a permitir que nadie profanase sus cuerpos sin vida. Y así constatamos, una vez más, el interés del autor por reflejar la situación y los sentimientos de la mujer. La acción de Rizpa parece que lleva a David a comprender que las acciones políticamente correctas tienen su repercusión en las vidas de las gentes. David se ve movido a compasión, actitud quizás teñida incluso de sentimientos de culpa por su papel en todo ello. La preocupación que ella muestra por los cadáveres de sus hijos le haría recordar que los cuerpos de Saúl y Jonatán, a pesar de haber contado con la protección de las gentes de Jabes de Galaad, nunca habían recibido adecuada sepultura. Ese común enterramiento de sus cuerpos rescatados junto con los de los hijos de Rizpa tal vez aliviara en alguna medida la aflicción de esta mujer.

Esta historia no encaja de manera satisfactoria en la mentalidad moderna, con su preferencia por los finales felices. Sin embargo, para los que vivieron en aquellos tiempos, y aun siendo innegable el dolor que habrán experimentado en todas esas penosas circunstancias las personas más directamente afectadas, la lógica necesidad de

fondo habría sido algo perfectamente comprensible. Tampoco se habrían suscitado los mismos escrúpulos de conciencia que en la actualidad. Nos enfrentamos aquí a un dilema. Por una parte, hemos de ser precavidos y no dar por sentado que todo lo que supone un problema para nosotros hoy día, o es muy cuestionable en el siglo XXI, era visto de la misma manera tres mil años atrás en el curso de la historia y en el seno de la sociedad en la que tuvieron lugar. Pero, por otra parte, si el problema no nos lo plantea el comportamiento de las personas, sino la aparente forma de reaccionar de Dios, entonces sí que es un problema que hay que tomarse muy en serio. Pero, en este caso en concreto, ¿vemos a Dios actuando con injusticia o como una deidad caprichosa? Mi opinión es decididamente que no, y el texto tampoco parece presentarlo de esa manera. Si hay algún problema, radicará en nuestra renuencia a admitir la realidad de un juicio y no en otra causa. Este incidente se nos presenta para hacernos ver que Dios ciertamente juzga el comportamiento de las sociedades con la misma medida que juzga a las personas. Y pone asimismo de relieve que, aunque esas culturas puedan ser criticadas y se exhorte, de hecho, a los creyentes a colaborar para que se opere un cambio, Dios, en términos generales, no va a intervenir para evitar las prácticas habituales de dichas culturas. En el texto que nos ocupa, a David se le hace evidente el problema, pero, aun así, se respeta esa decisión suya de “resolver” el problema de forma contraria a lo dispuesto por la ley. En esta ocasión, Dios actúa primero en juicio y posteriormente (14) en gracia, pero en ambos contextos se hace evidente su sentir por todas las personas afectadas.

2. Heroísmo en la línea de combate (21:15–22)

Se registran aquí cuatro incidentes independientes en el espacio de ocho versículos, cada uno de ellos tratando la muerte de héroes filisteos a manos de guerreros israelitas, y todos se presentan dentro de una fórmula repetida, siendo muy probable que fueran extraídos de un documento más elaborado dedicado a esa suerte de acontecimientos militares. Se nos informa puntualmente que tres de esos filisteos eran de una talla descomunal, lo cual podría señalar algún tipo de condición genética propia de una de las tribus filisteas.

a. ¿Tiempo de retirarse? (21:15–17)

El primer incidente es narrado con cierto detalle. Es de suponer que tuviera lugar a finales del reinado de David, pues es evidente que ya no se perciben ni la energía ni la capacidad del David de los años jóvenes. Puede que en su momento tuviera las fuerzas necesarias para matar a Goliat, pero ahora corre más bien el peligro de perder la vida a manos de un guerrero filisteo. Sucede, entonces, que Abisai, hermano de Joab, *viene en su ayuda* (17). Su vida ha sido preservada, pero sus hombres insisten en que no tome ya parte activa en las contiendas. La intención del autor pudiera ser ahora la de hacer ver que todo el mundo tiene un cometido que cumplir, pero que llega también el momento en que ciertos asuntos tienen que ser transmitidas a aquellos que gozan de mayores

facultades para realizar ciertas tareas. David tiene todavía una función significativa como eje central de la vida de la nación y depositario de su confianza. Él seguía siendo *la luminaria de Israel*. Sus hombres continuaban sintiéndose dependientes de él, y era vital para ellos que no resultara muerto en alguna de las refriegas. Es muy posible, pues, que la mención de Abisai como su rescatador sea significativa, y ello precisamente por su relación un tanto tortuosa con los hijos de Zeraías. Abisai salva la vida a David, pero es posible que al hacerlo estuviera en realidad añadiendo una carga de dependencia a una relación que ya estaba resultando gravosa.

b. Nadie es indispensable (21:18–22)

El objetivo de incluir los tres últimos incidentes parece ser, en parte, por el deseo de asegurarse que el lector comprende que la guerra con los filisteos se desarrolló a lo largo de un dilatado período de tiempo y que estuvo jalonada de varias batallas de cierta envergadura. Por otra parte, deja también claro que, aunque los filisteos contaban con algunos soldados dotados de grandes cualidades, los israelitas también tenían en sus filas guerreros capaces de hacer frente a esos hombres excepcionales. Las cosas habían cambiado mucho desde los tiempos en los que no había en todo Israel un soldado con el valor necesario para enfrentarse a Goliath (1 S. 17). Y no sería justo devaluar la contribución de David en la formación y adiestramiento del ejército con el que ahora contaban. En el capítulo 23 aparece la lista de los “valientes de Israel”, y la propia sección se ocupa de dar razón del porqué. Y puede captarse un cierto énfasis en que, aunque David era *luminaria de Israel*, esos hombres tan capaces para nada dependían de él y menos aún de los hijos de Zeraías. La nación estaba repleta de héroes. Los soldados israelitas, pues, podían mostrarse confiados, y no tenían por qué temer a nadie, ni siquiera a los gigantes. En tiempos ya más recientes, John Bunyan retomó esa misma idea, sugiriendo que, para el peregrino cristiano, “no hay ni trasgo ni demonio que pueda amilanar al espíritu”, porque “estamos ciertos que al final heredaremos la vida”.

3. Un salmo de acción de gracias (22:1–51)

David era famoso como gran poeta y excelente músico. Es por lo tanto de lo más apropiado que sea incluido uno de sus salmos dentro del relato de Samuel que se ocupa de su vida y sus tiempos. No hay razón para pensar que éste no fuera uno de los salmos escritos por David y utilizado asimismo por él. No hay muchos indicios para averiguar el momento de su composición, aunque parece ser que, si bien llevaba un tiempo reinando cuando lo escribió, todavía no había tenido lugar su encuentro con Betsabé y sus artimañas con Urías. David nunca estuvo completamente libre de enemigos, pero la expresión del versículo 1 tiene su paralelo en 2 Samuel 7:1 y podría indicar que David escribió el salmo alrededor del tiempo en que tuvo noticia del pacto que Dios establecía con él. El cántico no menciona de ningún incidente identificable de su reinado, y puede que fuera elegido precisamente por sus características de simple y genuino salmo de

alabanza.

Las diferencias entre este salmo y el salmo 18 son de orden menor y el encabezamiento de este último debió ser tomado casi con toda certeza del presente texto. Encontramos también una serie de conexiones entre este salmo y el cántico de Ana en 1 Samuel 2. Los dos cánticos se refieren a Dios como la Roca y los dos ven el poder de Dios como fuerza para trastocar los conceptos al uso y capacitar al débil para triunfar. La figura que ofrecen es la de engarces que sostienen el conjunto compositivo. La reflexión teológica presente en ambos poemas a significa que el devenir de la historia de Israel y la manera en que Yavé, su Dios, obra en medio de ella, queda enmarcada entre dos manifestaciones explícitas de la naturaleza y auténtico carácter de Dios y, asimismo, sobre la relación que Él establece con los que le rinden su adoración. Podría verse, claro está, como una reflexión de carácter personal e intimista, pero su grandeza intrínseca hace que sean relevantes para todos los que se declaran seguidores de Yavé.

a. El salmo de David (22:2–51)

El contenido propio del salmo puede dividirse como sigue:

vv. 1–4	Dios es la roca digna de alabanza.
vv. 5–7	Las circunstancias que nos amenazan.
vv. 8–16	Dios, como soberano absoluto de toda la naturaleza.
vv. 17–20	Dios como poderoso rescatador.
vv. 21–25	Dios recompensa al justo.
	— David se goza en la justicia de Dios
vv. 26–30	Dios pone a cada uno en su lugar.
vv. 31–37	Dios, el perfecto y único proveedor.
vv. 38–39	David se alegra de las victorias.
vv. 40–46	Dios es conquistador triunfante.
vv. 47–51	Dios es la Roca digna de ser exaltada.

b. El Dios de David (22:1–20)

El salmo se centra en la relación que podemos tener con Dios. Comienza (1–4) con una proclamación de Dios no como simple roca y libertador, sino más específicamente como *mi roca, mi fortaleza... mi libertador*. El Dios de David merece su entera confianza, no hay peligro de engaño en él, y es a Él adonde acudir en la necesidad. Dios es el que toma la iniciativa y se preocupa de salvaguardar de sus enemigos a todos cuanto reconocen que Él es *digno de toda alabanza*. Resulta tentador ver en versículos como éstos una seguridad implícita ante todo posible problema, pero la sección que sigue deja patente que eso no es así (5–7). Hubo momentos en la vida de David, al igual que los hay en la actualidad en las vidas de todos los creyentes, en los que se sintió completamente abrumado ante los peligros y las dificultades. Las imágenes a las que recurre para ilustrar esas experiencias son reveladoras: *Las ondas de la muerte me cercaron... los lazos del Seol me rodearon*. La reacción más apropiada entonces, prácticamente la única posible dadas las circunstancias, es clamar a Dios tal como David hizo. Él *clamó* en su angustia a su *Dios*, y su Dios, el *mi* del versículo 6 es ahí significativo, le oyó.

David tenía confianza absoluta en que incluso en medio de los más terribles *torrentes de iniquidad*, Dios iba a seguir estando presente, presto a escuchar, dispuesto a responder. Por ser Dios más grande que cualquier posible comprensión humana, el lenguaje de los terremotos sin control y las tormentas más furiosas (8–16) es apropiado para describir su reacción al ver que su pueblo es objeto de abuso e injusticia. Los enemigos de David podrían parecer *poderosos y más fuertes* que él (18), pero su Dios era infinitamente más poderoso e inconmensurable más fuerte. Cuando Dios aparece en escena, las perspectivas cambian y los enemigos parecen mucho más pequeños. Dios *había extendido la mano desde lo alto y le había sacado de las muchas aguas* (17), donde David se había sentido cercado y oprimido, para llevarle a *un lugar espacioso* (20) donde estar a salvo. Y ¿por qué habría de rescatar Dios a David? Pues *iporque se complació en él!*

c. La confianza de la juventud (22:21–25)

El salmo 103 continúa con las meditaciones de un David menos seguro de sí mismo y mucho más arrepentido que el David que vemos en los salmos 51 y 32, siendo la conclusión en el versículo 10 de ese salmo 103 que Dios “no obra con nosotros conforme a nuestros pecados, ni nos castiga según nuestras iniquidades”. Pese a todo ello, lo cierto es que éste es un salmo escrito por alguien que todavía no ha alcanzado a comprender hasta qué punto está todavía expuesto al pecado y al fracaso (21–25). De entrada, tan sólo es consciente de la confianza que ha depositado en Dios y de su propio deseo, alentado en todo ello por el éxito razonable alcanzado por el momento, firme en su decisión de seguir en los caminos de Dios, y confiado todavía en la verdad de su *propia justicia* (21). Su conclusión es que Dios le ha concedido su ayuda sobre esa base, y que la recompensa recibida, la ayuda dispensada, deben de haber sido precisamente por causa de la rectitud de su comportamiento. En cambio, el David más

maduro es mucho más consciente de la gracia divina, aunque, no puede negarse el atractivo de esa confianza expresada en libertad. David sabe bien las majestuosas maravillas del Dios que premia a los justos, y ello aun quedándole todavía en esta etapa mucho que aprender del Dios que se aviene a encontrarse y obrar con los que han errado en su camino. La confianza en sí mismo de la que hacía gala David puede no haber tenido un fundamento cierto, pero su confianza en Dios no era ningún error. La experiencia le había venido a demostrar que uno de sus mayores enemigos era su propia naturaleza pecadora, un adversario poderoso que podía actuar con violencia inesperada; pero no sólo eso, pues la propia experiencia le había venido a enseñar también que no era, sin embargo, un contrario ni demasiado poderoso ni con fuerzas suficientes como para no ser vencido por Dios. Resultaría aquí fácil calificar a David de creyente demasiado arrogante y en exceso confiado, pero al hacerlo así estaríamos juzgando su inexperiencia demasiado duramente. El observador cauto sabe bien que hay ocasiones en las que hace necesario esperar a que llegue la lección de la experiencia para que los creyentes puedan aprender determinadas enseñanzas, en vez de precipitarse a juzgar de forma negativa frustrando esa supuesta arrogancia. Hay que estar siempre alerta para juzgar los casos con discernimiento, no sea que, cuando creamos estar obrando con sabiduría, estemos incurriendo en un cinismo poco caritativo, insistiendo en un aprendizaje instantáneo y no en una madurez adquirida por propio convencimiento.

d. Dios de los ágiles y de los que tropiezan (22:26–51)

Es posible que el conocimiento de la naturaleza humana que David tiene en estos momentos fuera limitado, pero, en cambio, su comprensión de la naturaleza de Dios es profunda. En los versículos 26–46 encontramos una reflexión acerca de la naturaleza de Dios mismo que abunda en el conocimiento ya reflejado en los versículos 1–3. Sabemos que Dios se toma en serio a las personas, y que se va revelando a sí mismo según nuestra capacidad de comprensión y nuestra actitud hacia Él (26–28). Dios alienta a los que confían en Él y hace tropezar a los que tratan de engañarle. Sabemos también ahí que el comportamiento humano cuenta para Dios, y que Él puede transformar las circunstancias y hacer que su pueblo aún consiga mayores logros de lo que hubieran podido imaginar (29–30, 33–37). Puede que David hubiera sido en su momento “luminaria de Israel” (21:17), pero Yavé era la “luminaria” para él. Dios sabe lo que hace, y tiene, además, el poder para hacerlo (31–32). También se nos dice, que Dios capacitará a su siervo para tratar con cuantos enemigos surjan en su camino, por muy fuertes que puedan ser (38–46). Todas esas lecciones son una y otra vez reafirmadas, incluso en los salmos postreros, donde David es ya plenamente consciente de que ha estado muy lejos de ser *íntegro ante Él* (24). Hay, pues, un punto de ironía en esta sección: ironía no intencionada en el versículo 28, cuando David afirma, lleno de confianza en sí mismo, que los ojos de Dios *están sobre los altivos [para humillarlos]*, ignorando hasta qué punto eso mismo se le va a aplicar a él a no tardar mucho; e ironía explícita e intencionada donde leemos que Dios no sólo hace sus pies *como ciervas*, sino

que, además, *le afirma en las alturas... y hace que [sus] pies no resbalen*. Dios está ahí para ayudar al ágil y también al que tropieza.

Y el Dios que obra todos esos portentos, el que venga con justicia y fortalece al débil, el que rescata y exalta, el que muestra misericordia infinita a sus seguidores, es ciertamente Dios y Señor, nuestra Roca y nuestro Salvador, y aquel a quien se debe toda gloria y alabanza (47–51).

4. Testamento y “últimas voluntades de David” (23:1–7)

a. El legado que David quería dejar tras de sí (23:1)

Este pasaje está concebido más como una afirmación final preparada por parte de David, que como palabras finales textuales suyas. Este tipo de declaraciones de últimas voluntades no era un hecho insólito en el antiguo Oriente Próximo y, lógicamente, también dentro de Israel. Jacob, Moisés y Josué también habían pronunciado discursos similares en su momento. Esta solemne declaración de David ahora es muy probable que estuviera pensada para ser leída en público en su funeral, siendo considerada entonces, con toda seriedad, como sus últimas voluntades. Es evidente que el pasaje no acaba de encajar del todo bien en el conjunto del libro de Samuel, pero pueden, en cambio, entenderse bien las razones que llevaron a los editores a no querer omitirlo. Sus lectores israelitas habrían estado más que dispuestos a querer conocer ese último comunicado de parte de David, al igual que, en la actualidad, los modernos medios de comunicación están prestos para hacer llegar al gran público las últimas noticias sobre la realeza o las celebridades. Este discurso, pues, concebido y redactado al final del reinado de David, es una apropiada continuación del cántico del capítulo 22, que habría sido, en cambio, escrito al principio de su reinado.

Esta última alocución toma la forma de un oráculo y David, ya bien conocido como poeta, adopta un insólito tono profético. Ahí aparece lo que él quería que las gentes recordaran al reflexionar sobre su vida y los años en los que se había ceñido la corona. En nuestro Occidente actual, se detecta una lamentable tendencia a hacer caso omiso de las palabras de quienes ya están llegando al final de sus días, y así sucede que son muchas las valiosas experiencias que se pierden para siempre. Nuestro testamento y últimas voluntades suelen girar en torno a nuestros bienes y posesiones materiales y la distribución que se deba hacer de los mismos. Pudiera ser, entonces, quizás una buena idea intentar recuperar la tradición de hacer una declaración personal o que juzguemos qué haya sido nuestra vida como legado más duradero y significativo.

La declaración personal de David comienza, tal como dictaba la tradición, con una introducción a su propia persona. Es interesante notar que se describe a sí mismo en primer lugar no como rey sino como *David, hijo de Isaí*. Se remonta, pues, a sus raíces, reconociendo que todo cuanto ha ido acumulando en títulos y propiedades ha sido dádiva de Dios. Así, se dirige a las gentes en primer lugar y de forma primordial como un israelita más. Es cierto que, él ha sido *exaltado y ungido*, pero ha sido Dios, *el Altísimo*, el que ha intervenido en ambos casos. David no es más que *el hombre* a través

del cual el Dios todopoderoso de Israel ha estado obrando. Este David es muy distinto al joven confiado que escribió el salmo recogido en el capítulo anterior. Puede que mientras lo escribía fuera consciente de las maneras en que había fallado en sus elevadas expectativas como regente o puede también que hubiera acabado por darse cuenta de que había cosas más importantes y más duraderas que el poder. Sea como sea, no se centra en su ungimiento como rey sino en ese llamamiento paralelo a ser el compositor de *los cánticos de Israel*. Es David el poeta, en igual medida, sino más, que David el monarca, el que transmite ese mensaje vital; mensaje que va dirigido a todas las gentes, pero sobre todo, y de forma muy particular a las que le siguen como su soberano.

b. Dios es la Roca, en nuestra juventud y en nuestra vejez (23:2–3a)

Era importante que el pueblo comprendiera que esas palabras redactadas por él procedían de Dios mismo. Ahora podía hablar como alguien que había sido plenamente consciente de la presencia de Dios desde su juventud, y más en particular desde el día en que Samuel le había ungido y “el Espíritu del Señor había descendido sobre él con poder” (1 S. 16:1–13). Y era ese mismo *Espíritu del SEÑOR* el que le capacitaba para hablar ahora. Dios, *la Roca de Israel*, le daba las palabras. El cuádruple paralelismo (2–3) pone de relieve hasta qué punto el momento era significativo para él. Y de nuevo, tal como había hecho mucho tiempo atrás en el salmo recogido en el capítulo 22, vuelve a referirse a Dios como una Roca. Ésa pudiera ser una de las razones por las que el salmo 18 fuera elegido en Samuel como muestra representativa de la poesía de David. David había envejecido, pero Dios no había cambiado, y por ello seguía siendo el fundamento firme y estable de David y de Israel. Dios seguía siendo su Roca.

c. El verdadero liderazgo (23:3b–6)

Detrás de tan solemne introducción, el mensaje esencial sigue siendo sencillo: un regente que *gobierna en el temor de Dios* (3) trae bendición a su pueblo y a sí mismo. David puede estar hablando en un tono profético, pero su corazón de poeta se vuelca en una evocativa descripción de la creación, quizás en su deseo de evitar una mención explícita de riqueza y poder. ¿Quién no se ha deleitado en el amanecer luminoso de un día despejado, o maravillado ante los rayos del sol atrapados en las gotas de agua una vez pasada la tormenta (4)? Ese quedarse pasmado ante la realidad gozosa de la existencia puede darse igualmente en el regente que gobierna con acierto. Eludir el término concreto de “rey” es ahí, casi con total seguridad, algo deliberado, pero de lo que no cabe duda es que está hablando de futuros reyes. David ya ha aprendido unas lecciones muy duras, y ahora quiere asegurarse de que sus herederos sean conscientes de eso mismo por adelantado. El éxito con sus hijos ha sido escaso hasta ese momento, pero, amparado en la gracia del pacto establecido por Dios, le quedan aún esperanzas respecto a los que le sucederán.

La segunda mitad del oráculo (5–7) puede ser visto como producto de ese joven

David rebosante de confianza en sí mismo que encontramos en 22:21–25, y exultante en su propio sentido de justicia. De hacerlo así, estaríamos perdiendo de vista su verdadero sentido. David no está proclamando su propia justicia, sino haciendo ver y dejando constancia de la intervención de la gracia de Dios al establecer con él *un pacto eterno*. David y su casa están ya, de hecho, en *la debida relación con Dios*. Los herederos de David van a partir así de una base *ordenada y segura* (5). Su esbozo de las características y las acciones que deben acompañar a un buen rey es diáfano, y así es como podrá disfrutarse de las bendiciones prometidas. Los requisitos están claros, las reglas están escritas. No va a haber excusa posible ante el fracaso. Aun así, siendo, como es, consciente de que el pacto había sido con él y su casa, pero que cualquier posible descendiente podrá ser excluido como consecuencia de unas acciones desviadas, David es claro y tajante al respecto: *los indignos... serán arrojados como espinos*, llegando entonces, ese posible reinado suyo a ser tan inútil a su pueblo como los son los cardos al labriego.

d. Al abrigo de la gracia de Dios (23:1–37)

Las últimas palabras de David, tanto si se aplican a los reyes, como a toda la nación o al común de los israelitas, son un increíble consuelo y estímulo, y un tremendo reto. Mensaje, además, que, en su conjunto, preludia el Nuevo Testamento. Pablo en 1 Corintios 15:10 reconoce, al igual que lo hace David aquí, que “por la gracia de Dios soy lo que soy, y esa gracia suya en mí no fue vana”. Tanto los descendientes de David como ahora los creyentes han recibido la gracia para que perdure. Pero el reto sigue ahí, para que no ocurra que se “deje de alcanzar la gracia de Dios y que ninguna raíz de amargura, brotando, cause dificultades y por ella muchos sean contaminados”. Si los descendientes de David o si nosotros, como creyentes en la actualidad, nos apartamos de la gracia de Dios, a buen seguro que caeremos. Las convicciones básicas de David no han cambiado entre el salmo del capítulo 22 y el oráculo del capítulo 23. Su comprensión de las enseñanzas del Deuteronomio sigue siendo evidente, pues son quienes sirven bien, y en justa equidad, los que serán bendecidos por Dios y recibirán su protección. Su presencia está asegurada a los que guardan el pacto con Él.

5. La lista de honor (23:8–39)

En el conjunto de los dos libros de Samuel, se hace evidente que no hay líder que se mantenga por sí solo. Todos y cada uno de ellos dependen, en mayor o menor medida, del consejo, la ayuda y el apoyo de otros muchos. Resulta, por ello, apropiado, y justo, antes de seguir adelante en el recuento del reinado de David, que hagamos una lista de los que desempeñaron un papel significativo en la empresa acometida por David de hacer de Israel una nación segura y significativa. Algunos de los nombres ya nos son conocidos, pero muchos otros no tienen más lugar que ese capítulo, o sólo tienen un paralelo en 1 Crónicas 11. El que se incluya su lista aquí ayuda a los posibles lectores – incluidos los descendientes de esos hombres que habrían experimentado, sin duda, un

gran placer en descubrir los nombres de sus antepasados dentro de las Escrituras junto al registro de los padres de la nación – a entender que todos los que tienen su parte en la consecución del reino de Dios son importantes. La decisión de poner punto final a la lista con Urías (la lista de Crónicas incluye dieciséis nombres más después del suyo) es casi con toda certeza una forma indirecta de llamar la atención, si bien de forma un tanto sutil, sobre el hecho de que incluso reyes como David tenían sus fallos. Y podría, asimismo, ser una manera de llevarnos a inferir que, siendo, sin duda, esos hombres *valientes guerreros*, no debería honrárselos con esa confianza que sólo Dios mismo se merece.

a. Estos otros también sirvieron (23:8–12, 18–39)

Se distingue aquí entre dos grupos de guerreros, los Tres y los Treinta. La pertenencia a uno de esos grupos de élite parece que dependía de logros militares específicos, más que del puesto que se ostentara. En ese sentido, podrían ser equiparados en nuestra sociedad contemporánea a aquellos a los que se les ha concedido, según país, y a modo de puro ejemplo, la Medalla al Valor Militar, la Laureada de San Fernando, la Cruz Británica de la Victoria o la Medalla del Congreso de los Estados Unidos. La cifra extra que ahí encontramos tiene su origen en el hecho simple de que tres y treinta son cifras aproximativas de índole general para referirse a grupos en particular sin intento de precisión numérica. Sin embargo, es muy probable que, en este caso, hagan referencia a cifras concretas, registradas junto a las menciones honoríficas concedidas a un número limitado de personas, siendo tan sólo nuevos números incorporados según fueran perdiendo la vida los soldados veteranos o fueran retirados del servicio activo.¹⁹ Por ello, es muy posible que generales como Abisai y Benaia *fueran distinguidos con mayores honores* (19) que aquellos otros que pertenecían a los dos grupos favorecidos de Tres y de Treinta; incluso es posible que pasaran a dirigirlos sin ser parte de la membresía de los mismos (19,23). Hay una ligera confusión respecto a los números por existir, junto a esos tres de renombre, otros tres más que estaban junto a David en una ocasión concreta que también eran reconocidos como *tres valientes guerreros* pero que sin embargo, puede que no fueran en algún momento dado, miembros del grupo oficial de los Tres.

La segunda mitad de la sección se compone de una simple lista de nombres, incluyendo a Asael, hermano de Joab, a Eliam,²¹ hijo de Ahitofel, y a Urías el hitita. La lista incluye a algunos que, al igual que Urías o sus padres, parecen haberse incorporado a Israel como inmigrantes. La primera mitad de la lista da más detalles de actuaciones específicas de algunos de esos guerreros que contribuyeron a darles fama y crearles una reputación como hombres de probada pericia y arrojo. Joseb-basebet,²³ Eleazar y Sama eran notables por su capacidad para luchar en condiciones adversas y por mantenerse firmes ante las mayores dificultades. Sama estaba tan entregado a la causa, que llegó incluso a defender los campos de la cosecha (23:8–11). Nada sabemos acerca de esos tres héroes principales de la nación, que no sea lo que aquí se nos dice. Es muy posible que los editores, al escoger material, estén queriendo decir que, aunque todos

aquellos que, al igual que esos tres, colaboraron en la construcción de la nación sean importantes, las proezas físicas y el poderío militar no son la única forma posible de servir a Dios, ni tampoco la más significativa.

Hay, sin embargo, otros tres incidentes más, elegidos entre los registros de los hechos nacionales que son sacados a relucir ahí. El segundo de ellos nos habla de *Abisai, hermano de Joab* (18), personaje ya conocido por el lector (es notable su aparición en 1 S. 26; 2 S. 2 y 16), que, en cierta ocasión, se enfrentó a nada menos que a *trescientos hombres*. El tercero de esos incidentes da más detalles de la carrera de *Benaía, hijo de Joiada* (20). Hijo, en realidad, de un oficial veterano en el ejército de David (2 S. 8:18; 20:23), que, posteriormente, reemplazó a Joab como general tras ser enviado por Salomón a ejecutar a Joab. Nos enteramos, asimismo, de que, en cierta ocasión, *mató a un león²⁵ en medio de una nevada* – probablemente recordado más por lo insólito de la nevada, que por el hecho en sí de acabar con un león–, llevándose, además, la mejor parte en un combate mano a mano con un *egipcio impresionante*. Todas esas noticias añaden un toque más íntimo y personal al registro de los hechos. Así, cabe imaginar a los soldados más bisoños repitiendo entusiasmados las proezas de sus superiores, siendo para ellos motivo de inspiración mientras se disponen ahora a luchar igualmente por su nación y por su Dios.

El versículo 18 es ligeramente ambiguo. Según parece, hubo un momento en el que Abisai dirigió a los famosos Tres, pero sin ser él uno de ellos. Por otra parte, cabría también la posibilidad de que fuera uno de los tres valientes guerreros, pero no de los Tres, que habían participado en el primero de esos incidentes. Esto habría sucedido bastante antes de que David ascendiera al trono, en los tiempos en los que se escondía tanto de Saúl como de los filisteos en la cueva de Adulán (1 S. 22:1).

b. Un regalo tan grande merece un agradecimiento profundo (23:13–17)

Entremedias de estas listas, el autor se ha permitido intercalar una historia sobre David. La escena nos la presenta en tonos evocativos y en un estilo que recuerda más a 2 Samuel 9–20, que las restantes listas. La descripción es tan vívida, que casi se puede oír la voz, en boca seca, de David al lamentarse de la sed y su anhelo por un sorbo de las dulces aguas del pozo recordado de su juventud en Belén. Podemos percibir la excitación de los tres valientes al desafiarse entre sí para ir a Belén, en esos momentos fortaleza filisteas, y conseguir el agua del pozo para David. Tras presentarse con ella, la reacción de David es derramar el agua en tierra, en aparente gesto de poco agradecimiento. Pero hay que darse cuenta de que lo hace en reconocimiento de la grandeza *del SEÑOR* (16). Esa agua ha sido traída para él como un regalo, una especie de ofrenda por la que sus hombres han arriesgado la vida. Y eso es lo que la convierte en algo demasiado especial como para, simplemente, beberla. El empeño puesto en conseguirla había hecho de esa agua algo muy especial y digno como ofrenda presentada a Yavé. Lo habitual en las ofrendas sería la libación de un vino, pero esa agua bien podía cumplir el propósito. El gesto de David era entonces más de honra que de desconsideración hacia sus valientes. El destinatario del presente era David, pero él era

plenamente consciente de que el servicio llevado a cabo era para honra y gloria de Dios.

En realidad, toda esta sección es de honra y reconocimiento a todos cuantos dieron y dan. Los regalos ofrecidos en ocasiones a los líderes de la iglesia, a veces con gran esfuerzo por parte de los que los hacen, pueden ser aceptados con ese tipo de gratitud que nada cuesta y a nada compromete. Y tal vez entonces lo más importante sea pararse a reflexionar acerca de lo llevado en realidad a cabo por esos “tres esforzados guerreros” e, igualmente, por esos otros Treinta que “siguen” sirviendo en el seno de nuestras comunidades hoy día. Puede que, en algunos casos, no se trate de los líderes oficiales, incluso que ni siquiera sean conocidos más allá de su círculo personal más inmediato, pero se trata de todos los que sirven con tesón y valentía, con perseverancia y con entrega. Habrá ocasiones en las que su actuación cubra determinadas necesidades de los líderes, pero de lo que tendrán que ser siempre conscientes, tanto líderes como colaboradores, es que es a Dios mismo a quien deberían estar encaminados servicios y e intervenciones, trabajo y disposición para ello. La tarea anual de elegir a las personas para los servicios necesarios puede constituir toda una labor comunitaria dentro de la iglesia, con su repercusión y su significación en de la propia comunidad.

6. Las consecuencias de una acción poco sensata (24:1–25)

El último capítulo de 2 Samuel, casi con toda seguridad incluido como introducción a los detalles preliminares de la construcción del templo en la era de jebuseo Arauna, es uno de los más difíciles de captar por los lectores de hoy. De hecho hay, una serie de razones para ello, empezando con el mismísimo versículo 1, en el que se presenta a Dios en circunstancias que inducen a la alarma porque *la ira del SEÑOR se encendió contra Israel, e incitó a David contra ellos*, ordenándole, a renglón seguido, que haga algo que, evidente para Joab, aunque no así en un principio para David, tenía en efecto tremendo y equivocado. Lo que se le encarga es hacer precisamente *un censo* de las gentes de la nación. Ahora bien, ¿qué venía a significar en realidad esa medida? Y, además, ¿qué tiene de malo un censo? El pueblo de Israel ya había sido censado en otras ocasiones sin aparentes efectos contraproducentes. Por otra parte, ¿cómo ha de entenderse ese incitar por parte de Dios? Santiago 1:13 afirma que nadie debe osar decir haber sido tentado por Dios, “porque Dios no puede ser tentado por el mal y Él mismo no tienta a nadie”; y, sin embargo, eso es precisamente lo que parece traslucir el texto.

a. El peligro de obcecarse con las cifras (24:1–8)

La respuesta al interrogante sobre ese censo se hace evidente cuando nos damos cuenta de que se está hablando en realidad de que David cuente a los “hombres que sacaban espada”, esto es, a los guerreros. Lo que quería era saber en cuántos soldados podía confiar. Es posible que Joab reaccionara en contra por razones de mero orden práctico. En muchos casos, el ejército tenía una misión que cumplir y debía hacerse

fuera cual fuese el número de efectivos disponibles. Contar a los hombres podía suponer que no eran suficientes para la dificultad de la tarea a cumplir, y que había ciertas misiones que no podrían ser llevadas a cabo si no había suficientes soldados disponibles. Eso, en sí, podía acabar minando la moral. Era, pues, trabajo de Joab, conseguir que los hombres recuperaran el ánimo y la confianza en sí mismos sabiendo que el ejército era lo suficientemente numeroso como para llevar a cabo cualquier posible misión que Dios les encomendara. Y eso viene a plantear el otro problema que suponen los censos: no reconocer el poder de Dios. Y puede, en efecto, que eso fuera lo que Joab trataba de hacer ver y lo que el propio texto aspira a subrayar. Dios es quien llama a su pueblo para que le sirva y, en ocasiones, ese servicio supone tener que luchar. Toda victoria es dada por Dios. La historia de Gedeón, probablemente conocida por David, debería haberle bastado para aprender que lo que importa no es el número de soldados peleando en la batalla, si es que ésta ha sido ordenada por Dios y es a favor de su causa. Jonatán sabía esto bien cuando hablaba de la capacidad de Dios para salvar, pues “no está limitado a salvar con muchos o con pocos” (1 S. 14:6). Pero ahora todo parecía indicar que David no tenía presente una noción tan esencial acerca del poder de Dios, empezando a mostrar los síntomas de haber perdido de vista el verdadero poder de Dios, mostrándose arrogante y confiado en exceso en su propia capacidad y haciendo gala del nutrido número de soldados que engrosaban las filas de su ejército. Es, sin embargo, asunto crucial para todo líder espiritual dejar patente que confía en su gente y que tiene fe en Dios. La Iglesia, tanto local como universal, está integrada por el pueblo de Dios, es capaz de funcionar de la manera que Dios ha dispuesto, y dispone verdaderamente de los recursos necesarios para poder así hacerlo. Nuestra confianza, al igual que la de David y la del pueblo de Israel, debería estar depositada en Dios mismo y no en el más que probable arrogante despliegue de unos efectivos humanos que, asimismo, provienen de Él. El número de *hombres que sacaban espada* no es indicativo en sí del poder al alcance del pueblo de Dios, al igual que tampoco lo es el tamaño de los edificios oficiales y el dinero contenido en las arcas del Estado. La proclama por parte del Nuevo Testamento de que los valores del Reino han venido a trastocar los conceptos habituales de poder se vislumbra aquí de forma incipiente.

b. La tentación no es la causa de la caída, el pecado sí

Esta cuestión de ver a Dios incitando a David a errar en su camino viene a complicarse aún más si se establece un paralelo con 1 Crónicas 21, donde es Satán,³¹ y no Dios, el que incita a David a actuar. Así, ¿fue Dios o fue Satán? En este punto, sin embargo, es primordial no imponerle al texto nuestra concepción previa acerca de Satán y todo lo que se asocia en el Nuevo Testamento con el espíritu maligno en oposición a Dios. En el Antiguo Testamento, en cambio, Satán, el “Acusador”, es presentado como una especie de fiscal dentro del orden sobrenatural, que apela a Dios como juez con la intención de que las personas se lleven su merecido. En los tres casos en los que se usa ese término en el Antiguo Testamento, hay además claros indicios de

que Satán disfruta haciendo su cometido, y puede que ésa sea la razón de que el término haya acabado designando al diablo. Sea como sea, lo cierto es que, en el ámbito de los tres casos señalados, Satán actúa siempre circunscrito a la esfera de los propósitos de Dios.

Es casi seguro que, tanto Samuel como Crónicas, obtuvieron su material del mismo registro nacional, pero no podemos determinar cuál de los dos es el original. En Samuel, el autor, que sabe que Dios controla todas las cosas y que quiere subrayar el hecho de que lo que estaba ocurriendo ahí era castigo de Dios, lo hace mediante afirmación expresa *la ira del SEÑOR se encendió contra Israel, e incitó a David* (1). Lo que no quiere es que el lector distraiga su atención desviándola a la intervención de Satán. Crónicas, que tiene un énfasis y propósito diferentes, se contenta simplemente con reconocer el papel que desempeña el Acusador. Es también posible, si bien no del todo satisfactorio, llegar a un acuerdo respecto a la diferencia entre Samuel y Crónicas al presentar a Satán como el que realmente pone la tentación, y a Dios, no como autor de la misma, pero sí el que la permite, por lo que de alguna manera está detrás de ella. Sea como fuere, cuando Santiago advierte que “Nadie diga cuando es tentado “Soy tentado por Dios””, lo que quiere dejar bien claro es que Dios nunca desea nuestra caída ni desea causarnos mal alguno, por lo que no se puede decir que Dios esté detrás de nuestro posible ceder ante la tentación. La falta será siempre completamente nuestra. 1 Corintios 10:13 deja bien claro que Dios permite que nos enfrentemos a la tentación, pero tan sólo de maneras que redundan en nuestro beneficio. La persona que se ha enfrentado abiertamente a la tentación, y la ha vencido, es, con diferencia, mucho más fuerte que aquella otra que nunca lo haya tenido que hacer. Era, pues, importante que tanto David como Israel se enfrentaran a ese problema suyo de desmedido orgullo.

Sea como sea, dos cosas sí que son evidentes. En primer lugar, tanto Israel como David habían sido descubiertos en falta. La ira de Dios iba dirigida contra Israel. Israel, en igual medida que David, estaba siendo castigado. Es posible, sin embargo, que la acción de David simbolizara la actitud de la nación en su totalidad. Así, imposible obviar el orgullo nacionalista del rey ante el tamaño y potencia de su ejército. Pero precisamente ese apoyarse en los recursos propios más que en la provisión de Dios era algo que acababa por afectar a la nación en pleno. Ciertamente, claro está, que la provisión de Dios va a canalizarse a través de la fuerza de un ejército bien pertrechado, pero ésa no era la cuestión. En segundo lugar, puede que David hubiera sido incitado, pero no cabe duda de que tenía libertad para oponerse a ello. La intervención de Joab y los comandantes lo deja bien claro. David era, pues, totalmente responsable de sus acciones y no cabe duda de que el autor así lo entiende, y con toda justicia. Es interesante notar, sin embargo, que, en esta ocasión, Joab (3) se opone a David y trata por todos los medios de frenar a su entusiasmo. Pero este cambio de papeles le sirve, además, al autor para revelar otra faceta más del complejo carácter de Joab, dejando constancia de que, aun siendo múltiples las ocasiones en las que no había mostrado pesar alguno por tener que proceder en contra de las disposiciones de Dios, es capaz, al menos en alguna ocasión, de actuar motivado por un genuino deseo de servirle.

c. Las decisiones que se toman tienen consecuencias que son responsabilidad de los que las tomaron (24:9–14)

En esta ocasión, Joab no logra su propósito, y lleva a cabo el censo de los *hombres valientes que sacaban espada* (9), siéndole presentados los resultados a David. Es ahora, y aparentemente no antes, justo diez meses después de esa primera decisión suya, cuando a David *le pesó en su corazón* lo que había hecho. Quizás fuera por írselo haciendo evidente, a la vista de los resultados, que tanto él como el pueblo estaban empezando a confiar en exceso en sus propios logros, incurriendo con ello en grave delito de orgullo. Si eso era así, su propia acción iba a servirle para darse cuenta de hasta qué punto no estaba bien depender del número y puede incluso entenderse así esa incitación por parte de Dios a llevar a cabo el censo.

No es posible establecer si su conciencia había sido ya removida por la visita previa del profeta de Gad, pero lo cierto es que, no pasando mucho tiempo, Gad vino a suponer para David la respuesta a su ruego de que le fuera quitada su *iniquidad*. Ahora bien, a pesar de poder restaurar su relación con Dios, ese pecado suyo no podía ser ignorado. El mundo en que vivimos es de Dios, y por ser Él un Dios de justicia y de rectitud, a la par que de misericordia y de gracia, su pueblo ha de aprender a respetar su integridad y a tomarse en serio sus mandamientos. En más de un sentido, este sexto pasaje de la sección final de Samuel actúa en paralelo con ese otro donde se emprende acción contra Saúl por su delito contra Gabaón; lo cual lleva a pensar que los distintos autores estén subrayando, por una parte, que los reyes, y por extensión todo posible líder, no pueden alterar sin más las normas según propio capricho y que, por la otra, las acciones de esos líderes pueden llegar a tener consecuencias de largo alcance en aquellos a los que gobiernan y dirigen. Así había sido en el caso de Saúl y así lo estaba siendo en el caso de David.

David se enfrenta ahí a una disyuntiva poco envidiable. Lo ocurrido estaba mal e iba a tener sus consecuencias. La nación había sido involucrada en el pecado cometido y la nación iba a quedar inevitablemente afectada por las consecuencias. En el pasado, David había tratado de esquivar las decisiones difíciles. Y lo irónico del caso ahora es que va a ser él precisamente quien tenga que decidir cuál va a ser la consecuencia en concreto. Los términos “castigo” y “juicio” no aparecen en la profecía de Gad, pero parece claro que ése va a ser precisamente el tema tratado. El castigo será real, pero antes se le consulta a David, y es precisamente él quien va a tener que decidir entre hambruna, guerra o plaga. En el mundo actual, al menos en el Occidente de la opulencia, impera la convicción de que las acciones y las consecuencias pueden ir por separado, que siempre va a ser posible encontrar el modo de sortear las dificultades, que alguien, en algún lugar, deberá ocuparse de hallar la solución. Pero permitir que las personas crean que las consecuencias pueden evitarse, que se puede hacer la tortilla sin romper los huevos, acaba por volverse en nuestra contra. David aprendió a costa de la nación, y también a costa suya, que la responsabilidad es algo muy real; que Dios, de forma general, no va a hacer que desaparezcan las consecuencias de los actos

cometidos. En el caso que nos ocupa, David no elude su responsabilidad y opta por la plaga. No hay, sin embargo, nada ahí que permita explicar que una opción sea mejor que otra. Pudiera ser que, si el ejército del que tan orgulloso se había sentido hiciera su trabajo debidamente, entonces tres meses de persecución por el enemigo causaran menor sufrimiento y menos muertes que tres días de plaga. Quizás un David más joven y más seguro de sí mismo se habría decidido por esa prueba. Pero lo cierto es que su respuesta da a entender que ya ha comprendido dónde radica el pecado del pueblo. Tanto ellos como él mismo habían confiado más en sus propias fuerzas, que en Dios. Ahora, y aun tratándose de castigo y no de bendición, prefiere recibirlo de manos de Dios antes que verse a merced de la oposición humana. Su convicción es que Dios es Dios de misericordia, y que juzgará y castigará poniendo límites al sufrimiento en la medida de lo posible.

d. Dios sigue escuchando, preocupándose, dando respuesta, e interviniendo (24:15–25)

Los hechos se nos presentan con escueta crudeza: la plaga hace su aparición y son muchos los que mueren. Los resultados del censo llevado a cabo por David vienen ahora a resultar inservibles para su auténtico propósito. La enfermedad se extiende por todo el país, pero, cuando llega a Jerusalén, ya ha perdido su fuerza. La imagen del *ángel del SEÑOR* nos plantea, en cambio, nuevos interrogantes. ¿Estamos ante un nuevo funcionario de la corte celestial similar al fiscal acusador de 1 Crónicas 21? ¿Cómo, cuándo y dónde vio David a ese ángel? ¿Se trata más bien de una forma simbólica de hablar como referencia a los estragos causados por la plaga o era en verdad un genuino mensajero? La oración de David en el versículo 17 da a entender que no era consciente de los acontecimientos reseñados en el versículo 16, donde se indica que la plaga ya había terminado. Esto parecería un tanto extraño si David hubiera visto al ángel por sí mismo. Crónicas, que muestra un gran interés en todo lo que tenga que ver con el templo, da a entender que la decisión de Dios de librar a Jerusalén del impacto total de la plaga era el resultado directo de la oración, el sacrificio en ofrenda y la compra del solar donde iba a construirse el templo por parte, todo ello, de David. Aquí, donde el énfasis recae de continuo en el poder de Dios, no se le concede tanto significado a la parte asumida por David. Pudiera ser, sin embargo, que la oración de David sí influyera en la decisión de Dios, pero sigue siendo evidente que la decisión final seguía siendo de Dios, y ello, en este caso, como consecuencia directa de que *el SEÑOR se arrepintió del mal* (16).

En el versículo 18 leemos acerca de las instrucciones que Gad da a David para *[edificar] un altar al SEÑOR en la era de Arauna jebuseo*. Los detalles de la compra de la era ofrecen una perspectiva fascinante de las técnicas de negociación de la época. El que Arauna le ofrezca a David no sólo el solar, sino, asimismo, todo lo necesario para el holocausto pudo haber sido por pura generosidad o como parte del tira y afloja de unas negociaciones y costumbres culturalmente aceptables. En cualquier caso, David quería que todo el mundo supiese bien que él había aceptado ya su responsabilidad, que el

sacrificio era ofrenda suya, que reconocía su pecado y, asimismo, lo mucho que tenía que agradecerle a Dios. Era algo importante que pagara el precio total por ello. El relato viene así a concluir de la misma manera que las consecuencias por el pecado de Saúl, con la rotunda afirmación de que Dios *escuchó la súplica por la tierra* (25) (véase, asimismo, 2 S. 21:14). Todo pecado tiene sus consecuencias y tiene que ser resuelto. Pero, una vez solucionado, la vida debe seguir su curso. Dios todavía sigue queriendo relacionarse con su pueblo, y hay mucha esperanza por delante. Dios sigue todavía escuchando, sigue ocupándose y sigue respondiendo, y todo ello con poder. No hay mejor posible concepto y meditación para poner punto final a esta primera mitad de la historia y evolución de la monarquía israelita, lo cual ha de llevarnos, en su momento, a la segunda parte de esa historia.

Mapa: 1 y 2 Samuel. Lugares y pueblos

“Cortesía de Certeza Unida”